

PÍCAROS DISTINGUIDOS

Una temporada de asesinatos

UNA TEMPORADA DE ASESINATOS

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO NUEVE



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



LONDRES,

Mayo de 1815

Gilbert Bowen, conde de Sorenson, irrumpió a través de la niebla arremolinada en el patio trasero iluminado por antorchas de la casa de Lady Berry, con un humor de perros, poco antes de las seis de la mañana. El señor Albert Meriwether merecía ser azotado, al igual que los Runners por aceptar este arresto.

Un tipo alto y delgado, probablemente uno de ellos también, se despegó de la pared junto a la entrada de servicio y se movió para bloquear el paso de Gilbert.

Gilbert no perdió tiempo en cortesías. —¿Dónde está?

El hombre lo miró de arriba abajo, evaluando su fina vestimenta y su tamaño superior. —¿Quién es usted?

—Un hombre con el que no se debe jugar —le entregó su tarjeta y una carta de presentación de un conocido mutuo, esperando que el hombre supiera leer.

Aparentemente lo hacía, pues los ojos del Runner se agrandaron y tragó saliva con dificultad.

El hombre se los devolvió, con la mano temblando un poco. —No se nos informó que debíamos esperarlo, milord.

Gilbert frunció el ceño. —Mi presencia no debería haber sido necesaria si hubiera prevalecido la razón. Lléveme con el señor Meriwether, ahora.

—Por supuesto, milord. Aún está interrogando al sospechoso adentro —el hombre sonrió rápidamente—. Mi nombre es Davis.

Gilbert reconoció el nombre pero no hizo más comentarios. Los Bow Street Runners eran generalmente buenos hombres, minuciosos y eficaces en su trabajo en la mayoría de las ocasiones. Excepto en esta. Tenían pocas razones para codearse con miembros de la alta sociedad o no habrían detenido al hombre que estaba dentro. Odiaba pensar en lo que había sucedido durante la noche en la casa de Lady Berry.

Davis podría ser uno de los mejores. Pero Albert Meriwether, el investigador que retenía injustamente a un sospechoso dentro para interrogarlo, definitivamente no era de esa calidad, por todo lo que había escuchado esta noche. Gilbert estaba aquí para poner fin a su interrogatorio antes de que se causara algún daño permanente.

Davis lo condujo rápidamente por pasillos repletos de sillas, mesas plegadas y pilas de ropa sucia lista para ser llevada al campo para su lavado. Gilbert debería haber asistido al baile

celebrado aquí anoche. Desafortunadamente, el destino no había estado de su lado.

Entró en un salón desordenado y evaluó la situación.

Lady Berry sollozaba en un diván junto a la ventana más alejada, con una doncella revoloteando ineficazmente a su lado, luciendo una expresión llena de miedo.

Gilbert dirigió su mirada al hombre atado a una silla en el centro de la habitación como un criminal. Su temperamento no mejoró al ver manchas de sangre fresca en la camisa de su amigo. Sus calzones de color crema hasta la rodilla también estaban manchados de sangre vieja, probablemente de la víctima.

—¡Meriwether!

El investigador levantó la vista lentamente, con expresión molesta. —¿Sorenson? ¿Qué diablos haces de vuelta en Londres?

Gilbert recorrió con la mirada a Meriwether, notando sus nudillos ensangrentados y el brillo de sudor que relucía en su rostro. —Estoy aquí para rectificar el grave error que has cometido esta noche antes de que sea demasiado tarde.

—No hay ningún error —insistió Meriwether, rodeando a su inocente cautivo.

—Ciertamente lo hay —insistió Gilbert, sacando sus órdenes de Bow Street y extendiéndolas —. Lee esto.

El investigador las arrebató y leyó cada línea, dos veces, sospechó. Gilbert se acercó para comprobar que Lord Carmichael aún respiraba. Levantó el rostro de su amigo hacia la luz, horrorizado por lo que vio. —Dios mío. ¿Qué te han hecho?

Carmichael se estremeció. Su ojo izquierdo se estaba hinchando y su labio se había partido por una golpiza y goteaba sangre por su barbilla. Meriwether no había sido gentil ni estaba en su derecho de hacer esto. El magistrado no estaría complacido.

—No. Este caso es mío —se quejó Meriwether—. Prácticamente ha confesado el asesinato. Está cubierto con su sangre.

—Sangre vieja, a juzgar por el estado de sus rodillas —Gilbert hizo una mueca, metiendo la mano en otro bolsillo para sacar una carta de una semana de antigüedad—. Deberías leer esto también, antes de decir otra palabra que lo implique más.

Meriwether leyó la carta que Gilbert había recibido recientemente de Lord Carmichael y la señorita Berry, anunciando su inminente boda, y su solicitud de que Gilbert viniera a Londres para el anuncio la noche anterior. La lluvia había impedido que Gilbert llegara a Londres a tiempo.

—Lord Carmichael estaba enamorado de Angela Berry, y ella de él. No la mataría cuando estaba a punto de anunciar su matrimonio, de eso estoy seguro.

—Esto le da un motivo si ella lo rechazó —se jactó Meriwether—. Míralo.

—¿No leíste sus propias palabras en la carta?

—Cualquiera podría haberla escrito.

—Muéstrasela a su madre y que ella desmienta que es su letra.

Meriwether corrió hacia Lady Berry y le puso la carta frente a la cara. —¿Es esta la letra de su hija?

Lady Berry estaba sentada en las sombras, pero la doncella se apresuró a traerle un candelabro para que pudiera leer. Después de una larga espera, comenzó a asentir. —Esa es su caligrafía. La reconocería en cualquier parte.

Meriwether se dio la vuelta, frunciendo el ceño a la doncella.

Gilbert negó con la cabeza. —Se sabe que lo encontraron con el cuerpo y estaba casi

incoherente cuando lo interrogaron. Habría intentado reanimarla, por eso su ropa está manchada con su sangre, idiota.

—Estaba fría cuando la encontré —murmuró Carmichael, claramente con dolor, a juzgar por la naturaleza arrastrada de su habla—. Ni siquiera tuve la oportunidad de anunciar que nos casaríamos...

Carmichael sollozó y apartó el rostro de todos.

Meriwether se burló. —¿No es esa una historia conveniente?

—En realidad, nunca ha sido un buen mentiroso. *Yo* soy la razón por la que había retrasado el anuncio de que se casarían anoche. Me quería aquí, lo cual el magistrado también cree —le dijo Gilbert al tipo—. Ahora, tengo la aprobación de Bow Street para liberarlo, y tú puedes ir a perseguir a un criminal *de verdad* en cualquier otro caso que tengas entre manos. Has terminado aquí. Deja a los Runners atrás. Ahora están bajo mi mando.

—¡Malditas tonterías! Ustedes, bastardos con títulos, siempre se protegen entre sí —se quejó Meriwether mientras comenzaba a arreglarse la ropa. Se puso la arrugada chaqueta con furia, frunciendo el ceño como un trueno. Claramente, el hombre estaba descontento, pero eso era una lástima—. Hablaré con el magistrado sobre esto de inmediato.

—Bien. Él lo está esperando —le dijo Gilbert, contento de que el investigador se fuera.

Gilbert desató suavemente las ataduras de Carmichael, notando las marcas rojas que se habían formado alrededor de cada muñeca fuertemente atada. A Meriwether le resultaría difícil explicar al magistrado por qué había tratado a un par con tal desprecio.

—¿Carmichael?

Carmichael giró la cabeza, entrecerrando los ojos a través de su largo cabello.

—¿Qué te retrasó?

Gilbert le apartó el cabello, continuando evaluando el daño que los puños de Meriwether habían causado en su rostro. Hasta ahora, nada sugería que Carmichael quedaría con cicatrices.

—Los caminos desde Kent estaban embarrados —se disculpó—. Acababa de llegar a Londres cuando un Runner que conozco bien vino con la noticia de que te tenían como sospechoso de la muerte de la señorita Berry.

Carmichael se tocó cuidadosamente el labio partido con la manga de su camisa.

—Soy inocente, Sorenson.

—Te creo, pero Meriwether no te conoce como yo. Será reprendido por esto, te lo juro.

Pasó su brazo alrededor de Carmichael y lo ayudó a ponerse de pie. Carmichael estaba inestable y Gilbert lo sostuvo con firmeza.

—Vamos a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? Mi carruaje está esperando en el callejón para llevarte.

—Quiero ayudar a atrapar al asesino de Angela —protestó Carmichael.

—No estás en condiciones de hacer nada más que lo que yo diga, amigo mío. Cuando hayas descansado, hablaremos de nuevo. Bow Street me ha dado completa autonomía en el asunto. Me gustaría mantener esto en silencio por ahora, para proteger tu reputación y la de Bow Street. Te enviaré a mi casa, donde mi hombre atenderá tus heridas en privado. Tan pronto como termine aquí y ordene este lío, volveré a casa para tomar tu verdadera declaración y discutir lo que sucederá después.

Carmichael asintió, pero luego se giró. Miró al otro lado de la habitación donde Lady Berry observaba su lento progreso con ojos hinchados. Todavía tenía la carta de Carmichael y su hija apretada en la mano. Su expresión era decididamente avergonzada.

—Gracias por creer en mí —susurró Carmichael a Gilbert.

—No me agradezcas todavía —le advirtió. La vigilancia en Londres era un negocio impreciso en el mejor de los casos—. A Meriwether le gusta golpear a sus sospechosos para obtener confesiones, sean verdaderas o no. Aún podría causarte problemas.

Las reputaciones se hacían o se perdían debido a chismes dañinos, y la posición de Carmichael en la sociedad estaba ahora en peligro.

Lady Berry se irguió y le entregó la carta a Gilbert.

—Él dijo que tenía que ser él —susurró—. Dijo que no podía ser nadie más.

—La amaba —protestó Carmichael—. Íbamos a casarnos la próxima semana con una licencia especial e irnos a casa a Edenmere. Angela ya había elegido la habitación que sería la suya. Le juro que nunca podría hacerle daño —prometió Carmichael a la mujer mayor—. Descubriré quién nos arrebató a Angela aunque sea lo último que haga.

La mujer mayor pareció desplomarse de nuevo en el diván, cubriéndose el rostro mientras comenzaba a llorar otra vez. Gilbert intentó apresurar a Carmichael, pero el hombre apenas podía moverse.

—Sé gentil con ella —le suplicó Carmichael una vez que estuvieron a cierta distancia de Lady Berry—. Por muy espinosa que haya sido siempre conmigo, adoraba a Angela. Meriwether es un bastardo convincente. Casi creí sus argumentos yo mismo.

—No, no lo hiciste —discrepó Gilbert. Pero tendría que hacer algunas preguntas difíciles a ella y a todos en la casa de nuevo. No había forma de saber qué tipo de tonterías Meriwether había coaccionado al personal de la casa a decir para implicar a Carmichael. Llegar a la verdad podría llevar un tiempo.

Sacó a Carmichael por la puerta trasera y se detuvo para recuperar el aliento.

—¿Puedo ayudarlo, milord? —preguntó Davis, apresurándose hacia adelante.

—En efecto, puede —dijo mientras Davis se hacía cargo del peso extra de Carmichael—. Carmichael ha asistido a demasiadas cenas lujosas esta temporada.

—Para poder estar con Angela —añadió Carmichael con un gemido—. Cualquier excusa.

Las lágrimas fluían ahora de los ojos de Carmichael y se mezclaban con la sangre manchada en su rostro.

Aunque debería decir algo para consolar a su amigo en su dolor, no podía demorarse por simpatía o preocupación por su bienestar. Había una escena del crimen que inspeccionar antes de que alguien más perturbara la evidencia restante.

Subió a Carmichael al carruaje con la ayuda de Davis y lo envió por las calles tranquilas de Londres en el tráfico de la mañana temprano.

Gilbert miró alrededor y luego hacia arriba. La niebla se estaba disipando, pero las nubes en lo alto sugerían que el mal tiempo lo había seguido desde Kent. Pronto llovería si no se equivocaba.

—Te necesitaré conmigo en todo momento, para que no haya dudas de que mi lealtad es a la verdad —le dijo a Davis mientras se volvía hacia la casa nuevamente.

—Muy bien, milord —dijo Davis mientras se apresuraba para alcanzarlo—. Estaba ansioso por entrar desde el principio, pero Meriwether nos mantuvo a todos alejados.

Miró a Davis con sorpresa.

—¿Todos los Runners fueron mantenidos fuera?

—Sí, milord. Meriwether prefería trabajar solo en los interrogatorios, como siempre lo hace.

Gilbert maldijo por lo bajo. Golpear a un hombre para obtener una falsa confesión de

culpabilidad era aborrecible para él, y muy fácil de hacer sin testigos. Gracias a Dios que había llegado a tiempo para rescatar a Carmichael de las tácticas torpes de Meriwether.

—Así no es como se debe hacer. Serás testigo de cada entrevista de ahora en adelante para que la evidencia presentada ante el magistrado esté libre de reproches. Forma tus propias opiniones y discutiremos nuestras conclusiones en privado después. ¿De acuerdo?

—Suena justo —Davis frunció el ceño, sin embargo—. Lamento lo de Lord Carmichael, milord. No me pareció correcto la forma en que lo tenían retenido así, pero el señor Meriwether no escuchaba razones.

—Quería la condena, no la verdad —Gilbert entregó la última carta de Carmichael a Davis. El Runner tendría toda la información que Gilbert descubriera y ayudaría a difundir la palabra de que Carmichael había sido acusado injustamente y era un doliente maltratado, en caso de que surgiera algún chisme.

—Vaya, que me aspen —Davis asintió y devolvió la carta—. Eso es bastante claro para mí. La pobre mujer está por aquí.

Gilbert entró en el invernadero, notando que la habitación estaba bien iluminada y bastante concurrida. Había sofás con cojines, mesitas auxiliares y algunos libros esparcidos por la sala.

Bajó la mirada al suelo. Tal como Carmichael había insinuado en sus numerosas cartas sobre la mujer, Angela Berry había sido hermosa.

El cabello castaño rojizo oscuro se rizaba salvajemente alrededor de un rostro pálido y sin vida. La habían apuñalado en el pecho, un golpe que probablemente había atravesado su corazón. La muerte habría sido inevitable, si no instantánea, con una herida así.

—Hola, Angela —murmuró—. Lamento que nunca tuviéramos la oportunidad de conocernos.

Davis se acercó.

—¿Qué ha dicho, milord?

—Solo me estaba presentando a la víctima. Nunca tuve la ocasión de conocer a la difunta mientras vivía. Solía añadir algunas líneas a las cartas de Carmichael ocasionalmente, pero esa era la extensión de nuestra relación. Debería haber venido a Londres con más frecuencia este último año.

Davis emitió un sonido ambiguo.

Gilbert respiró hondo y luego se puso a trabajar, observando la disposición de sus extremidades, la ubicación de la herida y la sangre manchada a su alrededor en las baldosas indias.

—¿Leíste los informes iniciales?

—Sí, señor. La doncella los encontró juntos en el suelo, Lord Carmichael sosteniendo a la señorita en sus brazos. Pensó que había interrumpido un encuentro amoroso hasta que notó la sangre.

—¿Qué la trajo a esta parte de la casa en ese preciso momento?

—Un grito pidiendo ayuda.

—¿De quién?

—El informe no lo especificaba.

—Tendremos que interrogar a la doncella de nuevo y preguntar sobre el grito. —Se giró para mirar alrededor. Angela Berry había caído no muy lejos de la entrada. Podría haber estado esperando aquí a Carmichael, o quizás a alguien más.

Gilbert se alejó de la puerta y del cuerpo e investigó el perímetro de la habitación. Había un

estrecho sendero detrás de las palmeras en macetas que bordeaban las paredes. Era posible caminar completamente alrededor de la habitación detrás de ellas, descubrió. En el camino, probó cada cerrojo de ventana y puerta. El último panel de vidrio cedió con un suave empujón, revelando una salida oculta.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Davis mientras se unía a Gilbert. Se deslizó afuera y miró a izquierda y derecha—. Acceso a la calle y a los establos en la parte trasera.

—Supongo que Meriwether no descubrió esto.

—No miró a ningún otro lado que no fuera Lord Carmichael una vez que llegó. —Davis se rascó la cabeza—. En mi opinión, hay otros sospechosos, milord... si le interesa mi opinión.

—Me interesa, pero primero lo primero. Después de la doncella, dime con quién más podría haber hablado Meriwether. Necesitamos volver a entrevistar a todos sobre los movimientos de la señorita Berry desde el momento en que la encontraron hasta la última vez que la vieron con vida, para asegurarnos de que no hayan sido influenciados.

—Al menos una docena. Aunque hay un lacayo que está desaparecido.

—Necesitamos encontrarlo lo antes posible —dijo Gilbert, tomando notas para sí mismo en su libreta de bolsillo—. Dime qué más sabes.

—La señorita Berry fue vista con vida por última vez alrededor de las once de la noche pasada, durante el apogeo de las festividades del baile de su madre. Había treinta y tres miembros de la alta sociedad invitados, la mayoría presentes, y una docena de personal extra contratado para el evento.

Una horda de sospechosos, pero el equivocado detenido.

—Necesitaré la lista de invitados de Lady Berry lo antes posible. Tráeme a la doncella, y luego al ama de llaves y al mayordomo, por separado.

—Como usted diga. —Davis se irguió—. Es bueno tener de vuelta a un investigador competente en Londres, milord.

—Gracias, pero no estoy nada contento con esto. —Negó con la cabeza y volvió a mirar a la fallecida—. Vine para una boda, no para un funeral.

CAPÍTULO 2



Salón de baile de Almack's

Anna Beasley se abanicó el rostro acalorado mientras era conducida fuera de la pista de baile de Almack's del brazo de un caballero con armadura reluciente.

—Gracias por el baile, señorita Beasley —murmuró Lord Wade a través de la rendija de su visera.

Anna hizo todo lo posible por ignorar el horrible ruido metálico que hacía su armadura mientras la llevaba de vuelta junto a su padre y le ofrecía una reverencia superficial, probablemente porque no podía inclinarse más. Bailar con armadura no había sido fácil para él, y ella volvió a preguntarse por qué la había invitado a bailar en primer lugar.

—Oh, no. Gracias a usted, milord.

Lord Wade, un vizconde de modesta fortuna y hablar franco, quizás no era la pareja que otras damas hubieran deseado, pero contaba con la aprobación de las anfitrionas de Almack's y eso era suficiente para satisfacer a Anna. Además, no era como si alguien más la hubiera invitado a bailar esa noche. Se le estaba acabando el tiempo para impresionar, y no podía soportar pasar otra noche como una flor de pared, así que había aceptado sin dudarlo.

—Lo pasé de maravilla —le prometió.

Anna ajustó las correas que sostenían su pesado arco y flechas en una mejor posición sobre su hombro y sonrió cálidamente al vizconde. Bailar así de cargada tampoco había sido fácil para ella. ¿Por qué no se había puesto simplemente una máscara como le había sugerido su amiga Portia? Algo sin armas quizás habría parecido menos amenazante también.

Lord Wade asintió cortésmente a su padre y la soltó. El hierro chirrió cuando se giró torpemente para mirar en otra dirección, y luego se alejó ruidosamente entre la multitud. Anna esperaba que Lord Wade se marchara temprano esa noche, solo para que pudiera librarse del peso de la pesada armadura lo antes posible.

Anna también deseaba liberarse. Tenía la esperanza de que pronto se anunciara la cena, porque solo entonces podría despojarse de las armas de su disfraz con la bendición de las anfitrionas.

—¿Fue terrible? —preguntó la señorita Portia Hayes en un susurro mientras se apresuraba a unirse a Anna. La señorita Hayes, vestida toda de blanco, llevaba un arpa sobre la cadera que rasgueaba suavemente mientras esperaba la respuesta de Anna.

—Por supuesto que no —aseguró Anna, alisando su chaleco verde bosque sobre su vestido

de tono similar. Se suponía que era la dama de un leñador, rústica y salvaje. Anna no había sido lo suficientemente valiente como para dejar su cabello oscuro suelto en público, así que su doncella lo había trenzado de modo que la larga cuerda de su longitud caía sobre su hombro. Seguramente alguien la encontraría atractiva con este disfraz y vería más allá de sus habituales sonrojos para ver a la mujer en su interior.

Jugueteó con la larga trenza y la acomodó de nuevo.

—Lord Wade es un compañero de baile competente, incluso con armadura.

—Sabes a lo que me refiero —Portia la miró con una mirada conocedora.

Desafortunadamente, Anna lo sabía, recordando conversaciones pasadas con el vizconde que la habían incomodado por su franqueza. Dada su falta de otros compañeros de baile, Anna se había resignado a más de eso y estaba decidida a pasar por alto cualquier cosa impropia que dijera. Lord Wade nunca había dicho nada verdaderamente fuera de lugar todavía. Nada que ella misma no hubiera pensado, en realidad, pero que nunca diría en voz alta. Simplemente no era político hablar con la mente cuando esperabas atrapar al tipo adecuado de marido. Amable, apuesto y suficientemente acomodado.

—No me dijo nada impropio.

—Me pone la piel de gallina cada vez que me mira —se quejó Portia.

Anna había escuchado esa afirmación muchas veces de Portia. Era una heredera con una gran creencia en su propio valor. Anna no tenía la confianza para negarse a bailar con nadie. Portia incluso creía que la inclusión de Lord Wade en las invitaciones para asistir a Almack's por parte de las anfitrionas era un error escandaloso.

A veces, Anna temía que su propia inclusión fuera un error también. Pero tenía una partidaria en el *ton*, una mentora muy valiosa para una chica sin madre en busca de un marido adecuado, y con otro cumpleaños acercándose rápidamente, Anna necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Su vigésimo año, y el espectro de la soltería, no era nada para celebrar y todo para temer.

—Creo que están a punto de anunciar la cena —susurró Anna para cambiar de tema.

—Creo que tienes razón —asintió Portia, mirando a su alrededor con una sonrisa serena—. ¿Has visto a Lord Carmichael esta noche?

—Nunca lo admitirían —advirtió Anna. Lord Carmichael, el horrible Price Wagstaff, era el ahijado de su padre, y un demonio cuando se trataba de romper los corazones de las damas, había aprendido.

—¿Bajamos a cenar, hija? —preguntó su padre.

—Sí, por supuesto —dijo obedientemente. Miró a Portia—. ¿No deberías volver con tus padres también?

—Supongo que debo hacerlo —dijo Portia, suspirando. Los padres de Portia se comportaban de manera extraña para ser acompañantes, de pie a al menos diez pies de distancia, dando la espalda a su hija. Portia apretó rápidamente sus dedos—. ¿Asistirás al baile de los Williamson el viernes?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Anna, reteniendo a su padre un momento—. He estado esperando el baile desde que supe que había llegado nuestra invitación. ¿Tú también estarás allí?

—Claro. Llevaré mi nuevo vestido de seda azul. Tú deberías llevar tu muselina rosa —Portia agitó los dedos y finalmente se fue a reunirse con sus padres.

Su padre chasqueó la lengua en señal de desaprobación ante el consejo de despedida de Portia y llevó a Anna hacia la gran escalera de piedra de Almack's.

—Usa lo que quieras para el baile, hija.

Anna rio suavemente.

—Ya había decidido ponerme el rosa, pero es bueno saber que la señorita Hayes llevará otro color.

No había nada peor que parecer imitar a una amiga cercana.

Descendieron a la planta baja, dejaron sus armas con un lacayo para recogerlas más tarde y se deslizaron en el salón comedor. Encontraron la única mesa vacante, junto a una alta columna dorada, y pronto tenían té y un plato de pequeños sándwiches dispuestos frente a cada uno. No es que Anna tuviera particularmente hambre, asistir a Almack's siempre la ponía demasiado nerviosa para comer, pero tenía sed y sus pies doloridos agradecían el descanso.

Su padre miró los platos con expresión afligida. —Supongo que uno debe asumir el gasto de asistir, pero siempre es una oferta tan pobre en la cena, ¿no es así?

Anna simpatizó con él. La comida no era mejor que la que se podía tener en casa, pero había muy poca. Se acercó más a él. —¿Recordaste comer antes de salir de casa?

—Desafortunadamente, no encontré el tiempo. —Padre la miró de reojo—. Bailaste muy bien esta noche con Lord Wade.

—Gracias.

Su frente se arrugó. —¿No es esta la quinta noche que bailas con él en tantas semanas?

—La sexta.

Padre hizo un pequeño sonido mientras mordía un sándwich, algo que podría haber sido aprobación o quizás simplemente hambre saciada al fin. —No habrás puesto tu corazón en una oferta de matrimonio de su parte, ¿verdad?

—¡Padre!

Anna miró alrededor con culpabilidad, esperando que nadie hubiera escuchado su pregunta. Era una cosa hablar de pretendientes en la privacidad del hogar, pero otra completamente distinta discutir el asunto donde cualquiera pudiera oír.

Parecía que nadie cercano los había escuchado, pero su mentora, Lady Scott, una viuda y estricta en cuanto a la propiedad, los observaba desde el otro lado de la sala. Anna le sonrió rápidamente. —Lady Scott está aquí —susurró.

Él asintió. —Siempre lo está.

—Espero tener la oportunidad de hablar con ella esta noche.

Padre entrecerró los ojos mirando a la mujer. —¿Por qué razón?

—Nada demasiado importante, lo prometo. —Quería preguntarle a Lady Scott sobre la situación de Lord Wade. Lady Scott lo sabía todo sobre todos, lo cual había resultado muy útil hasta ahora esta temporada.

Su padre sacudió la cabeza y reanudó su comida.

Justo cuando empezaba a sentirse cómoda, una sombra se cernió sobre ellos.

—Ah, señorita Beasley —se burló una familiar voz masculina—. Pensé que había visto su rubor como un faro guiándome a través del comedor.

Anna levantó la mirada, horrorizada por su apariencia. Carmichael había estado peleando en el club de Gentleman Jackson de nuevo, y claramente no había sido el ganador esta vez. Su labio inferior tenía un corte en proceso de curación y había un moretón amarillento alrededor de un ojo. —¿Qué estás haciendo en Almack's?

—¿Por qué no debería estar aquí? —Soltó una carcajada y se volvió para saludar a su sonriente padre—. Tengo tanto derecho como cualquiera, ¿no cree, señor?

El Conde de Carmichael era bastante indigno de pisar estos sagrados salones, estaba segura.

Anna lo conocía, lo había soportado, desde que sus padres los habían forzado a estar en estrecha proximidad cuando eran niños, y había aguantado su compañía estoicamente en todas y cada una de las ocasiones desde que había hecho su presentación en sociedad.

Padre, desafortunadamente, amaba a Carmichael como al hijo que nunca tuvo. No diría nada sobre su regreso a pelear en el club de Gentleman Jackson, incluso si Carmichael había prometido que nunca lo haría de nuevo. —Ahí estás, muchacho. Confío en que no tuviste problemas cuando te presentaste esta noche.

—Ninguno en absoluto, y gracias por su ayuda al solicitar a las patronas. —Carmichael echó un vistazo al comedor, su expresión aburrida—. No es exactamente como lo imaginaba.

—Te advertí que podrías sentirte decepcionado, muchacho —dijo Padre con una suave risa —. Mejor entretenimiento en el ring que aquí.

Anna miró entre Padre y Carmichael, sorprendida de que su padre realmente ayudara al conde a obtener entrada a Almack's. Vaya, los cimientos de la sociedad debían estar desmoronándose bajo sus pies. —Creí que habías dicho que odiabas la mera idea de asistir a Almack's.

—Estabas mal informada. —La expresión de Carmichael se oscureció por un momento—. Oh, y aquí está el amigo del que le hablaba ayer, Sr. Beasley. ¿Puedo presentarle a Gilbert Bowen, Conde de Sorenson?

Padre se puso de pie, dejando a Anna sentada a la mesa con su té enfriándose mientras era presentado a un Lord Sorenson de Kent. Había oído ese nombre antes. La reputación del hombre mayor lo precedía, y no le interesaba ser presentada a un conocido sinvergüenza.

—¿Puedo ofrecer mis condolencias por el fallecimiento de su padre y su ascenso al título?

—Gracias, Sr. Beasley —murmuró Lord Sorenson con una voz que sonaba un poco más joven y vibrante de lo que ella había esperado.

Anna se quedó inmóvil. No sabía que el título de Sorenson había pasado a un hijo. Aparentemente, había algunas cosas que Lady Scott no le había contado.

Pero los amigos de Carmichael eran en general un grupo revoltoso y atrevido, la mayoría con un conocido desinterés en buscar el matrimonio, pero que de buena gana perseguirían a cualquier dama con faldas. La manzana no cae lejos del árbol.

A pesar de saber que su interés sería infructuoso, giró ligeramente la cabeza para vislumbrar discretamente al recién llegado.

Casi fuera de su campo de visión, el amigo de Carmichael parecía estar vestido con ajustados pantalones de cuero color canela, un jubón verde mar y, para su sorpresa, llevaba un arco y un carcaj con flechas atados a su espalda, justo como ella había llevado antes.

Él se movió ligeramente, y de repente pudo ver a Lord Sorenson muy claramente. Era joven, quizás incluso más joven que Carmichael, y apuesto de una manera severa. El amigo de Carmichael no era solo apuesto, era absolutamente devastador.

Pecaminoso.

Su cabello, lo suficientemente largo como para rozar el cuello de su camisa blanca y crujiente, era del color de un atardecer furioso, sus ojos de un tono inusualmente brillante de verde exactamente del mismo tono que su propio disfraz. De repente se rio, revelando dientes blancos y parejos y una sonrisa perversamente invitadora que debía encantar a cada mujer que conocía.

Anna casi se desmayó cuando él frunció los labios al momento siguiente.

Se volvió rápidamente hacia su plato, de repente sintiéndose demasiado acalorada como para que incluso un abanico le hiciera algún bien. Lo alcanzó de todos modos y se abanicó la cara.

—Anna, mi querida niña. Perdóname. ¿Dónde tengo la cabeza esta noche? —Padre tomó su mano y la levantó sobre piernas temblorosas—. Lord Sorenson, ¿puedo presentarle a mi única hija, Anna?

Anna levantó los ojos lentamente y se estremeció de nuevo bajo la fuerza de la perversa mirada del conde.

—Un placer conocerla, señorita Beasley —dijo Lord Sorenson después de una breve pausa.

Su voz profunda le provocó una oleada de placer por toda la piel. Tenía una voz oscura, cuyo tono la hacía estremecer.

El rubor que nunca parecía desaparecer ante los hombres apuestos se intensificó, y ella bajó la mirada rápidamente. Este era un hombre al que no debía alentar si quería mantener intacta su virtud. —Mi lord —logró decir antes de quedarse completamente sin palabras.

Carmichael le dio un codazo en el hombro. —Lord Sorenson es bastante nuevo en la ciudad, Anna, y no tiene idea de la diversión que se ha estado perdiendo todos estos años —declaró—. ¿Puedes creer que una vez fue un aburrido vicario?

Anna miró a Lord Sorenson rápidamente. Él *no* podía ser un vicario. No con ese aspecto ni esa voz. —No.

—Todo es cierto, lo juro —prometió Lord Sorenson, con una expresión divertida ante su negación.

La piel de Anna se calentó aún más y volvió a bajar la mirada.

—Sorenson ha estado recluido en el campo durante demasiado tiempo. Pienso mostrarle las cuerdas de la ciudad y educarlo sobre los placeres que se pueden encontrar aquí. Estoy seguro de que lo verás mucho en las próximas semanas.

Como mucho, probablemente vería su espalda mientras se escabullía para seducir a alguna mujer atrevida y tonta. Carmichael era notorio por mostrar a sus amigos un muy buen momento en la capital. Tomaría a Lord Sorenson bajo su ala y lo llevaría a lugares que Anna nunca debería conocer. El pobre Lord Sorenson no tendría ninguna oportunidad de evitar la corrupción y el vicio durante su visita. Incluso una semana en compañía de Carmichael era suficiente para arruinarlo.

—¿Se quedará mucho tiempo en Londres?

Esperaba que no, por su propio bien.

—No toda la temporada. Debo quedarme el tiempo que sea necesario, por negocios, antes de regresar a Kent para el verano, sin importar las travesuras que mi viejo amigo esté planeando para mí —prometió Lord Sorenson con una mirada altiva hacia Carmichael. La miró de nuevo y su sonrisa regresó—. ¿Cómo está disfrutando la temporada, señorita Beasley?

Su cuerpo parecía temblar con cada palabra que Lord Sorenson pronunciaba. Se tomó un momento para recomponerse antes de responder.

—Muy bien, gracias. Mis amigas y yo esperamos verlo en futuros eventos.

¿Había sido demasiado atrevida? Esperaba que no.

Miró rápidamente a Carmichael. —¿Por casualidad has visto a la señorita Berry esta noche?

Carmichael palideció.

—¿Quién? —preguntó Lord Sorenson.

—Es una muy buena amiga mía. —Miró a Carmichael expectante. Había estado coqueteando con Angela durante semanas y meses. Anna esperaba el anuncio de un compromiso cualquier día

de estos, o escuchar que le había roto el corazón a Angela.

—No la he visto —murmuró Carmichael—. Ahora que las presentaciones se han completado, será mejor que regresemos al salón de baile —anunció de repente—. Sorenson ha prometido bailar con la señorita Hayes en el próximo set después de la cena.

—Por favor, discúlpenos —murmuró Lord Sorenson, pero le lanzó una última sonrisa a Anna antes de seguir a Carmichael.

Anna dejó escapar un suspiro tembloroso mientras los veía alejarse, su estómago se retorcía de celos y anhelo. Portia Hayes sería justo lo que Lord Sorenson podría gustar. Atrevida. Audaz. Coqueta. Anna no era para nada así. No tenía el don de hacer voltear las cabezas como podían hacerlo sus amigas.

La pareja salió del comedor lado a lado, abriéndose un amplio camino ante ellos mientras se dirigían hacia la escalera.

Un poco desanimada ahora, Anna se sentó de nuevo y terminó su té frío en silencio. Algunas noches se sentía muy insignificante en comparación con otras en el mercado matrimonial. Tenía una dote, pero era una suma modesta. Su familia estaba lejanamente emparentada con el Conde de Windermere, lo que significaba que podía contar con ser invitada a los eventos más importantes del *ton*.

Pero su tarjeta de baile estaba vacía más a menudo que no.

Eso era enteramente su culpa. Sonrojarse en cada presentación tendía a ser desalentador para muchos caballeros.

Una pequeña campana sonó, señalando el final de la cena y el comienzo de la siguiente ronda de baile. Aunque no le habían pedido bailar otro set esta noche, observaría y se consolaría disfrutando de la música.

—Debo hacerlo mejor —se dijo en un susurro, lanzando una mirada alrededor a todos los caballeros solteros que pasaban junto a ella sin mirarla dos veces.

Aunque sus posibilidades de impresionar a alguien esta noche eran escasas, cuadró los hombros y siguió a su padre para recoger las piezas de su disfraz.

CAPÍTULO 3

—Lo peor ya pasó —Gilbert le puso una copa de oporto en la mano a Lord Carmichael, estudiando con preocupación el rostro pálido de su amigo. Sus heridas sanaban lentamente; el corte en su labio ya no sangraba y los moretones en su cuerpo se estaban desvaneciendo. Pero las heridas en su corazón tardarían mucho más en sanar.

Había sido una noche terrible para Carmichael, un hombre que debería haber estado de luto por la pérdida de un ser querido en lugar de coquetear toda la noche con las jóvenes damas que asistían a las Salas de Asamblea de Almack's.

Gilbert lo había obligado despiadadamente a volver a la sociedad para atrapar a un asesino porque no tenía otra opción. Todos los sirvientes de la casa Berry, excepto uno, habían sido descartados como sospechosos. Bow Street quería una captura rápida del asesino de la señorita Berry, y la mejor manera de recopilar evidencia discretamente era hablar con cada invitado que había asistido al baile de los Berry.

Gilbert había trabajado con Bow Street muchas veces antes, y también había cazado villanos como vicario, ganándose el respeto y la gratitud de Bow Street en el proceso. Cuando Gilbert había asumido el título de su padre en Navidad después de su repentino fallecimiento, esperaba dejar atrás su vida anterior como investigador. Su presa entonces había sido principalmente la escoria local y los marginados.

Carmichael sacudió su cabeza oscura y se acomodó con un gemido en el sofá de cuero del desordenado salón del piso superior de Gilbert. Había mantenido esta casa en Londres durante años, siendo un residente poco frecuente. Gilbert rara vez había necesitado visitar Londres más que unas pocas veces al año.

Los ojos azul pálido de Carmichael estaban vidriosos, brillantes con lágrimas contenidas cuando finalmente miró a Gilbert. —¿Cómo puedes decir que lo peor ya pasó? Angela está muerta, y me obligaste a fingir que no me importaba en lo más mínimo su paradero cada vez que su nombre surgía en la conversación esta noche.

Gilbert intercambió una mirada con Davis, quien se apoyaba en el marco de la puerta, aparentemente listo para absorber cada palabra que decían, como era su derecho. Sin embargo, no necesitaba ver a Carmichael romper en llanto de nuevo. —Si pudieras dejarnos ahora.

—Veré si hay alguna noticia sobre el lacayo —sugirió el hombre antes de salir con paso tranquilo.

—Me cae mejor que Meriwether —murmuró Carmichael.

—Meriwether ya no está involucrado en esta investigación —prometió Gilbert.

Meriwether estaba en problemas con Bow Street por su comportamiento hacia Carmichael, un par y hombre comprometido, y le habían asignado un nuevo caso y un compañero sensato con quien trabajar. El investigador londinense era demasiado impaciente para ser justo, y ya no era tomado en serio por quienes importaban. Acusaría primero y absolvería después, pero para entonces, el daño irreparable ya estaría hecho a las reputaciones.

Meriwether era como un elefante en una cacharrería; no le gustaría nada más que decirle a la sociedad que estaba tras la pista de un asesino solo para regodearse en su gratitud.

Carmichael se frotó los ojos mientras el cansancio se apoderaba de él.

—Entiendo que es difícil ocultar la verdad a tantos conocidos, pero para tener éxito, debemos actuar como si nada estuviera mal —prometió Gilbert, resignado a la necesidad de engañar a todos un poco más.

—*Todo* está mal —Carmichael se bebió la copa de un trago y luego se levantó abruptamente —. Podría haber hablado con el asesino de Angela esta noche y aun así nunca lo hubiera sabido.

—Es posible —concedió Gilbert mientras Carmichael caminaba por la habitación—. Y sin embargo, es completamente plausible que su muerte no tuviera nada que ver contigo ni con nadie relacionado contigo en la *ton*. Mis hombres están buscando por la ciudad al lacayo desaparecido de Lady Berry, y lo interrogaremos una vez que esté bajo mi custodia. No dudes que llegaremos a la verdad.

—No puedo creer que su muerte fuera un acto de violencia de un simple sirviente. No tiene sentido. Ella era generosa y amable con todos. Pero murió viniendo a reunirse *conmigo*, y ahora hemos descubierto que otras dos jóvenes que me conocían murieron durante la última temporada en circunstancias igualmente sospechosas.

—Si continúas difundiendo esta nueva teoría tuya, podrías volver a ser sospechoso. Davis es un hombre justo, pero otros podrían no serlo. Estoy tratando de ayudarte, así que escúchame con mucha atención. No eres culpable de la muerte de Angela, ni de la muerte de ninguna otra dama. Bailas con muchas mujeres. Hablas con ellas. No todas están muertas.

—¡Besé a todas las que están muertas! —exclamó Carmichael.

Gilbert suspiró, cruzó la habitación hacia Carmichael y, después de pasar un brazo alrededor de sus hombros, lo llevó de vuelta a la silla que había dejado vacante. Carmichael había tenido en el pasado la reputación de robar besos a las debutantes recién llegadas a la ciudad, pero a Gilbert le costaba creer que alguna vez pudiera ser el motivo de una serie de asesinatos tan violentos, si es que existía. Carmichael necesitaba calmarse antes de que alguien no tan sensato lo escuchara.

—Sé que estas muertes, particularmente la de ella, son difíciles para ti y te hacen sentir una culpa fuera de lugar, pero debes dejar de lado tu naturaleza suspicaz y concentrarte en los hechos. Encontraremos juntos al asesino de la señorita Berry, y no descansaremos hasta obtener una condena. Necesito tu ayuda. Todavía no tengo las conexiones adecuadas para avanzar por mi cuenta. Necesito interrogar a la gente sin que nadie se dé cuenta de que lo estoy haciendo. Te necesito a mi lado.

—¿Así es como atrapaste finalmente al asesino de Jane Peabody? ¿Molestando a buenas personas día y noche?

Como siempre, el estómago de Gilbert se contrajo de odio cuando recordó al primer asesino que había perseguido y capturado: una mujer que había acechado a otra joven en su parroquia y la había alejado de la protección de su familia para matarla. Gilbert había conocido bastante bien

a ambas chicas por su asistencia a los servicios. La desaparición había conmocionado a sus feligreses; el descubrimiento del cuerpo roto de Jane Peabody en una colina azotada por el viento sobre el pueblo los había enfurecido, volviendo amigo contra amigo. Gilbert había ido de puerta en puerta, esforzándose por restaurar la paz, y descubrió por accidente que tenía un don para descubrir verdades ocultas. La chica había sido asesinada por una rival celosa.

—Fui más discreto que eso.

Llevar al asesino de Jane Peabody ante la justicia había sido solo brevemente satisfactorio.

Había visto las señales de envidia que la otra chica sentía hacia su víctima, pero como todos los demás, las había descartado inicialmente como poco importantes. Gilbert sabía exactamente cómo se sentía Carmichael de impotente en este momento. Él también se había culpado a sí mismo.

—Alguien sabe o sospecha en el fondo que el culpable no está del todo bien. Siempre lo hacen en cierto nivel. Solo tenemos que hacer las preguntas correctas a las personas adecuadas.

—Me pregunto si no te equivocaste de vocación. No deberías haber pasado tantos años dando sermones cuando hay monstruos sueltos que atrapar aquí en Londres.

Gilbert se encogió de hombros. Si se hubiera quedado en Londres, podría haberse convertido en un libertino degenerado, persiguiendo mujeres y apostando grandes sumas cada noche como su padre. Estaba agradecido de que su progenitor hubiera sido un hombre terrible, apostando y frecuentando prostitutas durante la mayor parte de la vida de Gilbert. El vicio y la corrupción habían sido sus elementos naturales. Su mal ejemplo había encaminado a Gilbert por un sendero mejor y lo había orientado hacia una profesión y una vida de las que estaba orgulloso. —Elegí bien mi profesión. La resolución de crímenes nació del deseo de ayudar a otros. Una extensión de mi vida en la iglesia.

Carmichael lo miró con los ojos entrecerrados. —Seguramente el ejército era una carrera más atractiva para el único hijo de un conde que la iglesia.

—Ya hemos hablado de esto una docena de veces —Gilbert le sirvió otra copa a Carmichael y se la entregó—. Podría haberlo sido si no hubiera sido hijo único. Mi padre me prohibió servir a mi país.

—No podía imaginarte como vicario hasta el momento en que te escuché sermonear sobre los males de la ociosidad y el vicio el año pasado.

A Gilbert había llegado a gustarle mucho su vida como vicario rural, salvo por la llamada a investigar alguna que otra tragedia. De otro modo, la suya había sido una vida tranquila de introspección y reuniones educadas, bastante en contraste con su nueva vida en Kent, donde le aguardaban todo tipo de tentaciones. Su padre había mantenido casi un harén de mujeres ociosas en la finca. Le había llevado todo el primer mes empacar sus pertenencias y lograr que se marcharan.

—Escribí ese sermón pensando específicamente en ti —bromeó Gilbert con una risa.

—Ese era el antiguo yo —prometió Carmichael con pesadumbre.

—Eso eres tú de pies a cabeza incluso ahora —aseguró Gilbert—. Enamorarte de Angela Berry no te cambió tanto por lo que puedo ver. Necesito que te comportes como siempre lo habrías hecho antes de su muerte. Nadie debe saber que estás desconsolado por esta pérdida.

Carmichael se bebió su copa de un trago. —Beasley sabe que algo anda mal. Pude verlo en sus ojos esta noche cuando hablamos.

Gilbert se inclinó hacia adelante, ansioso por saber más sobre los Beasley. Cualquiera relacionado con Angela Berry era sospechoso hasta que se demostrara lo contrario. —¿Le dirá

algo a su hija?

—No, pero Anna y Angela eran cercanas. Habían estado cuchicheando entre ellas sobre mí durante semanas.

La callada Anna Beasley difícilmente parecía el tipo de chica que sería amiga de una dama extrovertida como se decía que era Angela Berry, o que cotillearía. —¿Cómo sabes que la señorita Beasley hablaba de ti con Angela?

—Angela me reprendió por burlarme de Anna hace poco. Dijo que debía madurar y dejar de ser malo con ella. Un "monstruo", y eso es lo que Anna siempre decía que yo era para ella cuando éramos jóvenes.

Recordó a la chica a la que le habían presentado esa noche. Anna Beasley parecía muy tímida a primera vista. Al recordar la forma en que lo miraba de reojo, con ojos oscuros y dulces que lo atraían, se encontró sonriendo sin motivo aparente. —¿Por qué demonios serías malo con la señorita Beasley?

—Costumbre —Carmichael hizo una mueca—. Éramos niños cuando nos conocimos. Nuestros padres planeaban un matrimonio entre nosotros. Yo protesté con bastante vehemencia contra la idea. También me aseguré de que Anna buscara en otra parte un potencial marido cuando debutara. Afortunadamente, se tomó cada comentario a pecho y no confía en mí ni siquiera ahora.

Gilbert negó con la cabeza. —De todos modos, nunca servirías para ella.

Carmichael finalmente se rio. —Hablas como un hombre que no pudo dejar de lanzarle miradas furtivas toda la noche. Si no supiera que estás buscando a un asesino, diría que has sido fulminado por la lujuria instantánea.

—No seas ridículo —Gilbert frunció el ceño, a pesar de saber que no había podido dejar de mirar a la joven incluso antes de que se los presentaran—. Estoy comprometido a encontrar al asesino de la señorita Berry.

Dada la hora tardía en que los presentaron, la señorita Beasley no habría tenido espacio en su carné de baile para él de todos modos, así que no había arriesgado un rechazo al pedirle que bailara. —Simplemente estaba interesado en su disfraz y trataba de averiguar cómo lograba parecer tan grácil con un arco atado a la espalda. El mío fue una maldita molestia de llevar toda la noche. ¿Por qué diablos lo elegiste para mí?

—Parecía apropiado, dado que estamos de cacería juntos —Carmichael lo miró de cerca—. ¿Estás seguro de que ese es el alcance de tu interés en ella? Te advierto, su disfraz era completamente preciso. Definitivamente está cazando un marido esta temporada. Su padre no puede dejar de mencionarlo.

—Entendido —Gilbert se frotó la frente. No estaba acostumbrado a los horarios que mantenían los londinenses y de repente su cama lo llamaba—. Estoy aquí para atrapar a un asesino, no para encontrar esposa.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Carmichael. —Anna no es mala persona, a pesar de que se sonroja todo el tiempo.

—Me di cuenta de eso.

—Todo el mundo nota eso primero, y me temo que ahuyenta a innumerables muchachos —Carmichael frunció el ceño de nuevo—. Sin embargo, sería una excusa creíble para ti, que buscas una novia y le prestas atención especial a Anna. Ella tiene muchas amigas en común con Angela y esas otras chicas asesinadas.

—No la usaría a ella, ni a nadie, de esa manera —advirtió.

Carmichael bajó la mirada a sus manos. —Angela y yo hicimos un pacto el año pasado: fingir interés el uno por el otro para callar a su madre durante esta temporada.

—Sé que te sientes culpable por haber esperado tanto para pedir su mano —dijo Gilbert con suavidad.

—Debí haber preguntado después de nuestro primer beso —Carmichael entrecerró los ojos mirándolo—. No tendría que ser un cortejo exitoso entre tú y Anna. Solo lo suficiente para convencer a los demás de que estás evaluando el terreno. Anna es bastante tímida, pero colaboraría con el engaño por una buena causa. Si me dejas explicarle a su padre lo que estamos haciendo, estoy seguro de que nos ayudaría también.

Gilbert se rio.

—¿No sería mejor si *tú* fueras quien cortejara a la señorita Beasley, ya que su padre desea una unión entre ustedes?

—¿Y ponerla en peligro? —Carmichael hizo una mueca—. No. Además, nadie creería que ella me aceptaría. No con nuestra historia. Tienes que ser tú.

Gilbert se aferró a sus principios. Un falso cortejo sería cruel para Anna Beasley... aún más si ella supiera la dirección que habían tomado sus pensamientos al mirarla la noche anterior. Si ella tenía algún pretendiente en mente para marido, un falso cortejo podría perjudicar sus posibilidades de recibir una propuesta genuina.

—No. No se lo haré a ella.

—Vamos, hombre. Eres un desconocido, y quién sabe cuánto tiempo la excusa de estar en Londres por "un asunto de negocios" seguirá siendo convincente. Además, si se cree que estás cortejando a Anna, será más fácil vigilarla a ella y a otras jóvenes sin que accidentalmente termines atado de verdad.

Carmichael tenía razón, solo *si* su descabellada teoría tenía algo de verdad. Si las sospechas de Carmichael eran reales de alguna manera, solo unas pocas damas podrían estar en peligro, aquellas con un interés romántico en el propio Carmichael. Anna Beasley ciertamente podría estar en riesgo por asociación, pero solo si la culpa no estaba haciendo que Carmichael asumiera conexiones que no existían.

Aun así, no descartaría por completo el motivo que Carmichael atribuía al asesino. Investigaría primero y lo descartaría después.

—Piénsalo —insistió Carmichael—. Ella no carece totalmente de razón, y tendremos que contarle pronto lo que le sucedió a Angela Berry.

Gilbert negó con la cabeza.

—Absolutamente fuera de discusión. Aún no. Dices que era cercana a Angela. ¿Has considerado que podría conocer también al asesino?

Carmichael palideció.

—Mantenerla en la oscuridad es mejor protección —prometió Gilbert—. Podemos interrogarla discretamente y ese será el fin de su participación en el caso.

—Entonces, antes de que lo olvide, debería darte esto —Carmichael sacó una carta—. Necesitas una razón para estar en el baile del viernes por la noche. Lady Williamson está sin aliento de anticipación por tu asistencia en su salón de baile. Recuerda a tu padre con cariño y no puede esperar para reencontrarse con su apuesto hijo. Sus palabras, no mías. Asegúrate de invitarla a bailar como pago por incluirte con tan poca antelación.

—Gracias, creo —Gilbert levantó la mirada justo cuando Davis apareció en la puerta. El agente asintió y desapareció de nuevo. Su presa había sido capturada. Gilbert se puso de pie. El

deber llamaba.

Carmichael también se levantó, pasándose la mano por el cabello.

—Quiero que esto termine.

Gilbert le puso una mano en el hombro a Carmichael.

—Deberías descansar un poco. ¿Quieres quedarte otra vez?

Carmichael ya no dormía en su propia cama. La única forma en que parecía poder descansar era bebiendo en exceso en su estudio o durmiendo aquí en la casa de Gilbert. Gilbert prefería lo último y no le molestaba la compañía.

Carmichael asintió.

—El hogar parece muy vacío últimamente.

Carmichael vivía solo, a excepción de sus sirvientes. Gilbert también, de hecho. Era mejor que se quedara a pasar la noche.

—La habitación de invitados está preparada y esperándote como siempre —prometió—. Enviaré a mi hombre a buscarte ropa limpia de nuevo para mañana.

—Gracias, amigo mío. Realmente no sé qué haría sin tu apoyo.

—No es nada. Estoy feliz de ayudar —prometió—. Vete ya, y pide el desayuno cuando despiertes.

De repente, Carmichael hizo una mueca.

—Le gustas.

—¿Quién?

—Anna, por supuesto —la sonrisa de Carmichael se volvió astuta—. Ese sonrojo suyo siempre delata lo que siente.

—Ve a la cama, Carmichael. Tu cansancio te está haciendo delirar.

Carmichael rio suavemente.

—Sé lo que vi escrito en sus rostros —prometió—. Cuanto antes lo admitas, mejor para mí.

Gilbert no creía en el amor a primera vista. Pero sabía que la atracción instantánea era muy real. Apartó el deseo de compañía. Habría tiempo para considerar a Anna Beasley más tarde.

Tan pronto como ya no se pudo escuchar a Carmichael en las escaleras, Gilbert se deslizó hacia la bodega.

Davis estaba esperando, con un par de hombres corpulentos a sus espaldas.

—Tan descarado como el latón, este. Se acercó contoneándose a la puerta de la cocina de los Berry con un resorte en su paso —dijo.

—Confiado —murmuró. O inocente. Solo haciendo las preguntas correctas lo diría—. Bien.

Davis se volvió para dar la orden y sus hombres se hicieron a un lado.

Gilbert entró en la bodega, con Davis pisándole los talones.

—Señor Toombs.

El lacayo de cabello pálido dejó de caminar de un lado a otro y volvió sus ojos ardientes hacia él.

—¿Con qué derecho me retiene aquí?

—Soy Lord Sorenson, y estoy comisionado por Bow Street para investigar un crimen cometido en la residencia de su empleador la noche del cinco de mayo —tomó asiento frente a Toombs, notando que el hombre mostraba signos inmediatos de preocupación por su empleador —. Mi primera pregunta, ¿dónde ha estado, señor Toombs?

El lacayo frunció el ceño.

—¿Estoy en problemas?

Asintió lentamente.

—Cuánto dependerá de lo que me diga hoy. Lo más probable es que al menos pierda su puesto.

—Pero tenía permiso para ir a casa —protestó el hombre—. No puedo casarme sin un puesto.

Un matrimonio en ciernes era una novedad para él. El personal de la casa no había insinuado que el tipo tuviera algún enredo romántico.

—Ni Lady Berry ni su personal superior dieron tal permiso.

El tipo negó con la cabeza y sus brazos cayeron a los costados.

—Pero la hija de su señoría me dio permiso. Solo pregúntele.

Gilbert se inclinó hacia adelante para mirar fijamente a el señor Toombs. En la superficie, parecía ajeno al crimen bajo investigación, pero muchos criminales eran expertos en mentir. —Eso sería difícil, ya que Angela Berry ya no está viva para corroborar su disparatada historia.

Los ojos del tipo se desorbitaron. —¿Qué?

—Asesinada.

El hombre se quedó mirando, boquiabierto. De repente cerró la boca y miró alrededor de la habitación un poco frenéticamente. —¡Juro que estaba respirando cuando la dejé! ¿Está Sally bien?

—¿Sally?

—La doncella de la señorita Berry. —Tragó saliva con dificultad—. Vamos a casarnos. La señorita Berry nos prometió a ambos un lugar con ella cuando se casara con Lord Carmichael.

—¿Sabías sobre la propuesta de Carmichael?

—Solo que se esperaba la noche del baile —prometió Toombs—. Todos en la casa lo estaban esperando. Pobre hombre.

El shock y la simpatía de Toombs parecían genuinos y completamente convincentes para Gilbert. —Nadie más resultó herido, y Lord Carmichael no tuvo oportunidad de proponer nada esa noche —murmuró—. Convénceme de tu inocencia, señor.

El tipo vino y se sentó frente a Gilbert, con las manos entre las rodillas. —Hablé con la señorita Berry a las cuatro de la tarde —comenzó Toombs, y luego soltó cada momento de sus días siguientes con tanto detalle que resultaba totalmente convincente—. Sally, mi prometida, finalmente había aceptado ya que descubrimos que podíamos ir con su señora y permanecer juntos.

—Fui a casa a contarle la buena noticia a mi padre, obtuve su permiso para casarme y regresé a Londres después de hablar con los padres de Sally en el camino de vuelta. Habíamos crecido en dos pueblos separados, sin conocernos hasta que entramos al servicio de Lady Berry.

Gilbert intercambió una mirada con Davis, quien asentía lentamente. Inocente, pero aun así... sería bueno mantener a este cerca. —Lady Berry pronto dejará Londres para enterrar a su hija. Ha despedido a todo su personal de Londres excepto a unos pocos.

El hombre pareció conmocionado.

—Sin duda te quedarás sin empleo si regresas a Berry House bajo una nube de sospecha.

—Nunca lastimaría a la señorita Berry. Era la más amable de la casa. ¿Qué hay de la doncella personal de la señorita Berry? ¿Aún tiene empleo?

—También despedida.

El tipo se puso de pie de un salto. —Tengo que encontrarla. Cualquier cosa podría pasarle si no estoy allí para protegerla.

—Siéntate —advirtió Davis—. Por suerte para ti, Lord Sorenson tiene un corazón tierno.

—¿Qué han hecho con ella?

—La he empleado. No como doncella personal, por supuesto, ya que no estoy casado, pero tiene una posición respetable en las cocinas por ahora. —Gilbert se puso de pie, alisándose el chaleco—. No apruebo el despido precipitado del personal en momentos de dolor. Podría haber una posición permanente para ti, siempre y cuando hayas sido honesto hoy.

—Lo fui. Lo soy. Gracias, mi lord.

Hizo un gesto a Davis para que se llevara al tipo. Toombs trotó detrás de Davis ansiosamente, y luego Davis regresó solo.

Gilbert estudió al tipo. —Dile al personal que esté atento. Asegúrate de que su historia se mantenga en los próximos días. Si no lo hace, lo interrogaremos de nuevo; si lo hace, le encontraré una mejor posición en otro lugar.

CAPÍTULO 4



El baile de los Williamson sería el evento de la temporada. Todos los que importaban asistirían esta noche. Cualquiera con una hija digna de casarse había venido. También lo habían hecho todos los caballeros más elegibles. Pero había un rostro que faltaba entre la multitud de damas que se reunían para examinar a los solteros, y esa ausencia inquietaba a Anna. —¿Has visto a la señorita Berry esta noche?

—No —respondió Portia, sin ocultar apenas que su interés estaba en los caballeros al otro lado de la sala. Durante toda la velada, Portia había estado mirando de reojo a los solteros más cercanos y apenas había prestado atención a una palabra que Anna le había dicho.

—No la he visto ni he hablado con ella en toda la semana —confesó Anna a Portia mientras vigilaba la ubicación de su padre. Este le había permitido a regañadientes dar una vuelta por la sala con Portia, siempre y cuando no fuera a ningún otro lado.

Portia la miró con evidente sorpresa. —Creía que solo me estaba evitando a *mí*.

La declaración de Portia no era sorprendente. Portia y Angela Berry no siempre se llevaban bien. Incluso hubo dos semanas el año pasado en las que intercambiaron duras palabras por su interés mutuo en el mismo caballero. Sin embargo, hasta donde Anna sabía, sus días de discusiones habían quedado atrás. Angela había elegido a Lord Carmichael para prestarle atención, y prometió que el resto de los solteros más elegibles y titulados del *ton* eran libres de casarse con Portia o Anna.

—Nunca ha estado en casa cuando la visito.

—Eso es muy extraño. —Portia se puso de puntillas y miró a su alrededor—. No tiene razón para desairarnos a ninguna de las dos. Y qué terrible para ella que Lord Carmichael esté presente esta noche también. Qué decepcionada estará de haber perdido otra oportunidad de bailar con él. Ya van dos veces esta semana. Todavía no puedo creer que lo admitieran en los Salones de Almack's, ¿tú sí?

—Para ser honesta, esperaba que la tierra se abriera bajo sus pies y se lo tragara entero —susurró Anna al oído de Portia.

Portia se atragantó con una risa. —Eres tan mala.

Anna hizo una mueca. No era mala, solo que a veces soltaba lo que realmente pensaba a sus amigas más cercanas sin pensar adecuadamente en las consecuencias.

—Por supuesto que el soltero más codiciado de Londres está aquí —comentó Lord Wade directamente detrás de ellas—. Este es el lugar donde se encuentran las damas más deliciosas.

Anna se sonrojó ante el comentario descarado y se dio la vuelta. No creía que Lord Wade se refiriera a *ella* en esa descripción, pero Lord Wade a menudo miraba a la señorita Hayes como si valiera la pena devorarla.

Portia, sin embargo, lo fulminó con la mirada. —No es educado invitarse uno mismo a una conversación.

—Solo pasaba por aquí —murmuró él, haciendo una leve reverencia antes de desaparecer entre la multitud sin mirar atrás.

Portia lo vio alejarse y luego se volvió hacia Anna. —Odio cómo ese hombre se escabulle.

Anna ocultó una sonrisa. Pensaba que la conversación improvisada de Lord Wade estaba puramente dirigida a desconcertar a Portia Hayes, que a veces podía ser algo difícil. Sus llegadas siempre eran inesperadas. —¿Tienes pareja para el próximo baile?

—De hecho, sí. Lord Carmichael me ha pedido el vals de esta noche. Sé que la señorita Berry tiene una pretensión previa sobre él, pero ella no está aquí, y me gusta cómo baila. —Miró el carnet de baile vacío de Anna e hizo una mueca—. Lamento dejarte sola.

—No te preocupes por mí. Volveré con mi padre y disfrutaré de la vista.

Al otro lado de la sala, divisó a Carmichael y, a su lado, a su amigo, Lord Sorenson. Carmichael vendría pronto en esta dirección para buscar a Portia. Hacia dónde se dirigía Lord Sorenson era una incógnita. Parecía haber estado en todas partes de la sala esta noche.

Suspiró suavemente, todavía enamorada del aspecto del conde. Aunque vestía sobriamente, en marcado contraste con la sastrería más extravagante de Carmichael, aún creía que era mejor olvidarse por completo de él.

La pareja parecía estar solicitando bailes a otras dos jóvenes damas ahora: la señorita Goldwell, hija de un comerciante naviero, y la señorita Myra Lacy, hija de un próspero comerciante de especias. No eran sus amigas particulares, pero eran lo suficientemente amables como para hablar con Anna cada vez que se encontraban. Ambas estaban ampliamente dotadas y atraían mucha atención de los solteros no comprometidos de Londres. También eran bastante más atrevidas de lo que Anna pensaba que deberían ser. Algo que la pareja de caballeros que les sonreían debía haber encontrado muy atractivo.

—Deberías volver con tus padres antes de que anuncien el siguiente baile —susurró a Portia.

—Sí, por supuesto. Dale mi cariño a la señorita Berry cuando por fin la veas. Dile que tengo todo tipo de noticias para compartir —pidió Portia antes de deslizarse hacia sus padres para esperar a Carmichael.

Resignada a ver a otros bailar el siguiente set desde lejos, Anna giró sobre sus talones para volver con su padre.

Pero se detuvo en seco antes de dar un solo paso. —¡Lady Scott!

—Señorita Beasley.

Sonrió ampliamente a la madrina de Lord Carmichael. —Qué encantadora se ve esta noche, mi lady.

—Bah —respondió la mujer mayor con un gesto de la mano—. Soy vieja, no tonta.

Anna sonrió. —Nunca vieja.

—No deberías estar sola y sin escolta —la reprendió Lady Scott con voz severa—. ¿No te importa lo que diga la gente de ti?

Lady Scott se preocupaba por el decoro todo el tiempo, a veces en exceso.

—Estaba a punto de volver con mi padre. —Señaló detrás de ellas—. No está a más de tres metros. ¿Le gustaría acompañarme y hablar con él?

La dama pareció considerarlo un momento, pero luego negó con la cabeza, con los ojos fijos en la pista de baile. —Quizás otra noche.

—Muy bien —respondió Anna. Se demoró un momento más. Las conversaciones alrededor de los amigos de su padre tendían a ser sobre política aburrida o, peor aún, sobre sus dolencias —. ¿Disfrutó de Almack's el miércoles?

—Por supuesto. —Miró al otro lado de la sala—. ¿Quién era el caballero que te presentaron esa noche? ¿El que está al lado de mi ahijado ahora?

—Oh. ¿Se refiere a Lord Sorenson?

—¿Sorenson? Ese no es el Conde de Sorenson.

—Tengo entendido que el viejo Lord Sorenson falleció y el hijo reclamó el título recientemente. Acaba de llegar a Londres, pero antes era vicario en una iglesia rural —Anna consideró si compartir sus sospechas sobre los planes de Carmichael para el nuevo conde, pero decidió no hacerlo. Lady Scott nunca creería que su querido ahijado pudiera ser una mala influencia para nadie—. Creo que él y Lord Carmichael se conocen desde sus días de colegio.

Los ojos de Lady Scott se entrecerraron mientras miraba por encima del hombro de Anna.

—No estamos relacionados.

—Me pareció un caballero muy educado y amable cuando nos presentaron —declaró Anna, aunque haber intercambiado solo unas pocas palabras con él difícilmente la convertía en una experta—. A mi padre pareció agradarle lo suficiente.

Lady Scott resopló.

—Debes regresar con él ahora.

—Sí, mi lady —dijo obedientemente—. Hasta la próxima vez que nos encontremos.

—Pórtate bien —le advirtió Lady Scott.

Anna asintió y se dirigió al lado de su padre, resignada a su destino de una larga y probablemente aburrida velada. Su padre le hizo espacio y pronto se perdió en el frustrante mundo de las maniobras políticas.

El siguiente baile terminó y Anna intentó no envidiar demasiado a las parejas. Cuando escuchó que alguien se aclaraba la garganta detrás de ella, suspiró de placer.

Agradecida por cualquier interrupción, Anna se giró de inmediato, esperando que Lord Wade hubiera regresado para salvarla de otra noche sin bailar.

Sin embargo, no era Lord Wade quien le sonreía con ojos pecaminosamente traviesos.

Anna casi no podía respirar.

—¿Lord Sorenson?

Él hizo una reverencia, y el interés en sus ojos se intensificó.

—Señorita Beasley, me preguntaba si tendría un espacio en su tarjeta de baile para mí.

¡Un baile! Anna no necesitaba mirar su tarjeta en blanco para saber que lo tenía. La apretó con fuerza en su puño y se negó a mostrarla.

—Sería un honor.

Él la miró expectante, con una ceja levantada, y extendió su mano para que pudiera escribir su nombre.

Ella no iba a arruinar sus posibilidades dejándole ver la tarjeta en blanco que sostenía.

—El, eh, próximo set está disponible.

—Oh. Bueno, gracias. Eso parece convenirle a ambos entonces —miró a su padre—. Si tengo su permiso, señor.

—Por supuesto. Diviértanse —su padre le lanzó una mirada de advertencia que decía

compórtate sin lugar a dudas, porque estaría vigilando como un halcón.

Lord Sorenson le ofreció su brazo y Anna colocó su mano sobre su manga, notando la fina tela bajo sus dedos enguantados. Para ser un ex vicario, tenía un excelente gusto en telas.

Su corazón se saltó un latido y un rubor calentó sus mejillas mientras se dirigían a la pista de baile. El vals requería que Lord Sorenson la sostuviera cerca en sus brazos. Los espacios se iban llenando lentamente y encontraron un lugar en la parte trasera. Hizo un rápido saludo con la mano hacia Portia, que estaba con Carmichael, y se volvió hacia su pareja.

Sin embargo, su pareja estaba mirando más allá de su cabeza a los otros invitados.

Se hicieron una reverencia mutuamente, y luego Lord Sorenson se acercó.

Anna tomó su mano, pero estaba tan abrumada por él que no podía pensar en nada que decir. Su rostro se calentó y se concentró en bailar y no tropezar con sus propios pies.

Después de dar unas vueltas por la pista, Anna lo miró, desconcertada por su silencio. Muchos hombres hablaban como si nunca notaran su sonrojo.

Sin embargo, él no le estaba prestando ninguna atención. Estaba mirando por encima de su cabeza y sonriendo a la multitud. Se arriesgó a echar un vistazo más allá de sus anchos hombros y notó que muchas damas, casadas y no, habían detenido sus conversaciones y estaban abiertamente observándolos bailar juntos.

Se arriesgó a mirarlo de nuevo, notando que su interés en la multitud no había disminuido.

Eso dolió.

Mirar a otras mujeres mientras bailaba con ella era muy grosero y humillante. Si bailar no requiriera nada más que pasos hábiles y una sonrisa encantadora, nadie se molestaría en hacer el esfuerzo.

Empezó a esperar con ansias que terminara su baile.

De repente, Lord Sorenson la atrajo más cerca de él. Más cerca de lo que estrictamente se permitía para el vals. Anna lo miró sorprendida y lo encontró sonriéndole mientras daban las vueltas finales del baile. Cuando la música murió, señalando el final del set, el corazón de Anna comenzó a acelerarse. Sus mejillas se calentaron incómodamente.

Los ojos de Lord Sorenson se ensancharon un poco más, pero la soltó y dio un paso atrás para hacer una reverencia. Anna se volvió hacia los músicos, con el rostro ardiendo, y aplaudió junto con todos los demás. ¿Qué había significado esa mirada?

Lord Sorenson tocó suavemente su codo, reclamando su atención, y cuando ella lo miró, él le ofreció su brazo para que lo tomara.

—Baila usted encantadoramente.

—Usted también, milord —sin embargo, Anna sintió que no tenía más remedio que devolverle el cumplido. Su único momento de placer en la velada se había convertido en un evento tan decepcionante. Él realmente no había bailado *con* ella. Simplemente la había hecho girar, deleitándose con la atención de los demás. Tenía que preguntarse por qué Lord Sorenson realmente la había invitado a bailar esta noche cuando estaba claro que estaba más interesado en todos los demás.

Carmichael pasó rozándola con Portia del brazo y le guiñó un ojo. Se había ido antes de que ella pudiera reaccionar, y se quedó una vez más en compañía de su distraído amigo. ¿Habría sugerido Carmichael a Lord Sorenson que se apiadara de ella y la invitara a bailar?

Ya que lo había hecho antes, Anna creía que lo haría de nuevo.

Tomó a regañadientes el brazo ofrecido por Lord Sorenson y pasearon por toda la longitud del salón de baile de vuelta al lado de su padre en un silencio incómodo. Una vez allí, Anna

rápidamente se separó del conde.

—Gracias por el baile, milord.

Él alcanzó su mano, y ella la levantó de mala gana. Su agarre fue suave mientras se inclinaba sobre ella.

—Señorita Beasley —murmuró—. Espero con ansias volver a verla.

¿Por qué?

Sin embargo, no lo dijo en voz alta. Él se marchó, bordeando la sala, y se detuvo un momento al lado de Carmichael. La pareja intercambió unas palabras antes de que cada uno se dirigiera a una esquina diferente del salón de baile. Carmichael reclamó a la señorita Lydia Goldwell como su siguiente pareja, y Lord Sorenson recogió a la señorita Myra Lacy para la suya.

Myra Lacy era una especie de cotorra, y eso parecía agradar a Lord Sorenson. Cuando comenzó el siguiente baile, Sorenson estaba atento a *ella* mientras bailaban, apenas apartando la mirada de su nueva pareja.

Anna empezó a sentirse mal, especialmente cuando descubrió que Carmichael la observaba intensamente, con una ligera sonrisa burlona en su rostro. Anna deseaba ser lo suficientemente joven como para sacarle la lengua o quizás lanzarle algo pesado. Dios mío, ese hombre nunca cambiaría. La atormentaría para siempre.

Carmichael le guiñó un ojo de nuevo, y ella apartó la mirada de él y de la feliz pareja que charlaba en la pista de baile. Estaba más que mortificada de que su némesis sospechara su decepción. Él diría que se lo merecía por sonrojarse tan a menudo. No necesitaba que él señalara sus defectos. Los conocía todos muy bien.

Con el rostro enrojecido por la evidencia de su mortificación, Anna apenas escuchó otra palabra de la conversación de su padre, ni se atrevió a mirar a quienes se alineaban para los dos bailes siguientes. Cuando se anunció la cena, finalmente miró a su alrededor. Carmichael y Sorenson ya debían haber ido a cenar. Su padre seguía hablando, desafortunadamente.

Después de cinco minutos, le tocó el brazo. —¿Me disculpa?

Su padre miró alrededor, frunciendo el ceño. —¿La cena?

—No exactamente —murmuró ella.

—Volverás directamente, sin desviaciones —exigió él.

Anna asintió, permitiéndole creer que se dirigía al tocador. —Gracias, padre —murmuró.

Se sentía solo un poco culpable por engañarlo. A veces era tan estricto que resultaba asfixiante. No estaba respondiendo a un llamado de la naturaleza, como él había asumido, sino que se dirigió hacia la tranquilidad de la biblioteca de Lord Williamson.

La biblioteca de Lord Williamson estaba habitualmente prohibida durante cualquier baile, pero ella sabía que a él no le importaría su visita si parecía que solo estaba interesada en inspeccionar el gran globo terráqueo que se encontraba frente a su escritorio, algo de lo que estaba orgulloso de mostrar a todos.

Anna se deslizó dentro de la oscura habitación, notando que solo ardía un fuego bajo en la chimenea. Cerró la puerta tras ella y apoyó todo su peso contra ella mientras la oscuridad la envolvía. —Maldición, maldición, maldición.

Se cubrió la boca para ahogar un grito frustrado. Había pensado que podría gustarle Lord Sorenson al principio, pero obviamente estaba interesado en todas las demás.

Anna se regodeó en la autocompasión por un momento y luego asintió para sí misma. Seguramente habría otros caballeros igual de atractivos en alguna parte. Eventualmente uno se

fijaría en ella y entonces... quién sabe qué podría pasar.

Respiró hondo y se irguió, decidida a olvidar la decepción de su desinterés. Su padre la esperaba. Cuando el reloj del vestíbulo dio las doce, Anna resolvió no importarle si volvía a bailar esta noche.

Sin embargo, justo cuando estaba alcanzando el pomo de la puerta para volver al baile, la puerta se abrió y una figura alta se deslizó dentro de la habitación con ella. —Está oscuro como el infierno aquí.

Anna reconoció la voz. *Carmichael*. Su némesis venía a torturarla un poco más.

Una segunda figura se unió a él. —Sé rápido al revisar el escritorio.

Esa era sin duda la voz de Lord Sorenson. Se estremeció, dándose cuenta de que aún no la veían allí de pie. Se deslizó más detrás de la puerta, considerando sus posibilidades de escabullirse alrededor de ellos y salir de la habitación sin tener que hablar con ninguno.

Desafortunadamente, Lord Sorenson cerró la puerta de repente. La oscuridad se hizo un poco más espesa cuando uno de ellos se arrodilló junto a la chimenea, y ella no tuvo oportunidad de escapar sin ser notada. De todos modos, se acercó a la puerta, con la mano extendida.

Carmichael encendió una vela, proyectando más luz por la habitación.

Lord Sorenson la vio al instante, con los ojos abiertos de sorpresa.

Anna se quedó paralizada.

—Que me lleve el diablo, Anna —se quejó Carmichael, mientras se apresuraba hacia ella—. ¿Qué haces asustándonos así?

—Ustedes me siguieron a *mí*. Ya me iba —prometió Anna.

No quería que la pillaran a solas con ese par. Dio dos pasos hacia la puerta, pero de repente la mano de Carmichael se cerró sobre su muñeca y la apretó cruelmente.

—¿Cómo *pudiste*, Anna?

Lord Sorenson se acercó. —Suéltala, Carmichael —advirtió.

—¡No, Sorenson! ¿No lo ves?

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Anna se liberó de Carmichael pateándole la espinilla. —Suéltame, hombre horrible. No necesito ni quiero tu ayuda.

—¡Al diablo si no! —Frunció el ceño, luego inclinó la cabeza hacia un lado y miró hacia abajo, con la mandíbula apretada.

Anna, aún atrapada en su agarre implacable, se retorció para mirar detrás de ella.

Inmediatamente se alejó de la cuarta persona en la habitación.

CAPÍTULO 5

GILBERT ATRAPÓ A ANNA Beasley contra él por temor a que gritara. Incluso antes de su primer jadeo, había sabido que era inocente del crimen. Y después de su reacción, demasiado real para confundirse con otra cosa que no fuera absoluta sorpresa, la mantuvo abrazada porque parecía no poder soltarla.

Era una escena sombría con la que se había topado en la biblioteca de Lord Williamson. Otra mujer había sido asesinada.

Esta vez había sangre por todas partes. Una joven con un vestido de muselina azul real yacía desparramada sobre un sofá. Conocía su identidad incluso sin ver su rostro. Había bailado con ella más temprano esa noche. —La señorita Goldwell, si no me equivoco —murmuró.

Carmichael se agachó, evitando la sangre que se acumulaba en la alfombra, y tocó el rostro de la señorita Goldwell y luego su muñeca. —Todavía está tibia, pero completamente muerta.

Al oír las palabras de Carmichael, la señorita Beasley forcejeó, intentando huir de la escena macabra. Gilbert la giró hacia su pecho y la sostuvo fuertemente contra él con un brazo, para que no tuviera que presenciar nada más. —Espera un momento —le susurró a la señorita Beasley. Tenía algunas preguntas que hacerle aunque no fuera culpable.

Carmichael estaba pálido, pero rodeó cuidadosamente el cuerpo sin tocar nada. —Garganta cortada por detrás, creo.

Los dedos de la señorita Beasley se aferraron a su chaleco y un suave gemido salió de su garganta. —La señorita Goldwell no puede estar muerta.

Gilbert levantó el rostro de la señorita Beasley hacia el suyo, sosteniéndola suavemente por la barbilla. La pobre chica estaba tan asustada que temblaba como una hoja. —¿Recuerdas por casualidad con quién habló la señorita Goldwell después de bailar con Carmichael?

—No lo sé. Me quedé con mi padre. Se demoró en el salón de baile, hablando con sus amigos hasta después de que sonara la campana para la cena.

Ella miró por encima de su hombro, hacia la difunta señorita Goldwell y Lord Carmichael, y se estremeció. Gilbert volvió su rostro rápidamente hacia él cuando ella aspiró bruscamente, con angustia. —No mires. ¿Con quién bailaste en el último set?

—Con nadie. —Su mirada cayó hacia la zona de su pecho.

Él inspiró, atrayendo su dulce perfume a sus pulmones. El sutil aroma a limón era preferible al tinte cobrizo de la sangre en el aire. —¿Por qué con nadie?

Ella tragó saliva y apartó la mirada, llevando sus manos a su pecho y apretándolas con

fuerza. —No me pidieron bailar una segunda vez. Carmichael debe tener solo un amigo al que sintió que podía obligar a bailar conmigo.

Gilbert se quedó boquiabierto. Carmichael había insinuado que Anna Beasley no era considerada popular, pero no podía entender por qué. Era una pareja de baile elegante y muy agradable a la vista. Él había disfrutado mucho de su baile, incluso si había estado observando a los invitados en busca de signos de culpabilidad alrededor de Carmichael. —Lamento oír eso.

La señorita Beasley se encogió de hombros. —La última vez que vi a la señorita Goldwell fue cuando estaba con usted, Lord Sorenson. No la noté de nuevo.

Miró a Carmichael. —Ella no puede ayudar.

Carmichael asintió, así que Gilbert condujo suavemente a Anna Beasley hacia la puerta. —Vuelve con tu padre y no digas nada de esto.

La señorita Beasley luchó por quedarse. —Pero la señorita Goldwell está muerta.

—Carmichael y yo informaremos a Bow Street.

Ella lo miró, con los ojos enormes. —No puedo irme. Soy una testigo, ¿no es así?

—Debes hacerlo. Eres completamente inocente. —De otras maneras también, decidió. No le sorprendería si la señorita Beasley nunca hubiera tenido un pretendiente ardiente antes.

Gilbert entreabrió la puerta hacia el pasillo y puso su ojo en la rendija. El pasillo estaba desierto, pero no por mucho tiempo, sospechaba. El tiempo asignado para la cena debía terminar muy pronto. Se volvió hacia la señorita Beasley, la tomó por el codo y la acercó a la puerta. —Cuando regreses al comedor, trata de actuar como si nada pasara. Debes pensar en tu reputación.

—Soy inocente —prometió ella—. Pregúntele a cualquiera.

—Estoy seguro de que lo eres. —Vio su ceño fruncido y se rio entre dientes—. Pero ahora estás sola con dos solteros titulados. Prométeme que no dirás nada. Si alguien se entera de esta reunión privada, podría haber consecuencias, daños a tu reputación.

—No me gustaría que nadie lo malinterpretara.

—A mí tampoco. Ve ahora.

Empujó a la señorita Beasley fuera de la puerta antes de que pudiera decir otra palabra. Ella se quedó quieta un momento y luego se volvió para mirarlo. Parecía absolutamente aterrorizada, y por mucho que quisiera asegurarle que todo estaría bien, no había tiempo. El mejor lugar para Anna Beasley era con su padre.

—Por cierto, Carmichael nunca me pidió que bailara contigo. Yo quise hacerlo.

Sus ojos se abrieron graciosamente por la sorpresa, pero Gilbert le cerró la puerta en la cara y giró la llave en la cerradura. Esperó un momento, escuchando hasta estar seguro de que los pasos de la señorita Beasley se alejaban apresuradamente de la biblioteca antes de volverse para ver la escena del crimen de nuevo.

Carmichael se había retirado de la difunta señorita Goldwell, sosteniéndose el estómago como si estuviera a punto de devolver sus alimentos. Se quedó de pie junto a la chimenea, mirando las llamas unos momentos más antes de volver a hablar. —Otra muerte en viernes.

—Eso parece. Tendremos que ser rápidos y discretos con esto —susurró Gilbert—. Debemos llamar a Davis para que se haga cargo mientras buscamos al señor Goldwell antes de que alerte a otros sobre la desaparición de su hija.

—Tú deberías ser el investigador.

—Esa no será mi decisión. —Sin embargo, Gilbert observó la escena del crimen y a la pobre chica muerta al otro lado de la habitación como si resolver el caso fuera su responsabilidad. La señorita Goldwell había sido dejada probablemente como había caído, con su mano extendida

hacia la puerta y sosteniendo su tarjeta de baile abierta. Echó un vistazo a los nombres listados. El último hombre que había bailado con ella antes de la cena ya lo conocía. —Necesitamos encontrar a Lord Wade antes de que pueda irse.

—¿Wade? Seguramente no él.

—Wade fue su última pareja de baile.

Carmichael se acercó y miró la tarjeta también. —Pero Wade no fue invitado al baile de los Berry. No podemos acusar a un compañero par sin pruebas. Encuéntralo y dile que necesito hablar con él sobre una casa que posee en Hanover Square. No pensará nada malo sobre eso. Ha estado tratando de vender el lugar durante meses sin revelar sus verdaderas razones.

—Las dos muertes pueden no estar relacionadas. Es mejor asumir que sí lo están y mantener una mente abierta —Gilbert no conocía a Lord Wade, pero podría reconocerlo en un salón de baile abarrotado—. ¿Cuáles son las razones de Wade para vender?

—He oído que ha perdido bastante dinero apostando últimamente.

Gilbert hizo una mueca de dolor. —Si Wade está escaso de fondos, habría pensado que estaría casándose con herederas en lugar de asesinarlas.

—Exactamente. Puede que no sea él, pero debes averiguarlo. Me quedaré aquí para asegurarme de que la escena no sea alterada hasta que podamos enviar a buscar a Davis —prometió Carmichael—. Tú encuentra a Wade ahora y habla con él.

Sabiendo que el tiempo era esencial y que se requería discreción, Gilbert no salió por el juego de puertas cerradas, sino a través de un conjunto de ventanas de la terraza para poder regresar al salón de baile sin que nadie se preguntara dónde había estado durante la cena.

En el momento en que entró en la sala, Gilbert divisó a Anna Beasley. Estaba de pie con la señorita Hayes nuevamente y parecía estar riendo de alguna broma que la otra joven había hecho. Sus mejillas estaban sonrojadas y él respiró un poco más tranquilo al ver que nada había cambiado con ella. Le complacía que hubiera tomado su consejo en serio y pareciera estar actuando completamente normal.

Pero en su sombra, cerca de la entrada del vestíbulo, Lord Wade las observaba a ella y a la señorita Hayes hablando juntas. El hombre no estaba sonriendo.

Gilbert se dirigió con determinación hacia Lord Wade, consciente de que se sentía protector con Anna Beasley. No perdió tiempo en atraer la atención del hombre hacia él. —Buenas noches, Lord Wade.

—Ah, Lord Sorenson, ¿verdad? —murmuró Wade, sus labios torciéndose en una sonrisa de bienvenida—. Pensé que debías haberte escabullido a algún lugar con tu última pareja de baile. Una cena privada para dos, quizás —susurró.

—No —gruñó Gilbert—. Pensé que *tú* podrías haberlo hecho, sin embargo.

La sonrisa de Lord Wade se desvaneció, reemplazada por cautela. —La señorita Hayes nunca consentiría abandonar el salón de baile con alguien como yo.

Gilbert no estaba convencido por esa declaración. —Tu última pareja de baile fue la señorita Goldwell, ¿no es así?

—La señorita Goldwell no se encontraba por ninguna parte cuando llegó el momento —Wade negó con la cabeza, claramente disgustado por el hecho de haber sido olvidado—. La señorita Lacy se había quedado sin pareja. Lord Grindlewood había sufrido una lesión y me rogó que la sacara a bailar en su lugar. ¿Cómo podía negarme?

—Ya veo —estudió a Lord Wade. Su chaleco era de seda color crema e impecable, su abrigo oscuro y sus medias hasta la rodilla de un blanco brillante. No había señales de sangre en su

ropa. Sin embargo, si el asesino hubiera atacado por detrás, podría haber sangre en sus dedos. Las manos de Lord Wade estaban ocultas bajo un par de guantes blancos.

El hombre miró detrás de él. —Sí, tía. Me quedaré justo aquí hasta que te hayas despedido de nuestros anfitriones y luego nos iremos a casa juntos.

Una señora mayor pasó junto a ellos, usando un bastón para abrirse paso entre la multitud. Lord Wade puso los ojos en blanco una vez que se fue. —Mi tía, la señora Lenthall. Juro que todavía me ve como un niño de diez años cuando es *ella* quien debe ser vigilada —se quejó—. No te atrevas a escaparte con una cara bonita ni siquiera por diez minutos.

—¿Está enferma su tía?

—Solo vieja y demasiado aficionada a la bebida —se quejó Lord Wade con una sonrisa—. Ninguna bodega está a salvo con ella cerca, pero es familia, así que hago concesiones por sus indulgencias —dijo, con una sonrisa cariñosa curvando sus labios.

Gilbert volvió a mirar de reojo las manos de Lord Wade momentáneamente. Algo en su comportamiento parecía completamente inadecuado para un asesino. Necesitaba ver sus manos antes de que el hombre dejara el baile con su tía. Si hubiera el más mínimo indicio de sangre bajo sus uñas, Gilbert lo detendría.

Lord Wade arqueó una ceja. —¿Estás buscando un nuevo fabricante de guantes? Conseguí este par, y una docena más, de una pequeña tienda en Ramsgate el verano pasado. Excelente ajuste desde la primera vez que los usé.

—¿Puedo ver uno más de cerca? —preguntó Gilbert, consciente de que era una petición extraña en medio del baile. Sin embargo, la señora Lenthall estaba de pie frente a ellos, tambaleándose como un marinero borracho mientras hablaba con su anfitrión. No quería alertar a nadie innecesariamente causando una escena mientras arrastraba a su sobrino para interrogarlo si no era necesario.

Wade se quitó un guante de la mano derecha y se lo pasó. —Los otros están igual de bien confeccionados. Tardaron menos de un día en ajustarse perfectamente a mis manos los guantes de cabritilla que elegí para montar. Suaves como la mantequilla y solo unos pocos chelines cada uno, toda una ganga.

Fingió inspeccionar la construcción del guante, examinando el material blanco en busca de manchas reveladoras de sangre. Impecable, aunque un poco húmedo por haber sido usado toda la noche. Miró la otra mano del hombre.

Wade se quitó ese también con una risa. —Se toma muy en serio la construcción de guantes, milord.

—En efecto, lo hago.

Nada en absoluto. Pero los guantes sucios podían ser reemplazados, y Lord Wade había admitido poseer una cantidad prodigiosa de ellos. Gilbert le tendió los guantes, notando que Lord Wade los alcanzó con su mano izquierda. Inspeccionó cuidadosamente el puño de la manga izquierda de la camisa de Lord Wade. Tampoco había nada allí.

Lo que probablemente le hizo perder a su primer sospechoso en el asesinato de la señorita Goldwell. Optó por quedarse con Lord Wade y ver qué más podría revelar sobre sí mismo.

La atención de Wade se desvió hacia el baile en progreso. —¿Siempre estás tan interesado en los hábitos de vestimenta de los demás?

—Lo estoy esta noche —murmuró entre dientes.

Lord Wade se inclinó cerca. —¿Quieres también el nombre de mi sastre?

—No. Estoy bastante contento con el mío.

Lord Wade lo miró de arriba abajo y luego sonrió. —Una excelente decisión, y un excelente sastre, por lo que se ve en lo que llevas puesto esta noche. Debemos discutir sobre fabricantes de botas la próxima vez que nos encontremos en un baile. Me encantan las conversaciones extrañas como esta.

—Me alegro de poder ofrecerte una distracción.

—Me las arreglo como puedo —prometió. Wade se acercó—. Sin embargo, debo advertirte, Sorenson. Estás en peligro.

Un escalofrío recorrió a Gilbert ante la amenaza, pero ya le habían advertido antes. —¿De quién?

—De aproximadamente una docena de damas casi jadeantes con o sin maridos, por supuesto —Wade se rió entre dientes—. Camina con viveza, hombre, y sigue moviéndote antes de que la equivocada te atrape. La mayoría de ellas no valen tu tiempo.

Gilbert estaba a punto de marcharse en ese momento, pero ese último comentario despertó su interés. No se había mezclado mucho en la sociedad londinense, pero si tenía que encajar o convencer a otros de que un matrimonio podría estar en perspectiva, le gustaría saber por dónde empezar a buscar y a quién evitar. Wade tenía una ventaja de la que podía sacar provecho. —¿Quién merecería mi tiempo?

—Ya la conoces.

—¿Ah, sí? —Gilbert conocía a muy pocas damas en Londres. Quizás una docena como máximo incluso ahora, pero ninguna a la que consideraría perseguir. Bueno, tal vez solo una, en realidad. Hizo todo lo posible por no volverse y mirar fijamente a Anna Beasley.

—No diré su nombre y arriesgarme a aumentar su ansiedad. Ya descubrirás sus maneras a su debido tiempo, estoy seguro —sugirió Wade, y luego soltó una risa procaz. Se recuperó y asintió, aún sonriendo con suficiencia—. Me encanta esta parte del cortejo de una pareja. La gente se esfuerza tanto por ocultar su interés, pero una pequeña amenaza o una sana competencia suele hacer el truco para estimular una persecución seria.

—¿Sueles jugar con los sentimientos de los demás?

—Solo cuando están siendo muy tontos. —Lord Wade volvió a reír y dio un paso adelante para interceptar a su pariente—. ¿Lista para irse, tía?

—En efecto, lo estoy. —La señora Lenthall le guiñó un ojo a Gilbert mientras tomaba el brazo de su sobrino y luego dijo en voz baja y disgustada—: Williamson agua su vino. Qué indigno.

Lord Wade le dio unas palmaditas en la mano y, después de despedirse de él, salieron juntos del salón de baile, charlando todo el camino.

Gilbert miró a su alrededor, notando que, en efecto, era objeto de interés de varias damas, incluida la señorita Beasley.

Gilbert le sonrió a pesar de su decepción. Ninguna de la información que había obtenido esta noche era particularmente útil para perseguir al asesino de Angela Berry, ni al de la señorita Goldwell tampoco.

Se dirigió de vuelta a la biblioteca, encontrándose con Davis en el camino, vestido con librea de sirviente. —¿Qué haces aquí?

—Hay más de una manera de asistir a un baile.

—Bien pensado. —Comprobó que no hubiera nadie alrededor—. Tenemos una situación en la biblioteca y ya que estás aquí, necesito que sigan a un hombre y una señora mayor. El nombre es Lord Wade. Están saliendo del baile ahora mismo.

—Me ocuparé de ello y me reuniré contigo en un momento —prometió Davis, escabulléndose tan rápido como había llegado.

Carmichael se apresuró hacia él tan pronto como entró en la biblioteca. —Creo que es el mismo asesino.

Miró fijamente a su amigo. —¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—El corte se inclina hacia abajo a la derecha —dijo, mientras hacía un movimiento de corte.

—¿Y?

—La herida. El asesino usó su mano derecha para cortar desde atrás. Angela también fue apuñalada desde la derecha.

No era prudente sacar conclusiones precipitadas, al principio se mostró cauteloso de añadir leña al fuego a la teoría de Carmichael. —Lord Wade es zurdo, creo.

Carmichael apretó la mandíbula por un momento. —¿Sabes lo que significa esta segunda muerte, verdad? Podría ser la cuarta, si contamos las dos anteriores que conozco.

Gilbert estudió el rostro preocupado de su amigo y luego suspiró. Un asesino múltiple podría estar haciendo estragos en la sociedad. Si eso fuera cierto, tenían que encontrarlo y detenerlo. —Es posible que pudiera ser el mismo hombre.

Permanecieron en silencio durante mucho tiempo y Gilbert se estremeció. La descabellada teoría de Carmichael podría no ser tan inverosímil después de todo. La señorita Goldwell esta noche, la señorita Berry la semana pasada, y las otras dos mujeres fallecidas conocidas por Carmichael, encontradas casi a la misma hora de la noche. Un viernes antes de la medianoche. Las probabilidades de tal coincidencia debían ser astronómicas.

—Los periódicos apodaran al demonio el Asesino de los Viernes —advirtió Carmichael mientras cerraba los ojos con fuerza—. Solía gustarme ese día de la semana más que ningún otro.

Lo agarró por el hombro. Si el asesino actuaba solo los viernes, entonces tenían otra semana para atraparlo antes de que la historia llegara a los periódicos y el *ton* estallara en pánico.

CAPÍTULO 6



SIN IMPORTAR EL CLIMA, Anna siempre podía contar con que Lady Scott estuviera en casa cuando la visitaba por la mañana.

Anna y su doncella entraron en la modesta residencia de Lady Scott en Mayfair exactamente a las diez en punto de un lúgubre miércoles por la mañana, y ella exhaló un suspiro de alivio por haber llegado a su destino sin estallar en lágrimas nuevamente.

Después de lo que había visto en el baile del viernes pasado, el miedo nunca estaba lejos tampoco. El paso de los días no había alterado su memoria sobre cómo había sido asesinada la señorita Goldwell. La violencia de su muerte la atormentaba. Lo peor era que no tenía a nadie que la consolara al respecto. Nadie excepto Lord Sorenson y Lord Carmichael, y no quería buscar a ninguno de los dos. No podía admitirles que tenía miedo.

Su doncella, Jane, se daba cuenta de que estaba alterada por algo, pero la dejaba en paz para que encontrara su propia tranquilidad. Jane era así de buena. No husmeaba ni cotilleaba con el padre de Anna tampoco.

El hogar de Lady Scott estaba bendecidamente silencioso después del caos de la nueva pesadilla de Anna la noche anterior. No había podido olvidar lo que había presenciado en la biblioteca de Lord Williamson, y sus sueños habían retorcido el encuentro de manera horrible, por lo que apenas había podido cerrar los ojos por la noche.

El mayordomo las anunció y Anna le pidió a su doncella que esperara en el vestíbulo. Entró en el santuario privado de Lady Scott y todos sus temores de un peligro acechante se desvanecieron en el aire ante la sonrisa acogedora de la condesa. Nada malo podría suceder jamás alrededor de Lady Scott. La condesa nunca permitiría que se rompiera una sola regla en su presencia.

Su mentora la estaba esperando, con una sonrisa serena en su rostro. Vestida de negro día y noche —había enviudado hacía años— siempre se veía elegante y regia. Anna solo podía esperar estar la mitad de bien arreglada más adelante en su vida. —Lady Scott.

—Señorita Beasley. Qué amable de su parte visitarme esta mañana.

Anna hizo una reverencia y se sentó cuando le indicaron una silla. Juntó las manos pulcramente en su regazo, acercando los pies juntos debajo de ella. Enderezó la espalda y se negó a encorvarse ni un poco a pesar de estar con una amiga cercana. —Es un placer verla de nuevo.

—Y a usted. Se ha levantado muy temprano hoy y parece inquieta. Confío en que nada anda

mal en casa.

Lady Scott siempre era perspicaz. —No. Nada anda mal en casa —le aseguró Anna a Lady Scott, tragándose un repentino deseo de soltar todo lo que no debía decir. Había dado su palabra y no podía romperla.

Los ojos de Lady Scott se estrecharon de repente. —La vi con Lord Sorenson el viernes por la noche.

—Sí, bailamos el vals. Un solo baile.

Lady Scott la estudió cuidadosamente. —Confío en que su compañía fue agradable. Mi ahijado habla muy bien de él, pero una dama puede aprender mucho más de la verdadera naturaleza de un hombre por la forma en que baila.

—Sí, en efecto, estoy de acuerdo con usted en ese tema. —Lord Sorenson había tenido otras mujeres en mente, pero realmente no podía quejarse de eso con Lady Scott—. Bailó el vals muy bien.

Lady Scott se recostó y sonrió. —Bien. No he oído más que elogios sobre cómo se comporta Lord Sorenson en sociedad de quienes deberían saberlo. Muy lejos de la escandalosa reputación de su padre años atrás. ¿Qué dice su padre del joven conde?

—Mi padre no ha vuelto a mencionar al conde desde la noche en que se conocieron por primera vez en la Asamblea de Almack —le dijo Anna honestamente. Padre había mostrado poco interés en discutir sobre los pocos caballeros por los que Anna podría tener interés, como lo evidenciaba su constante mención de Carmichael.

Lady Scott golpeó con un dedo elegante el reposabrazos de su silla. —No pude evitar notar que usted y mi ahijado estuvieron ausentes del comedor el viernes por la noche.

—No puedo hablar del paradero de Lord Carmichael esa noche, por supuesto —le aseguró Anna, pero tenía su explicación lista y ensayada en caso de preguntas—. Pero me sentí un poco indispuesta por un tiempo después del vals, supongo que por todas esas vueltas, y cuando se anunció la cena, escapé al tocador hasta que la sensación pasó.

Lady Scott frunció el ceño. —Confío en que se recuperó rápidamente.

—Oh, sí, en efecto. Tan sana como una manzana ahora, de hecho —prometió Anna.

Pero había vomitado el viernes por la noche tan pronto como había llegado a la relativa privacidad de su habitación, y cualquier comida que veía incluso ahora le provocaba náuseas. —Padre también está bien.

—Me alegra mucho oírlo.

La sirvienta de Lady Scott las interrumpió, trayendo té y un plato de pastelillos. Anna sabía que era mejor no aceptar uno.

Lady Scott le pasó su té, negro y sin endulzar. —¿Qué la trae tan temprano hoy, querida?

Anna se mordió el labio y luego enderezó la espalda. Era hora de dejar de ser tan tímida con los caballeros. La vida podía ser corta y arrebatada tan injustamente. —Quería pedirle consejo sobre un caballero de mi conocimiento.

—¿Cuál?

—¿Lord Wade?

Lady Scott negó con la cabeza rápidamente. —No. Él no es para usted.

Sin desanimarse, Anna continuó. —Ha sido muy atento estas últimas semanas. Padre ha notado cuán a menudo bailamos, lo que me hace creer que debería considerarlo, y al menos aprender más sobre él. Quería buscar su opinión también. Es vizconde y su familia está bien conectada.

—Y así debería recurrir a mi juicio sobre cualquier pretendiente. —Lady Scott pareció considerar el asunto por unos momentos—. Conozco bien a Lord Wade y a su tía, y estoy bastante segura de que un matrimonio con la familia Wade *no* le convendría a su familia.

—Pero es aceptado en Almack —le recordó Anna—. Su tía quizás fue un poco intimidante cuando nos conocimos por primera vez, pero ahora me habla sin inspeccionarme primero con su lorgnette. Usted también dijo que el hombre que considere para casarme debe ser uno que pudiera obtener admisión en las salas de la asamblea.

—Estoy de acuerdo en que *eso* es esencial —respondió Lady Scott—. Había esperado que pusiera sus miras un poco más altas que un mero vizconde, querida.

Ella lo sabía. Desafortunadamente, el conde que había admirado la temporada pasada había sorprendido a todos al anunciar que estaba casado de repente. Aparte de Lord Louth, había visto pocos caballeros que le atrajeran tanto. Tal vez era hora de olvidar la importancia de los títulos por completo o el atractivo físico de un caballero. No deseaba vivir el resto de sus días como una solterona.

Anna sonrió. —Lo único que quiero es casarme con alguien que sea amable conmigo. Conseguir un título no es tan importante para mí como lo es para otras mujeres de mi círculo.

—Eso jamás lo aceptaré —Lady Scott estaba a punto de continuar cuando el mayordomo volvió a llamar a la puerta—. Disculpe la interrupción, milady, pero Lord Carmichael se pregunta si podría dedicarle un momento.

—¿Carmichael? —El malestar de Anna regresó.

Lady Scott la miró con una sonrisa encantada. —Debe de haberlo sabido. Qué agradable tener a mis dos jóvenes favoritos visitándome al mismo tiempo. Hágalo pasar.

Anna se regocijó con su elogio, ignorando la mención de Carmichael. Lady Scott había afirmado una vez que Carmichael la distinguía porque le gustaba, que sus bromas y burlas infantiles ocultaban su verdadero interés. Anna no tuvo el valor de corregir las ilusiones de Lady Scott. Nunca estarían de acuerdo sobre el Conde de Carmichael. Independientemente de lo que Carmichael pudiera o no pensar de ella, Anna nunca lo apreciaría después de todo lo que había hecho.

Carmichael irrumpió en la habitación, lleno de energía exuberante mientras saludaba a su madrina. —Aquí está, la mujer más hermosa de todo Londres —dijo con entusiasmo.

—Adulador —murmuró Lady Scott mientras Carmichael la besaba en ambas mejillas como el buen niño que siempre fingía ser alrededor de su madrina.

Luego se volvió hacia Anna y se acercó. —Anna, qué sorpresa inesperada encontrarte aquí, y levantada tan temprano. Normalmente aún estás en la cama a esta hora.

—Siempre estoy despierta a esta hora del día. Solo finjo no estarlo para no tener que hablar contigo —le informó en voz baja para que Lady Scott no entendiera sus palabras.

—Niños. Ahora vengan aquí conmigo —suplicó Lady Scott—. Es tan bueno verlos juntos y con tan buen aspecto.

Carmichael pareció sorprendido por la petición de su madrina, pero luego sonrió cálidamente mientras se hundía en una silla a una buena distancia de Anna. —¿Tú y tu padre se fueron temprano del baile el viernes por la noche?

—Sí —Anna se maravilló de que pareciera no verse afectado por el horror de un asesinato. Ella no tenía tanta suerte como él parecía tener.

—Una lástima. Esperaba hablar con tu padre antes de que se fueran. No he tenido tiempo de visitarlo en casa desde entonces. ¿Por qué se fueron temprano?

Qué pregunta tan tonta para hacerle. Le había costado toda su persuasión convencer a Padre de no quedarse hasta el último baile sin explicarle por qué quería irse.

Lady Scott chasqueó la lengua a Carmichael. —No hay nada de qué preocuparse, pero tu interés por Anna te honra. Anna sufrió un leve dolor de cabeza, pero ahora está muy bien, como puedes ver. El ruido de la multitud puede alterar a cualquiera fácilmente. El salón de baile de Lady Williamson estaba demasiado abarrotado. A estas alturas ya debería saber que no debe invitar a tantos invitados.

—Cierto. Pero a mí me encanta el ruido y el caos de los eventos de los Williamson —confesó Carmichael mientras finalmente se acomodaba en su silla, echando una pierna sobre el brazo como si viviera allí—. ¿Y qué hay de usted esa noche, mi querida madrina? Supongo que estaba en casa y acostada a la una en punto con su jerez nocturno, ¿no?

Lady Scott se tocó la mejilla. —Una mujer de mi edad debe hacer todo lo posible para cuidarse. Tú también podrías beneficiarte de una o dos noches tempranas, jovencito. Creo que necesitas una esposa que te cuide.

Él negó con la cabeza rápidamente y su risa llenó la habitación. —Siempre se ha retirado demasiado temprano para mi gusto, pero siempre es de noche cuando me suceden las cosas más emocionantes —prometió, guiñando un ojo—. En cuanto a tomar esposa, le contaré sobre mi última desventura otro día y verá por qué sería un esposo terrible para cualquiera.

Anna frunció el ceño. —¿Qué hay de la señorita Berry? Supongo que has olvidado que la hiciste enamorarse de ti.

Carmichael pareció sorprendido por la mención de la señorita Berry, pero luego sonrió ampliamente. —¡Qué preocupación por mi vida amorosa, señorita Beasley! ¡Me hieres el corazón!

La mención de heridas le hizo pensar en la pobre señorita Goldwell, y en lo terriblemente que había muerto. Palideció y consideró devolver allí mismo.

Carmichael debió haber visto finalmente su angustia, porque rápidamente dirigió su atención a su madrina y dominó la conversación. Hablaron de las personas que habían conocido en el baile del viernes anterior. Incluso mencionó a la pobre señorita Goldwell, pero logró no revelar que sabía de su muerte. Después de unos momentos, Anna recuperó el juicio. Corría el riesgo de quedarse demasiado tiempo en el salón de Lady Scott, y eso provocaría otra conferencia sobre modales en una fecha posterior.

Tan pronto como la pareja hizo una pausa para respirar, dijo rápidamente: —Debería irme.

—Siempre es un placer que vengas a visitarme, querida —Lady Scott sonrió cálidamente a ambos—. Carmichael te acompañará a tu carruaje, señorita Beasley —murmuró.

—Sí, en efecto. Pero yo también debo irme, desafortunadamente. Tengo más recados que hacer y Sorenson me está esperando. No puedo decepcionarlo. Prometí cenar con él en el club y necesito todo el tiempo que pueda para vestirme para la ocasión —Besó las mejillas de la dama una vez más, sonriendo ampliamente—. Adiós, bella dama.

—Intenta portarte bien, Carmichael —suplicó Lady Scott.

—Haré lo mejor que pueda —le dijo—. Pero como siempre, hay tantas distracciones bonitas que no puedo hacerle promesas.

Carmichael le ofreció su brazo, pero Anna fingió no ver el gesto mientras sacaba un pañuelo de su retículo y caminaba hacia la puerta. Se limpió la nariz con él y descendió las escaleras delanteras con su doncella a su lado sin esperar a que él la alcanzara.

Carmichael la siguió hasta la puerta del carruaje. —¿Cómo estás en realidad? —susurró.

—Estoy en perfecta salud —le aseguró.

—No estoy ciego, Anna. Tienes círculos oscuros bajo los ojos como si no hubieras dormido nada —continuó mientras la ayudaba a subir. También ayudó a la doncella y luego, para su sorpresa, se unió a ellas.

—¿Qué estás haciendo? —exigió—. Sal inmediatamente.

—Realmente necesito hablar con tu padre —afirmó mientras se acomodaba en el carruaje de Anna, ocupando todo el espacio vacío alrededor de la pobre Jane.

Ella le lanzó una mirada furiosa. —Entonces toma tu propio vehículo.

—Lo envié de vuelta cuando llegué. Además, no hay nada impropio aquí. Es un carruaje abierto y tienes a tu doncella como carabina —comentó, mirando hacia la doncella sonriente—. No podría haber un lugar más seguro. Jane se asegurará de que no me estrangules por cualquier ofensa que pueda cometer.

La doncella ahogó una risa. —No es ningún secreto en casa que la señorita Anna preferiría morir antes que estar a solas con usted, Lord Carmichael. Yo lo protegeré.

Carmichael sonrió con suficiencia ante el comentario de la doncella y luego miró a Anna con una ceja levantada. —¿Te resulto *tan* repulsivo?

Anna sonrió serenamente e ignoró la pregunta. —¿Qué quieres de mi padre?

—Iba a preguntarle si le gustaría pasar la Navidad en Edenmere este año. El lugar se ha convertido en una tumba en los últimos años. Tú podrías venir, y Jane también, por supuesto. Estoy seguro de que le gustaría escapar de Londres y continuar protegiéndome de tu ira.

—¿Qué te hace pensar que tu soledad es razón suficiente para visitarte?

—Nunca dije que estuviera solo —dijo Carmichael muy despacio—. Pensaba que era hora de abrir la casa de nuevo a los amigos, ahora que las renovaciones están terminadas.

Anna y Carmichael no eran amigos. Ella no lo visitaría a menos que su padre insistiera en que tenía que hacerlo. —No has organizado una fiesta navideña desde que murieron tus padres.

—No. Obviamente no. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Puedes invitar a tu amiga, la señorita Hayes, también, si sientes la necesidad de protección adicional.

Anna negó con la cabeza. —Padre y yo ya hemos discutido lo que haremos este invierno. Lord Windermere está muy interesado en que nos unamos a ellos en Navidad en la finca del Duque de Exeter.

—Exeter, ¿eh? Bueno, no puedo competir con ese tipo de invitación. Estoy seguro de que prefieres ir allí. —Le dijo al conductor que saliera del tráfico para poder bajarse del carruaje—. Hablaré con tu padre en otra ocasión sobre la Navidad. O tal vez esté interesado en venir a quedarse el próximo año después de que te haya casado. Te veré en el baile de Windermere.

Anna lo agarró del brazo antes de que pudiera bajar del carruaje. —Ni se te ocurra pedirle a tu amigo que baile conmigo otra vez —siseó.

Él sonrió ampliamente. —Como él dijo, nunca le pedí que bailara contigo. Lo hizo por su propia cuenta. Sospecho que podrías haber encontrado un verdadero admirador en él, Anna —sugirió—. Solo recuerda, si ignoras el sombrío disfraz de vicario que aún elige usar, Sorenson está cortado por el mismo patrón que todos los lores de Londres. Todos queremos lo mismo de una mujer hermosa —dijo, incluyendo a Jane en su mirada de advertencia—. Ten cuidado con cualquiera que intente alejarte a solas.

Anna solo pudo mirar a Carmichael mientras se alejaba. A pesar de los años de discordia entre ellos, y las advertencias que había pronunciado hoy, Carmichael había dicho algo agradable sobre ella: ¡pensaba que era *hermosa* y lo había dicho en voz alta!

Miró a Jane, pero ella también estaba mirando a Carmichael. —Debe estar sintiéndose enfermo o algo así —murmuró Anna después de pedirle al cochero que continuara llevándolas a casa.

—O algo así —concordó Jane con un último movimiento de cabeza.

CAPÍTULO 7

GILBERT DESPIDIÓ CON impaciencia al camarero de White's cuando este se demoró demasiado junto a su mesa.

—He dicho que eso será todo.

Carmichael alzó una ceja ante su brusquedad.

—Pareces estar de mal humor hoy.

Gilbert frunció el ceño y desvió la mirada. Le quemaba que este asesino permaneciera sin ser detectado.

No había habido ninguna razón para la muerte de la señorita Goldwell. Ninguna que pudiera determinar que no involucrara la ridícula idea de que la habían matado porque Carmichael la había besado una vez. Había sido una joven alegre y brillante. Tenía un carácter afable y era talentosa en música y arte. Había sido leal y querida por sus amigos y conocidos. En resumen, tenía un gran potencial para hacer un buen partido esta temporada. No había esqueletos oscuros en su armario. Su familia estaba compuesta por respetables miembros de la sociedad sin el menor indicio de escándalo sobre ellos.

—No puedo determinar la razón por la que el asesino la eligió —confesó.

Carmichael sonrió con tensión.

—Ya conoces mis pensamientos sobre esto, así que no los repetiré de nuevo. Si existe otra razón, la encontrarás.

Gilbert echó un vistazo alrededor de White's, pero solo vio extraños. Había sido miembro de White's desde poco después de su nacimiento. Su padre había arreglado su membresía, aunque, como vicario, rara vez había tenido una excusa para venir aquí. Estaban sentados en la Sala de la Mañana, lo suficientemente lejos de sus compañeros miembros para vigilarlos, pero no lo suficientemente cerca como para ser escuchados o animar a alguien a unirse a ellos. Tenía una vista del vestíbulo de la planta baja para ver quién entraba y salía, y una vista de la famosa ventana saledizo, donde Beau Brummell actualmente mantenía su corte. Gilbert aún no había trabado conocimiento con él, ni deseaba fomentar uno en el futuro con semejante dandi ridículo.

—Ojalá tuviera tu fe en este momento —se frotó la cara con una mano. Apenas había dormido las últimas noches. Había estado merodeando por la sociedad a la sombra de Carmichael, fingiendo divertirse. Pero cada conversación en la que había participado lo frustraba más. Por mucho que le desagradara la idea, las herederas *estaban* muriendo a diestra y siniestra. Una investigación más profunda había descubierto otras tres muertes la temporada pasada, y

todas seguían sin explicación. A Gilbert se le había dado toda la información para estudiar y se había horrorizado de que nadie más hubiera visto lo que Carmichael había descubierto por casualidad.

—¿Qué te preocupa tanto? Quiero decir, pareces más perturbado que cuando empezaste.

—La violencia está escalando. La muerte de la señorita Berry fue rápida y limpia. El fallecimiento de la señorita Goldwell se llevó a cabo con una intención brutal y muy obvia.

—¿Crees que sufrieron? —preguntó Carmichael.

—Espero que no. La señorita Goldwell quizás se sorprendió, atacada cuando estaba de espaldas. El conservatorio de Lady Berry no estaba bien iluminado la noche del baile —se lamió los labios—. Nuestro asesino parece carecer del honor de mirar a sus víctimas a los ojos.

Carmichael se inclinó hacia adelante.

—¿Una debilidad?

—Un indicio de su verdadera naturaleza quizás. Un acto cobarde.

—Entonces, lo que estás diciendo es que no estamos buscando a una persona directa y franca, sino a alguien a quien nadie considera peligroso a primera vista, ni siquiera a segunda o tercera. Alguien hábil para moverse por la sociedad en gran medida sin ser detectado.

—Exactamente —chasqueó los dedos y se reclinó. Pero ese conocimiento no les ayudaba en absoluto. Los cobardes no llevaban un cartel en la espalda, y eran muy buenos ocultando sus defectos.

—El Duque de Exeter ha llegado —murmuró Carmichael en voz baja, bajando la barbilla como si tratara de esconderse—. Maldita sea.

Gilbert giró ligeramente la cabeza, notando que el hombre mayor había venido con su sobrino, el Marqués de Ettington. El duque miró en su dirección, frunció el ceño y luego asintió, reconociéndolo. Podrían hablar, pero también podrían no hacerlo. Exeter y su padre habían mantenido puntos de vista políticos opuestos, a menudo intercambiados acaloradamente a través del suelo del parlamento y aquí, según había oído.

Cuando el duque terminó su conversación con su sobrino, se volvió y se acercó a Gilbert.

—Mis condolencias —dijo el duque mientras extendía su mano.

—Gracias, su gracia —murmuró.

El duque miró alrededor de la sala por un momento.

—¿Qué le trae a Londres, Sorenson?

Confiar en el duque no era parte de su plan. En el futuro, sus conexiones podrían ser útiles para la investigación. Pero necesitaba más que sospechas para llevar al duque. Se encogió de hombros ante la pregunta y sonrió.

—Lo habitual.

El duque sonrió con suficiencia.

—¿Ya está cazando una novia?

Gilbert casi se atraganta, pero notó que muchos caballeros parecían estar escuchando ahora y asintiendo con sabiduría.

—¿Por qué pensaría eso?

—Ambos asistieron a Almack's. Una primera vez, creo. Es de lo único que se habla.

Miró a Carmichael. Se esperaban los chismes sobre ellos, pero no que llegaran tan lejos como para llegar a oídos del duque.

—Fuimos por la diversión de la experiencia —añadió Carmichael con ligereza, finalmente alzando la mirada—. Le complacerá saber que los venerados techos no temblaron al tener a

hombres como nosotros asistiendo a esos sagrados salones.

—El lugar podría usar un buen escándalo de vez en cuando —el duque se rió sin calidez—. Pero hay mucha emoción y damas por encontrar en todas partes, según oigo.

Gilbert señaló a Carmichael.

—Carmichael es todo lo que requiero como compañía por ahora.

—En efecto. Es todo un personaje —el duque se encogió de hombros pero luego miró a Carmichael con severidad—. Me robaste a mi chef francés.

Carmichael suspiró, aparentando dolor.

—Le aseguro que intenté devolverlo, pero no quiere irse. Afirma que prefiere cocinar para uno que sentarse en una cocina fría.

—¿Qué? —Gilbert frunció el ceño, sin entender la broma.

Carmichael le sonrió.

—El duque ha estado viajando con su familia durante la mayor parte del año.

Los ojos del duque se estrecharon con disgusto.

—Adoro a mi familia, pero no visitan Londres lo suficiente como para apreciar los esfuerzos culinarios de mi antiguo cocinero.

—Y esa es la única razón por la que el Monsieur Laffitte respondió a mi anuncio —le prometió Carmichael—. Sentía que no se le necesitaba.

El duque resopló.

—Sí, bueno. White's servirá para las cenas por el momento. Es tan difícil mantener buenos sirvientes estos días. Discúlpenme.

—Por supuesto.

Exeter se alejó, uniéndose a un par de caballeros mayores que Gilbert no reconocía, quienes parecían muy contentos de conocerlo. Miró a Carmichael en busca de información.

—El Duque de Staines y su hermano menor, Lord Lynton Manning.

—No recuerdo haberlos conocido antes.

—No es sorprendente. Staines organiza buenas cenas de vez en cuando, aunque se ha mantenido alejado este último año más o menos. El hermano fue una vez vicario como tú. Predicaba desde el púlpito de St. George's hasta que se casó.

—¿Oh? —Miró al caballero de cerca. No le parecía en absoluto familiar.

—Renunció a la iglesia por amor. Estella Ryall, antes Vizcondesa Carrington.

Ese título sí le resultaba familiar. —¿Tiene un hijo y una hija? Oscar, creo que era su primer nombre. No puedo recordar a la chica.

Carmichael asintió. —Ambos casados con una docena de críos entre ellos ahora. No todos son de Carrington, me apresuro a añadir, sino pupilos o alguna tontería por el estilo. Hubo un poco de escándalo con su matrimonio. Un juicio por incumplimiento de promesa que se volvió bastante desagradable. Él también se mantiene alejado estos días.

Gilbert asintió. —Fuimos a la escuela con él.

—¿Lo fuimos? —Carmichael se sacudió la pelusa de la manga—. Y sin embargo, no recuerdo a Carrington en absoluto.

—¿Por qué recordarías a alguien? Apenas asistías a la escuela —Gilbert se rio—. Tus actividades externas te mantenían bastante ocupado.

—Te haré saber que mi educación fue de primera clase —prometió Carmichael.

—Los burdeles no cuentan. Sin embargo, de alguna manera lograste una educación que muchos envidiarían, saltándote las clases y aun así clasificándote como uno de los hombres más

inteligentes que conozco.

—No lo suficientemente inteligente —Carmichael se encorvó un poco, revelando su descontento.

Mantener el ánimo de Carmichael era casi una ocupación de tiempo completo para un amigo. —¿Billar o cartas?

—Primero el libro de apuestas, luego el billar. Siento la necesidad de golpear algo.

Se dirigieron al libro de apuestas y escanearon las últimas apuestas.

Carmichael inhaló bruscamente. —Lord W apostó a Lord E que la señorita B se casará con Lord S antes de que termine la temporada. Eso no sería sobre ti, ¿verdad?

Gilbert empujó a Carmichael a un lado y escaneó la página. —¿Dónde dice eso?

Carmichael se rio suavemente. —Solo comprobaba tu reacción.

Gilbert miró con el ceño fruncido a su amigo y luego se dirigió hacia la parte trasera de White's sin él. Ahora él también necesitaba golpear algo en lugar de a su amigo.

En las escaleras principales se les unió Lord Wade, quien parecía haber tenido la misma idea que ellos de jugar al billar. —Lord Wade.

—Mis lores —Wade les permitió entrar primero a la Sala de Billar, pero se dirigió hacia una mesa vacía y comenzó a preparar tiros para jugar contra sí mismo.

Gilbert colocó las bolas y permitió que Carmichael abriera. El tiro de Carmichael resonó por la habitación y metió dos bolas de inmediato.

—Suerte de principiante —refunfuñó Gilbert.

—Años de más práctica en lugares de mala muerte que tú, supongo, amigo mío.

Gilbert ocultó una sonrisa y esperó hasta que fuera su turno. Entonces destruyó la ventaja de Carmichael metiendo todas las bolas, incluida la negra.

Finalmente se apartó, notando que habían atraído a una multitud. —Te lo merecías por tu comentario anterior.

Carmichael lo miró con aparente asombro. —¿Dónde aprendiste a hacer eso?

Se encogió de hombros. —Entre sermones. ¿Qué más había que hacer?

Carmichael pasó un brazo alrededor de los hombros de Gilbert y lo sacudió. —Recuérdame no volver a burlarme de ti sobre la señorita B.

—Tampoco deberías burlarte de ella.

—Parece que has causado una buena impresión en ella. Habló muy bien de ti a mi madrina hoy temprano.

—¿Por fin hablaste con ella? —preguntó Gilbert, preocupado por la mujer. Había estado considerando visitarla, pero no estaba seguro de cómo podría averiguar cómo estaba con una carabina o su padre también en la habitación—. ¿Cómo está?

Carmichael hizo una mueca. —No dijo mucho, había una doncella presente todo el tiempo que estuve con ella, pero conozco bien a Anna. Está muy alterada.

De repente, se aclaró una garganta detrás de Gilbert, y él se dio la vuelta. —¿Sí?

—¿Puedo retar a alguno de ustedes a una partida?

Carmichael sonrió rápidamente. —Ciertamente, Wade. Estaré encantado de jugar contra usted, pues nunca me atreveré a jugar contra Lord Sorenson de nuevo.

Gilbert simplemente se rio. Encontró un lugar contra la pared y apartó de su mente la angustia de la señorita Beasley para ver cómo se desarrollaba el juego.

—Puede abrir —le dijo Lord Wade a Carmichael, lo cual era justo, dado que él había sido quien retó al amigo de Gilbert.

Carmichael abrió, exhibiendo la misma precisión decisiva que antes. Esta vez metió tres bolas antes de ceder a Wade. La multitud de espectadores se alejó y Gilbert agradeció estar más o menos solo. Vigilar cada palabra alrededor de otros era difícil.

Lord Wade se tomó un momento para evaluar la colocación de las bolas en la mesa. —¿Qué están tramando ustedes dos?

—Esperando no perder de nuevo —prometió Carmichael.

Wade miró hacia Gilbert. —Estoy al tanto de su otro conjunto de habilidades bastante inusuales, milord. Los vicarios que resuelven asesinatos son bastante raros.

Los sentidos de Gilbert se agudizaron, pero se esforzó por parecer relajado. —Ex vicario.

—Me expresé mal. Mis disculpas —Lord Wade realizó su tiro, metiendo su color—. ¿Sabe? He oído que las propiedades de los Sorenson están en bastante mal estado y necesitaban atención urgente antes de que usted las heredara.

Gilbert se enderezó, ofendido. —Las propiedades de los Sorenson están en buen estado. ¿Quién dijo que no lo estaban?

—Bueno, todos. Los chismes sobre usted son abundantes —Lord Wade metió otra bola rápidamente—. Otro rumor que circula es que está aquí para encontrar una novia adinerada, aunque me cuesta creer ese cuento. Incluso con la suposición de Exeter hace un momento.

Gilbert miró al tipo, desconcertado por su comportamiento. —¿Siempre escucha conversaciones privadas?

—Solo cuando se habla de algo jugoso. Últimamente, ese sueles ser tú. Pero en este caso, hoy el duque alzó la voz cuando yo pasaba, así que, por supuesto, escuché su pregunta, al igual que todos los demás en la sala de la mañana —Lord Wade frunció el ceño mirando la mesa—. Si quieres que la gente se pregunte sobre ti, por todos los medios, mantén a todos adivinando qué rumor es cierto.

—¿Qué otras historias circulan?

Wade sonrió radiante.

—Mi favorita, sin duda, es que has venido a Londres a sembrar tu avena después de unos años aburridos como vicario.

—Eso es mentira.

—Yo también lo creo. Tu atención oscila de una joven bonita a otra demasiado rápido. ¿Son todas las habladurías invenciones? Creo que deben serlo —Lord Wade embocó otra bola. Cuando se enderezó, miró directamente a Carmichael—. ¿Qué ha sido de la señorita Angela Berry?

Carmichael palideció.

—Se la veía muy a menudo en tu compañía hasta hace poco. Todo el mundo sabe que se iba a concertar un matrimonio entre vosotros. Pero su familia se marchó de Londres sin previo aviso y la señorita Berry no informó a nadie de cuándo regresaría. De hecho, ninguna de sus amigas más cercanas ha tenido noticias de ella desde el baile de su madre. Están empezando a preocuparse por su ausencia en la sociedad.

Gilbert miró a su alrededor discretamente cuando Carmichael permaneció en silencio. Estaban solos por ahora.

—¿Qué interés tienes en la señorita Berry?

—Ninguno. Pero observar los extremos a los que llegaba para escabullirse de sus acompañantes y encontrarse aquí con Carmichael para besarse fue lo más divertido que he visto en algunos eventos del *ton*. No puedo creer que simplemente haya renunciado a la esperanza de

que le propusieras matrimonio. Parecía muy dispuesta a enamorarse de ti.

Carmichael se quedó paralizado.

—Lo estaba.

Lord Wade inclinó ligeramente la cabeza.

—*Lo estaba*. ¿Y tú?

—Sí —susurró Carmichael—. Yo también estaba enamorado de ella.

Lord Wade volvió a colocar el taco en su soporte en la pared sin decir una palabra más. Se acercó al lado de Lord Carmichael.

—¿Estaba? Mis condolencias entonces —susurró Lord Wade—. No es la única, ¿verdad?

—No —Gilbert se acercó, preguntándose qué más habría descubierto Lord Wade por su cuenta—. Pero nadie puede saberlo.

Los labios de Lord Wade se crisparon.

—Entonces yo soy nadie.

Gilbert estaba a punto de decir algo más cuando Lord Wade hizo una reverencia.

—No debería detenerlos ni un momento más. Discúlpenme. Los veré en el próximo baile.

Lord Wade se marchó a grandes zancadas.

—¿Sorenson?

—Él no es el asesino —le aseguró Gilbert a Carmichael.

—Entonces, ¿por qué hace tantas preguntas sobre Angela?

Gilbert no estaba seguro.

—Creo que puede que acabemos de reclutar otro par de ojos para la cacería.

Carmichael se pasó la mano por el pelo.

—Pero ninguna de las damas parece apreciarlo mucho. ¿Cómo puede ayudar?

—Eso podría ser útil —Gilbert sonrió, sintiéndose optimista de nuevo—. No lo verán observarlas a *ellas*. Todo el mundo te estará mirando a ti y a las jóvenes que distingas, incluido el asesino, sospecho, si tu teoría es correcta. Creo que podemos hacer buen uso de él.

CAPÍTULO 8

ANNA SE ABANICÓ para refrescar su rostro acalorado y miró con anhelo hacia las puertas abiertas del salón de baile de la residencia de Lord Windermere. —Cielos, qué calor hace esta noche.

Su acompañante era nuevamente Lord Wade, quien parecía estar en todos los lugares del salón donde ella había estado esa noche. Le había pedido que dieran un paseo por la sala, ya que la pista de baile era más pequeña de lo habitual y el número de personas que intentaban bailar era excesivo. Así era más seguro, según él, y Anna había accedido a regañadientes.

—Ciertamente lo es, incluso con las puertas abiertas —comentó él, mirando también hacia ellas.

Esquivaron a una pareja de la pista de baile que se había desviado, y se sonrieron mutuamente al reanudar su paseo.

Lord Wade estaba siendo muy amable con ella. Quizás era el momento de ver si la buscaba porque estaba interesado en cortejarla. —¿No sería maravilloso simplemente salir juntos a tomar un poco de aire fresco?

Él la miró con las cejas arqueadas. —Por supuesto, pídele a tu padre que te acompañe si necesitas un respiro del baile —ofreció—. Estaré encantado de llevarte de vuelta con él si lo prefieres.

Anna se sintió decepcionada por su respuesta. Si Lord Wade estuviera interesado, debería haber aprovechado la oportunidad de permanecer a su lado. Ya que parecía indiferente, ¿significaba eso que la encontraba poco interesante?

Lord Wade la miró a los ojos y luego rio suavemente. —Créeme, es lo mejor —le aseguró.

—Por supuesto. —Miró el caos de la pista de baile, en lugar de pensar en su falta de pretendientes—. El baile de Lord y Lady Windermere ha resultado inmensamente popular, ¿no crees? Y aunque me encanta bailar, esto también ha sido muy agradable.

—Más seguro. Gracias por no bailar conmigo esta noche —respondió él cuando su padre apareció a la vista en el extremo opuesto de la sala.

Ella asintió hacia sus anfitriones al otro lado de la sala y se quedó mirando atónita. Lady Windermere estaba nuevamente atrapada en el abrazo de su marido. —Parecen tan felices juntos.

—Completamente embelesados, como deberían estar todas las parejas recién casadas —aconsejó Wade sabiamente.

Ella lo miró sorprendida. —Actúan de manera tan diferente a otras parejas casadas que conozco.

—Abiertamente combativos un momento y, sin embargo, obviamente enamorados al siguiente. Aún están en los primeros días de su matrimonio. —Lord Wade sonrió con picardía—. No hay nada como una buena discusión entre amantes para encender la sangre.

El rostro de Anna se acaloró, pero luego suspiró con anhelo cuando su primo depositó un tierno beso en la palma de su esposa, sonriendo pícaramente antes de alejarse entre la multitud. Lady Windermere lo observó marcharse con una sonrisa feliz en los labios.

La pareja estaba claramente enamorada, lo cual era agradable de ver en una pareja de su edad, pero también la hacía sentir envidia. Ella quería eso para sí misma. Quería casarse con un hombre que no deseara nada más que estar con ella. —¿Crees en el amor, Lord Wade?

—Por supuesto que sí. Es por eso que aún no me he casado.

Ella lo miró, con la curiosidad despertada. —Pensé que no te habías casado porque no habías conocido a la mujer adecuada.

—La he conocido, pero desafortunadamente estamos estancados en la etapa de la negación, antes de que puedan comenzar las encantadoras intimidades.

Ella creyó entender lo que quería decir y luchó por no sonrojarse en respuesta. ¿Ni siquiera había besado aún al objeto de su afecto? Dado que Anna claramente no era quien había captado su atención, sintió una instantánea simpatía por su situación. Ella tampoco había conocido al hombre adecuado todavía, supuso.

—Pobre Lord Wade. —Anna rio suavemente—. Te deseo lo mejor al final, pero con esa lengua traviesa tuya, probablemente tendrás que esperar un buen rato todavía.

Anna se tapó la boca con la mano, pero en lugar de ofenderse, Lord Wade estalló en carcajadas.

—¡Por fin! —exclamó.

—Lo siento mucho. Nunca debí haber dicho algo así —le prometió. ¿Por qué había dicho eso en voz alta?

—Tonterías. Tu honestidad es tan refrescante. He estado esperando que dijeras exactamente lo que piensas durante tanto tiempo. Nunca pensé que llegaría este día —volvió a reír—. Estoy impresionado.

—Shh —le advirtió, mirando ansiosamente a su alrededor—. Guarda silencio.

En cambio, Lord Wade rio aún más fuerte. Se secó los ojos con el pulgar. —Sabía que me caías bien. Somos amigos, ¿verdad?

Ser amigos no estaba tan mal, supuso. Al menos siempre se podía contar con Lord Wade para que la acompañara en un baile cuando le faltaba pareja. —Sí.

Anna y Wade tuvieron que pausar su paseo cuando el camino se congestionó. Ella miró alrededor, buscando un camino para avanzar, y se encontró directamente con la mirada de Lord Sorenson. Se dio cuenta vagamente de que Lord Carmichael estaba a su lado, pero no podía apartar la mirada de Lord Sorenson. Era muy apuesto, y había habido ese breve y delicioso momento en que la había sostenido en sus brazos.

Por supuesto, había estado demasiado alterada para disfrutar plenamente el momento. Pero recordaba lo reconfortante que había sido, y su aroma, su loción para después del afeitado y su calidez, también eran muy agradables.

Se saludaron con un gesto, y luego Lord Wade la guio hacia adelante. Después de un momento, se aclaró la garganta. —Ahora, confiesa: ¿de quién te imaginas estar enamorada?

—No estoy enamorada de nadie —dijo rápidamente, rogando que no hubiera notado cómo miraba a Lord Sorenson.

—Oh, yo creo que sí lo estás. ¿Es Lord Carmichael quien ahora te hace sonrojar, o es alguien completamente diferente quien ha captado tu atención e imaginación?

—Un amigo no me haría una pregunta tan directa —dijo, haciendo poco por ocultar su incomodidad.

—Así que es alguien nuevo. No es una mala elección, sospecho. —Una sonrisa astuta curvó sus labios—. Es difícil no notar que tu atención está dividida esta noche —dijo en voz baja.

Ella lo miró rápidamente. —No, no lo está. Nunca sería tan grosera contigo.

—Creo que el tipo te ha hecho perder la cabeza por completo, y en tan poco tiempo, además. Podría ser incluso amor a primera vista. —Le dio un codazo amistoso en el hombro—. No tienes por qué avergonzarte. Desde el principio supe hacia dónde soplaba el viento contigo. Aún no habías conocido a aquel que hiciera temblar tus partes íntimas.

Ella se quedó boquiabierta y luego cerró la boca de golpe. ¿No podía haber dicho eso en voz alta? ¿No podía saber el efecto que Lord Sorenson tenía en ella?

No se atrevía a encontrarse con su mirada, y su rostro se enrojeció intensamente mientras trataba de no pensar en Lord Sorenson y sus partes íntimas. Quería huir de su vergüenza, especialmente cuando se dio cuenta de que sus pezones parecían haberse vuelto inusualmente sensibles bajo su vestido. Tenía que alejarse de todos hasta que la sensación pasara.

Desafortunadamente, Lord Wade tomó su brazo y lo enganchó con el suyo antes de que pudiera dar un paso lejos de él. Anna mantuvo los labios firmemente cerrados. Pretendería que todo era normal. Era lo único que se le ocurría hacer.

—Es una sensación perfectamente natural. Me alegro por ti. Seguiremos siendo buenos amigos, señorita Beasley, sin importar lo que suceda después. Sigues siendo la segunda mujer más interesante de la sala.

Anna lo miró fijamente.

—¿La segunda?

—Sabía que seguías escuchándome —se rió mientras ella recordaba lo que él había confesado antes. Qué tonta era. Por supuesto, ella ocuparía el segundo lugar después de la dama que él admiraba—. Los amigos se ayudan mutuamente a ver la verdad, especialmente cuando es en su beneficio, y le dan a su amigo la oportunidad de hacer que alguien vea lo que se está perdiendo.

Anna se estremeció, de repente helada. Lord Wade no tenía idea de lo que estaba hablando. Ella no tenía ninguna posibilidad de mantener la atención de Lord Sorenson. Sus probabilidades eran menos que nulas.

—Prefiere mirar a otras mujeres antes que a mí —confesó en voz baja.

—Qué imbécil. Sorenson entrará en razón eventualmente.

Ella miró a Lord Wade, sobresaltada.

—No estaba hablando de él.

—Yo sí —Lord Wade volvió a reír—. Todos los hombres son demonios hasta que la mujer adecuada los domestica. Sorenson te observa incluso ahora.

Anna fulminó a Lord Wade con la mirada.

—Observa a todo el mundo.

—Te está mirando a *ti* ahora. *Otra vez*. Mira a tu izquierda y verás.

Anna lo hizo, y su mirada se posó inmediatamente en Lord Sorenson. Carmichael ya no estaba con él, pero Lord Sorenson la estaba mirando a ella y a Lord Wade, con una línea de preocupación creciendo entre sus cejas.

¿No había estado más arriba en la sala, más cerca de su padre, hace un momento?

Anna se apartó rápidamente de él, decidida a sacarse al conde de la mente. El interés de Lord Sorenson era puramente sobre cuánto tiempo podría ella mantener la boca cerrada sobre el asesinato que había descubierto por casualidad.

Miró alrededor de la sala, reanudando su búsqueda de un marido agradable.

—Como dije, mira a todo el mundo mucho. ¿Ves a Lord Carmichael por alguna parte?

—¿Carmichael? ¿Por qué lo querrías?

Ella hizo una mueca.

—Para poder evitarlo.

Lord Wade sonrió ligeramente.

—Sí, había oído que han sido enemigos desde la infancia. Seguramente no es tan malo.

—De hecho, es así de malo —ella rebuscó en su memoria un ejemplo de la verdadera naturaleza de Carmichael—. Tengo muchas buenas razones para no quererlo. Por ejemplo, un día, justo después de que él y sus padres vinieran a quedarse de visita, Carmichael tomó mi nueva sombrilla sin mi permiso y la llevó al palomar de un vecino para poder observar a las aves sin que sus excrementos le salpicaran el abrigo. La sombrilla era un regalo poco común de su madre. Era hermosa y muy querida para mí.

—Eso suena como una precaución razonable, pero... —comenzó Lord Wade, pero luego frunció el ceño—. ¿Cuánto tiempo estuvo dentro del palomar?

—Una hora o más. Cuando lo vi, simplemente me pasó la sombrilla arruinada y me agradeció por habérsela prestado.

Lord Wade hizo una mueca.

—Creo que eres muy sabia al mantener la distancia con ese entonces.

—Ojalá pudiera, sin embargo, mi padre es su padrino y le tiene gran afecto a Lord Carmichael. Evitarlo no siempre es posible, pero hago lo mejor que puedo.

Lord Wade sonrió de nuevo.

—¿No puedes responsabilizar a su amigo por el comportamiento infantil de un conocido mutuo?

Las mejillas de Anna se acaloraron.

—¿Qué amigo?

—Sabes quién: alto, pelirrojo, guapo y con una afición por seguirte por este salón de baile.

—No lo hace.

—Ustedes dos hacen una buena pareja —Lord Wade se rió—. Has estado lanzándole miradas furtivas desde la noche que lo conociste en Almack's, y él está haciendo lo mismo ahora.

—Ciertamente no lo miro más que a nadie más —declaró acaloradamente, sin disfrutar la insistencia de Lord Wade.

—No es una mala elección, si me preguntas.

Anna se erizó, molesta porque Lord Wade se estaba volviendo demasiado familiar. No era de extrañar que la señorita Hayes hiciera todo lo posible por evitarlo. Tal vez tendría que retirar su amistad si seguía así.

—No pedí tu opinión.

—Nadie lo hace nunca. Generalmente para su detrimento —sonrió serenamente—. Puedo detectar una pareja mal avenida a veinte pasos. Y una mejor en menos tiempo que eso.

—Si eres tan hábil para hacer parejas, quizás deberías considerar dejar de ser cobarde y enfrentar los hechos. Nunca vas a conseguir una esposa a menos que tomes acción. Deberías

preocuparte más por casarte tú mismo —jadeó rápidamente, sorprendida de nuevo por su propia audacia al sugerir tal plan—. Pero no conmigo, por supuesto.

—No, tú no. Nunca nos convendríamos para el matrimonio.

A pesar de estar enfadada, Anna se sintió mal de repente por cómo había hablado.

—Estoy segura de que la dama estaría feliz de casarse contigo si eres sincero al declarar tus afectos.

—Hacer de casamentera no es una habilidad que poseas, señorita Beasley, o nuestra asociación habría dado mejores resultados hasta ahora —suspiró—. Tu padre nos está haciendo señas para que vayamos con él.

Anna miró hacia adelante. Su padre parecía ansioso por que ella regresara. Estaba estirando el cuello de una manera que normalmente no necesitaba. ¿Se habría enterado por fin del asesinato de la semana pasada? El estómago de Anna se revolvió de preocupación ante la posibilidad de que se enterara de lo que ella había descubierto por casualidad.

—Gracias por tu compañía, Lord Wade.

—Como siempre, ha sido una experiencia esclarecedora hablar contigo —prometió.

Se unieron a su padre y Lord Wade rápidamente se excusó. Ella lo vio huir hacia la sala de juegos y luego miró a su querido padre.

—¿Sucede algo malo?

—No, no —miró a su alrededor, sonriendo ampliamente—. Pero tengo noticias. Muy buenas noticias que compartir.

Anna trató de sonreír también, fingiendo una emoción que no sentía ante sus palabras.

—Lord Carmichael ha pedido bailar contigo esta noche —susurró—. Le prometí que estabas libre y muy dispuesta a bailar con él con poca antelación.

Anna gruñó por lo bajo. Lord Carmichael era un dolor de cabeza. Había esperado llenar su tarjeta de baile solo con pretendientes potenciales.

Pensó rápidamente en una forma de evitar el baile el mayor tiempo posible.

—Si me disculpan, necesito un momento a solas.

—Ya estás preciosa —le aseguró su padre—. Pero por supuesto, ve al tocador si quieres mejorar la perfección.

Le acarició la barbilla con los nudillos, sonriéndole hasta que ella tuvo que huir de su presencia. Ojalá papá no estuviera tan empeñado en que Carmichael la acompañara en la pista de baile. Se llevaría una decepción cuando Carmichael finalmente se casara, probablemente con la señorita Angela Berry, y muy pronto, además.

Anna sabía qué habitaciones se habían reservado para las damas y siguió a un par de mujeres parloteantes en esa dirección. Sin embargo, tan pronto como aquellas damas se deslizaron dentro del tocador, Anna se escabulló en la primera cámara que encontró y cerró la puerta firmemente tras de sí.

Presionó su mano contra el pecho, emocionada por su atrevida escapada. La regañarían si la descubrían allí sola, pero no tenía otra opción.

Tendría que hablar con su padre sobre su intenso desagrado hacia Lord Carmichael. Debía evitar que hiciera arreglos para que bailaran juntos a sus espaldas, y pronto.

De repente, el aire se agitó a su lado.

—¿Qué hace aquí sola, señorita Beasley?

CAPÍTULO 9



MISS BEASLEY DIO un grito ahogado y se giró hacia la esquina oscura donde Gilbert se había escondido cuando ella entró repentinamente en la habitación.

—¡Cielos! —exclamó—. Me has asustado.

Gilbert se acercó a ella, llevando sus dedos enguantados a sus labios. Los presionó firmemente contra ella para silenciarla. —Debes guardar silencio —susurró.

—¿Por qué? —murmuró ella alrededor de sus dedos.

Él permaneció inmóvil un largo momento, estudiándola a la luz de la luna que se colaba por las cortinas abiertas. Miss Beasley lo intrigaba como ninguna otra dama que hubiera conocido hasta ahora. Era una lástima que no tuviera tiempo para explorar la atracción que crecía en él, y la que percibía en ella incluso ahora. —Para que nadie sepa que estamos a solas.

Rozó suavemente sus dedos por los labios de ella, deseando haberse tomado el tiempo de quitarse los guantes primero. Miss Beasley tenía unos labios bonitos. Le fascinaba observarlos.

Sin importarle el potencial escándalo, ella se acercó más. —¿Descubriste quién mató a Miss Goldwell?

—Aún no. —Pero había venido a esta habitación para acechar a un candidato. Carmichael había ido a otro lugar probable donde pudiera ocurrir un ataque, la biblioteca al otro lado de la casa. Juntos, esperaban frustrar al asesino si estaba aquí esta noche.

El corazón de Gilbert se había detenido cuando alguien se deslizó en la habitación, y cuando reconoció a Miss Beasley por el color de su vestido y las curvas de su cuerpo, su corazón se aceleró de temor.

Por un momento, uno muy breve, se preguntó si habría estado tan equivocado sobre ella.

Sin embargo, sentía que el asesino habría reaccionado de manera muy diferente a su presencia, si hubiera venido aquí con la intención de asesinar.

—No puedo olvidar lo que le sucedió. —Unos ojos asustados se encontraron con los suyos —. ¿Puedes tú?

Volvió a poner sus dedos sobre los labios de ella cuando unas mujeres pasaron por la puerta, riendo ruidosamente mientras se alejaban. Escuchó hasta que se fueron. —Lamento que hayas tenido que verla así.

Miss Beasley se estremeció. —No está bien que nadie lo sepa.

—No, no está bien, pero así debe ser por ahora si se quiere atrapar al asesino.

Sus ojos escudriñaron su rostro de nuevo. —¿No hay pistas en absoluto?

—Muy pocas. —Confiar en Miss Beasley no había sido una consideración, pero sentía que le debía una explicación y esperanza—. Sospechamos que el responsable es alguien a quien la sociedad suele pasar por alto. Alguien que se mantiene al margen.

Miss Beasley tragó saliva. —¿Es por eso que te escondes aquí? ¿Estás tratando de atraparlos en el acto de atacar a alguien más?

—Sí —confesó. Sonrió rápidamente, para que no pensara que la consideraba sospechosa—. Pero parece que he atrapado a una hermosa dama en su lugar.

—Yo no soy la asesina —dijo ella, llevándose los dedos a la garganta—. Simplemente necesitaba un momento para mí antes de volver al baile.

Notó que ella ignoró el cumplido, pero tocar su garganta reveló que sus palabras sí la habían afectado. Si no estuviera tan oscuro aquí, pensó que podría estar sonrojada. —¿Qué te ha alterado esta noche?

Ella frunció el ceño. —¿Por qué crees que estoy alterada?

—Vi cómo cambió tu expresión mientras hablabas con Lord Wade.

Ella se encogió de hombros. —A veces me inquieta, pero no es de él de quien huyo.

Gilbert se irguió, más que un poco preocupado por ese comentario. —¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo. Estoy molesta. Padre ha prometido que bailaré con Carmichael pronto.

Se suponía que Carmichael estaría patrullando la biblioteca a estas alturas. ¿Había tenido la intención de decepcionar a Miss Beasley esta noche al no llegar a bailar con ella? Eso parecía innecesariamente cruel. —¿Y si no viniera?

—Entonces finalmente haría algo que me hiciera feliz —dijo, y luego suspiró—. Sin duda mi padre lo presionó para que bailara conmigo esta noche. Preferiría no ser un deber, considerando todo. Solo deseo que se fuera o le dijera que no a Padre con un toque de firmeza.

—Hablaré con él —prometió Gilbert, jurando en silencio mantenerlos tan separados como fuera razonablemente posible.

—¿Lo harás? ¿Por qué? —Su mano se movió hacia su mejilla y sí, ahora estaba seguro de que se estaba sonrojando furiosamente.

—Es mi amigo y está siendo manipulado.

—Tiene una columna vertebral de gelatina. Siempre está prometiendo una cosa u otra a Padre, y a su madrina también, por cierto. No es posible complacer a todos. Yo aprendí eso hace mucho tiempo, y desearía que él también lo hiciera —declaró Miss Beasley, levantando la barbilla con orgullo.

Claramente Miss Beasley no quería estar cerca de Carmichael, pero siempre parecía estar hablando con Lord Wade, un hombre cuyo carácter parecía bastante retorcido. Ella merecía algo mejor. —¿Hay algo más que amistad entre tú y Lord Wade?

Ella rio amargamente. —Me cae bien, pero no de la manera que sugieres. No románticamente.

Alguien cacareó de risa justo al lado de ellos, fuera en el pasillo. Él volvió a poner su mano sobre la boca de ella, esperando que quienquiera que fuese se marchara rápidamente. Él y Miss Beasley habían estado a solas durante demasiado tiempo. Tenía que dejarla ir tan pronto como el silencio volviera al pasillo adyacente y enviarla de vuelta.

Se inclinó para susurrarle al oído: —Deberías irte.

—No dejas de decirme eso —susurró ella en respuesta.

—No deseo perjudicar tu reputación.

Ella lo consideró un momento, y luego suspiró. —Nadie notará que falto todavía —prometió

—. ¿Necesitas ayuda para buscar al asesino de Miss Goldwell? Me gustaría ofrecer cualquier asistencia que pueda.

—Bow Street tiene el asunto bien controlado. También tengo a Carmichael.

Ella puso los ojos en blanco. —Necesitas a alguien mejor equipado para hacer preguntas inteligentes que Carmichael.

Gilbert ahogó una risa. —Creo que Carmichael hizo demasiado bien su trabajo al ponerte en su contra. ¿Sabes que es una especie de genio, verdad?

—Price Wagstaff es un imbécil y un sinvergüenza —dijo ella secamente—. Su amigo ya lo sabría a estas alturas. Todo lo que le interesa es perseguir la falda más cercana.

A Gilbert le divertía su hostilidad hacia Carmichael. —Puede que Carmichael nunca asistiera a clases cuando estábamos en la escuela juntos, pero aprobaba todos los exámenes con tiempo de sobra. Es más listo que la mayoría de los hombres, incluyéndome a mí.

—¿Qué? Eso no puede ser cierto. Tú eres...

Gilbert le tocó los brazos ligeramente. —Soy qué.

La señorita Beasley se humedeció los labios. —Bueno, obviamente eres muy inteligente y...

Gilbert maldijo por lo bajo cuando su cuerpo reaccionó al movimiento de la lengua de ella sobre sus labios, y al elogio. La deseaba, aunque no podía cortejarla hasta que el asesino fuera capturado.

Aun así, no había razón para no revelar su interés y ver qué pasaba. —¿Y?

—¿Qué más hay que decir?

Él se inclinó cerca. Peligrosamente cerca, y oyó cómo se le cortaba la respiración. —Creo que tú también eres muy atractiva. Me fijo en ti —susurró—. Cuando llegas, cuando te vas. Con quién hablas. Con quién bailas.

La señorita Beasley tembló cuando él puso su mano en su hombro. —¿De verdad?

—Oh, sí. Es un placer observarte. Tan grácil y siempre sonriente. —Movió su mano para que sus dedos rozaran su garganta y los deslizó hacia arriba para acunar su rostro—. Si tuviera tiempo de sobra, quizás no haría otra cosa más que observarte.

La señorita Beasley se desplomó contra la pared detrás de ella. —Eres demasiado amable.

—En realidad no lo soy. —¿Acaso no tenía idea de lo atractiva que la encontraba? Tendría que corregir su falta de comprensión sobre el asunto de su deseabilidad. Se acercó más, acorralándola contra la pared. La sangre le bombeaba rápidamente por las venas. El deseo le estaba robando los modales, y lo sabía. No le importaba. Bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron muy cerca—. Si fuera amable, no querría hacer esto.

Selló sus labios sobre los de ella y la besó a conciencia durante varios minutos largos. Era obvio que la señorita Beasley era inexperta. Tuvo que persuadirla para que separara los labios y cuando lo hizo, sacó la lengua para saborearla.

Sabía al ponche que había bebido antes y olía a cielo, también.

La atrajo a sus brazos, dejando de lado el motivo por el que originalmente había venido a esta habitación. Todo lo que podía pensar era en mostrarle a la señorita Beasley cuánto la admiraba. Ella le rodeó los hombros con los brazos y él gimió contra su boca, cerrando los ojos para saborear el momento de su rendición a la pasión.

Al momento siguiente, la señorita Beasley fue arrancada de sus brazos.

Abrió los ojos aturdido y se encontró con el rostro ceñudo de Lord Wade frente a él. —Siento interrumpir —murmuró Wade—. Pero deberías saber que esto no está bien.

La señorita Beasley parpadeó varias veces y luego se cubrió los labios. Sus mejillas

definitivamente se estaban volviendo de un rosa intenso ahora, y sus ojos estaban abiertos de par en par por la conmoción.

Solo entonces vio a su anfitriona, Lady Windermere, de pie justo dentro de la habitación también. No parecía complacida con ellos.

Lady Windermere se dirigió primero a la señorita Beasley. —Querida, las damas solteras que merodean por los pasillos sin carabinas deben recordar siempre cerrar la puerta con llave cuando se escabullen para robar besos.

—Ella no se escabulló a ninguna parte —protestó, ofendido en nombre de la señorita Beasley.

—¿Qué más podría ser esto sino una cita clandestina? —Lady Windermere lo estudió cuidadosamente—. ¿O acaso he interrumpido la aceptación de una propuesta de matrimonio de tu parte? Si es así, no podría estar más feliz por la señorita Beasley, la prima de mi esposo.

¿Anna Beasley era prima de Lord Windermere? No sabía eso sobre ella, y en realidad, sabía muy poco sobre la familia Beasley y sus conexiones.

Hubo un silencio absoluto durante un minuto completo mientras las ramificaciones de la segunda pregunta de Lady Windermere lo llenaban. No había habido ninguna charla sobre matrimonio o futuro, solo el asesinato de la señorita Goldwell y un beso robado. En realidad, varios besos robados, pero no podía recordar cuántos ahora. No sería justo que se casaran bajo esas circunstancias y, sin embargo, como familia, Lady Windermere esperaría que él cumpliera con su deber y acallara cualquier escándalo.

¡Que el diablo se lo lleve! Tendría que pedir la mano de la señorita Beasley.

Gilbert tomó la mano de la señorita Beasley y la acunó tiernamente contra su pecho. —Nos han descubierto, mi amor.

El pánico brilló en los ojos de la señorita Beasley cuando sus miradas se encontraron. Claramente no esperaba que él le ofreciera palabras de cariño, pero después de ese beso, y siendo atrapado en su abrazo, no tenía otra opción que interpretar el papel de un pretendiente enamorado. Haría lo honorable y mentiría diciendo que había planeado esto desde el principio.

Esperaba que la señorita Beasley pudiera fingir felicidad lo suficientemente bien como para engañar a Lady Windermere y a Lord Wade de que había estado con él para este resultado.

Afortunadamente, la señorita Beasley le apretó los dedos, pero una pregunta se formó en sus ojos de todos modos. —En efecto.

Él cubrió su mano con la suya y la sostuvo con fuerza. Podrían hablar de esto más tarde, después de que él hubiera hablado con su padre y evitado un posible escándalo. El matrimonio real podría esperar hasta que el asesino fuera llevado ante la justicia.

Aunque... no podía decir que le disgustara la idea de casarse con la señorita Beasley, incluso si era un poco repentino. No había venido a Londres para encontrar una novia, aunque tendría que casarse en el próximo año más o menos si quería ver a sus hijos crecer hasta alcanzar la mayoría de edad. La señorita Beasley era ciertamente una mujer a la que habría considerado, dado el tiempo para un estudio más largo del mercado matrimonial. Ciertamente había disfrutado tenerla en sus brazos esta noche y besarla hasta dejarla sin sentido. Fácilmente podría hacerlo de nuevo. ¿Qué podría haber pasado si no los hubieran interrumpido? Su pulso se aceleró ante la idea.

—Había esperado hablar con tu padre antes de que alguien conociera mis intenciones para nosotros.

Un bonito rubor inundó sus mejillas. —Estoy segura de que mi padre estará muy feliz de

reunirse contigo mañana, mi lord.

—¿Por qué no hablar con él esta noche? —preguntó Lady Windermere con una brillante sonrisa—. Puede anunciar el compromiso ante todos nuestros amigos. Mi baile se convertirá en el tema de conversación de la temporada.

Gilbert pensó que ya lo sería, dado el número de invitados que habían venido. La sociedad parecía atónita de que Lord y Lady Windermere hubieran dejado de lado sus diferencias y se hubieran casado en primer lugar. Esta noche se había hecho mucho escrutinio a la pareja, principalmente debido a la cintura en expansión de Lady Windermere y este segundo embarazo desde que comenzó el matrimonio.

La señorita Beasley soltó sus dedos lentamente. —No me gustaría anunciar ningún compromiso esta noche.

—¿Oh? —dijo Lady Windermere, arqueando una ceja con sorpresa—. ¿Y por qué no, mi querida prima?

—A mi padre no le gusta que lo pongan en aprietos, y aún no se ha dado cuenta del profundo interés que Lord Sorenson tiene en mí. Mañana será suficiente para que él y Lord Sorenson discutan el futuro —dijo con firmeza.

Gilbert reprimió una sonrisa. La señorita Beasley podría parecer callada y propensa a sonrojarse, pero no iba a dejarse mangonear por su pariente. ¡Bravo! Ahora estaba realmente ansioso por conocer mejor a la señorita Beasley.

Lady Windermere evaluó a la señorita Beasley y luego asintió lentamente. —Como desees, querida. Tendré que contentarme con ser simplemente la primera en saber del compromiso. Si necesitas ayuda para planear la boda o tu ajuar, estaré encantada de ayudarte.

—Gracias por entender y por su amable ofrecimiento —murmuró la señorita Beasley antes de mirar a Lord Wade—. ¿Y usted, milord? Confío en que también esté dispuesto a guardar silencio.

Lord Wade parecía enormemente divertido por la pregunta de la señorita Beasley. —Mientras me entere de que Lord Sorenson ha visitado a tu padre mañana, no diré nada.

—Gracias.

Lady Windermere sonrió radiante. —Bien, entonces, ahora que está resuelto, la señorita Beasley me acompañará al tocador y luego volverá con su padre conmigo. Debe estar preguntándose qué la está reteniendo.

La señorita Beasley se tambaleó un poco, sin duda imaginando lo peor sobre cómo su padre podría tomar la noticia de su comportamiento esta noche. Gilbert alcanzó su mano nuevamente, decidido a que su padre nunca se enterara de su beso interrumpido. —Un momento.

—Debería irme —suplicó la señorita Beasley.

—Muy bien —accedió de mala gana. Deberían discutir el lío en el que él los había metido, en privado, antes de que hablara con su padre mañana, si era posible. Aunque quería que ella se quedara con él, tenía sentido fingir que aún no se habían besado. Asintió—. Hablaremos mañana entonces.

—Espero recibirte con ansias —prometió ella, antes de unirse a Lady Windermere en la puerta. Con una última mirada, salió por la puerta y fuera de su alcance.

Gilbert dejó escapar un profundo suspiro cuando la puerta se cerró tras ella. Se volvió hacia Lord Wade. —Gracias por no dar la alarma.

Lord Wade arqueó una ceja, habiendo desaparecido todo rastro de diversión. —Confío en que mi fe en ti no esté mal depositada.

—Visitaré a su padre mañana —prometió.

—Bien. —Un poco de su diversión regresó—. La señorita Beasley es única, ¿verdad? Aparentemente tímida, pero no detecté ni un ápice de eso cuando te estaba besando con tanto ardor hace un momento.

—Considera tus próximas palabras con mucho cuidado, Lord Wade —gruñó.

—Tú también deberías hacerlo. —Lord Wade le lanzó una mirada fulminante—. No me gustaría que mi amiga se sintiera decepcionada de ninguna manera.

Gilbert frunció el ceño al hombre. Anna Beasley había afirmado que no existía un afecto profundo por Lord Wade. Pero con las amenazas aún enturbiando el ambiente, se preguntó si no se habría interpuesto en un romance en ciernes. —¿Te preocupas por ella?

—No es ninguna sorpresa. —Lord Wade se encogió de hombros—. Es una de las pocas damas de la sociedad con las que vale la pena hablar. Platónicamente, por supuesto. La señorita Beasley es demasiado confiada, así que hago lo que puedo para educarla sobre los canallas. Yo incluido. Una vez que esté felizmente establecida en el matrimonio, dirigiré mi atención a otra parte.

Gilbert gruñó sorprendido. Nunca habría considerado a Lord Wade como el ángel guardián de nadie, pero el tipo parecía tener su corazón en el lugar correcto. —Gracias, creo.

El hombre sonrió ampliamente. —Volveré al baile ahora, y estaré atento a las noticias de un anuncio de compromiso mañana.

Salió de la habitación con un alegre saludo.

Gilbert sacudió la cabeza y regresó por donde había venido, a través de la ventana de la terraza, mientras los relojes de Windermere House daban las doce.

Apresuró sus pasos. Según todos los informes que había reunido, el momento para que el asesino actuara había llegado y pasado. No había habido ningún grito de alarma. Sin embargo, aún le gustaría buscar un cuerpo no descubierto solo para estar seguro de que nada había sucedido.

Se encontró con algunas parejas mayores en la terraza, pero nadie a quien considerara un asesino potencial mientras rodeaba la casa. Reconocía a pocos, así que siguió moviéndose. Revisó lugares apartados en busca de cuerpos, consultó discretamente con los hombres de Bow Street que se habían infiltrado entre la multitud para actuar como ojos adicionales, y recibió el visto bueno de ellos.

Respiró aliviado, hasta que se topó con Albert Meriwether, apoyado contra un muro del jardín con ropa oscura de diario.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Me quitaste el caso. —La expresión de Meriwether se agrió—. Pero el magistrado también insinuó que parece estar desarrollándose un patrón. Estoy aquí en mi tiempo libre para verte en acción e intervenir cuando sea necesario.

—El asesino no atacó a nadie esta noche.

El tipo se sacudió. —Es decepcionante oír eso. Pero me iré antes de que me vean. Espera verme más por aquí.

No le agradaban las intenciones de Meriwether. Le habían dicho que él lideraba la investigación. No necesitaba al hombre bajo sus pies. Gilbert se acercó a él. —Si golpeas a otro sospechoso para obtener una confesión en este caso, haré lo mismo contigo.

Meriwether hizo una reverencia fría y luego se desvaneció en la noche.

Tener a Meriwether cerca significaba que nunca podría confiar plenamente en ninguna

información que le dieran si pasaba primero por sus manos. Davis tampoco estaría contento con este desarrollo. Habían trabajado bien juntos sin una tercera rueda. Davis también aspiraba a un ascenso, que Meriwether podría no apoyar.

Al regresar al salón de baile, notó inmediatamente a la señorita Beasley. *Anna*. Ella y la señorita Hayes estaban juntas nuevamente y hablaban con gran animación. Lord Wade estaba a cierta distancia detrás de ellas, vigilando una vez más. El tipo lo miró, pero luego se perdió entre la multitud justo cuando Carmichael entraba en la sala.

Gilbert no estaba seguro de qué hacer a continuación con respecto al asesino, pero estaba absolutamente seguro de una cosa: realmente quería tener otra oportunidad de estar a solas con Anna.

CAPÍTULO 10



ESPERAR ERA UNA TORTURA. Anna caminaba de un lado a otro en el pequeño salón de la planta baja de la casa londinense de su padre, con los nervios a flor de piel ante cada sonido. El pánico que había experimentado por el asesinato de la señorita Goldwell había sido eclipsado por temores aún mayores: ¿y si Lord Sorenson no venía en absoluto? ¿Y si lo hacía?

Se cubrió el rostro, agradecida de que su padre se hubiera ido a su despacho a leer el periódico y no pudiera verla en ese estado tan miserable e incierto. Apenas había podido comer nada en el desayuno, pero de alguna manera había logrado ocultárselo a su padre. Su único comentario esa mañana fue que se la veía inusualmente pálida y cansada.

No era de extrañar. No había dormido bien en días.

El asesinato y ahora un pretendiente que se esperaba que la visitara la habían puesto completamente nerviosa.

El aldabón sonó en la puerta principal y ella soltó un grito. Se oyeron pasos apresurados por el pasillo y Anna se esforzó por escuchar lo que se decía. Lo siguiente que oyó fue una voz femenina, y luego el mayordomo apareció en la puerta. —¿Está usted en casa para la señorita Hayes esta mañana, señorita Beasley?

Anna dejó escapar un suspiro tembloroso. —Sí, por supuesto que lo estoy. Siempre.

Él asintió y se fue. Unos minutos después, Portia Hayes entró como una tromba en la habitación. —Simplemente no pude pegar ojo anoche —anunció mientras agarraba con fuerza las manos de Anna—. ¿Tú pudiste?

Anna tragó saliva, preguntándose qué habría oído ya Portia sobre ella, pero demasiado aterrorizada para preguntar. —Me levanté muy temprano —admitió—. Por favor, siéntate.

—Gracias. Todo esto es tan angustioso.

Anna la miró con agudeza. Debía saberlo. —¿El qué?

—No poder visitar a las amigas.

Anna soltó el aliento que descubrió que había estado conteniendo. Nadie sabía lo que la habían sorprendido haciendo con Lord Sorenson. Su reputación estaba a salvo todavía. Al menos por el momento. —¿A qué otras amigas querías visitar?

—Bueno, tú y yo sabemos que Angela Berry ha desaparecido de la sociedad. Su familia se ha ido al campo sin dejar dicho si volverían siquiera.

—¿Ah, sí?

—Eso parece.

Portia meneó la cabeza de un lado a otro. —Y ahora me entero de que la señorita Goldwell también ha huido de la capital.

Al mencionar a la señorita Goldwell, un frío sudor invadió a Anna. Le había prometido a Lord Sorenson que no diría nada a nadie. —Yo tampoco la he visto.

Portia arrugó el rostro. —Bueno, es una molestia tener amigas y conocidas que siguen desapareciendo sin decir adiós. Puede que no tengamos más remedio que hacer nuevas amistades si este declive continúa.

—O contentarnos con la compañía de la otra y no necesitar a nadie más —añadió Anna con una risa forzada.

Portia le cogió la mano. —Ni se te ocurra desaparecer.

—No lo haré —sonrió—. Probablemente nunca te librarás de mi compañía.

Portia sonrió. —Si no encuentras un marido adecuado, ya sabes que puedes venir a vivir conmigo cuando yo lo haga.

Anna se rio suavemente. —Y lo mismo a la inversa. Puedes venir a vivir conmigo si ocurre lo peor.

—Oh, lo haría, pero debo advertirte que tengo la intención de hacer que uno de mis pretendientes se declare antes de que termine la temporada.

Anna se inclinó hacia delante. Portia era una joven decidida, y sintió una punzada de lástima por el pobre hombre que ella eligiera. —¿Quién es el afortunado?

Su sonrisa se volvió astuta. —Es un secreto. Por ahora.

—Ah, así que solo tú lo has decidido. ¿Él ya sabe que está en la carrera?

—Lo sabrá pronto. Sin duda lo sabrá —se rio con ganas.

Anna deseó tener la mitad de la confianza de Portia cuando se trataba de hombres. Pero cuando el reloj dio las doce, temió haber sido tontamente esperanzada. Lord Sorenson había prometido llamar por la mañana, pero la mañana ya había pasado. Todo lo que quedaba era una lenta tarde sabiendo que la había engañado.

En lugar de pensar en su decepción, sonrió a Portia. —¿Cómo está tu madre hoy?

—Dice que tiene jaqueca.

—Oh, lo siento mucho.

—No lo sientas —la señorita Hayes se encogió de hombros—. Es su manera de evitar a mi padre, sospecho. O eso, o vuelve a Soho Square para ordenar la desordenada casa de ciudad del tío Oliver.

Anna se rio. —Pensé que la casa ya estaría despejada a estas alturas.

—Dios mío, claro que no. Nos llevará años ordenar los escombros para encontrar la casa debajo. Debes venir conmigo la próxima vez que pase una tarde allí. La colección de mi tío es diversa y bastante inusual.

—Me encantaría ir contigo —prometió Anna. Escaparse durante una hora o dos parecía una muy buena idea—. ¿Cuándo y a qué hora?

Portia hizo una pausa, mirando por encima de sus hombros. —En realidad, es un poco secreto que voy allí. No se lo digas a tu padre, ni a nadie más. Se ha convertido en mi escapada. Diremos que vamos de compras, llevaremos a nuestras doncellas e iremos allí en su lugar si estás dispuesta a ser un poco traviesa conmigo.

Anna dudó un momento antes de asentir. ¿Qué tan malo podría ser si no había nadie más con ellas que sus doncellas? —De acuerdo. No diremos nada más por ahora.

Portia sonrió radiante. —Bien. ¿Cuáles son tus compromisos para la próxima semana?

Mientras discutían la semana que venía, Anna se consoló pensando que aunque Lord Sorenson no cumpliera su palabra, aún tenía la compañía de la señorita Hayes.

Portia accedió a quedarse a almorzar y se instalaron en la sala de estar para disfrutar de un pequeño festín. Portia miró las otras dos sillas vacías. —¿Sabes? Esto es casi exactamente lo que nos pasó el año pasado. ¿Recuerdas cuando estábamos todas sentadas aquí juntas? Tú, yo y la señorita Berry, con su otra amiga, la señorita Newell.

Anna recordaba perfectamente a la señorita Newell. La chica se había burlado de sus sonrojos. Durante un tiempo, Anna se había sentido muy incómoda, pero la perdonó cuando les llegó la noticia de que había muerto repentinamente. —Sí.

—La incluimos y luego desapareció sin dejar rastro, y entonces descubrimos que había sido asesinada, nada menos. Es decir, ¿quién querría hacerle daño a la señorita Newell?

—Pensé que había muerto de gripe.

—No, no. Eso simplemente no es cierto. Carmichael me lo contó todo hace tiempo. Se topó con un villano de camino a casa desde un baile, o en el baile. Ahora no recuerdo los detalles.

—Creí que había muerto en el campo.

Portia se encogió de hombros. —Bueno, en cualquier caso, murió y me siento muy contrariada. Le hicimos un lugar a ella y a Angela Berry en nuestro círculo, les dimos la ventaja de nuestra compañía y consejos, y al final no obtuvimos nada a cambio. Pensé que la señorita Goldwell podría aumentar nuestro número, pero si no está en casa cuando la visito o no le envía una nota a alguna de nosotras diciendo que también se va, no sé qué pensar de ella.

Otro golpe resonó por toda la casa, y Portia aplaudió silenciosamente, mirando expectante hacia la puerta.

Anna oyó una voz masculina y se estremeció. Lord Sorenson. Como la puerta de la sala de estar se había cerrado detrás de Portia, no podía verlo, pero se lo imaginó de pie en su vestíbulo, y su pulso se aceleró.

Portia se inclinó hacia ella. —¿Quién crees que es?

Anna no quería realmente que Portia se decepcionara con ella por lo de anoche y lo que sentía que debía hacer hoy. Portia podría no ser nada comprensiva si se enteraba de que se había encontrado a solas con Lord Sorenson la noche anterior. Podría concluir su ayuno, o peor aún, por haberle devuelto el beso.

—Supongo que es Carmichael que viene a visitar a mi padre de nuevo —dijo rápidamente, decidiendo que el despiste era su mejor curso de acción por ahora.

Si era Lord Sorenson quien venía a pedir su mano, ya tenía preparado su discurso.

—Bueno, entonces. Supongo que debería irme. Observar cómo ustedes dos se miran con furia y discuten por nada se volvió tedioso el año pasado.

—No discutimos.

—Nunca han estado de acuerdo ni en un solo tema. Si mencionas que hace frío, él maldecirá el calor. Si dices que estás cómodamente sentada, él sugerirá salir.

—A veces es muy infantil.

Portia asintió rápidamente. —Sí, y no es el único aquejado de esa dolencia. Bueno, te veré para nuestra excursión de compras, o el viernes por la noche si nuestros horarios no nos permiten reunirnos.

Anna acompañó a Portia hasta el vestíbulo. —Estoy segura de que nos veremos antes del viernes. Además, siempre está Almack's el miércoles también.

—Es cierto, pero ¿quién puede realmente hablar allí? —Con un movimiento de sus dedos,

Portia salió a la calle y se metió en su carruaje que la esperaba.

Anna observó su partida desde la ventana y luego se giró. Su padre y Lord Sorenson estaban detrás de ella. Lord Sorenson sonreía, pero su padre parecía confundido.

Le gustaba la sonrisa de Lord Sorenson y se la devolvió. No había razón para terminar el día como enemigos.

—Buenas tardes, señorita Beasley —dijo él, avanzando.

—Milord —murmuró Anna mientras hacía una reverencia.

—¿Podría tener un momento o dos de conversación?

—Sí, por supuesto. —Ella le hizo un gesto para que entrara en la habitación, decidiendo dónde se sentaría. Eligió una silla recta individual para ella, y Lord Sorenson tomó asiento en el sofá.

Él sonrió radiante después de que se cerró la puerta. —Se ve encantadora hoy —le dijo.

Anna se sonrojó ante el cumplido y se volvió hacia su padre. Sin embargo, su padre ya no estaba a su lado. Su corazón comenzó a acelerarse.

—Su padre volverá después de que hayamos hablado —confió Lord Sorenson—. Le pedí si podíamos hablar en privado y estuvo de acuerdo.

Anna se hundió de nuevo en su silla y lentamente levantó la mirada hacia los ojos del conde.

Oh, cielos. A solas con el apuesto diablo otra vez.

—Sabe por qué he venido —murmuró él.

—Sí —admitió ella. Había venido porque ella había sido muy tonta. Se había comprometido en sus brazos.

—Señorita Beasley, creo que estará de acuerdo conmigo en que nuestro encuentro de anoche fue lo suficientemente serio como para justificar este curso de acción inmediato.

Él tenía que preguntar. Tenía que decir las palabras para que ella tuviera la oportunidad de rechazarlo suavemente y luego nunca más tuvieran que hablar de ello. Su corazón comenzó a acelerarse, y recurrió a cortesías vacías para ganar tiempo. —¿Disfrutó del baile anoche?

—En efecto. Encontré la velada muy emocionante.

—Lady Windermere estará muy complacida con la asistencia a su primer baile como esposa de Lord Windermere.

Su expresión se volvió desconcertada. —No estaba hablando del baile.

Anna puso una expresión inocente en su rostro. —Yo sí.

Sus labios se crisparon. Se levantó de su asiento, solo para arrodillarse sobre la alfombra frente a ella. La miró a los ojos mientras alcanzaba su mano. —Señorita Beasley, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Por un momento, la determinación de Anna de rechazarlo flaqueó. Por un breve y glorioso momento, Anna creyó que realmente lo decía en serio. Su prisa por ofrecer matrimonio podría ser una señal del afecto más ardiente.

Y sin embargo... tan pronto como su lengua salió para humedecer sus labios, recordó la noche anterior con demasiada claridad. Él le había robado un beso (o dos) y eso era todo lo que había entre ellos. Difícilmente era suficiente para construir una vida feliz.

No tenía otra opción más que declinar. —Lord Sorenson, sus acciones le hacen honor hoy, pero me temo que debo rechazar su amable oferta.

Ella esperaba que él escuchara sus palabras, murmurara su aceptación de su rechazo y luego se excusara.

Lord Sorenson no lo hizo. Se movió hasta quedar completamente arrodillado y se acercó

más. —¿Por qué *debe* rechazarme?

Sus palabras eran bajas, íntimas, y ella sintió cada una como si sus labios estuvieran contra su piel.

—Lo de anoche fue una aberración. Apenas nos conocemos.

—Eso es lo que pensé que diría, y tiene razón. Hemos pasado apenas seis horas como máximo bajo el mismo techo después de que nos presentaron. Apenas tiempo suficiente para conocernos lo suficiente como para casarnos.

—Bailamos solo una vez.

—Un baile encantador —murmuró él.

—No puedo aceptar casarme con un extraño basándome en tan poca información.

Él sonrió con pesar. —Imagino que ser considerado uno de los amigos más antiguos de Lord Carmichael no es ninguna recomendación de mi carácter, ¿verdad?

—Estoy segura de que usted es un mejor hombre que él, pero...

—Pero aun así no podría considerar casarse conmigo dadas las circunstancias —terminó él por ella.

—No. —Intentó sonreír—. Lo siento.

Él sonrió, sin embargo. —Pensé que tendría que convencerla.

Anna desestimó el efecto de su sonrisa con un gesto y continuó valientemente, decidida a convencerlo de que tenía razón.

—Sé que lord Wade y lady Windermere esperan noticias de un compromiso, pero en realidad lo único que prometió fue visitar a mi padre hoy. Ya lo ha hecho. Si lo rechazo, seguramente quedarán satisfechos.

—Ojalá fuera así de sencillo —acarició sus dedos, que ella había olvidado por completo que él sostenía—. Creo que debería darle la oportunidad de reconsiderar mi oferta.

Sus cejas se arquearon.

—Mi lord, no me está escuchando.

—La estoy escuchando, pero me temo que malinterpreta mi motivación para proponerle matrimonio.

Ella sonrió con tristeza.

—Todo está muy claro. Vino a cumplir su palabra. Para evitar que mi reputación se arruine.

—Vine a concertar nuestro matrimonio. Su padre estaba tan incrédulo como usted parece estarlo, pero debo enfatizar que hablo en serio.

—¿Pero por qué?

—Por esto —se inclinó hacia adelante y rozó sus labios con los de ella. Fue un beso suave, tierno y lleno de gentil exploración.

Besarlo era lo que la había metido en problemas en primer lugar. Lo empujó hacia atrás.

—¡Mi lord!

—Mi futura esposa —dijo con voz ronca, y luego se aclaró la garganta—. El recuerdo de nuestros besos me mantendrá despierto otra noche.

Ella se apartó para mirar su rostro, descubriendo que su mano ahora descansaba sobre su mejilla. Retiró la mano de golpe.

—¿Usted tampoco durmió?

Él atrapó su mano y la devolvió a su rostro. Luego presionó su mejilla contra la palma de ella.

—Me encontré reviviendo cada momento de tenerla en mis brazos.

Anna se sonrojó.

—No debería haberlo permitido.

—Será nuestro secreto.

—Excepto por dos testigos.

—Quienes no dirán nada porque cumplí mi promesa.

—Es usted honorable.

Sonrió con picardía.

—¿Qué le parece si decidimos tener un entendimiento secreto entre nosotros para apaciguar a lord Wade y lady Windermere mientras la cortejo apropiadamente? Podemos fijar una fecha para casarnos cuando nos conozcamos mejor.

Eso le pareció justo, y sin embargo...

Lord Sorenson la besó de nuevo sin previo aviso. Anna se aferró a sus hombros mientras él la envolvía en un beso diferente a los demás. Sintió la punta de su lengua cosquilleando sus labios y cuando los separó para protestar, él profundizó el beso, y ella olvidó que pretendía ser buena.

Anna rodeó su cuello con los brazos mientras él devoraba su boca como si estuviera hambriento de sus besos. Sus brazos la rodearon con firmeza, y luego comenzó a explorar la curva de su cintura y la longitud de su espalda. Cuando sus dedos acariciaron la nuca de ella, Anna gimió suavemente contra sus labios.

Quizás se dejó llevar demasiado por el beso, porque no recordaba que lord Sorenson hubiera dicho que su padre regresaría hasta que lo oyó fuera de la puerta, aclarándose la garganta muy fuerte antes de hacer sonar el picaporte.

—Bueno —susurró lord Sorenson en el momento en que se apartó. Su rostro estaba sonrojado y sus ojos, muy abiertos y ardientes, fijos en los de ella—. ¿Al menos puede prometerme que considerará casarse conmigo por la razón correcta después de ese beso?

Se sentó sobre sus talones, con los ojos fijos en Anna y una ceja arqueada, pero luego volvió a su silla mientras la puerta chirriaba al abrirse para dejar entrar a su padre.

Anna temía estar sonrojada como el sol o el cabello pelirrojo de su pretendiente, y bajó la mirada hacia sus manos mientras decidía qué hacer y decir. Ese era un beso que no olvidaría pronto. Era un beso que recordaría para siempre.

Él tenía razón en una cosa: ahora no pensaría en nada más que en él y su propuesta. Era una decisión enorme que tomar.

—¿Está todo bien, hija?

—Sí, papá. Lord Sorenson me ha pedido que me case con él —Anna finalmente levantó la mirada, observando a su pretendiente con una nueva apreciación. No quería rechazarlo, pero tampoco quería apresurarse. Había tanto que no podía saber sobre él en tan poco tiempo de conocerlo.

Los impresionantemente anchos hombros de lord Sorenson se hundieron, y luego asintió.

—Ella ha...

—Decidido considerar su oferta de matrimonio —terminó ella por él—. A mi propio ritmo.

Lord Sorenson le dirigió una sonrisa encantada.

Su padre se quedó boquiabierto.

—¿Considerarlo? ¿Qué hay que considerar?

—Estoy satisfecho con su respuesta, señor. A su debido tiempo, ella decidirá en un sentido u otro —dijo lord Sorenson, aún sonriéndole como si su vacilación fuera correcta y apropiada—. No hay razón para apresurarla hasta que nos conozcamos mucho mejor.

Anna estaba segura de que su padre estaba a punto de maldecir, pero apretó los labios con fuerza y no discutió con el conde. Anna había estado en el mercado matrimonial durante dos años y esta era su primera oferta. Apenas conocía a lord Sorenson desde hacía dos semanas. Quería tiempo para conocerlo mejor... y conocer mejor sus besos.

Cuando él continuó sonriéndole, el corazón de Anna comenzó a latir más rápido que nunca. El conde de Sorenson era en realidad un diablo disfrazado. Y en este momento, parecía ser un diablo muy complacido, a juzgar por las miradas de aprecio que le lanzaba mientras tranquilizaba a su padre una vez más, asegurándole que estaba más que satisfecho con la demora.

Podría amarlo solo por su comprensión.

Pero ¿podría casarse con un extraño? No estaba segura de conocer la respuesta a eso.

CAPÍTULO 11



—NADIE MURIÓ ANOCHE —declaró Carmichael en cuanto subió al carruaje urbano de Gilbert frente a su casa.

—Que sepamos hasta ahora —advirtió Gilbert, examinando detenidamente a Carmichael. El hombre parecía desaliñado, como si hubiera perdido otra noche de sueño. Demasiadas noches así y pondría en peligro tanto la investigación como su salud.

Pero sentía esperanza de que hubieran pasado el viernes sin otra pérdida. La pregunta en su mente era *¿por qué no anoche?* ¿Acaso el asesino había derramado suficiente sangre y abandonado el campo por completo?

A pesar de la interminable cadena de preguntas en su mente, Gilbert estaba un poco distraído en ese momento. Se dirigía a su club con la esperanza de acorralar a Lord Wade, y luego haría una visita a Lady Windermere. Después de recibir solo un "tal vez" de la señorita Beasley en cuanto a su oferta de matrimonio, estaba ansioso por informar a Lord Wade y a Lady Windermere que Anna Beasley y él tenían una especie de entendimiento. La cortejará adecuadamente, y ella consideraría si él podría ser un esposo aceptable algún día. Lo último que Gilbert quería era que circularan chismes dañinos sobre su reacia futura novia o que ella se sintiera presionada a aceptar.

Carmichael estiró las piernas en el espacio confinado. —Bueno, no hubo gritos ni debutantes desmayadas que yo haya visto.

—La señorita Beasley no gritó. —El pensamiento de Anna hizo que Gilbert se sintiera inusualmente cálido incluso ahora. Era bastante encantadora de besar, pero muy decidida a hacer un matrimonio por la razón correcta. No había tenido la intención de comprometerla, pero los besos que habían compartido y en los que habían sido descubiertos eran toda la razón que necesitaba para tomar la decisión más importante de su vida muy rápidamente.

Era imposible fingir respuestas tan inocentes y ardientes. Anna Beasley era la elegida. Lo sorprendía a cada paso, incluida su negativa a considerar aceptar su propuesta de inmediato.

—Anna dio un gritito —le dijo Carmichael—. Solía hacer eso cada vez que la asustaba.

—No puedo culparla. Por todo lo que he oído, te has portado como una bestia con ella.

Si él y Anna iban a casarse, Carmichael y Anna debían hacerse amigos, decidió de repente. Esta disputa infantil que Carmichael había fomentado no sería necesaria una vez que se supiera que Anna estaba comprometida con él y eventualmente se casaran. El señor Beasley dejaría de ver a Lord Carmichael como un futuro yerno para entonces y aceptaría que ella pertenecía a

alguien más. —Deberías ser más amable.

Carmichael estudió sus uñas. —Supongo que podría serlo. Sin embargo, hay pocas razones para cambiar mis tácticas ahora. No después de todo el esfuerzo que he hecho para evitar que Anna me aprecie. No quiero darle a su padre la esperanza de un matrimonio entre nosotros.

Gilbert hizo una mueca. A él tampoco le gustaría eso. Había necesitado bastante negociación para que el señor Beasley accediera a su petición de una conversación privada con Anna para poder proponerle matrimonio. —Creo que estás a salvo.

El cortejo más largo le convenía, aunque se sentía un poco incómodo por tener que seguir mintiendo a Anna sobre el alcance de su participación con Bow Street. Ella ya había visto suficiente muerte, sufrido suficiente conmoción por el fallecimiento de la señorita Goldwell. La protegería de cualquier otra cosa mientras la investigación actual estuviera en curso y cuando se casaran, abandonaría su persecución de criminales por una vida hogareña segura y estable para siempre.

—Pensé que Anna parecía un poco preocupada anoche cuando bailamos, pero no me diría nada de su angustia. —Carmichael se mordió el labio inferior—. ¿Por casualidad has hablado con ella?

—Hemos hablado.

Hablado, y besado de nuevo, también. Aunque había aceptado el retraso, tenía esperanzas de más momentos agradables como los besos de hoy. Había estado nervioso como el infierno hasta que la besó. Después de eso, bueno... había hecho lo que parecía surgir muy naturalmente entre ellos.

—¿Y?

—¿Y qué?

Carmichael frunció el ceño. —¿Le dirá a todos que la señorita Goldwell fue asesinada o no? No podemos permitir que informe a la sociedad de que puede haber un loco matando debutantes.

—Ella solo sabe sobre la muerte de la señorita Goldwell. No sabe sobre el resto —prometió.

—Una suerte, eso. La señorita Hayes, otra amiga cercana de Angela, me preguntó directamente anoche si sabía cuándo Angela y su madre volverían a Londres.

Gilbert hizo una mueca. —¿Qué le dijiste?

—Mentí, por supuesto. Le dije que no tenía idea.

—Bien. Bien.

Guardaron silencio por un momento, y Gilbert se orientó. No estaban lejos del club, donde comenzaría a correr la voz sobre su cortejo a Anna Beasley, pero primero probablemente debería informar a Carmichael. Suavizar el golpe, porque el hombre había planeado casarse con la señorita Berry este mes y aún estaba de luto. No le gustaba guardar secretos a su mejor amigo.

—Te perdí de vista un rato anoche —observó Carmichael—. ¿Dónde estabas?

—¿Por qué?

—Deberíamos comparar notas sobre con quién hablamos. ¿Viste algo sospechoso?

Carmichael se estaba obsesionando con la cacería.

—Yo no. Davis no reportó nada fuera de lo común anoche. Lo único que noté fue a Meriwether merodeando afuera en el jardín.

—Sé por qué. —Carmichael soltó una risa oscura—. Se sabía que Meriwether cortejaba a la nueva Lady Windermere, el año antes de su matrimonio. Meriwether terminó casándose con alguna tonta campesina en su lugar. Unos meses después, Windermere se casó con su actual esposa y ahora, por supuesto, no quieren saber nada de él ni de sus reformas. Yo diría que hay

mala sangre entre ellos.

Gilbert gruñó. —Eso explica su expresión amarga de anoche. ¿Qué descubriste tú? ¿Algo?

—Bueno, vi algo inusual, pero no estoy seguro de qué pensar. —Se inclinó hacia adelante en su asiento, apoyando una mano en la rodilla—. Lord Wade y Lady Windermere de repente se han vuelto confidentes. Noté que su esposo no parecía nada complacido con el tête-à-tête privado que compartieron anoche. Algo está pasando ahí. ¿Crees que ya está aburrida de la vida de casada?

Gilbert parpadeó mirando a Carmichael. —No es lo que piensas entre ellos.

Carmichael frunció el ceño. —Lady Windermere tenía bastante reputación antes de casarse. Se rumoreaba que mantenía a varios amantes pendientes de ella, incluido Meriwether. Desde que se casó, ha dedicado su atención exclusivamente a su marido y a su nuevo hijo. Pero no es ajena a los rumores o insinuaciones cuando se trata de hombres más jóvenes que ella.

Gilbert suspiró y se aclaró la garganta. Tendría que explicar: sobre los testigos y el beso a Anna anoche. —Tenían una buena razón para estar susurrando.

—¿Ah, sí? —preguntó Carmichael.

—Le he pedido matrimonio a la señorita Beasley hoy.

Carmichael se lanzó repentinamente a través del carruaje y agarró a Gilbert por la corbata. Lo sacudió, y bastante bruscamente, además. —¿Qué hiciste anoche para que fuera necesaria una propuesta tan repentina?

Gilbert se sacudió a Carmichael. —Un beso. Nada más serio que eso, lo juro.

—¡Lo sabía! ¡Te gusta! Te dije que la estabas mirando.

Gilbert se alisó el abrigo y la corbata, luchando contra una oleada de vergüenza. Se había comportado bastante mal anoche, y quizás también hoy. Pero por mucho que le doliera, hacía tiempo que había jurado ser honesto con su mejor amigo. No podía mentirle a Carmichael y esperar la misma consideración a cambio. —Sí, bueno, intenta no parecer tan condenadamente satisfecho por ello. Lo admito, tenías razón. No he dejado de pensar en ella desde que la vi.

Carmichael se carcajeó. —Comprometido, y con *Anna*, en dos semanas de llegar a Londres. ¡Lo sabía! Sabía lo que vi entre vosotros.

Gilbert permitió que su amigo se divirtiera. Era la primera vez que Carmichael parecía genuinamente feliz en toda la semana. —Por supuesto, serás mi padrino cuando llegue el momento.

—Me complacería mucho. ¿Cuándo se llevará a cabo la boda?

—No pronto, sospecho. Anna siente que no nos conocemos lo suficiente como para aceptar realmente mi propuesta, así que no se ha acordado una fecha.

Carmichael entrecerró los ojos, su asombro era obvio. —¿Te rechazó rotundamente?

—No —Gilbert negó con la cabeza—. Cuando nos sorprendieron juntos anoche, solté una promesa de visitar a su padre hoy a Lord Wade y Lady Windermere, que nos encontraron juntos, para disipar cualquier rumor o anuncio. Anna en particular no deseaba alterar a su padre, y ellos accedieron a no decir nada siempre y cuando yo lo visitara hoy.

—Así que eso explica sus susurros —Carmichael miró hacia otro lado—. Y el extraño comportamiento de Anna.

—En realidad no estaba molesta por el beso —asintió—. Pero no era la forma en que debería haberse comportado un caballero con intenciones. Ser encontrados solos aceleró el asunto de proponerle matrimonio.

—Cuando lo sabes, lo sabes —reflexionó Carmichael, frotándose repentinamente los ojos

con el pulgar—. Nada puede detenerlo... excepto el asesinato.

—Lo siento.

—Al menos Anna será feliz. Me imagino que su padre me relatará la historia de tu aparición en su estudio en un futuro próximo.

—Pareció bastante sorprendido por mi presencia.

Carmichael negó con la cabeza. —¿Por qué *no* hubo muerte anoche?

Gilbert suspiró. Adiós a la agradable distracción hablando de los vivos y el futuro. —Quizás el asesino estaba distraído.

—Quizás ni siquiera fueron invitados —reflexionó Carmichael—. Deberíamos pedirle a Lady Windermere su lista de invitados y compararla con las otras que hemos recopilado hasta ahora.

—Tengo que visitarla.

—¿Para asegurarle que tú y Anna estáis destinados al altar eventualmente?

—Exactamente —prometió—. O al menos, eso espero. Lady Windermere quería tener el honor de hacer el anuncio anoche, pero Anna le suplicó que no pusiera a su padre en apuros.

—Él odia las sorpresas.

—Eso mencionó Anna anoche.

—No se equivoca —murmuró Carmichael—. Le gusta pensar que lo ve todo, pero a menudo se equivoca. No he tenido el valor de contarle sobre Angela todavía. Esperaba que Anna hiciera un buen partido antes que yo para que la discusión no fuera necesaria.

—Ella estaba esperando a que yo viniera a Londres —bromeó Gilbert, lanzando una sonrisa pícara hacia Carmichael con la esperanza de que se riera de nuevo.

En cambio, Carmichael se frotó la mandíbula, con el ceño fruncido. —Sabes, una vez que se corra la voz sobre vuestro compromiso, habrá al menos una joven menos de la que preocuparse. El asesino solo ha atacado a mujeres solteras, ¿no?

—Me había dado cuenta de eso —Y la realización también lo hacía sentir ansioso ahora—. A pesar de mi promesa de darle tiempo, siento que podría ser en el mejor interés de Anna difundir la noticia de que estará comprometida en matrimonio conmigo lo antes posible. —¿Adónde te diriges esta noche?

—A una cena con Lord y Lady Thwaite. Espero echar un vistazo a la lista de invitados para el próximo baile que organizan. También será mejor que haga una visita de cortesía a mi madrina primero. Lady Scott debe estar segura de que no he perdido mi fortuna apostando las noches de esta semana contigo.

—¿No vienes al club conmigo?

—Ya me ganaste al billar esta semana. Esperaré un mes antes de sufrir más humillaciones.

Gilbert sonrió inocentemente. —¿Quieres que te deje ganar?

Carmichael lo fulminó con la mirada. —Te dispararía si siquiera lo intentaras.

Gilbert se rió. —Continúa con mi carruaje desde el club entonces y haz que regresen por mí en una hora. Te visitaré en casa, ¿o prefieres unirte a mí para tomar unas copas después de la cena en mi casa?

Carmichael lo consideró por un momento. —Iré a tu casa después de la cena. Exeter tiene bolsillos más profundos y atrajo a Monsieur Laffitte de vuelta a su empleo anoche. Podemos discutir lo que averigüe sobre el próximo baile del viernes por la noche durante una copa antes de dormir.

—Eso sería muy útil —El carruaje comenzó a reducir la velocidad cuando el club apareció a

la vista—. Lamento lo de tu chef. Deséame suerte hoy.

—Buena suerte hoy, y todos los días después —dijo Carmichael mientras el carruaje se detenía por completo y un mozo saltaba para abrir la puerta—. Te veré esta noche.

Gilbert recogió su sombrero. Convencería a Carmichael de pasar la noche otra vez. El hombre necesitaba dormir más que una noche de excesos.

Pero por ahora, Gilbert tendría que hablar rápido. Lord Wade podría esperar un anuncio de boda que aún no podía dar. —Nos vemos entonces.

Entró paseando al club, escaneando a los pocos ocupantes de la Sala de la Mañana. Sonrió. Lord Wade estaba leyendo el periódico completamente solo y había muy pocos que pudieran escuchar su conversación.

—Buenos días, Lord Wade. ¿Puedo acompañarle?

El hombre bajó el periódico, inspeccionándolo de pies a cabeza. —Ella dijo que no.

Gilbert se sentó, bastante atónito. —¿Cómo es posible que lo sepa?

—Si hubiera dicho que sí, habría entrado usted pavoneándose al club. Tal como está, tiene una preocupación sobre los hombros.

—Dijo que necesitaba tiempo.

Lord Wade dobló el periódico y lo arrojó a un lado sobre una silla. —Úselo sabiamente.

Gilbert miró fijamente a Wade. —¿Está seguro de que no está enamorado de ella?

—La paciencia tiene su propia recompensa, milord —sonrió con suficiencia—. Supongo que viene a pedirme un favor.

—Me gustaría no presionarla para que tome una decisión.

—A Anna Beasley no se la podría apresurar ni aunque su casa estuviera en llamas —Wade frunció los labios—. De acuerdo. No se hablará más del asunto.

—Gracias —dijo Gilbert con considerable alivio. Ahora que la buena reputación de Anna estaba asegurada, se sentía infinitamente mejor.

—¿No debería estar ya corriendo hacia Windermere House?

Gilbert asintió. —Supongo que debería.

—Yo no perdería el tiempo. Lady Windermere no es estricta con las formalidades, pero es muy protectora con amigos y familia —advirtió Wade—. Sería prudente que la mantuviera informada sobre el progreso de su cortejo, también. Incluso podría tener algunos consejos sobre cómo ganarse el corazón de la bella doncella.

Gilbert captó la indirecta y se apresuró hacia Windermere House sin esperar a que le devolvieran su carruaje. Tener a Lady Windermere como aliada era una buena idea, y también necesitaba conseguir de alguna manera su lista de invitados.

CAPÍTULO 12



SER UNA MUJER con un pretendiente ardiente a su lado provocaba numerosas reacciones inesperadas en Anna. Aunque su padre parecía confundido por la propuesta de Lord Sorenson y su demora en responderle, ella se sentía justificada al insistir en un cortejo apropiado.

Su galán le enviaba un ramo de flores diferente cada mañana, la visitaba por las tardes y había prometido asistir a cualquier evento al que Anna fuera invitada si se le avisaba dónde iba.

Todo en lo que Anna podía pensar, y soñar también, era cuándo tendría la próxima oportunidad de besarlo de nuevo. Lo hacía muy bien, pero habían pasado días desde que se había presentado la oportunidad de estar a solas con él.

Estaba de pie a un lado de la pista de baile de la residencia de Lord y Lady Thwaite, observando a la señorita Hayes girar con el último objeto de su fascinación: Lord Grindlewood.

Se rumoreaba que Grindlewood finalmente había recuperado su fortuna. Su barco había llegado, literalmente regresado a puerto después de haberse perdido en el mar, con su bodega repleta de valiosas mercancías. Ella y Portia habían discutido extensamente sobre su atractivo y conexiones cuando se habían escapado para visitar la antigua y desordenada residencia del tío de Portia.

—¿Aún admirando a los guapos? —preguntó Lord Wade al detenerse a su lado.

Ella rio un poco. —Hay muchas cosas bonitas en Londres, milord. Recuerdo que a usted también le gusta mirarlas.

Lord Wade sonrió. —Pensé que el hombre adecuado te sacaría completamente de tu caparazón.

—¿Mi caparazón?

Él asintió lentamente. —Constantemente escucho que las damas no deben expresar sus opiniones para ser consideradas buenas. Tú te equivocas en ocasiones, por eso me molesto en hablarte tan a menudo.

—Oh —rio suavemente—. Pensé que solo me hablabas para que la señorita Hayes tuviera que reconocerte.

Él frunció el ceño. —Punto para ti.

—No sabía que podíamos llevar la cuenta de nuestras conversaciones —dijo, batiendo las pestañas inocentemente.

Él volvió a fruncir el ceño. —Mejor no vuelvas a hacer eso. Tengo la sensación de que tu pretendiente es del tipo celoso.

Anna miró alrededor buscando a su galán, esperando que hubiera llegado. —¿Lo has visto?

—En la sala de juegos. Carmichael también está allí, deslumbrando a la nueva bandada de escuderos recién llegados del campo y quitándoles su dinero.

Anna suspiró. No se le permitía entrar en la sala de juegos. Su padre insistía en que no se aventurara allí sin él, pero después de su matrimonio, tenía toda la intención de ir cuando quisiera. No para apostar, no tenía habilidad con las cartas. Pero observar había sido divertido las pocas veces que su padre la había llevado. —No está bien llamar ovejas a los caballeros del campo.

—También me refería a las damas. Un buen número están ansiosas por apostar sus asignaciones contra él, y probablemente también por ofrecer su virtud.

—No digas eso —le advirtió, mirando discretamente alrededor—. No las conoces. No hay nada impropio en que las damas apuesten una pequeña suma cuando tienen una carabina adecuada aconsejándolas.

Anna miró hacia su padre con anhelo. Él no estaba de acuerdo con ella en hacer pequeñas apuestas sobre nada, ni siquiera sobre el resultado de una carrera de caballos entre amigos. Desaprobaba por completo el juego y constantemente regañaba a Carmichael por su comportamiento imprudente en las mesas. Que Lord Sorenson pudiera apostar nunca se le había ocurrido a Anna. Realmente no conocía muy bien a su pretendiente, pero quería rectificar eso. —¿Me disculpas?

—Por supuesto. —Sonrió con suficiencia—. Ve corriendo a proteger a tu pretendiente de cualquier avance no deseado. Hasta que realmente aceptes su propuesta, y la conexión sea ampliamente conocida, las otras damas no pueden tener idea de que está fuera del mercado matrimonial y podrían haber hecho ya un intento por sus afectos en tu ausencia.

Anna ya había considerado que podría haber cometido un error táctico en su demora cuando se trataba de su competencia en el mercado matrimonial. Su prometido era toda una captura en su opinión. Un conde. Rico. Nuevo en la ciudad y fácil de hablar. Guapo. Podría aburrirse de esperar si ella tardaba demasiado en decidirse por él.

Frunció el ceño a Lord Wade cuando vio que se estaba riendo de ella. —¿Vas a pedirle a la señorita Hayes que baile esta noche?

—No —murmuró con un firme movimiento de cabeza.

La última vez que Lord Wade le había pedido a Portia que bailara, ella lo había rechazado rotundamente diciendo la mentira más grande que jamás había contado. Portia se había excusado inmediatamente, diciendo que de repente se sentía mal. Anna pensó que su reacción había sido innecesariamente cruel. Había formas más amables de disuadir a los caballeros que no te gustaban.

Lord Wade rara vez le pedía ahora a Portia que bailara, y su manera se había vuelto muy fría y crítica del comportamiento de la joven en los últimos días, aunque Anna pensaba que era más por preocupación que por maldad. No podía culparlo por preocuparse.

Anna volvió con su padre. Estaba solo por un momento y ella se inclinó hacia él para susurrar: —¿Podríamos aventurarnos a la sala de juegos esta noche?

—No tengo interés en apostar.

—Yo tampoco, pero... me gustaría hablar con Lord Sorenson de nuevo. Acabo de enterarme de que él y Carmichael están allí.

Su padre la miró por un largo momento. —Muy bien. Iremos a hablar con Carmichael.

Se dirigieron allí, y el corazón de Anna latió con fuerza cuando divisó a su pretendiente.

Estaba sentado en una mesa con otros tres caballeros, con un vaso de licor a su codo y sus ganancias apiladas frente a él. Parecía estar teniendo una noche muy exitosa.

Carmichael les hizo señas para que se acercaran mientras el grupo de hombres alrededor de Lord Sorenson comenzaba a levantarse y a recoger sus ganancias mucho más pequeñas. El juego debía haber terminado hace poco.

—Le digo, señor, que tuvo la suerte del diablo esta noche —exclamó Lord Carmichael a su padre, sonriendo de oreja a oreja.

Anna miró fijamente a Carmichael. Parecía muy emocionado. Más de lo normal. —¿Ganó?

—Todas las manos. Acaba de vaciar los bolsillos de Lord Abercrombie también, y ese viejo avaro nunca pierde contra los recién llegados, ¿sabe?

Anna sabía poco de apuestas, especialmente de los caballeros que eran buenos en ello, pero trató de parecer impresionada. —Buenas noches, Lord Sorenson.

—Buenas noches, señorita Beasley. Gané, Carmichael, porque Abercrombie jugaba con un ojo puesto en la mesa de al lado —replicó su pretendiente—. Estaba tan ocupado observando la acción allí que no se dio cuenta de lo que yo descarté. Casi fue un crimen recoger mis ganancias.

Carmichael sonrió radiante. —Unas semanas más en Londres frecuentando las mesas de juego y podríamos convertirnos en hombres muy ricos.

—Dudo que el juego pueda mantener mi interés por mucho tiempo —advirtió Lord Sorenson, acercándose al lado de Anna—. Te ves encantadora esta noche —susurró muy bajito.

—Gracias.

Carmichael alzó su copa, captando la mirada de Anna. Su diversión era evidente. —Creo que es momento de hacer un brindis.

El pecho de Lord Sorenson se expandió mientras tomaba una gran bocanada de aire y la dejaba salir lentamente. —¿Eso crees?

—Oh, sí, este es absolutamente el momento adecuado —prometió Carmichael, sonriendo de oreja a oreja.

Sorenson rió suavemente y llamó a un lacayo que llevaba una bandeja de bebidas. Le entregó una copa de champán a Anna y su padre también tomó una. —Muy bien. ¿Por qué brindamos esta noche?

—Por los nuevos comienzos y la felicidad futura.

Anna miró fijamente a Carmichael, preguntándose de qué hablaba, y lo vio echar un vistazo furtivo a Lord Sorenson y luego mirarla a ella de nuevo. Carmichael inclinó ligeramente la cabeza y luego tomó un sorbo de su whisky, con los ojos rebosantes de diversión mientras mantenía su mirada por encima de la copa.

¡Él *sabía* que Lord Sorenson la estaba cortejando! Probablemente también sabía que Sorenson le había propuesto matrimonio y que no había sido exactamente rechazado, sino ciertamente pospuesto.

Anna deseaba que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara por completo. Carmichael la molestaría con esto sin piedad durante el resto de su vida.

Consciente de que estaba tardando más que los demás en unirse al brindis, hundió la nariz en su copa de champán y dio un pequeño sorbo. No le gustaba particularmente el champán, prefiriendo el jerez si le daban a elegir. Si Carmichael insinuaba algo que la avergonzara esta noche, le pisaría el pie y le arrojaría el horrible champán a la cara.

De repente, Lord Sorenson le quitó la copa de la mano, con una sonrisa curvando sus labios. —Creo que es más seguro para todos si te quito esto ahora que el brindis ha terminado, antes de

que le arrojes el contenido por molestarte. —Miró de reojo a Carmichael—. ¿No ibas a bailar pronto con la señorita Lacy?

Carmichael resopló. —Oh, sí. No debo olvidar que la señorita Lacy me espera. —Carmichael miró alrededor, luciendo esa tonta sonrisa falsa de nuevo—. Ah, ahí está, cruzando el salón y suplicándome con la mirada que la siga. Discúlpenme, Anna. Sorenson. Señor Beasley.

—Sí, date prisa en alcanzarla, Carmichael.

—No vuelvas pronto —murmuró Anna quedamente entre dientes.

Lord Sorenson ahogó una risa. —¿Podría tener el honor del próximo baile, señorita Beasley?

Su tarjeta aún estaba vacía de compañeros de baile, pero esa no era la razón por la que asintió aceptando. —Estaría encantada.

—Señor Beasley, ¿nos acompañará al salón de baile?

Padre se apresuró a terminar su champán. —Por supuesto que sí.

Cuando tanto Padre como Lord Sorenson extendieron sus brazos, Anna eligió a su pareja de baile con una sonrisa de disculpa hacia su padre. —La cuadrilla está a punto de comenzar, papá.

Él la instó a salir de la habitación con impaciencia. —Vayan entonces.

Lord Sorenson no perdió tiempo en ir directamente a la pista de baile. —Perfectamente sincronizado.

—Eso parece. —Se volvió para mirarlo mientras otros bailarines se alineaban a su alrededor —. ¿Bailabas mucho en el campo?

—Bailes campestres una vez al mes en la casa de un lord local. Nada comparado con esto.

Anna vio a Carmichael hablando con uno de los músicos y luego sonriendo con suficiencia en su dirección. El hombre era insufrible. —Hiciste bien en quitarme la copa antes.

Él se rió, un sonido que calentó todo su cuerpo. —Solo te molesta porque le caes bien —prometió Sorenson.

—Le gusta atormentarme —refunfuñó Anna.

Él se rió de nuevo. —Y yo a su vez lo atormentaba a él.

El músico tocó una pequeña introducción para la siguiente melodía. Ella esperaba una cuadrilla como todos los demás, el orden de los bailes se había anunciado antes, pero la melodía no era la correcta. Sonaba como si fuera a ser un segundo vals en su lugar.

Lord Sorenson negó con la cabeza, sonriendo. —Carmichael ha estado ocupado.

—¿Haciendo qué?

El conde extendió su mano. —Nuevos comienzos.

Anna no estaba segura de qué hacer con ese comentario, pero estaba feliz de estar cerca de los brazos de Lord Sorenson de nuevo, aunque solo fuera para bailar. Él era tan alto y reconfortante. Esperaba no sonrojarse durante todo el baile. —¿Fuiste realmente horrible con él o solo intentas hacerme sentir mejor?

Lord Sorenson se acercó más. —Carmichael siempre venía a quedarse conmigo durante el verano. En Kent, y también cuando tenía el cargo de vicario, le gustaba pavonearse por el pueblo, encantando a todos los jóvenes y señoritas locales con historias de sus hazañas en Londres.

—Eso también lo hace en invierno —refunfuñó ella.

—No muchas de las historias eran siquiera medio ciertas, así que, bueno, de vez en cuando, cuando Carmichael se estaba volviendo demasiado engreído, exagerando mucho sus cuentos, sugería que todos saliéramos a dar un paseo juntos.

Anna se inclinó más cerca. —Por favor, continúa. ¿Qué le hacías afuera?

—*Yo* no hacía nada. —Lord Sorenson la atrajo más cerca cuando el baile comenzó. Guardó silencio unos momentos mientras giraban por la sala—. He tenido perros desde que era niño. Casi una docena de spaniels en un momento dado, pero uno en particular era muy obediente. Como a ese le gustaba tanto el agua, lo entrené para que se sacudiera el exceso de agua a mi orden, para que no lo hiciera dentro de la casa.

—Una precaución inteligente.

—Bueno, hay algunas vistas preciosas en Kent, un río sinuoso con muchos remansos poco profundos para que los perros naden, y la mayoría de la jauría corría a darse un chapuzón cada vez que salíamos a pasear. Siempre volvían embarrados y, dependiendo de lo molesto que estuviera con Carmichael, le hacía señas a mi perro para que se sacudiera en el momento en que estuviera lo suficientemente cerca como para mojarlo.

Anna se esforzó por no reír. —Debe ser por eso que evita a los perros y los paseos por el campo en los meses de invierno.

—Prefiere Londres y la seguridad de los carruajes para mantener su abrigo limpio —Lord Sorenson le guiñó un ojo—. Todavía no se ha dado cuenta de que nunca fue casualidad.

Anna suspiró, disfrutando la sensación de la gran mano de Lord Sorenson moviéndose un poco en su espalda. Podría acostumbrarse a tener toda su atención. —Ojalá pudiera haberlo visto cubierto de barro aunque fuera una vez. Es tan meticuloso con su apariencia. Debe haberse sentido mortificado.

—Sin duda. Aun así, nos visita cada verano a pesar de las bestias indisciplinadas que tengo por aquí —su pretendiente sonrió—. Espero su visita en junio. Tendré que enseñarte el truco para comandar a los perros tú misma antes de que llegue.

Anna sonrió, contenta de tener por fin un cómplice contra Lord Carmichael. Quizás no sería tan malo casarse con un hombre que apenas conocía. La hacía reír, ¿no?

Pero estaba el asunto de su afición al juego por descubrir. Las palabras de Carmichael habían sugerido que era tan hábil como cualquiera en Londres, o quizás incluso mejor.

—¿Señorita Beasley? —murmuró Lord Sorenson.

—Oh, lo siento. Estaba un poco distraída —se sonrojó y prestó más atención al hombre que la sostenía. Casarse con un hombre con un fuerte deseo de apostar no le atraía. Tenía que pensar en su futuro; el futuro de sus hijos dependía de cómo su padre manejara su eventual herencia.

—¿En qué piensas ahora?

—No es nada.

Él sonrió con ironía. —Como vicario, me basaba en mis propias experiencias en la sociedad al preparar mis sermones. Predicaba la frugalidad, la sobriedad y la bondad hacia los demás. Una semana en Londres no puede deshacer tan rápidamente los hábitos de los años pasados. Podría apostar con los mejores, pero prefiero no hacerlo.

Anna se sonrojó, asombrada de que hubiera adivinado tan fácilmente la dirección de sus pensamientos. —Nunca pensé que lo hicieras.

Él frunció el ceño cuando la música llegó a su fin. Se detuvieron e intercambiaron una sonrisa antes de aplaudir junto con todos los demás. Lord Sorenson se movió para tomarla del brazo. —En Londres —susurró—, un caballero debe demostrar que comprende los pasatiempos más comunes, una aptitud para los juegos de azar, y también para beber, para encajar. Lo haré sin arruinarme. Carmichael no tiene ninguna posibilidad de corromperme, si es eso lo que te hace fruncir el ceño.

Aunque sorprendida de que pudiera leer su mente con tanta facilidad, le sonrió. —Eres muy

sabio.

Él cubrió la mano de ella que descansaba en su brazo. —Y tú, mi querida dama, no tienes nada de qué preocuparte en cuanto al futuro, si me eliges. Las propiedades de los Sorenson prosperan, a pesar de los rumores que puedas escuchar en sentido contrario. De hecho, soy un hombre bastante serio con pocos vicios.

—Creo que eres muy divertido.

—El único vicio que anhelo en este momento es la oportunidad de besarte de nuevo —susurró.

El rostro de Anna se encendió de calor. —¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Te muerdes el labio cada vez que tienes una pregunta que no estás segura de cómo hacer.

—No tenía idea de que lo hacía. Con razón Lord Wade puede leerme como un libro también. Tendré que aprender a ser indescifrable.

Él la miró, de repente serio otra vez. El calor en su mirada hizo que Anna se estremeciera hasta los dedos de los pies. —Creo que eres perfecta tal como eres, dulce y amable —prometió en un tono ronco—. Y completamente besable —susurró.

Anna tuvo que bajar la mirada rápidamente antes de estallar en llamas bajo el calor de la suya. Ella también quería más de sus besos antes de decidirse de una manera u otra. —Gracias.

Su brazo se deslizó brevemente alrededor de su espalda y ella sintió el calor de su abrazo hasta lo más profundo de su alma. Sortearon un grupo grande y luego caminaron lado a lado para reunirse con su padre, que los observaba de cerca.

Lord Sorenson parecía completamente maravilloso —considerado y muy interesado en sus pensamientos—, pero ella aún no deseaba cometer un error del que pudiera arrepentirse más tarde.

Siempre quedaba mañana para decidir sobre su propuesta. Esta noche, quería que la cortejara con dulces palabras y quizás compartir un tercer beso robado con él.

Levantó la mirada hacia su pretendiente, buscando la seguridad de que, a pesar de la necesidad de su propuesta, ambos se estaban enamorando de la idea de estar juntos para siempre.

La mandíbula de Lord Sorenson estaba tensa, su mirada fija de nuevo por encima de su cabeza. No se perdió ni una palabra de la conversación con su padre durante los siguientes minutos, pero ella estaba segura de que no les prestaba ninguna atención.

CAPÍTULO 13



GILBERT SUBIÓ CORRIENDO los escalones de la residencia de los Beasley, lleno de anticipación por ver a Anna de nuevo después de una tensa reunión para quejarse de que Albert Meriwether lo estuviera siguiendo. Meriwether definitivamente estaba actuando sin órdenes. Sería reprendido y amenazado con ser despedido de las filas de Bow Street en desgracia si no se ocupaba de sus propios asuntos.

La modesta casa de los Beasley era muy agradable de visitar después del caos de las oficinas de Bow Street. Los Beasley eran amables y apreciados por la sociedad. Se sentía cómodo con Anna, aunque todavía no tanto con su padre. Era de esperar que el hombre no quisiera entregar a su única hija a un casi desconocido, incluso si era un conde, sin revelar algunas dudas sobre la unión.

Llamó a la puerta pintada de azul y le abrieron de inmediato.

El mayordomo lo miró expectante.

—Estoy invitado —prometió, mostrando con un floreo la nota de Anna pidiéndole que viniera de visita.

—En efecto —murmuró el hombre.

Gilbert se desabrochó el abrigo y se lo entregó junto con el sombrero al mayordomo de los Beasley, y luego volvió a guardar la nota de Anna en el bolsillo para conservarla siempre como recuerdo.

—Por aquí —fue todo lo que dijo el mayordomo mientras lo guiaba al interior de la casa.

Lo llevaron a una pequeña e íntima estancia, una acogedora sala decorada en tonos azules y dorados. Anna estaba sola en la habitación.

Cuando el mayordomo comenzó a retirarse, Gilbert habló:

—Una carabina.

—Eso será todo, gracias —anunció Anna con firmeza.

—Muy bien, señorita —respondió el hombre, pero su expresión era de desaprobación.

Gilbert se volvió inmediatamente hacia Anna. Ella no le sonrió, y su felicidad por la inesperada convocatoria se convirtió en preocupación.

—¿Qué está pasando?

—Por favor, siéntate.

Gilbert lo hizo, pero de repente se sintió incómodo.

—¿Dónde está tu padre?

—Creo que ha llegado el momento de que tengamos una conversación franca, milord.

Eso no sonaba bien. Para nada.

—Creía que ya lo habíamos estado haciendo estos últimos días.

—Sí, en cierto modo. —Tomó aire profundamente y pareció cuadrar los hombros antes de hablar—. No puedo evitar sentir que tu propuesta, aunque hecha con las mejores intenciones, fue una decisión precipitada por tu parte.

¿Estaba Anna Beasley a punto de rechazarlo?

—¿Por qué dices eso?

—Déjame ser honesta. A pesar de los besos que hemos compartido, tu interés parece estar en otra parte.

—Mi interés está contigo —prometió de inmediato. Completamente con Anna, de hecho. Ya estaba soñando con llevarla a la cama, pero aún no podía confesarlo. Ella se avergonzaría y se sonrojaría de nuevo. Quería que se sintiera cómoda a su lado si tenían alguna posibilidad de ser felices juntos—. ¿Qué he hecho para que sientas que mis atenciones no son sinceras?

—Seguramente no me harás decirlo abiertamente.

Él se inclinó hacia adelante.

—Estoy haciendo todo lo posible para convencerte de que te cases conmigo.

Ella hizo una mueca y apartó la mirada. Suspiró profundamente antes de hablar.

—Cada vez que estamos juntos, bailando y demás, a menudo estás mirando a todos los demás en la sala. Particularmente a las jóvenes atractivas.

Maldición, era observadora, pero no era lo que ella pensaba. Consideraba a todos los que conocía como sospechosos y se preocupaba de que cualquier joven soltera pudiera estar en riesgo de ser atacada más adelante.

—Es en ti en quien estoy interesado, te lo juro —prometió—. No pretendo parecer distraído y lamento que lo hayas malinterpretado.

—No creo haber malinterpretado nada, y sé que hay mujeres más hermosas que yo. Eres nuevo en tu título, encontrando mucho en la sociedad que interesa a un soltero después de años enterrado en el campo. Es perfectamente natural que te entregues a tus sentidos con las vistas más bonitas que se encuentran en la ciudad. Pero no puedo competir, y no quiero hacerlo. —Lo miró con una expresión dolida que le desgarró el corazón—. Lo mejor es terminar esto aquí y ahora antes de que se rompan corazones.

El estómago de Gilbert se hundió. Puede que hubiera metido la pata al ofrecer matrimonio, pero eso no significaba que no quisiera a Anna. Para él era hermosa.

Se aclaró la garganta. Ella estaba completamente equivocada sobre él y sobre su propio atractivo.

—Antes de aceptar tu decisión, me gustaría que supieras un poco del porqué estoy en Londres en primer lugar. Vine porque Carmichael me lo suplicó.

—¿Te lo suplicó? —Frunció el ceño—. Pensé que estabas aquí por negocios.

—Eso es lo que necesitaba que todos pensaran. —Había venido por el placer de las nupcias de Carmichael, pero solo encontró muerte—. Vine a conocer a Carmichael, y me he quedado para resolver un enigma para él.

—¿Un enigma?

—Es complicado. —Se pasó una mano por el pelo—. No puedo revelarte mucho sobre el asunto. Es algo que él no puede hacer, pero yo tengo la experiencia necesaria para la tarea, así que aquí estoy. Estoy buscando a alguien en su nombre.

—¿A quién?

—Realmente aún no lo sé. Carmichael tampoco lo sabe. Por eso te parece que podría estar interesado en otras personas, particularmente en mujeres.

Sus ojos se entrecerraron con sospecha.

—¿Está Carmichael siendo chantajeado por alguna pobre chica a la que ilusionó?

—¿Qué te hace preguntar eso?

Sus ojos se abrieron con alarma.

—Lo conozco, y he notado un cambio en él. Se ha vuelto cauteloso cuando se le hacen preguntas.

—Entonces lo conoces muy bien, en efecto. No está siendo chantajeado, pero ciertamente se siente amenazado. Le había pedido que hiciera todo lo posible por mantener el problema para sí mismo, pero parece que los más cercanos a él no se dejaron engañar.

—¿Me dirás qué está pasando?

No podía. Anna se preocuparía innecesariamente, no por Carmichael sino por ella misma y por la continua buena salud de sus amigas. Ya había aludido a tener pesadillas después de la espantosa muerte de la señorita Goldwell. No quería que supiera de los otros asesinatos que había relacionado con el asesino de la señorita Berry.

—No quiero hacerlo.

Ella se reclinó, apretando y aflojando su delicada mandíbula. Sus ojos se entrecerraron con sospecha.

—Ahora estoy preocupada.

Gilbert suspiró y se inclinó hacia adelante. Ella necesitaba creerle. Él necesitaba que no se preocupara. Él, Carmichael, Lord Wade y los Runners de Bow Street estaban investigando. —No hay nada de qué preocuparse. Es un asunto que Carmichael, yo y otros debemos resolver.

—Aún creo que...

—Que me apresuré con mi propuesta —los ojos de ella se agrandaron—. Yo también lo creo. Si hubiera esperado hasta que me conocieras mejor, quizás no te sentirías tan insegura sobre tu futuro como mi esposa. Debí haber cuidado más tu reputación, pero lo hecho, hecho está, y no puedo ni querría cambiar nada —cuando ella frunció el ceño, se apresuró a añadir—: Te noté incluso antes de que nos presentaran en Almack's.

Ella pareció asombrada por su confesión. —¿De verdad?

—Carmichael notó mi interés, si no me crees. Por eso nos presentó. No podía dejar de mirarte... aunque después le dije que solo me había impresionado cómo llevabas con gracia tu arco largo.

—Carmichael y yo no compartimos confidencias —murmuró ella—. Si estabas tan interesado en mí, ¿por qué no me pediste bailar esa noche?

—Era tarde, y pensé que no tendría oportunidad de conseguir un baile contigo. También creí que el momento para un cortejo romántico no era el adecuado. Aún lo creo, me temo, por eso estoy de acuerdo con tu deseo de tomarte tu tiempo. Un compromiso largo también me vendría bien. Soy un extraño en la sociedad. Para ayudar a Carmichael, debo conocer a muchas personas que debería haber conocido toda mi vida. Me avergüenza decirlo, pero puede que no sea el pretendiente más atento de Londres en la próxima semana, o dos como máximo.

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. —Esto empieza a sonar muy rebuscado.

Él tomó su mano. —Lo que hago es muy importante, pero el secreto es vital en este delicado momento. No puedo dejar que nadie más sepa la otra razón por la que permanezco en Londres.

Todavía no.

Ella frunció el ceño. —Pero dijiste que también estás ayudando a Bow Street en la búsqueda del asesino de la señorita Goldwell, ¿no?

—Sí, por supuesto que también estoy ayudando con eso —prometió. Las dos situaciones ciertamente estaban entrelazadas. No podía contarle sobre las otras muertes, todas jóvenes mujeres privadas de sus vidas antes de que realmente tuvieran la oportunidad de vivir y amar.

Los dedos de Anna se cerraron repentinamente alrededor de los suyos. —¿Estoy en peligro?

—No. Todo lo contrario, creemos, si aceptaras mi propuesta.

—¿Creemos?

—Carmichael y yo. No le guardo secretos, ni él a mí, así que sabe que te estoy cortejando y que te comprometí —se aflojó el pañuelo del cuello, recordando el altercado en el carruaje—. Casi me estrangula por besarte.

—Carmichael no tiene derecho a interferir en mi vida —exclamó Anna.

Carmichael interferiría de todos modos. —Puede que no parezca que se llevan bien, pero para él eres familia y debes ser protegida de los sinvergüenzas. Tienes otros defensores también. Al parecer, Lord Wade se siente protector contigo, aunque jura que su interés es puramente platónico.

Ella se encogió de hombros. —Dice que soy interesante para conversar.

—Y tiene razón. Eres muy interesante. Me di cuenta de eso enseguida.

—La gente suele notar primero mi sonrojo.

Él suspiró. —Dame una oportunidad, Anna. Apenas estamos empezando a conocernos, pero te juro que revelaré todos mis secretos tan pronto como tenga la libertad de hacerlo.

Cuando ella lo miró, vio incertidumbre en sus ojos, y también escepticismo. Podría seguir pensando que no les iría bien juntos si él permanecía completamente falto de sinceridad. Podría pensar que ni siquiera podría amar a alguien que acababa de conocer. Él aún no estaba dispuesto a admitir que ya podría estar medio enamorado de ella. Necesitaba tiempo para convencerla de que confiara en él. Estaba decidido a ganársela.

Por ahora, todo lo que podía hacer era nutrir y fomentar la atracción que florecía entre ellos. Había una manera de profundizar su conocimiento mutuo aquí y ahora... si ella no se oponía a la idea o al riesgo. —Bésame.

Su mirada se dirigió hacia la puerta, pero aún estaba cerrada contra los intrusos.

Cuando ella volvió lentamente, él pudo ver que había dicho lo único que más le interesaba. Ella se sentía atraída por él. Podía aprovechar esa ventaja y ofrecerse sin ninguna expectativa de aceptación. —Bésame y detente cuando hayas tenido suficiente de mí.

Ella frunció el ceño y bajó la voz a un susurro. —¿Usarías tal desliz para asegurarte de que nos casemos?

—No. No si queda como nuestro secreto. No deseo engañarte para que te cases conmigo.

Ella consideró eso y luego sus ojos volaron hacia los de él. —Tienes demasiados secretos, Lord Sorenson. Resulta que yo no tengo ninguno.

Él sonrió rápidamente. —Espero que si tuvieras alguno, te sintieras cómoda contándomelo algún día. No te guardaré secretos por mucho tiempo. Necesito un poco de tiempo para ayudar a Carmichael, luego mi vida será un libro abierto. ¿Crees que puedes confiar en mí?

—Yo... Sí, creo que eso podría ser posible.

—Confío en ti y estoy dispuesto a esperar por ti —respiró hondo—. Si nos casáramos, podríamos vivir una larga vida juntos. Es importante que nos conozcamos por dentro y por fuera.

Lo bueno y lo malo. Te diré cualquier cosa que quieras saber sobre mi vida. No le ocultaré nada a mi esposa, y espero que ella haga lo mismo.

Un intenso color había llenado sus mejillas y él sonrió rápidamente, contento de ver esa reacción.

—Un matrimonio donde falta el sentimiento, el deseo, es algo que me gustaría evitar. Quiero que mi esposa me desee, y creo que tú podrías... aunque, por supuesto, esas emociones pueden tardar en sentirse naturales.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dices —dijo ella, con los ojos suavizándose.

Él se movió para sentarse en el sofá donde había más espacio para besar y demás.

Dio una palmadita en el lugar a su lado y luego extendió los brazos, una mano en el reposabrazos y el otro brazo extendido a lo largo del respaldo del sofá. —Soy todo tuyo durante los próximos veinte minutos. Mis manos permanecerán justo donde están ahora para que puedas examinarme, y tus propios deseos, a tu gusto, con mi promesa de que tu virtud está perfectamente a salvo durante la duración del experimento.

CAPÍTULO 14



ANNA SE MORDIÓ EL LABIO. Estaba muy tentada por su oferta. Su padre estaría fuera de casa durante al menos la próxima media hora y los sirvientes no los interrumpirían a menos que los llamaran. Su padre había ido a su club, como era su costumbre, y no necesitaba enterarse. Anna le había prometido a su padre que no saldría ni recibiría visitas mientras él estuviera fuera.

Lord Sorenson no era una visita ordinaria. Era un conde decidido a casarse con ella. Y ya se le había concedido permiso para hablar con ella en privado en una ocasión anterior.

Aunque no debería ni siquiera considerar la sugerencia de Lord Sorenson, le gustaría besarlo de nuevo, sin el romanticismo de la luz de la luna o la sorpresa para nublar su juicio. Un beso planeado, sin expectativas de interrupción, decidiría de una vez por todas lo que sentía por él, esperaba. Una elección consciente en lugar de un lapso momentáneo de razón era un curso de acción sensato.

Se movió para sentarse a su lado.

—Esto es muy inesperado de tu parte —murmuró.

—Si tuvieras la más mínima idea de tu propio atractivo, no te sorprendería en absoluto mi oferta.

Se volvió para mirarlo bien. El Conde de Sorenson era un hombre muy apuesto. Unos impresionantes ojos verdes, cabello ondulado de un rojo oscuro; sus mejillas bien afeitadas y sus pómulos altos sugerían que se mantenía en un peso saludable. Se preocupaba por su apariencia pero llevaba su ropa con naturalidad. A diferencia de Lord Carmichael, su atormentador, se presentaba como un próspero caballero de campo a pesar de su título.

Pero en el fondo era un sinvergüenza. Un hombre que hablaba de deseo cuando no debería hacerlo.

Un caballero que se había ofrecido a sí mismo para su exploración sin expectativas ni amenaza de ruina. El Conde de Sorenson quería que ella lo explorara *a él* íntimamente, y ella también quería hacerlo.

Colocó su mano en el muslo de él, sintió carne dura y calidez bajo sus dedos. Había admirado a muchos hombres mientras bailaban, sus piernas enfundadas en pantalones ajustados a su piel. Los misterios del cuerpo de Lord Sorenson despertaron su curiosidad.

Los labios de Lord Sorenson se entreabrieron ligeramente mientras sus dedos subían por su muslo. Su respiración se hizo más sonora cuanto más arriba viajaba su mano por su pierna.

—¿Estás segura de que quieres explorar esa parte de mí primero?

Ella miró hacia abajo a su mano y notó que sus dedos estaban recorriendo el interior de su extremidad, acercándose a la unión de sus muslos donde la anatomía masculina difería de la suya. Deslizó su mano de vuelta a su regazo.

—Perdón.

Sus ojos brillaron con diversión.

—Quizás esa exploración debería llegar más adelante en nuestra relación, pero por favor, no dejes de tocarme.

Tranquilizada, movió su mano hacia su pecho y lo sintió inhalar profundamente mientras exploraba las partes superiores de su cuerpo. Su pecho era bastante ancho y se sentía duro, musculoso. Sus brazos fuertes pero tensos donde descansaban.

—Pareces estar en muy buena forma y saludable.

—Hice todo lo posible para evitar convertirme en un vicario regordete de campo. El volumen de comida que las esposas de la parroquia entregaban a mi ama de llaves para el pobre soltero solitario era bastante asombroso.

—¿Qué hacías con todo eso?

—Invitaba a cenar conmigo casi todas las noches a aquellos con menos recursos —susurró.

Los dedos de Anna habían llegado a su garganta, y luego tocó la punta de su barbilla, muy por encima del cuello de su camisa blanca almidonada.

—Eso fue muy bueno de tu parte —le dijo con una voz que casi no reconoció. Se lamió los labios—. Eres un buen hombre.

—Ciertamente intento serlo —prometió—. Pero ser bueno es una lucha en este momento.

Él inclinó la barbilla y los dedos de ella se posaron en sus labios. Los acarició, recordando cuántas veces él había tocado sus labios la noche de su primer beso. Sintió un estremecimiento de sensación entre sus piernas cuando su lengua salió para lamerla. Él la miró fijamente y luego sonrió y lo hizo de nuevo.

Esa misma extraña sensación hizo que ella se moviera a una posición más cómoda. Se apoyó contra su muslo, sosteniéndose contra él. De repente se rio.

—Normalmente no me comporto así.

—Te creo —prometió él, con los labios curvándose en una sonrisa—. Por favor, sigue portándote mal conmigo —susurró—. Acércate más. Tócame más, Anna.

Con audacia, Anna pasó su mano por su mejilla y enredó sus dedos en su cabello. El color la fascinaba, al igual que la textura. Más áspero que el suyo pero aún muy suave y limpio. Nunca había acariciado realmente la cabeza de un hombre antes, ni siquiera la de su padre cuando estaba enfermo.

Lord Sorenson se inclinó hacia su toque, girando su rostro para que sus labios rozaran la parte interna expuesta de su muñeca. La besó allí, con una sonrisa juguetona en sus labios.

—Pensé que se suponía que yo debía explorarte *a ti* —se quejó ella.

—Mis manos no se han movido —prometió con un guiño—. Ven y arrodíllate a mi lado —suplicó.

—¿Por qué?

—Me gustaría estar debajo de ti, a tu merced un poco más.

Anna rio suavemente. No creía que él pudiera estar nunca a su merced, pero le gustaba la idea. Se movió de rodillas en el sofá y, tal como prometió, Lord Sorenson mantuvo sus manos a los lados. Apoyó su cabeza en el cojín y le sonrió.

—Eres tan hermosa. Ven y reclama tus besos.

Lentamente, de repente insegura de sí misma, dudó. Nunca había besado a un hombre. Lord Sorenson había iniciado ambos besos anteriores. ¿Cómo se empezaba exactamente?

—¿Anna?

Lord Sorenson se estiró repentinamente y le robó un beso rápido antes de que ella pudiera decidir cómo tomar el suyo propio.

Se recostó de nuevo, sonriendo ampliamente.

—No podía esperar ni un momento más.

Ella se rio de sus payasadas, inclinándose más cerca de él mientras lo hacía, luego volvió sus labios hacia los suyos sonrientes y lo besó.

Sorenson gimió profundamente, separando sus labios para capturarla en un beso más profundo de lo que ella había pensado compartir con él de inmediato.

Anna se echó hacia atrás.

—¿Estuvo bien?

—Muy bien, de hecho. —Hizo un espectáculo de reafirmar su agarre en el mueble, con los nudillos blancos mientras se sujetaba al palisandro—. Estoy listo para más besos, por favor —dijo.

Anna puso un poco más de esfuerzo en el siguiente beso y sintió el suave roce de la lengua de Lord Sorenson contra la suya. Sus partes íntimas se estremecieron y ella se echó hacia atrás.

—Hiciste eso antes. ¿Por qué?

—¿Te gustó?

—Sí. —*Mucho*. Se mordió el labio. Le gustaban las sensaciones que él despertaba en su cuerpo.

—Entonces házmelo a mí también —pidió él—. Déjame saborearte de nuevo.

Anna bajó sus labios a los de él, pero mantuvo los ojos abiertos, observando su rostro. Sus oscuras pestañas se cerraron lentamente mientras el beso se intensificaba, como si saboreara cada momento con ella. Ella hizo lo posible por imitar sus besos y parecían complacerlo, a juzgar por los pequeños ruidos que hacía.

Besar a Lord Sorenson era maravilloso, incluso cuando él no estaba haciendo nada para seducirla. Su cuerpo se sentía extraño, inquieto. Pensando en cuánto mejor se sentiría, Anna encontró su mano derecha, la sacó del reposabrazos y la llevó a su cintura.

Sus dedos se deslizaron alrededor de ella mientras la arrastraba de lado sobre su regazo. Medio recostada sobre él, Anna buscó su otra mano. Tiró de su brazo hasta que estuvo completamente en su abrazo. Sorenson gimió suavemente contra sus labios una vez más, y luego la sumergió completamente bajo su hechizo placentero mientras la besaba hasta dejarla sin sentido una vez más.

Fiel a su palabra, no hizo ningún movimiento para explotar su debilidad y creciente excitación. Simplemente la sostuvo y la besó a fondo y lentamente.

Anna rodeó sus hombros con los brazos, aferrándose a él mientras aceptaba que su respuesta hacia él se sentía correcta y más. Entrelazó sus dedos en su cabello y trazó la forma de su oreja.

Pero estaba muy inquieta contra él. Compartiendo cada respiración y suave exhalación con él.

—Se ha vuelto muy acalorado entre nosotros —susurró en su oído cuando sus labios finalmente se separaron—. No deberíamos dejar que esto vaya demasiado lejos.

Anna gimió.

—Pero...

—Sé exactamente cómo te sientes, cariño —Se apartó y la miró a los ojos—. Si esto continúa a este ritmo, temo que no podré mantener mi promesa contigo.

—¿Qué promesa?

—Te mereces algo mejor que ser revolcada en el sofá de tu padre la primera vez que hagamos el amor. No quiero arruinarte, pero tus besos me están volviendo loco.

Anna se echó hacia atrás, sonriendo ante esa admisión.

—¿Lo están?

—Tienes todo el derecho de jactarte. Dije que quería una esposa que compartiera mis deseos, y los compartimos. Quiero continuar. Absolutamente quiero. Pero las intimidades adicionales no deberían apresurarse —Cuando le apartó el cabello de la mejilla, Anna le dio otro beso. Realmente no quería parar. Se sentía tan maravillosa pero extraña también.

Anna apretó firmemente sus piernas y gimió suavemente ante la agradable ternura que pulsaba en el ápice de sus muslos. Ahora se sentía muy acalorada. Los besos de Gilbert habían despertado su cuerpo de una manera que nunca antes había experimentado o esperado. Anhelaba... algo más de él. Algo que una esposa tendría.

Algo que podría tener todos los días de su vida si aceptaba su propuesta.

Anna se echó hacia atrás, luchando por recuperar el aliento.

—Te estás mordiendo el labio otra vez. ¿Qué ocurre?

—Mmm, puede que tengas razón.

—¿Sobre qué asunto?

Para sentirse así de nuevo, para descubrir el resto de lo que significa el placer, podría ser sabio casarse con Lord Sorenson más pronto que tarde. Casarse con este hombre tenía un mayor atractivo, ahora que conocía el poder de sus besos y los suyos propios. Él había cumplido su palabra. Le había permitido hacer el amor a sus labios sin apresurarse ni intentar levantar sus faldas para tomar lo que podría ser suyo un día pronto.

Pero, ¿podría vivir con él guardando secretos? Si no la afectaban, como él había prometido, solo se estaría privando de un futuro que siempre había esperado. Casarse bien, tener un hogar. Tener un marido con el que se sintiera cómoda.

Consideró su posición actual, sentada sobre sus rodillas. Lord Sorenson era bastante agradable al permitirle seguir sentada allí. Su brazo estaba envuelto flojamente alrededor de ella y podría huir en cualquier momento.

Se quedó exactamente donde estaba porque se sentía segura... y quizás un poco amada.

Sus amigas siempre habían aspirado a capturar la atención de un caballero con título para marido, aunque Anna realmente no había creído que pudiera hacer lo mismo. Pero ahora tenía a Lord Sorenson a su merced, un conde con una gran propiedad en el lejano Kent, y podría ser el hombre más atractivo que jamás hubiera conocido.

El matrimonio siempre era un delicado encuentro de dos vidas. No esperaba la perfección. Hasta ahora, aparte de no saber qué estaba tramando Lord Sorenson con Carmichael, parecía un libro abierto sobre todo lo demás. Le gustaba, sentía curiosidad por sus intereses y la deseaba. También estaba esperando muy pacientemente a que ella explicara su último comentario. Eso significaba mucho para ella, y decidió que valía la pena el riesgo de aceptarlo ahora.

—Sería un honor casarme con usted, mi lord.

Lo besó rápidamente para sellar su acuerdo.

Su sonrisa al separarse fue inmediata y genuina.

—Soy yo quien está honrado, Anna. Gracias.

Anna se mordió el labio inferior, mirándolo a los ojos. Le acarició la oreja de nuevo y él volvió sus labios para besarle la muñeca una vez más.

—¿Y ahora qué hacemos, mi lord?

—Para empezar, mi nombre es Gilbert cuando estemos solos.

—Gilbert.

Él le rozó los labios con la punta del dedo hasta que ella sacó la lengua para tocarlo. Los ojos de Gilbert se oscurecieron aún más.

—Tendré que hablar con tu padre de nuevo ahora. Por alguna razón, no pareció creer que realmente tenía la intención de pedirte matrimonio la última vez.

—Solo estaba cuidando de mí —concedió ella—. Apenas nos conocemos.

—Confía en mí, Anna. Me conocerás mejor que nadie jamás podría —El tono de su voz bajó, lo suficientemente bajo como para excitar a Anna, como lo había hecho la primera noche que se conocieron.

Puso su mano en su cadera y lentamente la deslizó por su pierna y de vuelta. Anna estaba casi sin aliento cuando se detuvo.

Él se rio suavemente ante su respuesta.

—Después de los eventos de los últimos veinte minutos, creo que seremos muy felices viviendo como marido y mujer.

—¿Han pasado veinte minutos?

Él asintió.

—Sí. ¿Por qué?

—Oh, cielos. Mi padre podría volver en cualquier momento.

—Bien. Me gustaría hablar con él hoy y resolver el asunto de nuestro compromiso —Sus ojos brillaban de emoción, pero la levantó de su regazo, se puso de pie y, después de llevarla al espejo más cercano, la ayudó a alisar su vestido y su cabello para que parecieran algo presentables. Sus labios se desviaron a su garganta y cuando la besó allí, las piernas de Anna casi se doblaron bajo el asalto de sensaciones que atravesaron su cuerpo. Puede que incluso haya gemido un poco en voz alta.

Entonces Gilbert dio un paso atrás repentinamente y, mirándose en el espejo, se pasó los dedos por el pelo. Se alisó la chaqueta y el chaleco para que pareciera que no acababan de estar a punto de hacer el amor en el sofá. Ese sería su secreto para siempre.

La llevó de la mano a un grupo de sillas cercano.

—Ahora, cuéntame más sobre ti. ¿Has visitado alguna vez Kent?

—No —confesó ella—. Iba a ir a Gloucestershire para Navidad con mi padre este año. Eso, por supuesto, cambiará ahora que nos vamos a casar, así que cuéntame sobre tu hogar y las familias que viven más cerca de ti.

Cuando su padre regresó, estaban riendo juntos, discutiendo sobre las delicias de su hogar en Kent y las preferencias de Anna por tener perros y gatos como mascotas.

Decir que su padre se sorprendió por la presencia de Lord Sorenson sería quedarse corto. Estaban sin carabina, y ese hecho la comprometía por completo a los ojos de su padre. Anna no sentía que hubiera sido arruinada por su interludio privado, sino que se sentía iluminada y emocionada. Su pretendiente era un hombre igualmente honorable y perverso.

Y ahora era todo suyo.

Su padre se mostró instantáneamente de acuerdo con un matrimonio entre ellos cuando Lord Sorenson pidió su mano por segunda vez.

CAPÍTULO 15



GILBERT SE ESFORZÓ por ocultar su diversión. Los caballeros parecían sorprendidos por la noticia de su compromiso con Anna, e incluso entre sus conocidos había consternación por lo rápido que Gilbert se había propuesto. ¿Acaso todo Londres era medio tonto cuando se trataba del atractivo de Anna?

Ella era encantadora, suave y cálida, y muy, muy besable. Era notablemente entusiasta y eso le complacía inmensamente. Se inclinó para susurrarle al oído:

—Están a punto de anunciar nuestro baile.

La sonrisa de ella se desvaneció un poco.

—No tenemos que bailar esta noche.

—Por supuesto que sí. Además, tengo la intención de bailar contigo dos veces.

Quería que el asesino oyera y viera que Anna Beasley era una mujer fuera del mercado, aunque aún no estuviera casada.

Sin embargo, un ceño fruncido se dibujó en su rostro al oír sus intenciones. El hecho de que Anna no pareciera entusiasmada con un segundo baile con él significaba que aún tenía un largo camino por recorrer para tranquilizarla, a pesar de que había aceptado su propuesta. Repararía el daño que había infligido involuntariamente a su confianza aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Gilbert le tendió la mano a Anna y, con el permiso de su padre, la condujo a través de la pista de baile.

Anna encajaba perfectamente en sus brazos y cuando los músicos comenzaron, él sonrió a su rostro en alto.

—Estás preciosa esta noche —le aseguró—. Creo que debo ser el hombre más afortunado del mundo por haberte ganado.

—Si me perdonas, debo confesar que no hubo mucha competencia —le dijo en un susurro con aparente incomodidad.

—¿Y no son idiotas por no haber visto tu atractivo? —susurró él—. Nunca conocerán la emoción de tenerte en sus brazos como yo.

—Ahora estás decidido a hacerme sonrojar —le regañó.

—Solo te recuerdo lo agradable que fue para mí la ocasión en que aceptaste mi propuesta.

Ella lo miró entonces, tímida, con los ojos brillantes de deseo.

—Y para mí.

Él la hizo girar por la sala, fascinado por la luz que resplandecía en sus ojos. Ella había sentido deseo cuando se besaron. Había notado sus pequeños gemidos y cómo había apretado los muslos con fuerza.

Otros hombres podrían haberse aprovechado, pero Gilbert estaba jugando a largo plazo, un juego que necesitaba ganar por el bien de ella. Quería que Anna deseara hacer el amor con él después de que se casaran. Preferiblemente en su noche de bodas, pero si no, esperaba que fuera poco después. Una vez que ella se sintiera segura de su lugar en sus afectos, no veía razón por la que no pudieran tener un matrimonio muy satisfactorio.

Estaba tan absorto en la expresión de Anna que casi no se dio cuenta cuando Carmichael se escabulló del salón de baile solo y salió a la terraza. Frunció el ceño cuando no regresó inmediatamente. Había hombres de Bow Street afuera, vigilando la casa en caso de que un extraño intentara entrar o salir.

Miró a Anna y notó que su atención también estaba fija por encima de su hombro.

—¿Puedo escoltarte a la cena esta noche?

—¿No espera Carmichael que lo ayudes a encontrar a esa persona que busca?

—Puede esperar. Prefiero estar contigo.

Ella lo miró, sus labios se curvaron en una sonrisa una vez más.

—Él odia esperar a cualquiera.

—Tendrá que acostumbrarse a ocupar el segundo lugar en mis afectos a partir de ahora —prometió.

Ella se mordió el labio y Gilbert se rio suavemente.

—Puede hacer pucheros todo lo que quiera. No cambiaré de opinión.

Cuando el baile concluyó, se sintió decepcionado de tener que soltar a Anna. Pero se consoló pensando que, como pareja comprometida, podía permanecer en su presencia la mayor parte de la noche y, a su debido tiempo, podría bailar todas las piezas con ella después de que se casaran. La gente podría escandalizarse, pero ¿qué podían hacer con el comportamiento de una pareja casada?

Cuando estuvieran casados, estaría muy feliz de crear cualquier tipo de escándalo para demostrarle a Anna que era lo más querido para él.

Enlazó su brazo con el de ella de manera posesiva y paseó lentamente con ella de vuelta a su padre. El hombre mayor aún no había aceptado del todo su futuro matrimonio como un hecho y quizás nunca lo hiciera, Gilbert ya había llegado a esa conclusión. El señor Beasley estaba demasiado encariñado con la idea de que Anna y Carmichael se casaran algún día como para considerar que alguien más pudiera convenirle mejor.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Has bailado muy bien.

—Pero ¿sentiste que tenías toda mi atención?

—Sí —lo miró tímidamente—. Me encantó bailar contigo.

Él le sonrió radiante, contento de saber que estaba satisfecha.

—¿Puedo reclamar el honor de escoltarte a ti y a tu padre a casa esta noche?

—No tienes que hacer eso.

No tenía que hacerlo, pero quería.

—Creo que tu padre y yo necesitamos conocernos mejor, y quería mostrarle el nuevo carruaje que he comprado para tu uso.

Una mirada de asombro cruzó su rostro.

—¿Me has comprado mi propio carruaje?

—Te compraría cualquier cosa que pudieras necesitar para tu comodidad.

—Necesito muy poco.

—Estoy seguro de que eso no es del todo cierto —sonrió de nuevo—. Un segundo carruaje asegurará que puedas visitar a quien quieras, en caso de que yo esté fuera con el otro.

Después de un momento, Anna se inclinó hacia él.

—Lo siento por mi padre. Él solo cree que sabe lo que es mejor para mí.

—Él quiere que Carmichael esté en mi lugar actual. Eso ya no es posible.

—Su sueño *nunca* fue posible —se estremeció—. Lo siento mucho si te sientes menospreciado.

—¿Por Carmichael? Nunca. Carmichael no habría aceptado casarse contigo de todos modos.

—¿Dices eso por el problema que están resolviendo juntos?

—Porque Carmichael se enamoró de otra persona —confesó.

Ella lo miró con brusquedad.

—¿Carmichael? ¿Enamorado?

—No puedo decir más —confesó.

Anna frunció el ceño.

—¿Es parte del secreto que compartes?

—Lo es.

Ella se mordió el labio y luego le sonrió de repente.

—Mi padre acabará por ceder eventualmente, pero... ¿no pescarás, por casualidad, milord?

—Sí, lo hago. ¿Por qué?

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Eres bueno en ello?

—Aceptable.

—Entonces deberías contarle a mi padre sobre el río que atraviesa la finca de Kent y preguntarle si pesca. A mi padre no le gusta nada más que hablar con otros pescadores. Estoy segura de que eso le ayudará a ver los beneficios de nuestro matrimonio muy pronto después.

Él le sonrió radiante.

—Muy inteligente. Haré lo que sugieres y veré si eso no mejora mi atractivo.

Gilbert y Anna se unieron al padre de ella, y Gilbert permaneció al lado de Anna. Resistió el impulso de observar a las jóvenes que se escabullían de la reunión, aunque era de nuevo viernes por la noche. Bow Street había contratado más hombres que nunca para esta noche y Carmichael también estaba en algún lugar afuera. Estaba seguro de que su ausencia de la patrulla por un viernes no obstaculizaría la investigación ni un poco. Después de todo, tenía un compromiso que celebrar con Anna.

Le planteó la pregunta de Anna a su padre y pronto estaban discutiendo sobre los mejores lugares para pescar que cada uno había probado, el tamaño de sus capturas y las delicias del río casi privado de la finca de Kent para pescar. El señor Beasley era un ávido pescador, mucho mejor que él, además. Al menos tenían en común el amor por la pesca, así que se aseguró de invitar al hombre a visitarlos en Kent tan a menudo como quisiera para que pudiera pescar a su gusto.

Justo cuando comenzaba a disfrutar realmente de la conversación, un grito aterrador rasgó el aire.

El sonido pareció venir de todas las direcciones a la vez. Miró a su alrededor, al igual que

todos los demás.

La orquesta quedó en silencio, al igual que toda la sala.

Anna se aferró a su brazo cuando un segundo grito angustiado rompió el silencio de la habitación y se cortó abruptamente.

Miró hacia arriba, de donde parecía provenir el sonido. Un techo abovedado se cernía sobre ellos.

Carmichael irrumpió en la habitación, con una mirada de pánico en los ojos.

—¿Qué ha pasado?

Gilbert escudriñó las alturas sombrías y vio una mano enguantada de blanco que se extendía sin vida a través de la balaustrada sobre ellos.

—Allí —dijo mientras señalaba hacia arriba.

—Vamos —instó Carmichael mientras corría hacia la escalera principal.

Gilbert dudó, mirando a Anna.

—¿Me prometes que te quedarás con tu padre y nunca te apartarás de su lado?

Su agarre se apretó.

—¿Y tú qué?

—Necesito ver qué se puede hacer.

—De acuerdo.

Gilbert corrió tras Carmichael, esquivando a los invitados más lentos que intentaban subir las escaleras. En la parte superior, encontró a su anfitrión, Lord Thwaite, de pie sobre el cuerpo de una mujer caída. Lord Thwaite estaba pálido y temblando. Su agarre sobre una dama desconocida a su lado era protector.

—¡Está muerta! —dijo Thwaite con voz horrorizada.

—¿Quién es?

La mujer en los brazos de Lord Thwaite respondió después de una pausa:

—La señorita Myra Lacy. Acabamos de dejar a su padre en la sala de juegos hace no más de diez minutos. Estaba ganando.

—Hagan que lo llamen —Gilbert se adelantó mientras Carmichael cerraba suavemente los ojos de la señorita Lacy—. ¿Quién la encontró?

—Nosotros —admitió Lord Thwaite.

—¿Y los gritos?

—Míos —admitió la dama con un pequeño sollozo.

—No la vimos al principio —confesó él, luciendo incómodo.

Gilbert evaluó a la pareja, sopesando las probabilidades de que estuvieran diciendo la verdad. Su ropa estaba desordenada, como si se hubieran vestido apresuradamente o hubieran estado desvistiéndose. Lo más probable es que fuera una cita interrumpida, pero Thwaite y la dama —que no era su esposa— merecerían un escrutinio más profundo.

—¿Carmichael?

—Le han cortado el cuello —Se movió un poco, y Gilbert vio que una larga hoja permanecía en su pecho—. ¿Primero le cortaron el cuello y luego la apuñalaron en el corazón?

Examinó la hoja más de cerca, notando el diseño fino, casi delicado de la cosa. No era un arma con la que estuviera familiarizado. Probablemente hecha a medida, pero de ninguna manera ornamentada. Sería difícil localizar al artesano, pero dejaría que Bow Street redujera la búsqueda a un posible fabricante.

Miró alrededor del alto balcón. La ubicación de este asesinato estaba expuesta a ser

descubierta por cualquiera que tropezara aquí arriba. Sin embargo, la iluminación imperfecta debe haber ocultado al agresor, al menos al principio. Dada la cantidad de sangre alrededor de la mujer caída, el asesino también debía tener sangre encima.

—Necesitamos darnos prisa —le dijo a Lord Thwaite—. Detengan a todos.

El conde se apresuró, gritando órdenes a sus sirvientes para asegurar la casa.

Gilbert hizo un gesto a Carmichael para que se acercara.

—Síguelo y asegúrate de que nadie se vaya. Además, envía a Davis después de que mande a buscar al magistrado.

Mientras hablaba, vio a Anna boquiabierta entre la multitud cerca de la parte superior de la escalera. Estaba con su padre, pero sus ojos estaban fijos en el cadáver.

—Acabo de hablar con ella esta noche —susurró para sí misma. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas en corrientes interminables—. Me felicitó por mi compromiso. Estaba feliz por mí.

Anna levantó la mirada hacia él y sollozó.

Como su padre no podía hacer nada más que mirar conmocionado a la pobre señorita Lacy, Gilbert se apresuró hacia ella y atrajo a Anna a sus brazos para dejarla sollozar contra su abrigo. Había presenciado violencia dos veces ahora, y se sentía mal por eso. Puso su mano en la parte posterior de su cabeza mientras buscaba torpemente un pañuelo en su bolsillo.

—Toma —susurró.

Ella apretó el pañuelo contra su rostro y continuó sollozando en silencio contra él.

—Alguien tuvo que ver algo esta noche. Alguien tendrá la sangre de la señorita Lacy en sus manos o ropa.

—Voy a vomitar —susurró Anna con urgencia, empujando fuera de los brazos de Gilbert y huyendo por el pasillo. Consideró seguirla, pero cuando se acercó a una habitación donde dos doncellas se demoraban, dudó.

—¿Hay un tocador aquí arriba también? —preguntó a nadie en particular—. Pensé que estaba abajo, más cerca del salón de baile.

—Lady Thwaite siempre tiene una habitación extra reservada arriba para las damas con constituciones más delicadas y sensibilidad a las multitudes —aconsejó la señora Hayes, palideciendo de preocupación.

—Me aseguraré de que la señorita Beasley esté bien —Con una última mirada furtiva a la víctima, la señora Hayes se alejó, diciendo—: Qué terrible morir así.

El señor Beasley finalmente salió de su estupor y miró alrededor.

—¿Anna?

—Anna se sintió mal, señor —le informó Gilbert al señor Beasley.

Gilbert miró por el pasillo, ansioso por que Anna reapareciera. Cualquier cosa podría suceder en esa habitación, y ella estaría indefensa.

Carmichael regresó.

—Davis ya estaba en la puerta cuando bajé. Los Runners han asegurado la casa y comenzado a inspeccionar a cada invitado y sirviente que ven en busca de sangre. Quizás esta vez tengamos ventaja.

El señor Beasley aspiró bruscamente.

—¿Esta vez? No me digas que esto ha sucedido antes.

—Shh —instó rápidamente Carmichael, llevando al señor Beasley a un lado—. Es mejor no aumentar más el pánico de los invitados.

La preocupación carcomía a Gilbert. Podría haber más muertes si no atrapaban pronto a este asesino. Mientras tanto, estaba decidido a garantizar que Anna permaneciera a salvo. No podía soportar la idea de perderla ahora. —Señor, ¿podríamos hablar ambos con usted más tarde con mayor detalle?

El hombre mayor asintió al ver que Anna regresaba. —Me llevaré a mi hija a casa ahora.

Había estado con el señor Beasley y Anna toda la noche, así que podía responder por ellos personalmente. —Ninguno de ustedes es sospechoso.

Gilbert sonrió a Anna cuando regresó. Todavía estaba pálida y temblando. —Los acompañaré hasta su carruaje, pero Carmichael y yo debemos quedarnos. Los visitaremos a ambos tan pronto como sea posible.

Ella asintió, pero se apoyó pesadamente en su padre mientras bajaban las escaleras. Gilbert los siguió hasta la puerta del carruaje y los despidió con la mano. Luego regresó arriba para ver el cuerpo de la pobre señorita Lacy.

—Otra joven vida terminada demasiado pronto —se apartó del cuerpo después de tomar notas sobre cómo había caído—. ¡Maldición! ¿Quién es este atacante?

—La dote de la señorita Lacy era de cinco mil libras —le informó Carmichael—. Había tenido muchos pretendientes, pero hasta donde sé, ninguno había logrado ganar su mano. Era popular, y la indignación crecerá por su muerte.

Gilbert agradeció la información, pero tenía una pregunta delicada para Carmichael. —Ah, tengo que preguntar... ¿tú también la besaste?

—A esta dama no. Ya había decidido por Angela cuando nos conocimos —la voz de Carmichael se quebró en sus últimas palabras.

Gilbert puso su mano en el hombro de su amigo y lo apretó. —Tendremos que revelar la pérdida del resto de ellas ahora. Especialmente Angela.

Carmichael palideció. —¿Qué hará el asesino a continuación, una vez que todos sepan que ha habido una serie de muertes? ¿Se retirará o se volverá aún más impredecible?

—No lo sé, Carmichael. Simplemente no lo sé.

CAPÍTULO 16



GILBERT Y LORD Carmichael llegaron justo antes del amanecer. Ambos aún llevaban sus trajes de noche cuando entraron en el salón principal de Anna. Los dos parecían agotados por su larga noche.

Solo su prometido le sonrió, y ella corrió a su encuentro. La noche anterior había sido una escena espantosa, mucho peor que la última. Anna no podía cerrar los ojos sin ver esa horrible y afilada hoja atravesando el bonito vestido de muselina rosa a rayas de la señorita Lacy.

Gilbert tomó su mano entre las suyas y le suplicó saber cómo se encontraba mientras se hundía a su lado en el sofá más cercano para dos.

—Mejor ahora que has venido —le prometió ella—. ¿Y tú?

—No peor de lo que esperaba, supongo. —Besó suavemente el dorso de su mano—. Lamento que hayas tenido que ver eso de nuevo —susurró en voz baja para que no se oyera lejos.

—La segunda vez fue peor porque conocía mejor a la señorita Lacy que a la señorita Goldwell. Fue amable conmigo, aunque yo no fuera tan valiente como ella en cuanto a buscar marido.

Él volvió a besarle el dorso de la mano y le apretó los dedos con firmeza.

—Eres valiente en los aspectos que me importan.

Ella miró al otro lado de la habitación, donde Carmichael y su padre hablaban entre ellos en voz baja. Su padre intentó agarrar el hombro de Carmichael, pero este se sacudió el contacto.

—Estoy bien, señor. Sentémonos y empezaré desde el principio, para que Anna también pueda oír lo que decimos.

Su padre tomó asiento.

—Sí, se lo agradecería. Parece que me has estado ocultando secretos, muchacho.

Gilbert le apretó la mano un poco más fuerte y luego entrelazó sus dedos. Ella miró sus manos unidas y sonrió levemente. Se sentía infinitamente mejor cuando él estaba cerca.

Carmichael se aclaró la garganta, atrayendo la atención de Anna, y se estremeció.

—Lamento no haber sido honesto con ustedes, pero verán que la situación es mucho peor de lo que jamás quise que supieran. Angela Berry está muerta, Anna. Murió la noche del baile de su madre —le dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Fue asesinada, de una manera más piadosa que la señorita Goldwell y la señorita Lacy

anoche.

—¡Caramba! ¿La señorita Goldwell también está muerta? —interrumpió su padre, sonando muy conmocionado.

—Sí, padre. Hace dos semanas ya —confirmó Anna para ahorrarle la confesión a Carmichael. Nunca había visto a su atormentador tan pálido o más alterado—. Lo siento mucho por Angela, Carmichael. Sé que la apreciabas mucho.

—La amaba —dijo simplemente—. Íbamos a casarnos. Ya le había propuesto matrimonio, y habríamos anunciado nuestras intenciones a nuestros amigos y familiares la noche que murió. Hoy sería mi esposa si alguien no la hubiera abatido.

—¿Has ocultado la verdad todo este tiempo?

Él asintió.

—Por una buena razón. Al principio, se me sospechaba de haberla matado. La encontré tirada en el suelo del invernadero y corrí a levantarla. Su sangre manchó mi ropa, y sin pruebas de que acababa de encontrarla, el investigador inicial me detuvo para interrogarme. De no ser por la intervención de Sorenson, su cabeza fría y su mayor conocimiento de las técnicas de investigación, podría seguir bajo sospecha.

—¡No! —exclamó ella. Carmichael podría ser muchas cosas desagradables, pero asesino nunca podría ser una de ellas. Anna conocía bien el invernadero de los Berry. Estaba apartado. Angela había sugerido que era el lugar más romántico que conocía. Anna había pasado muchas tardes felices allí tomando el té e intentando convencer a Angela de que no se enamorara de Carmichael. Podía imaginar a Carmichael corriendo a levantarla si se hubiera caído—. No era propio de ella abandonar a su madre o a sus amigos durante un evento que estaban organizando.

Angela había amado el ruido y el caos de la sociedad tanto como Carmichael. Ella prosperaba en el entretenimiento. Era Anna quien se escabullía para encontrar un rincón tranquilo cuando la multitud se volvía abrumadora.

—No, ella era muy buena —dijo Carmichael, con la voz quebrada por el dolor más terrible —, pero tengo la terrible sensación de que fue atraída con el pretexto de encontrarse con alguien.

—Solo se habría escabullido para encontrarse contigo —sugirió Anna—. Una vez dijo que haría cualquier cosa si tú se lo pidieras. Después de todo, tu continuo interés había complacido enormemente a su madre y había hecho su vida en casa más llevadera al fin.

Carmichael se lamió los labios.

—Nuestro arreglo fue idea suya al principio. Llegué a disfrutar mucho de nuestro tiempo juntos. Nuestra conspiración contra los esfuerzos casamenteros de su madre era muy divertida. Yo deseaba que fuera algo más. —Carmichael agachó la cabeza y luego la sacudió—. Angela era demasiado buena para ser arrebatada así —exclamó de repente—. Al igual que las otras. Encontraré a quien la mató, y a ellas.

Gilbert se pasó la mano libre por los ojos. Ninguno de los dos debía haber dormido, pero ella mantuvo su atención en Carmichael.

—Insinuaste que hubo otras muertes anoche —preguntó su padre.

—Sí, señor. Después de que Angela muriera, recordé que había habido otras muertes inexplicadas. Sorenson investigó mis sospechas, y ahora él y Bow Street creen que fueron víctimas del mismo asesino.

Ella miró a Gilbert sorprendida.

—¿Cómo hiciste eso?

—He trabajado para Bow Street durante varios años. —Hizo un gesto hacia Carmichael—.

Sabía que era inocente, por supuesto, habiendo sido el destinatario de sus confidencias escritas sobre su afecto por la señorita Berry durante algún tiempo. Su conexión con las otras víctimas es débil en el mejor de los casos, pero era la única pista que teníamos para empezar.

—¿Qué conexión?

—Las había besado —confesó Carmichael.

Anna jadeó, pero su padre no pareció sorprendido por esa admisión.

—¿Pensaste que eras responsable?

Carmichael desvió la mirada.

—La muerte de la señorita Lacy rompe la conexión con Carmichael —murmuró Gilbert—. Él no la besó, así que su muerte carece de esa similitud con los otros asesinatos.

—Ya veo. —Miró a su prometido más de cerca. Él exudaba confianza y familiaridad en la detección de crímenes. Era mucho más reservado de lo que ella había imaginado—. ¿Este era el secreto que me ocultabas?

—No quería que tuvieras miedo. —Asintió—. Todas las muertes que hemos relacionado con este asesino han ocurrido los viernes durante un baile popular —murmuró Gilbert mientras volvía a tomar la mano de Anna—. Hay suficientes muertes que abarcan dos temporadas para justificar una investigación completa por parte de Bow Street.

Ella miró fijamente a Carmichael. No era de extrañar que hubiera estado tan extraño últimamente.

—Tiene que haber una razón por la que la gente a nuestro alrededor está muriendo. Estas son mis amigas —exclamó ella.

—¿Crees que no lo sé? —espetó Carmichael, pasándose la mano por el pelo frenéticamente —. ¿Crees que no intentaría detenerlo si supiera cómo?

—Por eso debo quedarme en Londres —dijo Gilbert con mortal seriedad, atrayendo su atención—. Tengo suficiente experiencia investigando crímenes como para que Bow Street me haya puesto a cargo de la investigación.

—En su parroquia lo llaman el sabueso del Todopoderoso —comentó Carmichael, colocándose detrás de un sillón. Agarró el respaldo con tanta fuerza que Anna temió que la madera se agrietara.

Gilbert hizo una mueca.

—Londres es una situación más complicada.

Su padre se levantó y se sirvió una copa. Anna notó que le temblaban las manos al dejar la licorera.

—¿Ya tienen alguna pista?

—Estamos interrogando a todas las partes involucradas con las víctimas —respondió Gilbert —. Llevamos semanas con esto y aún no tenemos nada más que más cadáveres.

Anna le apretó la mano con más fuerza.

—Lo resolverás. Tengo fe en ti. En ambos —dijo, incluyendo a Lord Carmichael en su comentario. Parecía muy alterado por Angela, y ella sentía que le debía su compasión y apoyo—. Apenas la semana pasada estábamos hablando sobre dónde había desaparecido Angela.

—¿Estábamos? —exigieron saber tanto Gilbert como Lord Carmichael.

—Portia Hayes y yo somos amigas y confidentes. No podíamos entender por qué Angela no estaba en Londres cuando tú obviamente asistías a todos los eventos de la alta sociedad.

Lord Carmichael se pellizcó el puente de la nariz.

—Tranquilo, Carmichael —advirtió Gilbert—. Las lágrimas no la traerán de vuelta.

Lord Carmichael los miró.

—Vamos a necesitar una boda.

—¿Una boda? —preguntó Anna.

Carmichael se acercó, mirando fijamente a Gilbert.

—Ella necesita ser protegida.

Gilbert suspiró.

Anna miró alternativamente a uno y otro.

—¿Quién?

—Tú —afirmó Carmichael—. Quiero que tú y Sorenson se casen de inmediato. Necesito tener la certeza de que estás a salvo.

Anna se sonrojó y retiró su mano de la de su prometido.

—Carmichael, eso no es asunto tuyo.

—Sí lo es. Eres mi amiga más antigua y necesito que Sorenson esté en sus cabales. No puedo hacer esto solo. Sorenson ya está siempre revoloteando a tu alrededor. Hasta la señorita Lacy, las muertes solo han sido de mujeres solteras en busca de marido a las que yo he besado.

—¿Aún te preocupa ser el culpable? —Miró fijamente a Carmichael—. Me besaste una vez. Supongo que por eso crees que yo podría ser la siguiente.

El padre de Anna balbuceó ante su comentario. Ella no le había contado a su padre sobre el impactante comportamiento de Carmichael hacía algunos años. No podía mirar ahora a su padre, ni a su prometido.

Carmichael se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Había muérdago colgando sobre tu cabeza y todos lo estaban haciendo.

Cuando se arriesgó a echar un vistazo, Gilbert no parecía complacido con la noticia. Parecía hincharse en su lugar y volverse amenazante.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace muchos años —prometió Carmichael—. Un simple beso en los labios.

—Yo tenía catorce años y Carmichael una pretenciosa edad de dieciocho. Lo odié por ello. Solo lo hizo para arruinar el recuerdo de mi primer beso, que debería haber sido de mi futuro marido.

Carmichael parecía avergonzado y murmuró una disculpa.

—Independientemente de eso, casarte con Sorenson te pondrá firmemente fuera de peligro.

—Podría ponerla fuera de peligro —intervino su prometido, corrigiendo a Carmichael—. No hay garantías de que el asesino la haya considerado siquiera como objetivo. No voy a coaccionarla para que se case conmigo. Quedan unos días para tomar cualquier decisión sobre adelantar la fecha precipitadamente. El asesino solo ataca los viernes, generalmente en un baile o velada muy concurrida. Mientras Anna permanezca rodeada de gente día y noche, debería estar bastante segura.

—¿Y qué pasa con las otras que se escabullen mientras tu atención está fija en Anna el próximo viernes?

Gilbert se movió un poco.

—Anna siempre reclamará mi atención. El matrimonio no cambiará eso.

Anna sintió una oleada de placer ante sus palabras. Una cosa era que revelara su interés en privado, pero otra muy distinta era oírlo declarado abiertamente ante su padre y su más antiguo... bueno, ¿cómo debería llamar a Carmichael ahora? Había sido realmente horrible con ella de niña, pero eso fue entonces.

—Como mujer casada, también podría vigilar a sus amigas con nosotros —sugirió Carmichael—. Sería su carabina.

—Eso bien podría ponerla en peligro —protestó Gilbert, alzando la voz.

Sacudió la cabeza, aparentemente poco convencido de que ella pudiera ayudar. Pero Anna decidió en ese momento que ayudaría alejándose de cualquier peligro.

—Podríamos casarnos, milord, si eso liberara tu tiempo para atrapar al asesino de Angela.

—Anna —interrumpió su padre—. Creo que nosotros, los caballeros, deberíamos hablar en privado ahora. Ve a tu habitación mientras discutimos qué hacer a continuación.

—No, padre. No me acobardaré ni me esconderé de esto. —Anna sonrió a su padre, esperando que algún día lo entendiera—. Me voy a casar con Gilbert, papá.

—Tú misma dijiste que necesitabas tiempo para conocerlo.

—Pero me conozco a mí misma.

Los dedos de Gilbert se apretaron sobre los suyos, pero ahora sonreía.

—No tienes que decidir esto hoy.

Anna sostuvo su mirada, sintiendo que el deseo entre ellos se agitaba. Una boda apresurada no sería normalmente su primera elección, pero sospechaba que no se arrepentiría de hacerlo. Él le hacía sentir cosas que nunca había experimentado antes. Le haría sentir más en su noche de bodas.

—Quiero casarme contigo, milord.

—Podrías conseguir una licencia especial —sugirió Carmichael.

—Podría hacerlo, sí.

Anna estudió a su prometido. ¿Parecía un poco pálido de repente? El matrimonio era un gran paso para ambos. Él siempre había sonado tan seguro sobre casarse con ella que, por un momento, le preocupó que fuera él quien ahora tuviera dudas. Sin embargo, la forma en que seguía acariciando su mano hablaba de afecto. Tal vez simplemente no le gustaba la sugerencia de apresurarse hacia el altar.

—Ciertamente podríamos decidir los detalles de la boda —sugirió ella.

—Eso debería ser suficiente por ahora.

—Estoy de acuerdo —dijo Anna—. Mis amigas se sorprenderán por la prisa, pero me ayudarán.

—Sorpréndelas. Sorprende a todos —declaró Carmichael de repente—. Las otras personas no importan cuando se aman.

Anna casi se atragantó al mencionar el amor, pero Carmichael no había terminado.

Se agachó frente a ella y le arrebató la mano a Gilbert. —Quiero que me prometas que te quedarás en casa con tu padre hasta el día de la boda.

La calidez que Anna había empezado a sentir por Carmichael disminuyó. —A pesar de todo lo que ha sucedido, no tienes derecho a decirme qué debo o no debo hacer —le recordó.

—Harás lo que te digo y serás sensata. No quiero que Sorenson se preocupe por tu seguridad. Hay otras damas en peligro que necesitan nuestra ayuda. Mujeres como Angela Berry y la señorita Lacy, que nunca merecieron tales muertes. No quiero cargar con la tuya también en mi conciencia.

La irritación de Anna se desvaneció ante sus palabras. Carmichael tenía razón sobre que el matrimonio era una distracción, y obviamente se culpaba por Angela y las otras pobres víctimas.

Ella no quería morir. Tampoco quería que nadie se preocupara por ella. Si Gilbert había llegado a quererla tanto como Carmichael sugería, se preocuparía y no tendría la mente puesta en

la tarea de perseguir a este horrible asesino. —Me quedaré en casa —dijo mansamente.

—Gracias, Anna —murmuró Carmichael. Se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la frente—. No podría soportar perderte a ti también. Eres casi como una hermana para mí.

Anna frunció el ceño. —No quiero ni pensar cómo te comportarías con una hermana de verdad cuando eras niño. Cómo has convencido a Lady Scott de que eres un ángel en lugar de un demonio es uno de los grandes misterios de la vida.

—Mi madrina sabe que no todo lo que digo es estrictamente cierto. Algunos de mis escándalos son inventados solo para divertirla —Carmichael soltó una carcajada y retrocedió—. Debería irme. Necesito dormir y aún hay mucho por hacer.

—Y yo también debo irme, desafortunadamente —añadió Gilbert mientras se ponía de pie—. Es posible que no pueda verte mucho en los próximos días.

Anna rió suavemente y también se levantó. —Creo que puedo sobrevivir un poco de tiempo separada de ti sin sentirme abandonada —Anna lo acompañó hasta la puerta—. Te veré cuando te vea.

—Si no puedo venir, te enviaré una nota antes de la hora de dormir —Volvió a besar tiernamente el dorso de su mano, un hábito que Anna encontraba muy dulce—. Volveré a verte tan pronto como pueda, y hablaremos de nuevo sobre fijar una fecha para la boda y todo lo demás.

El estómago de Anna dio un vuelco. Pronto sería su esposa... y todos los deberes y deleites que eso conllevaba comenzarían antes de lo que jamás había soñado. Se humedeció los labios y miró los de él. Besos y más para compartir con su apuesto pretendiente. No era tonta para tener miedo al matrimonio. Estaba deseando volver a estar a solas con él. —Te estaré esperando justo aquí —le dijo—. Lo prometo.

CAPÍTULO 17



GILBERT ACERCÓ A CARMICHAEL en la acera frente a la casa del señor y la señora Lacy, padres de la última víctima. —Apenas creo que sea el momento de estar sonriendo.

—Dejaría de hacerlo si tú dejaras de mirar tu reloj de bolsillo —adoptó una expresión inocente—. ¿Ansioso por volver con tu amada?

Davis emitió un sonido extraño, que cortó abruptamente.

Gilbert simplemente miró a su amigo y al agente de Bow Street y negó con la cabeza. Carmichael lo había estado molestando sin piedad sobre Anna, para diversión de Davis. Pero Gilbert también entendía por qué su amigo más antiguo hacía tanto alboroto sobre su nuevo estatus de hombre a punto de casarse. *Era* repentino, la última decisión en la que hubiera querido precipitarse. Era otra forma en la que Carmichael esperaba distraerse de extrañar a Angela Berry y lo que podría haber sido si ella hubiera vivido. Era fácil perdonar a Carmichael sus pequeñas pullas. —¿Los Lacy nos están esperando, verdad?

—Sí —Carmichael sonrió tensamente—. La madre llorará.

—Todas las madres lo hacen.

—¿Lo hacen? No lo sabría por mi propia experiencia.

Quizás no. La difunta Lady Carmichael había sido una mujer fría, más interesada en el estatus y las apariencias que en ofrecer algún tipo de afecto a su único hijo. Por eso Carmichael lo había visitado tan a menudo en Kent. La difunta Lady Carmichael nunca estaba en casa y revoloteaba por la sociedad, buscando atención y diversión a expensas de su relación con su hijo. También había ignorado a su marido, y el difunto Lord Carmichael había vivido su propia vida separada plenamente en Londres.

Gilbert golpeó con la aldaba y los hicieron pasar a un salón ya cubierto de crespón negro; con las cortinas casi completamente cerradas contra el mundo exterior, se estremeció. La familia, el padre Percy y la madre Beatrice, estaban flanqueados por su hijo mayor y su hija menor, John y Rhea. La víctima había sido la hija del medio, y podía ver sus rasgos en cada persona frente a él.

—Gracias por acceder a recibirnos, señor Lacy. Señora Lacy. Por favor, acepten nuestras sinceras condolencias por la pérdida que han sufrido. Conocen a Lord Carmichael, por supuesto, y este es mi asociado, el señor Davis de Bow Street.

El señor Lacy asintió, una brusca inclinación de su barbilla, y les pidió que se sentaran.

—Carmichael probablemente les ha explicado por qué deseaba hablar con ustedes hoy. La muerte de su hija debe ser resuelta, por supuesto, pero me temo que debo decir que hay otras

muertes que podrían estar conectadas a las acciones de este asesino. Cada pequeño detalle podría ser importante. ¿Podrían repetir de nuevo lo que recuerdan de la noche?

El padre pareció sacudirse para despertarse. —Sí, bueno. Nuestro carruaje llegó para llevarnos allí después de las nueve y fuimos directamente al baile.

—Llegamos antes de las diez —murmuró la madre—. Oí los relojes de Lord Thwaite dar la hora poco después de que Myra saliera a la pista de baile por primera vez —la señora Lacy contuvo sus emociones con un resoplido—. Bailó primero con su padre, y luego fue reclamada por Lord Carmichael.

Gilbert consultó sus notas, mientras Davis miraba por encima de su hombro.

—Sus posteriores compañeros de baile fueron Lord Grindlewood, Lord Bellows y Lord Wade —murmuró Davis, y todos los presentes asintieron para confirmar.

—Entre los bailes, ¿recuerda con quién habló? —preguntó Gilbert a la señora Lacy.

—Oh, probablemente con todos los que conocíamos —prometió la madre afligida—. Mi hija era muy querida por todos.

Gilbert se humedeció los labios. —¿Se fue sin alguno de ustedes, aparte de para bailar?

—Solo una vez —la madre bajó la barbilla—. Nunca regresó.

El joven señor Lacy negó con la cabeza, y Gilbert lo observó un momento antes de hablar. —Lo que me diga no se difundirá para dañar su memoria. Lo juro.

El hermano tomó un aliento tembloroso. —Estuvo sola y sin acompañante durante unos momentos una hora antes de que desapareciera —confirmó su hermano.

La familia se volvió como una sola persona para mirar al joven señor Lacy hasta que habló de nuevo. —Caminó por el salón de baile conmigo durante un tiempo y luego me pidió retirarse —dijo.

—¿Retirarse? —preguntó Davis.

El señor Lacy se removió incómodo. —Sí, se retiró —murmuró.

Gilbert miró a Davis. —Al tocador de damas.

—Eso es lo que dijo que quería hacer. No sé si era cierto o no ahora —el señor John Lacy asintió, mirando un poco culpablemente a su madre, que miraba a su hijo horrorizada—. No consideré que fuera peligroso dejarla ir sola —prometió—. Era solo el tocador. Debió de haber bebido demasiado ponche antes.

—Y puede que no sea importante en absoluto —dijo Gilbert rápidamente para aliviar el temor de John Lacy de haber fallado a su hermana.

Pensó un momento. Un rápido viaje al tocador era común, a menos que en realidad no fuera a esa habitación sino que se encontrara con alguien en su lugar. —¿Cuál era su estado de ánimo al regresar?

—Feliz, eufórica, de hecho —respondió el señor Lacy—. Parecía como si hubiera recibido buenas noticias o un chisme divertido.

Así que sí se encontró con alguien, tal vez un pretendiente. —¿Mencionó cuál era la causa de su mejora de ánimo?

—No, y no se me ocurrió preguntar. Yo tenía un baile a continuación y fui a buscar a mi pareja tan pronto como ella regresó con madre. No volví a hablar con Myra ni a verla viva esa noche.

Gilbert miró alrededor a la familia restante de la víctima. Sus padres habían estado en el baile, no la hija menor, así que se dirigió primero a ellos. —¿Les mencionó algo a alguno de ustedes que valga la pena repetir? ¿Algún chisme, haberse encontrado con un amigo? ¿Un

pretendiente?

—No, yo estaba para entonces en la sala de juegos —les informó el señor Lacy, con el rostro arrugándose como si estuviera a punto de llorar—. ¡Gané mil libras mientras mi querida niña perdía la vida!

Se puso de pie abruptamente y salió de la habitación apresuradamente, lo cual Gilbert entendió y no buscó impedir. Carmichael, sin embargo, se apresuró tras él. Gilbert podía oírlos hablar en el pasillo, pero nada del significado.

Gilbert se volvió hacia la señora Lacy. —¿Y usted?

—Estaba hablando con mis amigas —estalló en lágrimas y, como su marido, huyó del salón.

Gilbert sabía que las respuestas emocionales abruptas eran comunes durante una entrevista con las familias de las víctimas. Aun así, tenía tantas preguntas sobre la naturaleza de la señorita Lacy por descubrir. Se enfrentó a los hermanos Lacy, que se habían acercado más el uno al otro en el sofá.

—Lamentamos hacer preguntas tan angustiantes —comenzó Davis—. Pero es importante que aprendamos todo lo que podamos sobre su hermana.

—Entendemos, señor. Queremos que se haga justicia por el asesinato de nuestra hermana. Es muy amable de su parte que hayan venido —le aseguró Rhea a Davis, sonando mucho mayor que sus quince años y bastante segura de sí misma. Él recordó que la señorita Lacy le había hablado de manera similar.

Davis sonrió cálidamente y la joven le devolvió una sonrisa tímida.

Gilbert se aclaró la garganta y atrajo su atención de nuevo. —¿Qué clase de hermana era Myra?

El rostro de la chica se iluminó. —Era maravillosa. Me regaló algunos de sus mejores vestidos y una cadena de oro, aunque aún podía usarlos ella. Me contó todo sobre la *alta sociedad* y los importantes amigos que había hecho durante las últimas dos temporadas.

—Acabo de regresar a Londres, pero he oído que era muy popular —sugirió él, ansioso por juzgar las reacciones de los hermanos ante esa descripción—. Particularmente entre los caballeros en busca de esposa.

—Mi hermana era admirada por muchos pretendientes potenciales —afirmó la señorita Lacy con orgullo—. Su carnet de baile siempre estaba lleno.

Sin embargo, el joven John Lacy se había cruzado de brazos y lo miraba con el ceño fruncido.

Gilbert se centró en la chica más joven. No quería empañar el recuerdo de la hermana recientemente fallecida sugiriendo algo que podría no ser cierto, pero necesitaba saber a quién prefería ella. Las hermanas podrían haber compartido secretos. —¿Favorecía a un caballero por encima de otro?

La señorita Lacy miró a su alrededor hacia la puerta, pareciendo preocupada.

—Está bien decir que lo hacía —le prometió Gilbert—. No lo divulgaré.

—Bueno... —Miró de reojo a su hermano.

—Díganos —le suplicó Davis—. Podría ser muy importante.

Ella hizo una mueca. —Le gustaba bastante Lord Carmichael.

—Ya veo. —No había sorpresas ahí. Gilbert estaba bastante seguro de que su amigo figuraba en las fantasías de un buen número de jóvenes—. ¿Cómo sabes exactamente que lo favorecía?

—Una vez escribió un poema sobre él.

Davis se inclinó hacia adelante con entusiasmo. —¿Le envió el poema o se lo mostró a

alguien?

—No. Nunca. —La hermana negó rápidamente con la cabeza—. Lo tomé de su habitación después de que muriera para que madre y padre no supieran lo tonta que estaba por él.

Davis entrecerró los ojos. —¿Pero tú lo leíste?

La joven asintió rápidamente.

—¡Rhea! —exclamó John Lacy conmocionado—. ¿Cómo te atreves a revisar su correspondencia personal?

—Era horrible, John. —Rhea arrugó la cara con disgusto—. Sabía que lo había escondido en su habitación. No hubiera querido que madre o padre lo leyeran. Habrían pensado menos de Myra por escribir tales imaginaciones fantasiosas —susurró la hermana a su hermano.

Gilbert se llevó el dedo a la nariz, indicando que guardaría el secreto para siempre. No creía que el conocimiento de que la recientemente fallecida señorita Lacy estuviera escribiendo poesía de amor sobre Carmichael hiciera que su amigo se sintiera menos culpable.

Un sirviente apareció en la puerta. —Su madre la llama, señorita Rhea.

La señorita Lacy le ofreció una rápida sonrisa y se disculpó para atender el llamado.

Gilbert se volvió hacia el hermano. Estaba de pie, mirándolo fijamente. Gilbert se puso de pie rápidamente, sintiendo sin necesidad de palabras que esta entrevista estaba casi terminada.

—Regresamos al campo para enterrar a mi hermana mañana —anunció John Lacy.

—Asistiría si no fuera tan vital permanecer en Londres y continuar la búsqueda de su asesino.

—Gracias —murmuró. Se acercó más, con un ojo en la puerta donde Carmichael y el señor Lacy aún hablaban—. Mi hermana era una buena mujer, o lo habría sido, si no hubiera sido tan tonta a veces.

Gilbert inhaló bruscamente, oliendo información que necesitaba desesperadamente. —¿Tonta?

—Tenía en mente decidir su propio destino, elegir su propio marido, para gran desaprobación de mis padres y la mía.

—Muchas mujeres quieren eso —comentó Davis—. No las hace menos tontas que los hombres que quieren lo mismo.

Gilbert hizo callar a Davis. Entrar en un debate sobre la libertad de elección no era para lo que estaban aquí. —¿Qué tipo de hombre estaba persiguiendo?

—A todos, al principio —dijo el hermano con considerable vergüenza—. Habría atrapado a uno por las buenas o por las malas.

—¿Se habría escapado para encontrarse con uno de sus pretendientes si creía que podía llevarlo al altar?

John Lacy asintió, con los labios apretados.

—¿Estaba tan interesada en Carmichael como insinuó tu hermana?

—Sospecho que sí. —Hizo una mueca—. Sé que Carmichael no correspondía el sentimiento, pero Myra definitivamente estaba tratando de llamar su atención de cualquier manera posible. Creo que él no estuvo involucrado en su muerte, pero aun así, nunca logró disuadirla de buscar un marido en otra parte.

A Gilbert no le gustaba hacia dónde se dirigía esta conversación. Carmichael ya se culpaba a sí mismo. —Puede que Carmichael no haya notado su interés particular como para prestarle mucha atención. Está de luto por la señorita Angela Berry.

Los ojos de John Lacy se abrieron con asombro. —¿La señorita Berry ha muerto?

—Me temo que sí. Asesinada también. Carmichael estaba a punto de anunciar su matrimonio cuando ella se escapó de un baile —compartió—. La encontró, ya fallecida. Estamos casi seguros de que las muertes deben estar conectadas de alguna manera.

—Así que por eso Myra no podía tenerlo —dijo el señor Lacy en voz baja mientras se balanceaba sobre sus talones.

—¿Perdón?

John Lacy frunció el ceño. —Cuando llegamos a Londres por primera vez, hace casi dos meses, alguien le sugirió a mi hermana que un marido con título estaba fuera de su alcance, especialmente él.

—¿Quién dijo eso?

—Nunca me lo dijo, pero debe haber sido alguien que conocía bien la *alta sociedad* para dar consejos tan libremente. Myra se enfureció por el consejo y se volvió bastante decidida a demostrar que estaban equivocados. Declaró a cualquiera que quisiera escuchar que su corazón estaba decidido a hacer que Lord Carmichael se comprometiera. Planeaba hacer que se enamorara de ella lo antes posible.

—Yo habría hecho lo mismo si alguien hubiera intentado negarme el deseo de mi corazón —reflexionó Davis en voz alta.

John Lacy asintió, abriendo los ojos una vez más. —¿Cree usted que el asesino también desaprobaba a Angela Berry y la mató para evitar que se casara con Carmichael?

Gilbert asintió lentamente mientras consideraba la pregunta. Cada nuevo dato llevaba su investigación directamente de vuelta a Carmichael. —Sí.

—Dios mío, mi hermana debió conocer a su asesino. *Él* también debe conocerlo —John Lacy se desplomó en una silla como si hubiera perdido todas sus fuerzas.

Davis llevó a Gilbert aparte para susurrarle: —Sé que es tu amigo y que es inocente de los crímenes, pero debemos investigar nuevamente los asuntos de Lord Carmichael.

Gilbert echó un vistazo rápido por encima del hombro. —Carmichael no habría colaborado voluntariamente con un asesino. Es demasiado bondadoso para desearle mal a alguien. El asesino podría guardarle rencor o incluso estar enamorado de él.

—Estoy de acuerdo, mi lord —prometió Davis.

Gilbert reflexionó sobre las dos posibilidades con preocupación. Quienquiera que fuese, había impedido que Carmichael formalizara una relación con Angela Berry, alguien a quien debían haber percibido como inadecuada. —Debemos mantener esta conversación entre nosotros. No quiero que él sepa nada de esto todavía.

Davis frunció los labios. —Muy bien, mi lord. Guardaré silencio. Por ahora.

Encontró una nueva página en su libreta para escribir y volvió con John Lacy. —Dígame el nombre de cada persona con la que recuerde que su hermana habló en las últimas dos semanas. Todos.

—Son muchos nombres —advirtió el Sr. Lacy.

—No omita a nadie. Cualquier persona con la que ella pudiera haber tenido contacto es sospechosa. Estoy completamente a su disposición por todo el tiempo que pueda dedicarme —prometió Gilbert. Necesitaba saber exactamente cuándo y dónde se habían encontrado Myra Lacy y Carmichael.

Y luego, a pesar de la incomodidad que sentiría, Gilbert pondría los asuntos de su mejor amigo bajo el microscopio... y esperaría que nunca se enterara de ello.

CAPÍTULO 18

ANNA SUSPIRÓ MIENTRAS arreglaba las rosas en la sala de estar. Se sentía muy feliz hoy, pero decididamente triste también. Pronto se casaría, pero sus amigas habían sido asesinadas. Su asesino seguía suelto en algún lugar, probablemente planeando llevar a cabo de nuevo un mal indescriptible. Aunque no había visto a su pretendiente en días, él le había escrito dulces notas para hacerle saber que siempre pensaba en ella. Nunca mencionaba mucho de su investigación, solo que continuaba.

Recortó el tallo del último capullo de rosa y lo colocó en el jarrón con todos los demás. Gilbert enviaba flores cada mañana. Hoy, había llegado un ramo más grande de lo habitual para alegrarle el día.

—Aquí estás —dijo su padre mientras entraba a grandes zancadas en la habitación.

—Buenos días —Le besó la mejilla y volvió su atención a llenar el jarrón con agua de una jarra. Estas eran sus flores favoritas de todas las que su prometido había enviado hasta ahora—. Te has levantado temprano, papá.

—Quería hablar contigo antes de que te ocuparas —Su padre le tomó las manos mientras ella movía un tallo a una mejor posición—. Anna.

Su padre llevaba otra expresión seria en el rostro. ¿Había venido a disuadirla de este matrimonio de nuevo? —No cambiaré de opinión.

—El matrimonio es para siempre.

—Estoy de acuerdo —Sonrió—. Conozco lo suficiente a Lord Sorenson como para esperar con ansias el para siempre con él.

—No te ha visitado en días —dijo, mirando el jarrón con el ceño fruncido.

—Dijo que podría no encontrar el tiempo. Escribe cada noche. Son notas muy dulces. Ya no tenemos secretos.

—Una carta al día apenas cuenta como un cortejo apropiado —refunfuñó, entregándole una flor que se le había pasado, escondida bajo el papel de envolver.

—Padre, por favor —se quejó, volviéndose hacia él—. ¿Qué es lo que te desagrada de Gilbert? Siempre es un caballero, un conde, de naturaleza seria y muy agradable para mí.

—Esto no es lo que imaginé para ti. Se relaciona con la clase criminal.

—Él *atrapa* criminales. Hay una gran diferencia entre los dos —le recordó Anna—. Sé que siempre quisiste a Carmichael como tu yerno.

Su padre guardó silencio, mirando hacia abajo.

—No nos gustamos de esa manera. Siempre odié visitarlo cuando era joven —le recordó—. Carmichael entregó su corazón a Angela, y yo entregaré el mío a mi esposo.

Su padre suspiró. —Creo que sus palabras y acciones han demostrado que se preocupa profundamente por ti.

—Se preocupa por mí lo suficiente como para demostrar que no quiere que muera —dijo suavemente—. Ese no es el amor que quiero de mi esposo.

Su padre suspiró de nuevo. —Te besó.

—No fue un beso muy bueno —Puso su mano en la cadera, estudiando su arreglo una última vez. Ella sabía cómo era un beso de verdad, no es que su padre pudiera saberlo nunca. El mero pensamiento de besar a Carmichael de la misma manera que había besado a su prometido la hacía sentir enferma—. Le di una patada en la espinilla por eso.

Su padre se rió entre dientes. —Siempre te quejabas de él. Incluso cuando eras pequeña, llorabas cuando se acercaba demasiado. Tu madre decía que cambiarías de opinión.

—Lamento decir esto, papá, pero mamá estaba muy equivocada. Creo que a ella le habría gustado mucho Gilbert.

—Gilbert ahora, ¿eh?

—Te gustará si tan solo le dieras una oportunidad. Tenemos todo tipo de entretenimientos planeados para ti cuando vengas a quedarte —Miró a su padre con curiosidad—. ¿Estás preocupado de que te quedes solo y olvidado cuando me case?

Él se sacudió. —Tengo mi club.

Ella abrazó a su padre. —Todavía me tendrás a mí, y Carmichael también te necesitará. Puede que no se haya casado con Angela Berry, pero la amaba mucho, de la manera en que creo que tú amabas a mamá. Deberíamos vigilarlo para asegurarnos de que no se deprima y se desanime.

Su padre asintió. —Le pregunté qué podía hacer para ayudar, pero no quiso saber nada.

—Siempre es terco.

Colocó sus flores en la amplia repisa de la chimenea, anhelando el regreso de su prometido. Gilbert la hacía feliz, emocionada y ansiosa por el matrimonio, y el lecho conyugal. Era un anhelo que mantendría para sí misma. Su padre no estaba al tanto de su comportamiento escandaloso con Gilbert, pero si lo supiera, se sentiría decepcionado de ella y podría disgustarle Gilbert aún más. Las mujeres rápidas eran rechazadas por otras mujeres del *ton*. Había escuchado eso muchas veces en las últimas dos temporadas de su mentora.

Alguien se aclaró la garganta. —La señorita Hayes ha llegado, señorita Beasley.

Anna sonrió. —Hágala pasar —exclamó. Tenían tanto de qué hablar, nada de ello relacionado con cosas desagradables.

Su padre se escabulló de la habitación, dándoles privacidad.

Portia la estaba ayudando a decidir sobre los artículos para su ajuar. Sin una madre que la guiara, estaba un poco insegura de lo que necesitaría para su noche de bodas. La señorita Hayes, que poseía una madre dulce aunque algo distraída, se había ofrecido a revisar sus compras y hacer algunas sugerencias si se necesitaba algo más.

Portia entró apresuradamente en la habitación con aspecto acosado y la abrazó. —Mi querida Anna. Qué alivio estar finalmente con una amiga.

Por lo general, ella y Portia no se abrazaban con tanto afecto. —¿Qué ha pasado?

Miró alrededor, sin duda asegurándose de que realmente estaban solas. —No podía esperar para escapar de mis padres. Realmente no tienen idea de cómo comportarse.

Anna rió suavemente. Portia era dramática y sus padres a veces muy divertidos. —¿Té?

—Sí, por favor.

Anna tocó la campanilla para llamar a una doncella y se volvió hacia su amiga. —¿Qué han hecho tus padres ahora para avergonzarte?

—Desde el momento en que se enteraron del asesinato de la señorita Lacy, se han vuelto ridículamente preocupados por mi paradero, incluso en casa. Juro que me siguen deliberadamente por todas partes, de habitación en habitación.

—Te aman.

Portia hizo una mueca. —Me desperté esta mañana y encontré a mi madre de pie junto a mi cama, esperando a que me despertara.

Anna no recordaba en absoluto a su propia madre. —Qué dulce.

—No fue dulce cuando nunca lo había hecho antes —Portia se estremeció—. Fue francamente inquietante. Esta mañana, estaba teniendo un sueño encantador justo antes de despertar. Ya sabes, uno de *esos* sueños.

Anna se sonrojó. Ella también los tenía. Tampoco querría que nadie la observara dormida cuando sucedían. —Oh, cielos.

Portia se desplomó en su silla con un suspiro teatral.

—Arruinaste por completo esas deliciosas sensaciones, te lo aseguro.

Anna conocía de primera mano esas deliciosas sensaciones. Eran mejores en la vida real que en sus fugaces sueños.

—¿Quién fue el afortunado caballero?

—Jamás revelaré su nombre, así que no me lo preguntes.

Anna se inclinó hacia adelante. A Portia le gustaba hablar de su amante de fantasía, pero siempre era evasiva cuando se trataba de revelar su identidad.

—¿Fue el mismo hombre de la última vez?

—Tal vez —murmuró con una sonrisa complacida.

—Necesitamos conseguirte un marido —bromeó Anna.

—Las fantasías son muy agradables mientras las tienes, pero la realidad de la vida tiende a devolverte a la tierra rápidamente.

—¿Qué ha pasado? ¿El hombre que te gusta te desairó?

—En absoluto —aseguró la señorita Hayes—. Pero alguien más cree que tiene la oportunidad de ganar mi mano congraciándose con mis padres.

—¿Quién?

Portia arrugó el rostro y pareció que estaba dándole vueltas a su identidad.

—¿Portia?

—Lord Wade sigue viniendo. Cenó con nosotros anoche. —Negó con la cabeza—. Me temo que a mi padre le agrada demasiado.

—Oh —murmuró Anna.

—Es grosero y vulgar, y mis padres no escuchan mis advertencias. Creen que es un caballero solo porque es vizconde, y me obligan a acompañarlos cuando viene de visita.

—¿Te visitó hoy, antes de que vinieras aquí?

—Sí. —Sin embargo, Portia sonrió con aire de suficiencia—. Pero me escabullí antes de que me obligaran a tomar otra taza de té con él. Eso le enseñará a no captar las indirectas. Y para colmo, uno de mis cocheros juró que otro carruaje nos siguió hasta aquí.

¿Qué estaba haciendo Lord Wade? Ya sabía que a Portia le desagradaba como pareja de

baile. Anna no había pensado que estuviera tan decidido a vengarse por eso, lo cual demostraba que se estaba haciendo amigo de los padres de Portia. Echó un vistazo al pequeño reloj de la repisa.

—Te visitó muy temprano.

—Si sigue viniendo, todos pensarán que es un pretendiente en serio. Juro que lo vi parado frente a mi casa anoche antes de irme a la cama. Se ha vuelto insoportable.

Anna hizo una mueca. Lord Wade se estaba buscando problemas siguiendo a Portia de esa manera, si realmente era él. La gente hablaría, esperando una propuesta.

—Sé que le gustas, aunque nunca lo hayas alentado a pensar que podrías sentir lo mismo.

—¡Sí! He hecho todo lo posible excepto darle un corte directo. Me temo que tendré que ser así de cruel si quiero tener algo de paz. Es ridículo cómo mis padres le están dando falsas esperanzas. Nunca he alentado a ese hombre. He hecho todo lo posible por repelerlo, pero aun así vuelve por más de lo mismo.

—Bueno, ahora no está aquí, así que puedes respirar tranquila.

—Gracias al cielo por eso.

Llegó el té y bebieron en silencio. Lo que Lord Wade estaba haciendo era inquietante. Las herederas solteras estaban en peligro.

Miró a Portia de nuevo cuando se le ocurrió un pensamiento repentino: Lord Wade sabía sobre la muerte de la señorita Lacy y las demás también. Su prometido le había dicho que Lord Wade estaba ayudando con la investigación. ¿Estaría Lord Wade tratando de proteger a Portia, a su manera torpe? Pensó que eso podría ser una posibilidad, dado que sus padres eran criaturas tan atolondradas. Todo el mundo lo sabía. Portia se había escabullido de ellos en numerosas ocasiones, y completamente desapercibida, además.

Lord Wade le había dicho a Anna que ella era la segunda mujer más interesante de la sociedad, pero no había revelado a quién consideraba la primera. Puede que no estuviera tratando de ser uno de los pretendientes de Portia, pero si estaba siguiendo a la mujer, el asesino nunca la atraparía sola.

¿Qué era lo que Lord Carmichael había confesado? El asesino se había fijado en las jóvenes que lo habían besado, además de la señorita Lacy.

De repente, miró a su amiga. Lord Wade sabía mucho sobre todo el mundo. Podría saber ese dato también. Portia había permitido que algunos de sus admiradores la besaran en el pasado. Ella afirmaba que era la única manera de saber si un caballero valía la pena considerarlo como posible marido. Sus padres probablemente no tenían idea de que su hija podría ser considerada un poco atrevida por algunos.

—¿Portia?

—¿Hmm? —respondió ella.

Se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—¿Alguna vez te ha besado Lord Carmichael?

Portia la miró y no respondió al principio, pero su falta de expresión y su inmovilidad sugerían que sí.

Su ritmo cardíaco aumentó un poco. Portia podría estar en peligro y no saberlo.

—¿Alguien lo sabe?

Portia frunció el ceño.

—Sí.

—Y...

—Lord Wade nos vio juntos. —Portia arrugó la nariz—. La temporada pasada, antes de que Carmichael y Angela se emparejaran. No se lo vas a decir a Angela, ¿verdad? Se enfadará mucho conmigo por no habérselo contado primero.

—Angela nunca lo sabrá. —Se mordió el labio—. ¿Qué dijo Lord Wade?

—Nada. Se dio la vuelta y se marchó. Una lástima que no siguiera de largo. —Portia sonrió rápidamente—. ¿Y tú? ¿Lord Carmichael alguna vez intentó robarte un beso?

Anna frunció el ceño.

—Cuando tenía catorce años. Los besos a esa edad apenas merecen ser mencionados, pero le conté a Angela todo sobre Carmichael robándome mi primer beso.

—El primer beso no importa tanto como el último. —Portia sonrió—. ¿Dónde está tu conde esta semana?

—Tiene algunos asuntos de negocios que atender, pero me envía flores cada día y una bonita nota cada noche.

—¿Notas de amor? ¡Déjame ver una!

Las notas de Gilbert no eran exactamente declaraciones de amor, pero aun así no las compartiría por lo que revelarían de su investigación secreta. Ocasionalmente le hacía preguntas, que ella respondía fielmente por mensajero la misma noche.

—Son muy personales.

—Pero yo te cuento todo sobre mis admiradores —exclamó Portia—. ¿Cómo puedes ser tan mala conmigo cuando yo te muestro los míos?

Anna vio movimiento al lado de Portia y gritó:

—¡Lady Scott! ¡Lord Wade! ¡Padre!

El mayordomo no había anunciado más visitas, y deseó que su padre no hubiera entrado en la sala de la mañana con sus invitados sin previo aviso. Anna ni siquiera había oído abrirse y cerrarse la puerta principal o pasos en el pasillo.

Se puso de pie rápidamente e hizo una profunda reverencia a Lady Scott. Portia fue lo suficientemente sabia como para hacer lo mismo, ocultando sus sentimientos sobre la llegada de Lord Wade detrás de una amplia sonrisa para Lady Scott.

No se podía faltar al respeto a una dama mayor del *ton* o a un miembro de la aristocracia cuando uno no lo era. Lady Scott había advertido a Anna que rápidamente sería eliminada de las listas de invitados si se asociaba su nombre con el más mínimo indicio de comportamiento inadecuado. Lo mismo ocurriría con Portia si no tenía cuidado.

Anna señaló rápidamente las sillas vacías. —Por favor, ¿no querrían acompañarnos?

Lanzó una mirada de advertencia a Portia cuando Lord Wade eligió sentarse junto a su amiga. Lady Scott tomó la silla más cercana a Anna y las observaba a ambas con los ojos entrecerrados. Padre ocupó su lugar habitual junto a la chimenea.

Vio preocupación en sus ojos. ¿Cuánto tiempo habían estado Lord Wade y Lady Scott escuchando su conversación privada con Portia? Con suerte, no lo suficiente como para oír todo lo que habían hablado. Especialmente no sobre besos y recibir notas de amor.

—Qué encantador verlos a ambos —dijo, aunque por primera vez no lo decía en serio.

—Acabo de hablar con tu padre sobre este compromiso que has hecho —comenzó Lady Scott—. Bastante inesperado.

—¿Lo es? —Miró a Lord Wade cuando este hizo un sonido.

Él sonrió rápidamente. —Para nada inesperado, mi lady. Lord Sorenson es un hombre afortunado por haber captado rápidamente la atención de la mujer que admiró a primera vista.

Confío en que la boda no tardará en llegar.

—No estoy segura —confesó ella—. Aún no hemos fijado una fecha para que se lleve a cabo el matrimonio.

—Pero él obtendrá pronto una licencia especial —le dijo Lord Wade, asintiendo como si lo supiera.

—Prometió que podría hacerlo cuando llegara el momento, y luego tenemos un mes para casarnos, creo —le dijo.

—Eso es correcto. —Lord Wade se reclinó, sonriendo ampliamente—. Irá, por supuesto, a ver a sus antiguos colegas de la iglesia para completar la ceremonia.

—Aún no hemos discutido los detalles del servicio.

Lord Wade asintió. —Estoy seguro de que estoy en lo correcto al decir que lo hará.

—Su padre nos ha estado contando sobre la participación de Lord Sorenson con Bow Street, para resolver el fallecimiento de la señorita Lacy, señorita Beasley —le dijo Lady Scott—. No puedo decir que me agrade la idea de que alguien de su rango se relacione con criminales.

—Tiene una larga asociación con Bow Street, y está muy decidido a atrapar al asesino de la señorita Lacy —dijo con una rápida mirada hacia su padre—. No hay nada en el conde y su participación con Bow Street que me resulte de alguna manera desagradable.

Su padre expresó su acuerdo, y Anna se sintió aliviada de finalmente escucharlo apoyar a su prometido.

—En efecto. ¿Has considerado plenamente las implicaciones de casarte con un caballero involucrado en un negocio tan peligroso? Si tu madre estuviera aquí...

—Bueno, no lo está. —Anna miró fijamente a su mentora—. Seguramente no podrías objetar que un hombre persiga una causa tan noble. No olvides que tiene un título, lo cual me pareció que era todo lo que requerías en mi futuro esposo.

—¿Era realmente un título todo lo que te importaba, señorita Beasley? —preguntó Lord Wade con una sonrisa conocedora.

—No seas ridículo. Realmente me gusta —insistió—. Al menos él me escucha.

Lord Wade se rio entonces y se frotó la oreja. —Si hablas así de fuerte todo el tiempo, todos podríamos escuchar tus opiniones y no tener dudas.

Anna, sin darse cuenta de que había gritado sus elogios, controló su temperamento muy rápidamente. —No cambiaré de opinión.

—La opinión de Anna es la única que debería importar cuando se trata de matrimonio —declaró Portia, frunciendo el ceño a Lord Wade, como si estuviera perpleja de que estuvieran del mismo lado en una discusión—. Si a ella le gusta, eso es suficiente para que yo también lo llame mi amigo. Cualquiera puede ver que están encantados, destinados a enamorarse.

—Parece ser así. —Lord Wade sonrió ligeramente entonces—. Debe haber conocido a bastantes novias desde que debutó hace tres años, señorita Hayes. ¿Cómo se ve el amor en el rostro de una mujer?

—Hace dos años —espetó la señorita Hayes.

Anna rápidamente deslizó su pie hacia un lado y golpeó el de Portia antes de que pudiera iniciarse una discusión. Pelear con Lord Wade no le haría ningún bien a su reputación. Lady Scott estaba absorbiendo cada palabra y podría tachar el nombre de Portia de las listas de invitados de sus amigas si no le gustaba la respuesta. Tenía que arreglar esto, calmar a todos.

Anna esbozó una sonrisa y miró a sus invitados. Lady Scott siempre le decía que para recuperarse de un desacuerdo que se estaba gestando en su propia casa, una dama debía dejar de

lado sus sentimientos y actuar como una anfitriona apropiada en todo momento. —¿Alguien desea tomar té?

CAPÍTULO 19



—ESTAMOS LISTOS —murmuró Gilbert mientras entraban en White's justo antes del mediodía. Ya había una docena de los lores más acaudalados sentados en la Sala de la Mañana y otra docena subiendo y bajando las escaleras. El periodista del *Times* tenía la historia oficial de Bow Street. Las imprentas deberían estar funcionando a toda velocidad. Los detalles de los asesinatos aparecerían en los periódicos esa misma tarde. Pronto, los miembros del club tendrían el periódico de la tarde desplegado frente a ellos y comenzarían a circular las preguntas y sospechas.

—No me gusta esto —murmuró Carmichael, tomando asiento y pidiendo que les trajeran un par de whiskies. Era temprano para beber, pero Carmichael había empezado a consumir alcohol mucho más temprano en el día desde la muerte de Angela Berry.

—Tranquilo, hombre. Esto era inevitable. Funcionará. —Ciertamente esperaba que así fuera. Vidas inocentes dependían de que la noticia se propagara lo más rápido posible. Ya no había forma de mantener los otros asesinatos en secreto por más tiempo. El asesino era demasiado rápido, demasiado astuto. Gilbert estaba a punto de desatar la ira de la alta sociedad sobre sus cabezas.

Carmichael se bebió el trago rápidamente y pidió que se lo rellenaran de inmediato.

Gilbert solo dio un sorbo al suyo. —No hay nada más que podamos hacer.

—Seguro que cundirá el pánico.

—Sí. —Los padres sacarían a sus hijas solteras de Londres, protegiéndolas de la amenaza. Eso era lo que quería.

Carmichael se estaba derrumbando bajo el peso de la duda y la culpa mal dirigida. También era hora de que tuvieran una pequeña charla sobre su ausencia del salón de baile de Thwaite la noche en que murió la señorita Lacy.

—¿Cómo estás durmiendo estos días?

Carmichael se encogió de hombros, mirando fijamente su bebida. —Cada vez que cierro los ojos, todavía veo su rostro. Tan pálido. Tan quieto —susurró.

—Debes intentar volver tus pensamientos a los momentos felices que compartisteis. Sé que te resulta difícil ocultar tus sentimientos. Ella no querría que sufrieras así.

—¿Cómo sabrías lo que ella querría? Nunca la conociste.

Asintió. —La mujer que me describiste amaba la vida y amaba reír. Amaba a sus amigos y las diversiones que se podían encontrar en Londres. Las pequeñas notas que añadía a tus cartas

demostraban su carácter burbujeante. La hacías feliz, dijiste, en un momento en que las expectativas de su madre eran insoportables.

Carmichael miró sus manos. —No la merecía.

—Ella te amaba y quería casarse contigo sin dudarlo. Recuerda eso, y sabe que habías elegido bien para ti. —Suspiró—. Estoy preocupado por ti. Sé que te escabulles solo por la noche sin decirme adónde vas. Bebes demasiado, también. Necesitas estar más con amigos, no ver pasar la vida desde las sombras. Si no sientes que puedes acudir a mí en busca de consuelo, recuerda que también tienes a tus padrinos. Algún día, encontrarás espacio en tu corazón para amar la vida como lo hacías antes.

—Beasley dijo algo parecido, pero sabes que ni él ni Lady Scott se casaron por segunda vez.

—No puedo hablar de la situación de Beasley, ni de la de tu madrina. Debes conocer a Beasley mejor que nadie, pero él tenía una hija a quien amar, y eso podría haber sido suficiente para él. Todo lo que digo es que no te comprometas con ninguna decisión todavía. Date tiempo para sanar.

Carmichael sonrió brevemente. —Eres un buen amigo.

—El mejor —prometió Gilbert, sonriendo un poco para hacer que la sonrisa de Carmichael se ensanchara—. Ahora, ¿qué te parece si pasamos un rato en el comedor y te metemos algo de comida antes de que te emborraches?

—Podría ser prudente —aceptó Carmichael.

Una hora más tarde, cuando Carmichael parecía estar adormilado después de haber almorzado juntos, los sirvientes irrumpieron en el club llevando periódicos recién impresos.

—Los periódicos han llegado temprano hoy —advirtió a Carmichael, quien se despertó completamente de inmediato.

Uno por uno, los periódicos fueron pasando por la sala. Carmichael cogió uno para ellos y examinó el artículo. —Exactamente como lo escribiste, creo.

Gilbert lo leyó también, complacido de que no se hubiera añadido ningún adorno sensacionalista a la historia antes de imprimirla.

En cuestión de minutos, un silencio mortal cayó sobre todos. Los lectores más rápidos, especialmente aquellos que debían tener parientes femeninas en Londres, se pusieron de pie rápidamente.

Cada uno lanzó una mirada de asombro hacia Gilbert, porque se le nombraba en el artículo como un investigador que trabajaba para Bow Street para atrapar a este asesino. Su asociación con Bow Street nunca había sido ampliamente conocida antes, y a él le había gustado que fuera así. Algunos podrían considerarlo un espía entre ellos y estar molestos con él también. Había bailado con muchas hijas en las últimas semanas. Podrían sentir que había sido poco sincero con todas ellas.

Sin embargo, atrapar al asesino era más importante que unas cuantas plumas alborotadas. Cada asesinato había sido descrito en el periódico con suficiente detalle como para que esperaba remover los recuerdos de aquellos que habían asistido a los eventos.

Se había ofrecido una recompensa por información útil, financiada principalmente por la hacienda de Carmichael, y algo también del propio bolsillo de Gilbert.

Los hombres con hijas huyeron del club. Los demás simplemente se miraban entre sí. Pronto comenzaron a hablar entre ellos, discutiendo las muertes y los lugares mencionados.

Lord Wade se apresuró hacia ellos. —¿Así es como eligieron informar a la sociedad?

—No queríamos crear un pánico nacido de hechos distorsionados —explicó Gilbert.

—Les garantizo que lo tendrán ahora. —Wade sacudió la cabeza, apretando la mandíbula, y luego se marchó también.

Gilbert frunció el ceño mirándolo partir. —¿Me pregunto adónde irá con tanta prisa? ¿Wade tiene alguna hermana soltera que yo no conozca?

—No. Pero tiene un hermano menor. —Carmichael también frunció el ceño, mirándolo fijamente—. ¿Estabas seguro de que era inocente?

—Siempre hay una primera vez que podría estar equivocado. —Y si había cometido un error al exculparlo, alguna joven lo pagaría—. Lo seguiré. Veré adónde va —decidió Gilbert. Miró a Carmichael. El hombre estaba cansado—. Será mejor que te quedes aquí un rato y recojas información de los que vengan buscándome. Te veré en mi casa más tarde, ¿de acuerdo?

Carmichael asintió.

Gilbert se apresuró a salir a la acera y miró alrededor.

Divisó a Lord Wade casi corriendo para alejarse del club y lo persiguió. Dado que Wade se apresuraba sin una causa aparente, Gilbert lo siguió a una distancia discreta para ver qué hacía a continuación sin alertar al hombre de que lo seguían. Sin embargo, su precaución fue innecesaria. Lord Wade no miró hacia atrás ni una sola vez. Fue directamente a su casa, una modesta vivienda en Hanover Square, y desapareció en el interior.

Gilbert se detuvo a cierta distancia, pero mantuvo un ojo en la puerta principal. Después de unos largos minutos, comenzó a mirar alrededor. No podía vigilar la casa de Lord Wade todo el día. Este era un trabajo para un Runner. Un caballero con ropa fina merodeando por la calle seguramente llamaría la atención si no tenía una razón para estar allí. Desafortunadamente, no conocía a nadie que viviera en esta calle, así que tenía que encontrar a alguien que lo reemplazara.

Justo cuando divisó a un pilluelo para vigilar la casa, un carruaje se detuvo frente a la vivienda de Lord Wade. El vizconde salió unos minutos después. Llevaba un saco en una mano y una cesta en la otra. Un par de sirvientes lo seguían, cargando un baúl entre ellos.

Lord Wade estaba dejando Londres, y con bastante prisa, a juzgar por la forma en que les ladraba a todos los que trabajaban para él.

Alarmado, Gilbert se adelantó para interceptarlo. Desafortunadamente, Wade se zambulló en el carruaje y este se alejó antes de que pudiera llegar a la casa. El carruaje se movía rápido y pronto se perdió de vista en el tráfico cada vez más denso. Miró alrededor en busca de un coche de alquiler vacío, o incluso un caballo para requisar, pero no había ninguno disponible en la calle.

Gilbert maldijo en voz baja y consideró sus posibilidades de seguir a Lord Wade a pie y alcanzarlo con la ventaja que le llevaba. Las probabilidades no eran buenas.

Sin embargo, había un joven de la casa de Lord Wade parado en la acera, observándolo. El hombre podría decirle a Gilbert lo que necesitaba saber, o ser llevado para interrogarlo.

—Tú, ¿adónde ha ido Lord Wade?

—No lo dijo —el tipo lo miró de arriba abajo—. Pero dijo que alguien podría venir. Lord Carmichael... ¿o es Lord Sorenson?

—Sorenson —dijo Gilbert, incómodo—. ¿Qué se trae entre manos?

—Mi hermano hace lo que cree necesario. No siempre es apreciado por el destinatario —dijo, sonriendo con suficiencia—. Ahora, si me disculpa, soy responsable de nuestra tía ahora. Nunca es una tarea fácil.

—Espera. Quiero hablar con ella.

El tipo pareció sorprendido. —¿Está seguro de que quiere una entrevista con ella? No le gustará lo que tiene que decir. A nadie le gusta nunca.

La tía de Lord Wade, la señora Hesper Lenthall, a menudo acompañaba a Lord Wade en eventos sociales. Podría tener sus propias sospechas que compartir sobre adónde iba Wade, y él necesitaba esa información ahora. —Sí, necesito hablar con ella.

—Muy bien, pero no diga que no se le advirtió —el tipo extendió su mano—. Nigel Royce, milord.

Se estrecharon las manos, y fue conducido al interior de una casa de ciudad muy modesta y a lo que alguna vez debió haber sido una hermosa sala de estar. Las telas utilizadas para decorar la habitación estaban descoloridas ahora, los colores apagados por la edad y la exposición a la luz.

—Tía —llamó suavemente Nigel Royce para despertar a la mujer de su somnolencia.

La pequeña mujer, posada en un canapé, parpadeó y miró a través de la habitación hacia ellos. —¿Eres tú, Ratón?

—Sí, tía —prometió Nigel—. Tenemos una visita.

La anciana se llevó una lente de mano al ojo y estudió primero a Nigel y luego a Gilbert. Después de un minuto completo de escrutinio, dejó a un lado la lente y se metió un dulce en la boca. Sus ojos eran brillantes, agudos, como los de un pájaro que ve que un nuevo manjar brillante ha caído a sus pies. —Lord Sorenson. Qué placer tan inesperado es esto para mí.

Gilbert hizo una elegante reverencia.

El hermano de Lord Wade se dejó caer en un diván y se estiró. —Wade tenía razón en que alguien vendría —le dijo.

—Es un error subestimarlo —dijo ella, y luego soltó una carcajada—. Ese chico provoca las peores sospechas en la gente.

Gilbert se sentó cuando le indicaron una silla. Se sentó en el borde, consciente de que podría estar dando terribles noticias a alguien tan mayor. —¿Sabe adónde ha ido Wade?

—Por supuesto —la mujer lo miró fijamente—. Mi sobrino me lo cuenta todo.

—Entonces ¿sabe que estoy investigando el asesinato de jóvenes inocentes? —preguntó Gilbert.

La dama y el sobrino se miraron y luego estallaron en carcajadas.

—Este no es un asunto para reírse —les dijo Gilbert, indignado por las víctimas.

—Bueno, lo es si sospecha que mi sobrino es capaz de tales acciones. Wade no le haría daño ni a una mosca.

—Bueno, frecuentemente las mata —afirmó Nigel, guiñándole un ojo a la anciana.

—En efecto, lo hace. Y no tengo quejas sobre ese hábito suyo —alcanzó su copa de vino y tomó un sorbo.

Gilbert se aclaró la garganta. —Necesito saber adónde ha ido su sobrino, señora.

—Se ha ido con la conciencia tranquila de que ha hecho todo lo que ha podido por las pequeñas palomas que admira —prometió ella—. Wade notó las ausencias primero. Aun así, no podemos evitar lamentar que las potrancas más atrevidas hayan desaparecido todas de la carrera hacia la meta. Ha sido una temporada muy aburrida sin ellas animando los eventos.

—¿Las más atrevidas están muertas?

—Pues sí. ¿No se da cuenta de eso todavía? Bueno, no, supongo que su atención está algo distraída por su propia palomita —la anciana sonrió con suficiencia—. Las muchachas destinadas a la ruina siempre han sido las más divertidas durante la temporada. Recuerdo el año en que me casé, hubo tres muertes ese año. Rameras, todas y cada una de ellas, también.

Terriblemente populares eran. Qué vergonzoso desperdicio de futuros chismes.

Gilbert la miró fijamente, pensando en las declaraciones apiladas sobre su escritorio en casa. Sí, las víctimas habían sido todas mujeres jóvenes extrovertidas, pero ¿podría ser tan simple como eso? Había buscado vínculos con Carmichael y no había encontrado ninguno, pero los besos las conectaban. Habían estudiado a otros solteros libertinos que podrían no ser lo suficientemente aceptables para hacer un buen partido con las víctimas, así como cualquier deuda que los padres de las víctimas pudieran tener sobre otros.

¿Era realmente tan simple como alguien tratando de deshacerse de mujeres que consideraban una mala influencia?

Eso confirmaría que Anna no estaba en peligro. Ella era una inocente, o lo había sido antes de que se conocieran. Pero si alguien se enteraba de lo que habían hecho juntos antes de que se anunciara el compromiso, ¿seguiría estando a salvo?

Un miedo repentino lo invadió. Lord Wade y Lady Windermere habían sabido todo sobre Anna y él desde aquella fatídica noche del viernes. Los habían *encontrado* juntos y sabían que Anna había sido comprometida. Si el asesino se hubiera enterado de ese encuentro de alguna manera, Anna podría seguir en peligro.

—Tengo que irme —dijo. Necesitaba casarse con ella y poner su buena reputación fuera de toda duda—. Gracias por recibirme.

—Sí, será mejor que corras junto a esa dulce cosita con la que te vas a casar. A Wade no le gustaría que le pasara nada malo —sugirió ella—. Es una chica tan ingenua y confiada.

Anna le había asegurado que no saldría sin su padre, pero no tenía idea de quién podría haberla visitado en su propia casa durante los últimos días. El asesino podría cambiar sus tácticas y atacar en cualquier momento.

Gilbert salió por la puerta, con el brazo levantado para llamar al primer carruaje que lo viera, y se dirigió a la casa de Anna, aún demasiado lento para su gusto.

CAPÍTULO 20



ANNA SE APRESURÓ hacia el salón para recibir a su inesperada visita, con su doncella pisándole los talones. Su prometido había venido a verla por fin. —¡Mi lord!

—Anna —dijo Gilbert con un profundo suspiro, y luego se acercó para tomarle las manos—. Es muy bueno verte.

—Y a ti —ella levantó la mirada hacia sus hermosos ojos, pero se preocupó al ver la tensión en ellos—. ¿Está todo bien? No ha habido otra muerte, ¿verdad?

—No, aún no es viernes, gracias a Dios.

Ella también suspiró aliviada y le sonrió. Se había preocupado por nada, pero después de leer el periódico de la tarde por encima del hombro de su padre, ¿cómo podían culparla? Su prometido solo le había contado una parte del alcance de su investigación. —¿Puedes quedarte un rato?

—Sí, de hecho, toda la tarde, si me lo permites.

Ella hizo todo lo posible por no gritar de emoción ante la perspectiva de tenerlo para ella sola una vez más. Habían sido unos días difíciles. Lo había estado buscando toda la semana y se había conformado con sus cartas. —A mí también me gustaría eso.

—¿Y quién es ella? —preguntó él, mirando detrás de ella.

—Esta es Jane Lord, mi doncella y compañera desde que era niña.

Él sonrió cálidamente a Jane. —Un placer conocerla, señorita Lord.

—Lo mismo digo, mi lord.

Gilbert volvió su atención a Anna, levantó sus manos hasta sus labios y presionó un suave beso en sus nudillos antes de bajarlas de nuevo. —Hay mucho de lo que me gustaría hablar contigo.

—Siento lo mismo, aunque ahora que estás aquí, no tengo idea de cómo empezar ningún tipo de conversación seria. Ven, siéntate conmigo.

Jane se adelantó en la habitación, encontrando una silla en un rincón donde podía sentarse sin ser observada y trabajar en sus remiendos. Después de leer el periódico hoy, su padre insistía en que Anna nunca estuviera sola, ni siquiera en casa. Desafortunadamente, eso significaba que no podría besar a su prometido a menos que Jane mirara hacia otro lado.

Gilbert dudó en sentarse. —Debería hacer saber mi presencia a tu padre.

—Padre está en el estudio con Lord Carmichael —le informó.

Su prometido frunció el ceño, mirando hacia la puerta con evidente sorpresa. —¿Carmichael

está aquí?

—Sí. De hecho, llegó hace poco, pero creo que ahora podrían estar discutiendo.

—¿Discutiendo? ¿Sobre qué?

Ella se encogió de hombros, mirando a su doncella, quien asintió. —Padre y Carmichael no están de acuerdo en todos los temas, aunque Padre lo quiera mucho.

—¿De qué están hablando hoy?

—No tengo ni idea. Hace mucho que dejé de escuchar. Jane, ¿oíste algo?

Jane se aclaró la garganta, luciendo un poco culpable. —Con perdón, pero el señor Beasley está preocupado por la asociación de Lord Carmichael con Bow Street.

Anna no se sorprendió, dada la preocupación de su padre por la participación de su prometido con ellos también. —Alguien tiene que investigar, y bien puede ser alguien que haya sufrido una pérdida —dijo. Miró a Gilbert con curiosidad—. ¿Fue así como te involucraste con ellos?

—Una muerte en mi parroquia. El magistrado local me recomendó a ellos después para otro caso.

—Ya veo —sonrió brillantemente, decidida a distraerlo—. Cuéntame sobre tu día, ya que imagino que no recibiré una carta tuya.

Él sonrió rápidamente. —¿Has leído el periódico de la tarde, verdad? Bueno, después de ver que lo repartían a los clientes del club, pasé el día siguiendo una nueva pista en la investigación. De hecho, por eso vine a verte, para pedirte consejo.

Gilbert había sido muy curioso sobre su vida y sus conexiones en sus cartas, así que ella asintió, ansiosa por ser de ayuda una vez más. Aunque se preguntaba qué más podría compartir con él que él no supiera ya. —Oh, ¿qué te gustaría saber ahora?

Él miró en dirección a Jane.

—Se puede confiar en ella completamente, sobre todo, te lo prometo —susurró Anna.

Él asintió. —Háblame de Lord Wade.

—¿Lord Wade? Pero ya te he dicho que es solo un amigo.

Gilbert le dio una mirada extraña. —Finge que soy tu mejor amiga en el mundo. Dime cómo es realmente.

—Pero ya lo he hecho. Hablamos porque asistimos a muchos de los mismos bailes. Me visita al día siguiente de haber bailado juntos, como se espera —suspiró—. Es cortés, pero ocasionalmente un poco brusco cuando habla.

—¿Irrespetuoso?

¿Era irrespetuoso? No realmente, pero ella no querría que hablara más alto alrededor de otros. —Grosero, quizás sea un término más apropiado. He llegado a pensar que lo hace a propósito para molestarnos.

—¿A ti y a...?

—Oh, a mí y a mis amigas —Anna sonrió rápidamente—. Creo que dice muchas cosas para llamar la atención sobre sí mismo. Parece empeñado en molestar a la señorita Hayes la mayor parte del tiempo, y eso sería porque a ella le desagrada.

—¿En serio? No había percibido eso.

—Portia hace todo lo posible por evitar a Lord Wade. Siempre se está quejando de que él la observa. Justo el otro día ambos estaban aquí en esta sala. El ambiente estaba tan cargado de tensión que fue un alivio cuando se fueron.

Su prometido consideró su comentario por un momento. —¿Él la desaprueba?

—Sospecho que en realidad le gusta, pero Portia no quiere saber nada de él, aunque él nunca ha confirmado su interés más allá de una vaga mención de "estar en la etapa de negación" con el objeto de sus afectos. Desafortunadamente, sus padres permanecen ajenos y los han forzado a estar juntos invitándolo a cenar y a tomar el té últimamente. Lo que me recuerda, ¿te apetece un té?

—Sí, gracias. Sería encantador.

Anna se volvió hacia Jane. —¿Te importaría pedirle a la cocinera que nos envíe una bandeja de té pronto? Para ti también, Jane.

—Gracias, señorita. Volveré en un momento —Jane salió de la habitación con una suave risa.

—Ya está —dijo Anna mientras se enfrentaba a su prometido—. Solos por fin. Estoy segura de que no viniste a visitarme solo para pasar todo el tiempo en chismes ociosos.

Su sonrisa fue inmediata. —Bueno, tal vez no solo para chismorrear.

Anna se arrojó a sus brazos tan pronto como él terminó de hablar. La investigación era importante, pero también lo eran los sentimientos que él despertaba en ella. Necesitaba ser besada. Anhelaba que sus brazos la rodearan de nuevo.

Encontró sus labios y lo besó. Gilbert respondió rápidamente, acunando la parte posterior de su cabeza con una mano para mantenerla cerca. Sin embargo, se apartó demasiado pronto, apoyando su frente contra la de ella de una manera que le derritió el corazón.

—Nos meteremos en problemas si nos atrapan —susurró—. Si Jane fuera a chismorrear...

—Entonces será mejor que no nos atrapen —dijo ella antes de besarlo de nuevo—. Jane no dirá nada.

—Aun así —dijo él, alejándose un poco más—. Si tu padre entrara, no estaría nada contento conmigo.

Probablemente tenía razón en que debía contenerse un poco. Luchando contra sus deseos, se sentó y arregló su vestido.

—Mis padres tuvieron un noviazgo afectuoso. Mi padre solía decir que ella lo hacía sentir maravilloso con solo entrar en la habitación. Tú haces lo mismo por mí.

—¿Tu madre murió cuando eras muy joven?

—Bastante joven. Todavía recuerdo algunas cosas de ella. Sus manos acunando mi rostro, arropándome un poco más en una noche fría —Anna sonrió—. Le gustaban más las campanillas azules. Padre aún mantiene macetas de ellas por toda la casa, incluso ahora.

—Es un gesto dulce —su ceño fruncido volvió—. Tuvieron tan poco tiempo juntos.

Su madre había muerto cuando ella tenía cuatro años. Nunca tuvieron otro hijo, y la pérdida casi había roto el corazón de su padre en pedacitos, según él decía.

—Unos pocos años realmente. Padre nunca consideró volver a casarse, aunque estoy segura de que tuvo admiradoras.

Gilbert la miró.

—Empiezo a entender solo ahora por qué no querría volver a casarse.

Jane regresó mientras Anna luchaba contra otro sonrojo. Algo tan dulce de decir, pero también triste.

Le sirvió una taza de té negro fuerte, como a él le gustaba, y luego le ofreció pastel. Ya había captado algunas de sus preferencias. Una discreta consulta de Jane al personal de su casa había proporcionado información sorprendentemente útil. Era un hombre de gustos y hábitos sencillos, algunos de los cuales reflejaban los suyos propios. Sería fácil de manejar, de vivir con él, si

siempre era honesto con ella.

Sentía que hoy no estaba siendo completamente sincero.

—Algo anda mal. Puedo sentirlo.

—Sí —sonrió—. Estoy preocupado, Anna, por el retraso que acordamos con nuestra boda.

—¿Cómo así?

Se acercó más, sentándose al borde de su silla.

—Tú y yo hemos empezado a conocernos muy bien. Pero si se supieran ciertos aspectos de nuestros encuentros privados...

—Yo quedaría arruinada.

—Considerada arruinada, sí —dijo—. He empezado a preocuparme de que el asesino sea alguien que tú podrías conocer.

—Yo también he pensado en eso. Las víctimas eran mis amigas, y mis amigas me presentaron a las suyas muchas veces.

—No eres muy diferente de las jóvenes que tuvieron un final terrible. Joven, soltera, bien dotada, perseguida por sinvergüenzas —hizo una mueca—. Me permitiste capturarte.

Se sentía culpable por lo que habían hecho juntos.

—Somos una pareja comprometida y tú no eres un sinvergüenza.

—Sin una fecha fijada para la boda, temo que ahora te destacas para un escrutinio más cercano. Hemos estado a solas varias veces —murmuró—. Incluso hoy.

—¿Quieres anunciar la fecha de nuestra boda?

—Quiero casarme contigo y asegurar tu seguridad —le dijo.

Anna se puso de pie, perturbada por su repentina prisa. Hace unos días, estaba contento de esperar todo el tiempo que ella necesitara. Había disfrutado conociéndolo. Había disfrutado besándolo y tocándolo. Pero ahora esperar, permitiéndole más tiempo para explorar a este hombre y la profundidad de sus sentimientos el uno por el otro, era algo que le preocupaba.

—¿Qué ha pasado que te hace querer apresurarte?

Tragó saliva.

—Al hablar con otros, ahora que la verdad está al descubierto, se me ha señalado que las víctimas de este asesino en particular pueden haber sido consideradas *demasiado* amistosas cuando se trataba de los caballeros que las cortejaban.

Ella giró, ofendida por lo que él decía de sus amigas, incluso si pudiera haber algo de verdad en ello.

—Son mis amigas. Carmichael debe negar tales acusaciones.

—No solo con Carmichael, cuyas ofensas considero inofensivas.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Crees que fueron asesinadas porque se las consideraba ligeras de cascos?

—Me temo que es una posibilidad clara, lo fueran o no.

El tiempo que había pasado a solas con su prometido ciertamente dañaría su reputación si se supiera o se chismorreara. Si alguien descubriera que lo había besado varias veces, se había sentado audazmente en su regazo y le había permitido la libertad de tocar su cuerpo, es más, lo había alentado a hacerlo, mientras ella lo tocaba a *él*, bien podría pintarse un objetivo sobre su corazón también.

—¿Qué he hecho? —susurró.

Él se puso de pie y capturó sus manos entre las suyas.

—No tengas miedo, pero ¿entiendes por qué debemos mantener un noviazgo muy apropiado

de ahora en adelante? Nunca deberíamos estar solos de nuevo, y nunca debes insinuar que lo hemos estado antes.

Un noviazgo apropiado significaría no más besos robados. Lo vería, acompañada en todo momento. Bailarían juntos y hablarían en medio de una multitud, pero nunca estando a solas. Ahora que conocía sus propias necesidades, ya no quería ser apropiada.

—Lo que sugieres es inaceptable.

—Anna —la reprendió—. Solo quiero protegerte.

—Y lo harás —se mordió el labio. No era el momento de volverse tímida de nuevo—. ¿Por casualidad conseguiste esa licencia especial de la que hablaste?

—Tengo una, pero quedan semanas para usarla.

Anna sonrió. No quería esperar semanas para besar a Gilbert de nuevo. Conocía su propia mente.

—Nos casaremos mañana.

—¿Mañana?

Sonrió ante su sorpresa y llevó sus manos a sus labios. Las besó de la manera en que él besaba las de ella.

—No quiero esperar. No quiero perderme ni un momento más contigo.

No quería morir virgen.

Al otro lado de la habitación, Jane aplaudió silenciosamente con considerable emoción, saltando en su silla.

—¡Por fin, una boda!

Gilbert le lanzó una sonrisa a Jane antes de volverse hacia Anna. —A tu padre puede que no le guste la prisa.

—Ya está todo decidido. El ama de llaves, Jane y yo, y Portia Hayes ya hemos planeado lo que debe hacerse el día de nuestra boda. El desayuno de bodas ya está decidido, la lista de invitados preparada, aunque Jane y yo necesitaremos casi todo el día de hoy para estar listas para partir hacia tu casa mañana por la tarde.

Gilbert se sentó en el brazo de una silla y la atrajo hacia sí. Le sonrió tímidamente. —¿No quisiste fijar una fecha para nuestra boda, pero la planeaste meticulosamente de todos modos?

—Me gusta estar preparada para todo. —Se encogió de hombros—. Mañana todo saldrá muy bien, estoy segura. Nos casaremos antes de que el asesino tenga la oportunidad de atacar y tú serás libre de atraparlo sin preocuparte por mi seguridad. ¿Tienes a alguien en mente que pueda casarnos tan rápido?

—Sí, un viejo amigo de la iglesia ya ha dicho que estaría encantado de presidir nuestra boda. Lo visitaré después de irme y haré los arreglos necesarios.

—Bien. Las once serían adecuadas para la ceremonia, si no te importa.

Su prometido sonrió, sosteniendo sus manos con firmeza. —Todo lo que necesitamos hacer ahora es informar a tu padre de nuestra decisión.

—Deberíamos verlo juntos.

—Esa podría ser una buena idea. —Sin embargo, Gilbert no se movió. Se quedó sentado sonriéndole, con una sonrisa ridículamente feliz en su rostro.

Anna se inclinó y besó sus labios rápidamente. —Listo.

—Eso me mantendrá hasta mañana —prometió él.

—A mí también. —Lo puso de pie, pero él la hizo girar hasta que ella quedó apoyada contra él.

—Yo estoy listo, y mi casa está lista, para nuestro matrimonio también —confesó, dejando caer un beso en su mejilla.

—No puedo esperar para ver mi nuevo hogar. —Miró al otro lado de la habitación—. Jane tampoco. Ella vendrá conmigo, por supuesto, para actuar como mi doncella.

—Excelente idea —acordó él—. Vamos a buscar a tu padre y darle nuestra feliz noticia, ¿de acuerdo?

Salieron de la habitación del brazo. Mañana sería una novia, una esposa, una amante del hombre que la hacía sentir cosas que nunca había soñado.

Jane los seguía, siendo la diligente carabina que su padre exigía. Prometió esperar afuera mientras consultaban con su padre.

La puerta del estudio de su padre estaba cerrada.

Llamaron al mismo tiempo y luego se sonrieron mutuamente.

Su padre abrió la puerta de golpe, frunciendo el ceño ferozmente. —Dije que no quería ser molestado.

Anna vaciló ante su expresión. —¿Ni siquiera por mí? Tenemos noticias, papá.

Miró detrás de él a Carmichael, que estaba sentado frente al escritorio de su padre, con el rostro pálido. Anna corrió hacia él. —¿Qué sucede?

—No es nada, Anna.

—No parece que no sea nada. —Se volvió hacia su padre, poniéndose frente a Carmichael—. ¿Qué le has dicho para molestarlo? Tiene todo el derecho de colaborar con Bow Street para atrapar al asesino de Angela si quiere.

Sintió un tirón en su vestido y se giró. Carmichael le sonreía. —¿Estás intentando protegerme, Anna?

Ella frunció el ceño. —Apruebo lo que estás haciendo. Angela también lo aprobaría.

—Solo estábamos hablando de ella —prometió él, con lágrimas formándose de nuevo en sus ojos—. Y de cómo algún día no sentiría tanto dolor por su pérdida. No puedo imaginarlo.

—Aún eres joven —murmuró su padre—. El dolor nunca desaparece, pero nos acostumbramos a llevarlo con nosotros.

Carmichael asintió. —Amaba a Angela, y se ha ido, y no hay nada que pueda cambiar eso —murmuró—. La gente depende de mí en casa. Cuando el asesino sea llevado ante la justicia, ahorcado por sus crímenes, tengo la intención de regresar a Edenmere y permanecer allí por el resto de mi vida.

—Te sentirás diferente dentro de un año —le dijo su padre—. Anhelarás amigos con quienes compartir nuevas aventuras.

—Además, esperamos que nos visites este verano en Kent —le dijo a Carmichael. Se movió para pararse al lado de Gilbert, rodeando su brazo con el suyo—. Hemos decidido casarnos mañana. Gilbert tiene una licencia especial.

—¿Mañana? —dijeron su padre y Carmichael al unísono.

—Con tu bendición, por supuesto, padre —murmuró ella—. Y la tuya también, Carmichael, ya que serás el padrino de Gilbert. Me gustaría estar a salvo y firmemente casada antes de que llegue el viernes. Sé que podría ser peligroso, pero quiero ayudar si puedo, aunque sea solo para asegurarme de que mis amigas nunca estén solas en el próximo baile.

—Felicidades —dijo Carmichael, avanzando para estrechar la mano de Gilbert—. Esta es justo la noticia feliz que necesitaba hoy.

Carmichael se volvió hacia Anna. —¿Puedo?

Anna no estaba segura de lo que quería decir, pero cuando dio un paso adelante, Carmichael la atrajo hacia sus brazos y la abrazó fuertemente. —Es el mejor hombre que conozco. Te hará muy feliz.

Se sentía extraño ser abrazada por Carmichael, pero no se resistió. —Gracias.

—¿Crees que podríamos ser amigos ahora? —preguntó él.

—Eso depende de si tienes la intención de volver a pedir prestada mi sombrilla.

—No —dijo, y luego rió suavemente contra su cabello—. Ya no tengo razón para esconderme en palomares si vas a casarte.

Sintió un firme tirón en su brazo y miró alrededor.

—Ya es suficiente —se quejó Gilbert mientras la arrastraba del abrazo de Carmichael al suyo —. Ahora es mía.

Carmichael se rió y se volvió hacia su padre. —¿Qué dice usted, señor? ¿Brindamos otra vez por la feliz pareja?

—Sí, creo que sí. En un momento. —Su padre la miró con los labios apretados, pero luego extendió sus brazos. Ella corrió hacia él, y su padre la abrazó con fuerza—. Te echaré de menos, hija. Te echaré mucho de menos.

—Yo también te echaré de menos —susurró ella.

Cuando su padre se apartó, sus ojos estaban sospechosamente húmedos.

Carmichael atrajo su atención inmediatamente. —Ahora, señor, ¿qué hará para Navidad este año? Anna dijo que podría tener planes, pero si no, estaría encantado de contar con su compañía. Mi querida madrina incluso podría unirse a nosotros si tenemos suerte.

Carmichael le dio una palmada en la espalda al padre y lo condujo hacia el whisky, guiñando un ojo por encima del hombro mientras avanzaba.

—Nada tiene que cambiar entre nosotros, señor, cuando Anna se case con el viejo Sorenson aquí presente —prometió—. Excepto que ahora ambos podremos disfrutar del contenido de mi bodega sin que Anna nos mire con reproche toda la noche.

CAPÍTULO 21



GILBERT ESTABA NERVIOSO mientras subía los escalones hacia la casa de Anna al día siguiente. A su lado iba un vicario que los casaría, un viejo amigo de sus días universitarios que se había unido a la iglesia con él.

Llamó a la puerta y le dejaron entrar. Había enviado una nota la noche anterior para confirmar que todo estaba bien, y otra cuando se despertó, para hacerle saber a Anna que estaba pensando en ella.

Lo llevaron a la sala de estar, donde Anna lo esperaba con su padre. Suspiró al verla. Se veía encantadora, aunque un poco pálida. La premura de la boda sería desconcertante, así que le perdonaría cualquier incomodidad que pudiera surgir. Él también sentía un poco de eso.

—Señorita Beasley —dijo mientras se acercaba para besar el dorso de la mano que ella le extendió—. ¿Puedo presentarle a un viejo conocido mío? Este es el señor Jackson Fielding, de St. Bartholomew the Less. Ha accedido amablemente a casarnos hoy.

—Déjate de comentarios sobre mi edad, Sorenson. Solo soy unos días mayor que tú —extendió su mano hacia Anna—. ¿Cómo está usted, señorita Beasley?

—Muy bien, gracias —dijo ella, sonriendo ampliamente—. Estoy tan contenta de que pueda estar aquí hoy para casarnos.

Fielding entrecerró los ojos mirándola.

—¿Está segura de que quiere casarse con él?

—¿Por qué no querría?

—Bueno, mírelo. No está envejeciendo bien —advirtió Fielding, lanzándole a Gilbert una sonrisa pícara.

—No le prestes atención al buen vicario —aconsejó Gilbert—. El hombre está casi ciego y senil. Sospecho que apenas le queda fuerza suficiente para casarnos.

Anna rió suavemente.

—Mis ojos están perfectamente sanos, y creo que es perfectamente apuesto.

Fielding se rió.

—Vaya, definitivamente le has vendido la moto.

Miró al señor Beasley, notando que también se veía un poco pálido. Hizo las presentaciones, pero se preguntó si su futuro suegro podría estar enfermo. Aunque, recordó Gilbert, todavía estaba brindando por la boda con Carmichael cuando Gilbert se había ido el día anterior.

Gilbert presentó al vicario a su padre.

—Necesitamos testigos —murmuró Fielding, mirando alrededor de la sala de estar vacía de los Beasley con el ceño fruncido.

—Llegarán en breve —prometió, sonriendo a la doncella de Anna, Jane Lord, mientras se deslizaba en la habitación para presenciar la ceremonia de boda desde un rincón.

El señor Fielding lo miró.

—¿Quiénes serán?

—Los lores Carmichael y Windermere. Creo que recordarás a Carmichael de la escuela. Lord Windermere es el primo de la señorita Beasley, y su esposa también nos acompañará, al igual que la señorita Hayes y sus padres, junto con la madrina de Lord Carmichael, Lady Scott.

Anna se acercó y Gilbert tomó su mano, deseando poder robarle un beso antes de que llegaran todos los demás. Era sorprendente cuán a menudo pensaba en besar a Anna cuando no podía estar con ella. Pronto, nunca más tendría que esperar el momento perfecto para besarla.

Hubo un alboroto en la puerta cuando llegaron los primeros testigos, llenos de emoción por la boda.

Después de intercambiar saludos, Lord Carmichael lo llevó aparte.

—¿Estás nervioso? —preguntó.

Gilbert resopló.

—Para nada.

Carmichael asintió, mirando al otro lado de la habitación donde la futura novia de Gilbert charlaba con la señorita Hayes. El par parecía muy emocionado.

—¿Ha habido algún avance?

—Grindlewood ha sido exonerado —le dijo Gilbert—. Al igual que la señorita Hayes y cualquiera relacionado con ella.

—Al menos después de hoy, Anna estará a salvo —añadió Carmichael. Todavía parecía preocupado, pero no había nada que Gilbert pudiera decir que no aumentara su ansiedad. La investigación ahora se centraba en la vida y las conexiones de Carmichael, pero él aún no lo sabía. Los agentes de Bow Street lo seguían a todas partes, y todos con quienes hablaba, incluso de pasada, caían bajo sospecha.

—Tenemos unos días hasta el baile del viernes —le dio una palmada en el hombro a Carmichael—. Bow Street ha comprometido aún más hombres en la búsqueda. Exeter está financiando la empresa.

—Bien. Creo que...

El señor Beasley le hizo señas con impaciencia, y reunieron a todos en la sala de estar, con él y Anna de pie en el medio frente al señor Fielding.

Fielding le sonrió con suficiencia y luego abrió su libro de himnos.

Gilbert había oficiado varias bodas antes y conocía el servicio matrimonial de memoria. En lugar de escuchar las palabras, observó la expresión de su novia mientras Fielding hablaba. Nunca la había visto tan hermosa como cuando se comprometió con él.

Tomó su mano, deslizó una simple alianza de oro en su dedo anular y selló sus vidas juntas. Su nombre para salvar su vida. Miró a los invitados, sonriendo, hasta que vio la expresión fría de Lady Scott. Esa era otra conexión de Anna que aún tenía que ganarse. Y lo haría, después de que atraparan al asesino.

Apretó los dedos de Anna cuando concluyó el servicio y mantuvo su mano mientras recibían las felicitaciones de sus testigos.

Anna seguía echándole miradas furtivas hasta que la señorita Hayes se unió a ellos.

—Siempre pensé que me casaría primero —dijo la señorita Hayes inmediatamente después de besar las mejillas de Anna dos veces y abrazarla con fuerza.

—Yo también —prometió Anna, secándose una lágrima de felicidad mientras reía.

Gilbert rodeó la cintura de su novia con el brazo.

—Sé que soy un hombre muy afortunado.

La señorita Hayes le sonrió radiante y luego volvió su atención a Anna.

—Me escribirás mientras estés fuera, ¿verdad? —suplicó.

—No nos vamos de Londres —dijeron Anna y él al mismo tiempo.

La señorita Hayes pareció decepcionada.

—Pensé que habrían emprendido un viaje de bodas. ¿No dijiste que siempre quisiste visitar Cornualles cuando te casaras?

—Aún no nos vamos —en realidad, Gilbert no había considerado en absoluto un viaje de luna de miel, pero ahora sabía adónde llevaría a Anna cuando llegara el momento—. Pero recorreremos Cornualles pronto, te lo aseguro.

Anna sonrió felizmente ante la noticia.

Apartó la mirada un momento para observar a los otros invitados. Carmichael parecía un poco perdido ahora que la ceremonia había terminado, e iba a dejar que Anna hablara con él, hasta que captó las siguientes palabras susurradas de la señorita Hayes.

—¿Estás nerviosa por esta noche?

Hubo un silencio revelador por parte de Anna. Por supuesto que estaría nerviosa por su noche de bodas, pero no tenía nada que temer. Se volvió hacia su novia antes de que su amiga pudiera meterle ideas ridículas en la cabeza que la hicieran temer la noche que se avecinaba. —Querida, deberíamos circular.

—Por supuesto —asintió Anna—. Discúlpame, Portia.

Entrelazó el brazo de ella con el suyo y la mantuvo a su lado durante la siguiente hora mientras hablaban con los amigos. Tenía que admitir que enfrentarse a Lady Scott resultaba un poco intimidante. Al parecer, solo se había enterado de que habría una ceremonia de boda cuando el carruaje de Carmichael la trajo aquí. La dama estaba un poco fría con él, pero cuando le habló a Anna, su voz estaba llena de calidez. —Tu madre habría estado tan orgullosa de cómo te has comportado hoy.

—Gracias —murmuró Anna—. Me gusta pensar que nos estaba mirando desde arriba hoy. Cuando estaba al lado de mi padre, sentí una sensación extraña en la piel, como una ráfaga de brisa feliz en un día tranquilo.

—Estoy seguro de que así fue —murmuró Gilbert—. Mi difunta madre también te habría adorado.

Entonces llegó el momento de sentarse para el desayuno de bodas, un gran festín que su novia se había apresurado a preparar. —Esto es maravilloso —le susurró—. Veo que nunca pasaré hambre.

—No, mi señor. Mi objetivo es mantenerte muy satisfecho en casa.

Él arqueó una ceja ante esa declaración. Anna aprendía rápido cuando se trataba de intimidad, pero no creía que hubiera querido decir sus palabras como le habían sonado a él al principio. —Espero eso con ansias —murmuró, y luego se sumergió en lo que quedaba del festín que no dejaba nada que desear, hasta que llegó el momento de partir.

Saciado y repleto del desayuno de bodas, se despidió y luego esperó a que Anna hiciera lo mismo. Separarse de su padre parecía lo más difícil. Al final, se alegró de marcharse, contento de

por fin llevar a Anna a salvo a su casa justo cuando caía la noche.

El personal de Gilbert estaba alineado en el vestíbulo principal, y los presentó de manera superficial, consciente de que habían regresado tarde. Los sirvientes captaron su estado de ánimo y se dispersaron tan pronto como los despidió, volviendo al piso de abajo para participar de su propia cena.

—Déjame mostrarte tu nuevo hogar —murmuró, cogiendo un par de velas para iluminar el camino.

—He estado tratando de imaginarte aquí, escribiendo tus cartas para mí —le dijo ella.

—Esas fueron escritas en el salón. La escalera de servicio está detrás de la escalera principal, aquí a tu izquierda. La puerta a tu derecha lleva al comedor, más atrás está el dormitorio principal y un vestidor. —La llevó a la escalera y subieron al primer piso, lado a lado—. En este piso está la sala de estar y allí está el salón. Paso la mayor parte de mi tiempo en esa habitación.

Entraron en la habitación y Anna miró a su alrededor con entusiasmo. Ya ardía un fuego y se había dispuesto una selección de comida fría y vino sobre la mesa por si tenían hambre. Gracias al suntuoso desayuno de bodas de doce platos que Anna había planeado y servido meticulosamente, tendría que comer ligeramente durante la próxima semana.

Contra cada pared del salón, apilados en cada superficie excepto las sillas, había libros que había adquirido durante sus visitas a Londres a lo largo de los años. Nunca había estado aquí el tiempo suficiente para instalar más estanterías, pero probablemente debería hacerlo algún día. —La biblioteca en Kent está igual de abarrotada.

Anna asintió. —Esta es una habitación encantadora.

Él se inclinó hacia ella. —Estoy dispuesto a compartir —prometió.

Ella lo miró, con los ojos brillantes de emoción y anticipación. —Eso espero.

Esa mirada expectante podría causar problemas si tuviera tiempo de sobra. —Ahora el segundo piso. —La llevó de la mano al siguiente tramo de escaleras—. Creo que encontrarás este piso muy útil.

—¿Ah, sí? —murmuró ella—. ¿Por qué?

Gilbert abrió la puerta de su nueva alcoba. —Mi ama de llaves pasó todo el día de ayer aquí arreglando para que estuvieras muy cómoda.

También ardía un fuego en la chimenea, la cama estaba recién hecha con ropa limpia, y el espacio decorado con abundancia de flores aromáticas y una docena de almohadas nuevas esparcidas por todas partes.

—Oh, qué hermoso y grande. Estoy segura de que seré muy feliz aquí.

—Hay un vestidor por allí, un cuarto de baño contiguo, y otra alcoba más pequeña y un armario más adelante en el pasillo para los invitados que podamos tener algún día.

Ella asintió y luego se volvió, con el labio inferior atrapado entre los dientes. Lo soltó para preguntar: —¿Dónde duermes tú?

—Yo ocupo la alcoba principal en la planta baja. No te molestaré con mis idas y venidas. —Una pequeña línea de preocupación apareció entre sus ojos, así que se apresuró a añadir—: He estado manteniendo horarios muy extraños. Debo advertirte que Carmichael a menudo se queda cuando se siente decaído, también. Se queda dormido en el salón si bebe demasiado.

Ella lo miró con el ceño más fruncido. —Carmichael realmente amaba a Angela.

—En efecto, así era. No creo que esté durmiendo mucho en absoluto, lo que lo hace más emocional que nunca.

—Se veía tan triste hoy. En nuestra boda.

—Sí, normalmente oculta mejor su dolor. He estado preocupado por él. La forma en que ha estado bebiendo no es saludable.

Anna suspiró y comenzó a quitarse los guantes. Gilbert cubrió sus manos. —Te dejaré ahora.

Ella lo miró con evidente sorpresa. —¿Tan pronto?

—Pensé que te gustaría estar sola para instalarte.

—Pero esta noche es nuestra noche de bodas —protestó.

La llevó al asiento de la ventana y la sentó suavemente. Gilbert se sentó a su lado. —No es que quiera dejarte, pero siento que debo hacerlo.

—¿Porque nos apresuramos a casarnos?

Gilbert asintió.

Ella pareció muy sorprendida. —¿Esperarías?

—Una semana, un mes, un año —. Quizás un año fuera demasiado tiempo para esperar ser su esposo. La encontraba muy atractiva y disfrutaba enormemente besarla y ser besado. Pero el tipo de intimidad que deseaba requería su participación plena y entusiasta, sin dudas—. Todo el tiempo que necesites es tuyo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Gracias, mi lord.

—Gilbert. ¿Recuerdas?

Ella se acercó a él.

—Nos casamos para que pudiera estar a solas contigo, Gilbert.

Él había querido casarse con una dama que lo deseara, y aparentemente lo había conseguido.

—Bueno, en ese caso —bajó la cabeza una fracción más—. ¿Puedo besarte, Anna Bowen, Condesa de Sorenson?

Ella se sonrojó.

—Sí, puedes besarme, Gilbert. Cuando quieras.

Él inclinó la cabeza el resto del camino y capturó sus suaves labios con los suyos. Anna levantó los brazos y los enrolló alrededor de su cuello mientras el beso se profundizaba. La pasión de su primer, segundo y tercer beso ardió caliente e inmediata entre ellos.

Gilbert se apartó a regañadientes antes de dejarse llevar.

—Debería dejarte unos minutos a solas.

Los labios de Anna rozaron su mejilla y luego ella rio suavemente.

—¿Por qué?

Sus labios estaban tan cerca de su oído que él se estremeció. Gilbert atrajo a Anna un poco más contra su cuerpo, explorando su espalda y su diminuta cintura con sus manos. Dejar a su novia sola en su noche de bodas parecía haber sido la idea más ridícula que jamás había tenido.

La apartó de él con firmeza y luchó por quitarse el abrigo.

Un encuentro apresurado no impresionaría a Anna, y él tenía la intención de impresionarla toda la noche.

CAPÍTULO 22



ANNA POSÓ SUS dedos sobre el chaleco de Gilbert en cuanto él arrojó su abrigo a un lado, y luego deslizó sus manos hasta sus anchos hombros. Por mucho que debiera apreciar su consideración por sus sentimientos y la hermosa habitación que los rodeaba, prefería apreciarlo a él de cerca. —Me alegra que por fin estemos solos.

Él le bajó las manos de sus hombros, se las apretó y la llevó al otro lado de la habitación. —Quiero verte desnuda.

El estómago de Anna dio un vuelco. Sin ropa. Frente a él. Ella también quería tocarlo por todas partes donde pudiera alcanzar.

Se detuvieron en un parche de luz de luna cerca de otra ventana y volvieron a besarse. Gilbert le acunó el rostro y luego ella sintió sus dedos quitándole las horquillas del cabello rápidamente.

Su pelo cayó sobre su espalda y Gilbert agarró los largos mechones mientras se besaban. Ella sintió los dedos de él en la parte posterior de su vestido, tirando de los botones. —¿Debo darme la vuelta?

—No podríamos besarnos si te dieras la vuelta —murmuró él contra sus labios. Otro beso y su gran mano cálida se deslizó dentro de su vestido, sobre su corsé. Claramente, era hábil desvistiéndo a las damas. A ella no le importaba cómo hubiera aprendido esa habilidad mientras solo le desabrochara los botones a *ella*.

Anna se estremeció, no de frío sino de deseo. Pronto la tocaría por todas partes, y ella podría comenzar su exploración de él.

Buscó los botones de su camisa, los desabrochó e intentó apartar la prenda. Desafortunadamente, ella era menos hábil con la moda masculina de lo que él era con la suya.

—Primero tendremos que quitarme el chaleco —sugirió él con una suave risa ronca—. Y la corbata también.

Anna volvió a estremecerse, cerrando los ojos momentáneamente. —Sí. Date prisa.

Su respuesta fue una suave risa y el susurro de la tela. Cuando se acercó de nuevo, los dedos de ella encontraron piel desnuda. Anna deslizó sus manos por su torso, sin aliento otra vez, descubriendo su piel suave y tan cálida bajo sus palmas. Encontró parches de vello áspero en el centro de su pecho y acarició ligeramente con sus dedos a través de ellos. Gilbert gimió cuando su mano errante encontró un pezón masculino plano.

Ella levantó la mirada rápidamente hacia su rostro en sombras. —¿Hice algo mal?

—Nunca. —Bajó sus labios hasta su oído—. Me encanta cómo me tocas.

Ella pasó sus dedos por su piel de nuevo, acariciando sus fuertes brazos hasta que encontró sus dedos. Él atrapó sus manos entre las suyas. —Terminemos de desvestirnos y vayamos juntos a la cama —sugirió.

—Esa podría ser una buena idea. Me siento muy extraña.

Él la giró, terminó de desabrochar su vestido y lo deslizó más allá de sus caderas. —Eso significa que estoy haciendo algo bien, ¿sabes?

Anna salió rápidamente del vestido y se volvió para mirarlo. Aunque todavía llevaba el corsé, la camisa y las medias, se sentía completamente expuesta. —¿Lo estás?

—Te deseo tanto, maldita sea —le dijo—. Yo también estoy temblando.

Anna exhaló. Eso la hizo sentir mejor. Tiró de los cordones de su propio corsé y se lo quitó por la cabeza, pero quedó atrapada cuando su camisola también se levantó.

Gilbert la ayudó a liberarse, riendo suavemente. Ella encontró su mirada y luego se inclinó para besarlo, bastante avergonzada de ser la única desnuda excepto por sus medias, y no estar en la cama. Gilbert la tomó en sus brazos, la levantó del suelo y envolvió sus piernas alrededor de su cintura. La besó y los llevó a la cama, donde la depositó suavemente en el borde mientras seguía besándola.

Cuando se detuvo, ella miró su rostro ensombrecido y sonrió. —¿Y ahora qué?

—Ahora será mejor que me quite estos malditos pantalones y botas para poder hacerte el amor toda la noche —gruñó prácticamente.

—¿Toda la noche? —preguntó ella sorprendida.

—Tal vez —bromeó él.

No estuvo ausente el tiempo suficiente para que Anna sintiera frío o se avergonzara. Ella se recostó en la cama mientras él se volvía hacia ella. Alcanzó a ver rápidamente su desnudez antes de que se moviera sobre ella, acostándose entre sus muslos separados.

Él le apartó el cabello del rostro mientras los acercaba más. Estaba caliente contra su costado, excitante.

—Dios mío, eres perfecta —susurró mientras deslizaba sus dedos desde su hombro hasta su cadera.

—No soy perfecta, pero *tú* podrías serlo —sugirió ella, tocándolo de la misma manera. Volvió a subir su mano y la pasó por su estómago. Él inspiró bruscamente cuando ella deslizó su mano hacia abajo. Ella sonrió levemente. Estaba excitado y era bastante obvio. —¿Yo hice eso?

—Oh, sí. —Él le acarició el cuello con la nariz—. Cada vez que nos besamos. Tienes unos labios muy talentosos.

—Añadiré eso a mi lista de logros —le dijo, riendo junto con él. Había tomado la decisión correcta al casarse con Gilbert. Él hacía que su corazón fuera tan feliz.

Él se acercó más, envolviendo las piernas de ella alrededor de sus muslos hasta que ella sintió su calor desnudo por todo su frente. Su rostro se calentó una vez más y estaba muy agradecida por las sombras que ocultaban su ardiente complexión. Apoyado sobre un brazo, él pasó sus dedos por su cuerpo desde el hombro hasta la cadera otra vez, un poco más firmemente.

Anna se movió inquieta debajo de él. Podía sentirlo, duro y ardiente entre sus muslos, y luego él se alejó.

Movió su mano hacia su estómago y luego hacia abajo hasta los rizos entre sus piernas. Anna jadeó en voz alta cuando él la tocó allí, suavemente al principio pero con creciente firmeza.

Lentamente, se dio cuenta de que estaba gimiendo con cada caricia de su dedo. Levantó la mirada hacia su rostro. —¿Qué me estás haciendo?

—Amarte —prometió él.

Se movió para besarle el cuello justo debajo de la oreja, donde descubrió que era más sensible, y todo su cuerpo tembló de necesidad. Levantó sus caderas hacia sus dedos acariciadores, pero eso solo hizo que él ralentizara sus movimientos hasta que se detuvo. Anna quería protestar. Separó un poco más las piernas, esperando atraerlo de vuelta para que la tocara.

Gilbert se movió sobre ella de nuevo, con un brazo apoyado junto a su cabeza.

Deslizó su otra mano debajo de su cadera y agarró firmemente su trasero. Inclinó sus caderas hacia arriba.

Con un pequeño ajuste, él estaba allí, en su entrada por fin.

—Me temo que esto pueda doler —susurró.

—Sé que dolerá —prometió ella—. Soy inocente.

—No por mucho tiempo —empujó sus muslos un poco más abiertos. Ella sintió presión en su sexo, un agudo pinchazo, y luego un poco más de molestia que tuvo que soportar. Él se retiró un poco y luego presionó contra su sexo de nuevo.

—Eso es —susurró—. Solo relájate.

Ella lo intentaba. Exhaló un suspiro mientras Gilbert se acomodaba completamente sobre ella, apoyando su peso en ambos brazos.

Ella rodeó su cuello con los brazos, movió un poco su cuerpo contra la invasión, buscando alivio de la extraña sensación de dolor y placer.

Pero él estaba dentro de ella. Ahora era una esposa.

Flexionó las caderas de nuevo y descubrió que el dolor había disminuido.

—¿Anna?

—Estoy bien —prometió, un poco asombrada por ello. Durante las últimas dos temporadas, ella y sus amigas habían escuchado historias susurradas sobre los horrores de la noche de bodas. No era tan malo como todos decían, si ese era todo el dolor que iba a sufrir.

Él la besó suavemente.

—Voy a moverme de nuevo ahora.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Hay más?

—Sí, eso solo fue el principio —se movió de nuevo, y ella sintió la extrañeza de tenerlo dentro. Ya no había dolor, sino una rara sensación de plenitud. Se retorció un poco y descubrió que le gustaba más la sensación.

Bajó las manos hasta su pecho, descubriendo que estaba más caliente que antes y su piel ligeramente húmeda por el sudor.

Él gimió cuando ella rozó accidentalmente sus pezones.

—Pon tus brazos a mi alrededor otra vez —suplicó.

Anna enlazó sus brazos alrededor de su cuello y lo atrajo para besarlo. Gilbert se movía contra ella con firmeza, sacudiéndola con cada corto empuje. Ella también comenzaba a sentirse caliente por todas partes.

Gilbert estaba tan cerca, convirtiéndose en una parte tan íntima de ella, que casi no podía respirar. La intimidad entre marido y mujer era abrumadora.

Él se echó hacia atrás para deslizar su mano entre sus piernas. Cuando la tocó allí de nuevo, un gemido poco femenino escapó de sus labios. Los selló mientras su cuerpo temblaba de nuevo.

Todo lo que él le hacía solo aumentaba su inquietud.

—Eso es —susurró.

Ella lo miró mientras él comenzaba a empujar lentamente mientras jugueteaba con su sexo. Levantó las caderas, buscando más de esa sensación.

Él empujó con más fuerza, y ella luchó por respirar. Estaba tan caliente, tan desesperada por más de esta sensación.

—Llega para mí, Anna —susurró.

Anna no tenía idea de cómo hacer eso.

Pero cuando Gilbert movió una de sus manos hacia su propio pecho, cerrando sus dedos sobre su pezón, ella se estremeció. Apretó su propio pecho mientras Gilbert empujaba de nuevo, mucho más fuerte que antes. Sus dedos se movían rápidamente sobre ella.

Anna se arqueó bajo él y de repente gritó.

Oleadas de calor y placer recorrieron su cuerpo y tuvo que cerrar los ojos mientras Gilbert empujaba frenéticamente dentro de ella. Llegó a un alto tembloroso, enterrado profundamente en su interior, y gimió contra su oído.

Se cernió sobre ella. Aún jadeando ruidosamente contra su oído. Sus dedos se deslizaron lentamente de su sexo y ella se estremeció un poco. Gilbert le abrió suavemente las piernas y luego se deslizó con cuidado fuera de su cuerpo. Anna siseó de dolor y juntó sus piernas con fuerza.

—Lo siento. Habrá un poco de dolor durante el próximo día o dos, según he oído —susurró —. No siempre será tan incómodo para ti.

Se acomodó en la cama a su lado y después de un momento, ella se giró sobre su costado para mirarlo, desnudo a la luz de la luna.

—Me dijeron que esperara algo de molestia al principio y después, pero no cómo me sentiría mientras me hacías el amor. Eso fue inesperadamente bueno.

—Me alegra oírlo —sus dedos eran suaves mientras acariciaba su rostro—. ¿Necesitas algo?

Sonaba tan preocupado que su corazón se derritió un poco.

—Solo un poco de descanso ahora, creo.

—¿Me voy entonces?

Anna alcanzó su mano antes de que pudiera moverse. Después de esa experiencia, no quería ser abandonada inmediatamente.

—No. No te vayas todavía.

Tranquilizado, se acomodó a su lado de nuevo.

—Me quedaré hasta que te duermas.

Anna se acercó a él e inhaló el aroma de su marido. Este era su caballero, el hombre que había reclamado su cuerpo y su inocencia. Aún no estaba lista para estar sin él.

—¿Te quedas hasta la mañana? —preguntó, sabiendo ya que muchas parejas casadas solo se juntaban por placer y para tener hijos. Esperaba que su matrimonio pudiera ser diferente. Hasta ahora lo había sido.

Él le apartó el cabello de la cara.

—¿No te importaría si durmiera aquí también, de vez en cuando?

—No. Al menos creo que no. Pregúntamelo por la mañana, de todos modos.

Besó la parte superior de su cabeza.

—Me gustaría quedarme, pero échame cuando ya no quieras que duerma aquí.

—Lo haré —prometió, pero mientras se acurrucaba junto a él, la satisfacción la invadió. No creía que fuera a echar a su marido todavía. Pensó que podría acostumbrarse fácilmente a verlo desnudo a la luz de la luna cada noche, también. No podía decírselo, por supuesto. No quería

parecer demasiado atrevida aún.

CAPÍTULO 23



GILBERT ESTABA A PUNTO de buscar un libro para leer y pasar el tiempo cuando Anna llegó al salón sin previo aviso. Su esposa lucía encantadora, aunque un poco insegura de su entorno mientras se detenía en la puerta mordiéndose el labio inferior. Él se levantó inmediatamente y cruzó la habitación para saludarla, decidido a reclamar un beso de mediodía.

Había considerado hacerlo cuando se despertó a su lado en la cama de ella esa mañana. Pero no quiso despertarla cuando probablemente estaba cansada después de los eventos de anoche y ayer. Se veía tan adorable acostada de lado, con una mano extendida hacia él mientras dormía, sus hombros aún desnudos después de haberle hecho el amor. Habían dormido juntos, entrelazados en los brazos del otro, durante la mayor parte de la noche. Pero al despertar, se había escabullido de la habitación como un ladrón, decidido a dejarla en paz.

Pero no había dejado de pensar en ella ni un momento durante toda la mañana. Ya no vivía solo y ya le gustaba.

Aún podía recordar sus manos atrayéndolo cuando habían hecho el amor en su cama. Sus piernas entrelazadas con las suyas. Sus jadeos y gemidos mezclándose con los suyos mientras alcanzaban el clímax casi juntos. Esta noche o la siguiente compartirían su cama, y así sucesivamente para siempre, esperaba.

Maldita sea, era un hombre afortunado por haber ganado su mano en matrimonio. Ella había sido todo lo que él había esperado en una amante.

—Buenos días, hermosa —murmuró antes de capturar sus labios.

Anna se inclinó hacia él, permitiéndole besarla profundamente. Ella le devolvió el beso, sus dedos subiendo hasta su cabello mientras él devoraba su boca. La levantó más alto, hasta que sus pies ya no tocaban el suelo, y luego la movió al sofá de terciopelo debajo de la ventana, donde había estado cuando ella entró por primera vez, y la sentó en su regazo.

Acunó su rostro, permitiendo que el beso continuara.

Anna parecía estar disfrutando en su regazo, moviéndose y abrazándolo con fuerza. Consideró sus posibilidades de hacerle el amor de nuevo, pero descartó la idea. Recordó cómo ella había siseado de dolor cuando se retiró anoche, y lo último que quería era lastimarla aún más.

Las manos de ella se afirmaron en su rostro y luego la pícara sacó su lengua para enredarse con la suya en su boca. Él la atrajo debajo de él sobre los suaves cojines, luchando contra la excitación mientras aumentaba la pasión con su beso. Anna estaba deliciosamente cálida en sus

brazos; podía darle placer y negárselo a sí mismo. Disfrutaría viéndola llegar al clímax de nuevo si pudiera estar seguro de que no los interrumpirían.

Se apartó, mirando hacia abajo su rostro sonrojado. —Ahora eso sí que es un beso de buenos días.

Ella le devolvió la sonrisa. —Lo es. Buenos días, guapo.

Él apartó suavemente unos mechones de cabello de su mejilla. —Me temo que Carmichael estará aquí pronto.

Anna parpadeó sorprendida. —¿Hoy?

—Normalmente está aquí a esta hora. De hecho, llega tarde, una concesión, supongo, a nuestra condición de recién casados.

Una línea de preocupación apareció entre sus cejas y ella luchó por sentarse. —Seguramente no nos visitaría hoy de todos los días, ¿verdad?

Él también se sentó, pero extendió la mano para acariciar su suave mejilla con el pulgar. —Uno de esos recién casados todavía tiene que atrapar a un asesino.

—Sí, pero...

Se escuchó un tímido golpe en la puerta. —¿Es seguro entrar ya?

—Buenos días, Carmichael. De hecho, justo estábamos hablando de ti —llamó y se puso de pie para arreglarse el abrigo.

Carmichael asomó la cabeza lentamente. —Lo siento por esto, Anna. Pero ha habido un desarrollo inesperado esta mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Es la señorita Hayes —dijo.

Anna gritó: —¡No, no puede estar muerta!

Él levantó una mano para detener su pánico. —Solo está desaparecida, hasta donde sé. Sé que te preocupas por ella, y no quería que te enteraras por nadie más, así que vine directamente a decírtelo yo mismo. Ya he ido a su casa, por invitación de su padre. No hay señales de lucha ni una gota de sangre en ninguna parte, dentro o fuera. También busqué en las caballerizas cercanas, solo para estar seguro.

Anna se hundió en una silla con un gemido. —No puedo perder a la señorita Hayes también.

Gilbert le apretó el hombro y luego se dirigió a Carmichael. —Dime lo que sabes.

—Su padre vino a verme esta mañana, pidiendo ayuda para localizarla. Había leído sobre nuestra investigación en los periódicos y teme lo peor. Al parecer, Portia se fue a la cama a la una, junto con todos los demás en la casa. Llegó la mañana y no llamó para su desayuno. Extrañamente, su doncella también está desaparecida. No se vio ni se oyó nada que diera alguna pista sobre un posible secuestrador o el momento en que fue llevada.

—Tenemos que encontrarla antes de que la lastimen —exigió Anna.

—Sí, estoy de acuerdo, pero ¿por dónde empezar la búsqueda? —Gilbert buscó su mano incluso mientras buscaba en su memoria los detalles de su investigación—. Esto está fuera de los hábitos que conocemos de nuestro asesino. En todos los otros casos, atraían a la víctima a otra parte de la misma propiedad y la mataban allí. Si Portia Hayes se ha esfumado en el aire, bien podría ser que alguien más la haya llevado.

—O tal vez la divulgación de nuestra información los ha desesperado —Carmichael se preocupó en voz alta.

—¿Dónde podría estar Portia? —Anna miró a Carmichael.

—¿Cómo voy a saberlo? —se quejó Carmichael.

El tiempo era esencial. —¿Alguien además de un pretendiente tendría motivos para secuestrar a la señorita Hayes?

—No —coincidieron tanto Lord Carmichael como Anna.

—¿Cuánto era su dote de nuevo?

—Cuatro mil libras —le dijo Anna—. Incluyendo propiedades.

Consideró el problema que supondría secuestrar a una heredera y llegar a la frontera sin ser detenido. Podría ser más probable que la hubieran llevado con la intención de simplemente forzar un matrimonio expedito. —Díganme quién tenía la mejor oportunidad de ganar su mano.

—Carmichael o Grindlewood —soltó Anna sin ninguna vacilación—. Si cualquiera de los dos hubiera pedido su mano, su padre habría aceptado. No habría necesidad de secuestrarla.

—Jamás recibirá una proposición de mi parte —replicó Carmichael—. También mostró interés por Lord Bellows el año pasado. Bellows regresó a su finca la semana pasada. Ya me puse en contacto con Grindlewood. Está en casa y sus movimientos están registrados.

Gilbert se volvió hacia Anna, asombrado por una idea repentina.

—¿Qué posibilidades tenía Lord Wade?

—Ninguna. Ya te lo dije. Portia apenas lo soporta —suspiró—. Aunque quizás quiera ayudarnos a encontrarla.

Tal vez lo haría si el miedo no lo hubiera alejado.

—Lord Wade abandonó Londres el día antes de que nos casáramos.

—Así que por eso nunca respondió a mi invitación para venir a nuestra boda —frunció el ceño con severidad—. Aunque la última vez que hablamos no mencionó nada sobre dejar Londres.

De repente, Carmichael se echó a reír.

Gilbert miró fijamente a su amigo. No era momento de recuperar el sentido del humor.

—¿Qué?

Carmichael sonrió lentamente.

—No pensarás que Lord Wade secuestró a la señorita Hayes, ¿verdad?

—Se marchó a plena luz del día hace días. Solo, estoy seguro.

—¡Él no se llevaría a Portia así sin más! —protestó Anna.

—¿Por qué no? ¿Y quién dice que no ha dado la vuelta y regresado para secuestrarla? Ahora que lo pienso, ha mostrado un interés particular por la señorita Hayes durante algún tiempo. Prácticamente me fulmina con la mirada cada vez que bailo con ella porque me vio besarla el año pasado —dijo Carmichael, frunciendo el ceño—. Es soltero y ella una joven muy elegible. Además, hay un asesino suelto y la señorita Hayes es exactamente el tipo de joven que imprudentemente se pondría en peligro. Podría estar camino a Gretna Green ahora mismo.

—O podría haberla secuestrado solo para mantenerla a salvo del asesino y no ha huido a ninguna parte —argumentó Anna, preocupada también por esa posibilidad—. Y la doncella de Portia podría estar con ellos para actuar como carabina y así su reputación permanecería intachable.

Reflexionó sobre la probabilidad. Ambos escenarios tenían mérito, pero no le entusiasmaba la idea de perseguir una fuga hasta la frontera.

—Díganme, ¿qué propiedades vienen adjuntas al ganar la mano de la señorita Hayes en matrimonio?

—¿Por qué?

—Bueno, sabemos que Wade no está en su casa. La han cerrado por la temporada. Tenía a

alguien vigilando por si regresaba, pero dijeron que todo seguía en silencio hasta ayer por la mañana. Si Wade necesitara esconder a la señorita Hayes en algún lugar, podría usar una de las propiedades de ella para ocultarla.

—Conozco una —ofreció Anna de repente—. Portia tiene una favorita y no está lejos.

—Vamos —sugirió Carmichael.

Gilbert se volvió hacia su esposa. Su primer día como marido y mujer no debía ser así.

—¿Te importa?

—Si Wade se ha llevado a Portia, voy con ustedes para cantarle las cuarenta.

Gilbert sonrió con severidad.

—Haré que traigan un carruaje.

—Será más rápido tomar un coche de alquiler —argumentó Anna.

—Tienes toda la razón, querida —la besó rápidamente y salió corriendo de la habitación, recogió su pequeña pistola por si Wade se mostraba resistente y ordenó a su mayordomo que parara un coche de alquiler. Cuando regresó después de ponerse el sombrero y los guantes, Anna estaba lista para partir. Ella y Carmichael parecían lo suficientemente cordiales, por lo que estaba agradecido... hasta que hablaron.

—No puedo creer que cayeras en eso —se quejó Carmichael.

—Tenía catorce años —replicó ella.

Miró entre ellos.

—¿Discutiendo de nuevo?

—Reexaminando el pasado —explicó Carmichael—. Es como un perro con un hueso respecto a su primer beso.

—Es un momento importante para cualquier joven —argumentó Anna.

—Ahora lo veo.

Anna arrebató su sombrilla de donde ahora colgaba en el perchero junto a la puerta principal y la blandió.

—Nunca vuelvas a tocar mis pertenencias.

—Reemplacé la maldita sombrilla —protestó Carmichael—. Hace años.

—Seis meses después —se quejó ella, y luego se volvió hacia la puerta principal sonriendo ampliamente, a pesar de la discusión. Sospechaba que estaba disfrutando reprender así a Carmichael.

—Empiezo a tener dudas sobre tu matrimonio con ella —confió Carmichael, mientras ambos observaban a Anna pasearse hasta lo alto de los escalones y salir—. Esto no terminará bien para mí.

Gilbert sonrió.

—No me disgusta que tengas que disculparte por cada agravio que le hayas hecho. Te excediste en tu conducta caballerosa para hacer que te detestara.

Siguió a su esposa hasta el carruaje, le dio la dirección que deseaban visitar al conductor y ayudó a Anna a subir. Tomó asiento junto a ella, y luego Carmichael se unió a ellos.

—¿Qué hacemos si ella está allí y él también? —preguntó Carmichael—. ¿Los obligamos a casarse aunque tenga una doncella?

Anna levantó su sombrilla y la agitó como si fuera una espada.

—Tengo mi arma preferida.

Gilbert bajó la punta al suelo cuando ella la balanceó demasiado cerca de Carmichael para su comodidad.

—Nada de derramamiento de sangre.

—Oh, está bien. Pero es mi muy buena amiga. Él también afirmaba serlo. Me reservo el derecho de estar indignada.

Gilbert tomó su mano y le besó el dorso.

—No te lo impediré en ese caso.

Pronto llegaron a la propiedad de Soho Square que Anna había descrito. Gilbert le dijo al conductor que siguiera adelante cuando vio que se movía una cortina al pasar el carruaje frente a la puerta principal. Giró el rostro para que nadie dentro lo reconociera.

Anna tiró de su manga.

—¿Por qué no nos detenemos?

—No nos abrirá la puerta principal si la tiene —advirtió Gilbert—. Entraremos discretamente por el callejón trasero y veremos si podemos sorprenderlo —decidió de repente. El sigilo y la sorpresa eran herramientas útiles cuando se cazaba a una presa cautelosa.

Gilbert hizo que el conductor se detuviera a la vuelta de la esquina en la siguiente calle. Se apearon, se deslizaron silenciosamente por el callejón trasero y entraron en el pequeño patio empedrado adjunto a la parte posterior de la propiedad. Se detuvieron ante una puerta de aspecto pesado.

—Estará cerrada con llave.

Miró las ventanas que daban al callejón y luego notó que una más abajo había sido tapiada desde el interior con maderas nuevas. Se agachó y estudió cómo podrían entrar por allí.

Anna se inclinó sobre él y susurró:

—Una puerta cerrada no es un problema cuando sabes dónde se puede encontrar una llave para abrirla.

Gilbert la miró sorprendido.

—¿Hay una llave por ahí fuera?

Anna asintió.

—La de repuesto. Portia me mostró dónde la guardaba cuando vinimos juntas, pero no es fácil de alcanzar.

—¿Tu padre sabe de esto?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—En lugar de ir de compras, como sus padres creían que habíamos hecho, vinimos aquí —Portia, nuestras doncellas y yo— para pasar una hora sin carabinas ni visitas de ningún tipo la semana pasada.

—¿Desafiando a tu padre? —Carmichael silbó—. Estoy impresionado.

—No siempre soy buena —Se encogió de hombros—. Portia dijo una vez que si alguna vez no la encontraban, lo más probable es que estuviera escondida aquí, soñando con una vida en la que fuera su propia dueña.

Se acercó al muro, se arrimó a la esquina de la casa y alcanzó profundamente en la oscuridad. Gilbert se estremeció ante su ubicación y le habría ofrecido reemplazarla, si hubiera pensado que un hombre de su tamaño podría caber en el hueco.

Anna se retiró lentamente, blandiendo una llave en señal de triunfo.

—Portia suele llevar una en su bolso en todo momento, también, para emergencias, según decía. Esa es solo para la puerta principal. Me dijo que si alguna vez necesitaba urgentemente un refugio seguro, viniera aquí y entrara.

—Esta situación suena exactamente como el tipo de emergencia de la que cualquiera huiría, y

no creo que haya mejor lugar para esconderse que una vivienda abandonada que ya poseía —reflexionó Carmichael—. Muy inteligente, en realidad.

Anna abrió la puerta trasera silenciosamente, advirtiéndoles que dieran un paso amplio sobre el umbral para evitar la tabla que crujía.

La casa estaba en silencio, pero no vacía, al parecer. La oscuridad estaba abarrotada de cosas que el tío de Portia debía haber coleccionado a lo largo de los años. Aunque estos eran los dominios de los sirvientes, los pasillos parecían estar llenos de objetos y requerían una cuidadosa navegación.

Se mantuvo cerca de su esposa, ansioso por no tropezar con nadie, confiando en que Carmichael cerraría la puerta tras ellos y los seguiría con el mismo sigilo.

Consideró poner a Anna entre ellos por seguridad, pero no creía que ella estuviera de acuerdo. Estaba tan ansiosa como él por encontrar a la señorita Hayes y salvarla del secuestro de Lord Wade, si es que eso era lo que había sucedido. Además, solo Anna sabía a dónde iba en la casi total oscuridad. Sería más rápido dejar que ella los guiara hasta que el camino se hiciera más claro.

Recordó las cortinas moviéndose en una ventana alta de la fachada derecha. Portia Hayes o Lord Wade no estarían en la planta baja, a menos que uno de ellos necesitara agua o algo de comer.

Hablando de comida. Se inclinó para susurrar al oído de su esposa:

—¿Dónde están las cocinas en esta casa?

Anna señaló hacia un lado y se movieron allí en casi silencio. Gilbert se deslizó a su alrededor cuando ella se hizo a un lado.

—Los pasillos de abajo me daban escalofríos cuando estuve aquí —confesó.

En la entrada de la cocina, se detuvo y echó un vistazo al interior. Había señales de ocupación reciente. Platos y tazas dispuestos sobre la vieja mesa de trabajo, tres de ellos. Y una cesta de picnic familiar.

Negó con la cabeza, dándose cuenta de que sus temores eran acertados. Lord Wade mantenía a Portia Hayes como prisionera involuntaria en esta casa.

Carmichael se apretujó entre ambos, dirigiéndose al fuego con la mano extendida, y luego a las cosas del té sobre la mesa.

—Completamente frío —susurró Carmichael mientras volvía a dejar la tetera de porcelana.

El suspiro de alivio de Anna fue demasiado fuerte, y Gilbert se tensó cuando ella habló:

—Ella nunca dejaría un desorden atrás. Todavía está aquí.

—Realmente eres demasiado lista, ¿sabes, Lady Sorenson? —se quejó Lord Wade mientras agarraba el brazo de Anna y la jalaba contra su pecho antes de que Gilbert pudiera detenerlo.

CAPÍTULO 24

ANNA SOLTÓ UN grito cuando sintió el frío metal presionado contra su sien. Se quedó inmóvil por un momento y luego se retorció en un intento de huir. —¡Suéltame!

Wade siseó, pero su agarre sobre ella solo se apretó más. —No hasta que tu marido deje a un lado la pistola con la que me está apuntando.

Ella miró a Gilbert con sorpresa. Tenía una pistola en la mano y se acercaba lentamente. —¿Llevas una pistola?

Él asintió secamente. —Parecía una precaución prudente. Suelta a mi esposa ahora, Wade, si deseas ser tratado con justicia.

—No hasta que me escuches —exigió Wade.

—¡Oh, por el amor de Dios, esto es ridículo! —exclamó Portia en voz alta desde alguna parte distante de la casa. Se escuchó el estruendo de algo estrellándose y rompiéndose bajo sus pies—. Oh, vaya —se quejó Portia.

—¡Portia!

—Esta casa la matará antes de que alguien más tenga la oportunidad —refunfuñó Lord Wade entre dientes—. Ten cuidado ahí abajo —gritó.

—¡Portia! —Anna se retorció de nuevo en el agarre de Lord Wade, luchando por liberarse—. ¿Dónde estás?

—En la bodega —respondió Portia—. Dame un momento para encontrar la salida de nuevo.

Anna se volvió para mirar a Lord Wade. —¿Qué has hecho?

Él no respondió, pero mantuvo su atención en Gilbert. —La pistola, o le robaré un beso a tu novia antes de que me dispares.

Gilbert bajó ligeramente el cañón del arma, frunciendo el ceño. —Si tus labios tocan cualquier parte de ella, morirás lenta y dolorosamente.

Lord Wade se rio entre dientes. —Te dije que era del tipo celoso. Pon la pistola en el suelo y pateala más adentro de la cocina, milord. Luego síguenos después de cerrar la puerta —dijo mientras retrocedía, arrastrando a Anna con él como escudo y saliendo de nuevo al pasillo.

Anna recordaba bastante bien la distribución de la casa. Él la estaba llevando hacia la entrada del sótano, donde Portia estaba atrapada.

Gilbert y Carmichael estuvieron fuera de vista por un momento, pero rápidamente los siguieron, acechándolos con expresiones igualmente sombrías. Gilbert aún sostenía su pistola, pero ahora flojamente a su costado.

—Si la lastimas, te desollaré vivo, Wade —amenazó Carmichael.

—¡Cielos! —exclamó Portia mientras aparecía repentinamente al lado de Anna, libre y sonriente. Tenía el cabello medio caído y una mancha de suciedad en la mejilla—. Ciertamente estás muy sediento de sangre estos días —sonrió a Lord Wade a continuación—. Baja la pistola, Wade. Sabes que no está cargada. ¿No te dije que mi mejor amiga sería quien me encontraría?

La presión del frío metal desapareció de su sien. Para alivio de Anna, Gilbert inmediatamente desvió el cañón de su arma también.

—Así lo dijiste —refunfuñó Wade, deslizando la pistola en el bolsillo de su abrigo, luciendo decididamente infeliz al respecto—. Pero su nuevo marido también trajo una pistola a tu fiesta de té. Estoy seguro de que *esa* sí está cargada.

—Qué vergüenza, milord —reprendió Portia a Gilbert—. Eso es el colmo de la mala educación.

—Una pistola parecía apropiada ya que tu padre tenía la impresión de que habías sido secuestrada por un asesino —le dijo Gilbert.

—Wade también, desafortunadamente —Portia se encogió de hombros—. Nos siguió hasta aquí.

—¿Nos?

—¿De verdad pensaste que me dejaría secuestrar? —Soltó una risita tras su mano—. Me escapé de casa con mi doncella.

El agarre de Wade se aflojó sobre Anna y ella voló a través de la habitación hacia la seguridad de los brazos de Gilbert. Miró hacia atrás a Lord Wade, pero él ahora le sonreía.

—Qué hermosa vista —dijo Lord Wade mientras Gilbert abrazaba fuertemente a Anna contra él. Sonrió mientras volvía su atención a Portia—. Maldita idea tonta de todos modos, pensar que podrías esconderte en la ciudad. Parece que todos han deducido dónde habías ido.

Gilbert apartó a Anna pero mantuvo su mano. —¿Seguiste a Portia para protegerla?

Él asintió. —Intentándolo. Su padre ciertamente no estaba a la altura de la tarea.

La doncella de Portia apareció desde el sótano. —Señorita Hayes, ¿quiere que suba otra botella de clarete o no?

La doncella estaba igual de polvorienta pero parecía bastante feliz.

—Sí, gracias. Ya que tenemos invitados, bien podríamos traer un par de botellas, ¿no crees?

—Sí, señorita —La doncella desapareció de nuevo en la penumbra del sótano.

—Es tan lúgubre aquí abajo. El salón es mucho más agradable. Vamos —Portia alejó a Anna de Gilbert y se dirigió hacia la escalera oculta que las llevaría al salón—. Estoy tan contenta de verte. ¿Cómo es ser una mujer casada? —susurró Portia mientras los hombres se quedaban atrás.

—Maravilloso. ¿De qué estabas huyendo?

—De mis padres, por supuesto —dijo despreocupadamente, como si fuera algo que hiciera todos los días.

—Estarías más segura con ellos que aquí —le aseguró Anna—. ¿No te das cuenta de que el peligro solo existe por la noche? Los viernes en particular.

—Por supuesto que lo sé. Yo también leo los periódicos. Y si crees que estoy más segura en casa, estarías muy equivocada.

—No entiendo.

—Mi padre tuvo la más brillante idea después de verte casarte con Lord Sorenson. Ha decidido casarme también antes del próximo baile de viernes —Portia cruzó los brazos sobre su pecho—. Absolutamente intolerable.

Carmichael se rio de repente. —Lo escuché hablar de eso. Estaba bastante entusiasmado con la idea, ¿verdad? Desafortunadamente, seguía mirándome a mí, por alguna razón.

Portia le dirigió una cálida sonrisa. —Bueno, se sabe que eres incomparable y estás disponible ahora.

—¿Así que viniste aquí? —continuó Anna cuando el rostro de Carmichael palideció—. ¿Solo con tu doncella como compañía?

—Anoche, tan pronto como mi padre terminó su pequeño discurso sobre mi futuro, comencé a planear mi escape. Teníamos la intención de quedarnos aquí, en una soledad muy feliz, debo añadir, hasta que este entró a la fuerza y comenzó a sangrar por todas partes —dijo, señalando a Lord Wade.

—¿Sangrando? —Miró más de cerca a Lord Wade y solo entonces notó que su mano izquierda estaba vendada. Eso explicaba por qué había siseado cuando la sostuvo—. ¿Está herido?

—Un rasguño que sanará pronto.

—Se desmayó —confesó Portia con otra risita—. Nunca antes había conocido a un hombre que lo hiciera.

Anna miró a su marido, arqueando una ceja en señal de interrogación. —¿Cómo podría Lord Wade ser sospechoso si se desmaya al ver sangre? Siempre hay tanta.

—Me rindo ante tu mayor sabiduría, cariño —murmuró Gilbert, cruzando la habitación para darle un beso en la coronilla.

Anna se sonrojó un poco ante el apelativo cariñoso y se acurrucó en su abrazo una vez más. Tanto coger de la mano y tocarse en público la haría desmayarse pronto. —Por supuesto que Lord Wade no es el asesino. No es lo suficientemente cruel.

Portia negó con la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios mientras observaba a Anna disfrutar del abrazo de su nuevo marido. —Wade me dijo que probablemente sospechaban de él, así que le permití quedarse, siempre y cuando se hiciera útil.

—Me disculpo por haberlo sospechado, Lord Wade, y le ruego su perdón —ofreció Gilbert, extendiendo una mano.

Wade levantó su mano vendada en lugar de ofrecerla para estrecharla. —Concedido. —Wade miró a Portia—. Si no esperas más visitas por un tiempo, me disculparán. Será mejor que vuelva a mi trabajo antes de que mi hermano intente dormirse de nuevo.

Giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas de la habitación.

—¿Qué trabajo?

—Oh, se mantiene ocupado limpiando el estudio de mi tío. Es la única habitación que no deseo revisar, no después de la primera carta de amor que encontré. Así que se lo dejé a él y a su hermano para que lo limpien a cambio de alimentarlos.

Anna rio suavemente. —No es mala idea darle la tarea a alguien más.

Portia se encogió de hombros. —Él lo encuentra divertido.

—Esto suena intrigante. Creo que me uniré a ellos en el estudio —murmuró Carmichael, y también se fue.

—Sube las escaleras, por el pasillo y hacia el frente de la casa —gritó Portia—. Siéntete como en casa.

Una vez que se fueron, Gilbert se volvió hacia Portia.

—Has asustado a tus padres casi hasta la muerte, jovencita —la reprendió.

—Madre sabe dónde estoy —les dijo Portia, aparentemente despreocupada.

—¿Lo sabe?

—Le dije a dónde me dirigía, pero no a mi padre. No podía dejar que él también conociera nuestro escondite secreto. —Cuando Gilbert la miró boquiabierto, se apresuró a añadir—: ¿De dónde crees que saqué la idea de venir aquí? Cuando ella y padre están en desacuerdo, casi siempre puedes encontrarla aquí, deseando probablemente no haberse casado nunca.

Gilbert asintió. —¿Y Lord Wade?

—Madre no sabe sobre Lord Wade, y deseo que siga así —dijo Portia, con ojos suplicantes pidiendo a Gilbert que guardara silencio—. Además, su tía le despellejaría si pusiera un pie en falso en esta casa.

Anna se quedó boquiabierta. —¿Su tía también vino?

—Tía y hermano. Vigilada todo el tiempo, y tremendamente entretenida he estado, también. —Portia rio suavemente—. No es tan aterradora después de verla quedarse dormida diez minutos después de llegar. Aunque bebe como un pez cada dos por tres —murmuró Portia en voz baja—. La bodega de mi tío estará vacía para el final de la semana.

Gilbert inhaló y exhaló muy lentamente. —¿Dónde está ella?

—En la sala de estar. Bebiendo otra botella de la bodega de mi difunto tío. Dice que eran viejos amigos. —Los ojos de Portia brillaron con diversión—. En su juventud, podrían haber sido algo más, sospecho, dada la forma en que lo describe en términos tan elogiosos.

Todos subieron las escaleras, interrumpiendo a la señora Lenthall mientras bebía una copa de clarete.

La anciana los saludó con ella. —Es una perspectiva tediosa, vigilar a esta, Lady Sorenson. Estaré más que feliz de entregarle la tarea a usted en el futuro.

—Gracias por estar aquí —le dijo Anna sinceramente. La presencia de la anciana añadía una capa de protección a la reputación de Portia que no podía igualarse.

—No podía dejar que mi Wade comprometiera a la chiquilla. —Asintió sabiamente—. Le dije que era tan testaruda como su tío. Mejor que atormentara a algún otro caballero primero antes de que valiera la pena perseguirla.

Los ojos de Portia se estrecharon. —Sí, ya lo ha dicho antes.

La señora Lenthall miró a Anna y señaló una silla vacía. —Siéntese y tome una copa con nosotras, Lady Sorenson. La chica y yo estábamos especulando sobre la identidad del asesino.

—El asunto está bajo investigación —prometió Gilbert mientras Anna se acomodaba en una silla y aceptaba una copa de clarete. Solo para ser sociable. Normalmente, nunca tocaría una gota a esta hora.

—Sí, estoy segura de que han interrogado a todos los sospechosos posibles y aún así no han logrado ver que el culpable más probable está justo bajo sus narices todo el tiempo —declaró la señora Lenthall, y luego dio un buen trago de su copa—. Beban, chicas.

Anna obedientemente tomó un pequeño sorbo.

Gilbert se apoyó en el respaldo de la silla de Anna. —¿Por qué dice eso, señora?

Los ojos de la anciana se iluminaron. —Después de haber estudiado todas las pruebas disponibles, ¿concluyeron que el asesino es un hombre, verdad?

Carmichael regresó en ese momento, su expresión tan preocupada como siempre que se discutía sobre sospechosos frente a él. —Sí. Alguien con interés en el futuro de Lord Carmichael.

—Sí, una conclusión bastante fácil, dado cómo sus antiguos amores han encontrado sus truculentos finales. Pero, ¿por qué concluir que es un hombre?

—Los métodos utilizados para despachar a las víctimas. Se necesita gran fuerza para matar a

alguien de la manera en que se hizo.

—Ahí es donde están completamente equivocados. —La señora Lenthall sonrió tristemente —. Cuando era una chica, tuvimos un visitante en nuestra casa. Mostró un interés antinatural, no alentado, por una de nuestras jóvenes criadas. La atrapó sola un día en el jardín. Sin duda, se habría salido con la suya.

—¿Qué pasó para detenerlo?

—Ella le destrozó la cabeza con una estatua de mármol del jardín. Normalmente, demasiado pesada para que una cosita tan pequeña la levantara.

—La rabia podría marcar la diferencia —susurró Gilbert, apareciendo conmocionado mientras miraba alrededor de la habitación—. Sugieres que el asesino es una mujer.

—Y una furiosa, aunque debe ocultarlo bien para haber escapado de la detección durante tanto tiempo —la anciana sorbió su vino—. Apuesto a que han dedicado la mayor parte de su investigación a estudiar a los miembros masculinos del *ton*. Buscan a un villano que se hace amigo de sus víctimas, no a un marginado. Ella no tiene que cazarlos, ellos vienen a ella para encontrar su fin.

Anna se cubrió la boca.

—Pero ¿por qué?

—¿Quién puede decir por qué alguien hace algo? Quizás se desilusionó en su juventud, se casó mal y ahora, por una preocupación equivocada, busca asegurarse de que Lord Carmichael haga la elección correcta. Tal vez nació para matar.

—Mi elección correcta era Angela Berry. Quien crea que no lo era no se preocupa en absoluto por mi felicidad —protestó Carmichael.

—Muchos hombres aman más de una vez en sus vidas —ofreció la señora Lenthall con simpatía—. Algunos nunca superan un corazón roto.

—Yo no lo haré —declaró Carmichael, furioso.

—Cada amor es diferente —la anciana sostuvo su copa de vino vacía contra su mejilla y cerró los ojos—. Lo que necesitamos es una manera garantizada de sacar a esta leona a la luz, y rápido, antes de que alguien más salga herido. Hagan que piense que ya has seguido adelante con otro rostro bonito. Tendría que ser la mujer adecuada, también, para que el engaño sea creíble. Alguien atrevida y valiente y, bueno... bastante obviamente encaprichada con su atractiva persona, Lord Carmichael.

Lord Wade entró en la habitación, frunciendo el ceño.

—Tía, ni se te ocurra hacer tal sugerencia —advirtió.

—Aún no he sugerido nada, querido. Estoy segura de que estos jóvenes llegarán a la misma conclusión que *nosotros* a su debido tiempo.

Portia suspiró y luego miró a Lord Carmichael.

Él estaba negando con la cabeza.

—No pondré a nadie más en peligro.

Un presentimiento invadió a Anna cuando la expresión de Portia cambió a una de grim determinación. Se volvió hacia Gilbert.

—¿Qué se está sugiriendo?

—Tender una trampa al asesino —respondió Lord Wade con amargura—. No dudará en derribar a otra mujer que se interponga en su camino. No si leyó ese artículo en el periódico.

—El artículo sugería que un villano masculino estaba actuando, no una mujer —dijo Gilbert lentamente—. Ella podría seguir creyéndose sin detectar y a salvo de sospechas. ¿Y si la víctima

potencial supiera lo que podría pasar y aceptara el riesgo?

Lord Wade negó con la cabeza.

—Una tontería, y no participaré en ello.

Portia lo miró con el ceño fruncido.

—Pero si tú también estás vigilando, tendrán más posibilidades de atraparla en el acto. Se necesitarán pruebas y tú serás un testigo excepcional.

—La última vez fue un corte en la garganta y una puñalada en el corazón —gruñó Lord Wade—. No sabes cómo protegerte de eso.

—Pero tú puedes ayudarme a prepararme —decidió Portia, poniéndose de pie—. Tenemos tiempo para practicar juntos.

—No —Lord Wade giró sobre sus talones y se alejó hacia la casa.

—Lo hará —prometió Portia, sentándose de nuevo—. Al final hará lo que yo quiera.

—Portia, ¿estás segura?

—Oh, sí. Quiero venganza por Angela, Lydia, Myra y todas las demás.

—Tendrás que hacer más que desviar una hoja —sugirió Gilbert—. Si es una mujer, estará bien escondida. El momento debe ser el adecuado para atraparla en el acto de atacarte. ¿Carmichael?

Carmichael permanecía inmóvil, mirando a la nada. No había añadido mucho a la conversación, y Anna se preocupó de que estuviera completamente en contra del plan.

—¿Carmichael? —Fue hacia él cuando no respondió—. Price, ¿qué pasa?

Él parpadeó lentamente y se centró en su rostro como si ni siquiera hubiera estado escuchando.

—La detendré.

Miró a Gilbert y luego bajó los ojos.

—La detendré.

—Todos la detendremos —le dijo ella—. Esto la hará salir, pero también será peligroso para ti. Quiero que tengas cuidado.

Carmichael sonrió tristemente.

—No soy yo el que está en peligro.

—Los vigilaré a ambos toda la noche —prometió Gilbert.

—Yo también —insistió Anna.

—Necesitaré un poco de tiempo para arreglar las cosas —murmuró Carmichael, negando con la cabeza. Miró a Portia, frunciendo el ceño—. Tendrás que ser muy convincente.

—Oh, ya estoy medio enamorada de ti, ¿no lo sabes? —Sonrió—. Todos creerán que me he lanzado a tus brazos al final de la noche.

—Ya he enviado mi aceptación al baile de los Bertram. Hablaré con los anfitriones para asegurarme de que todos ustedes también hayan sido invitados, señorita Hayes. Resérveme dos bailes en su tarjeta de baile, asegúrese de que las damas más importantes, las que chismorrean, sepan que lo he hecho —apretó la mandíbula—. Sea coqueta conmigo, incluso desde el otro lado de la pista de baile. Un lacayo le entregará una nota al principio de la noche. Papel en blanco es todo lo que necesitamos para este juego. Asegúrese de sonrojarse cuando finja leerla. Si alguien pregunta, es una nota de amor de un admirador ardiente. Guárdela y luego escabúllase a la biblioteca de Lord Bertram, como si tuviera la intención de reunirse conmigo allí. Tenderemos nuestra trampa mientras todos los demás están en la cena.

—¡Esto es una locura! —insistió Lord Wade, que había regresado para escuchar el final de la

discusión.

Carmichael se giró.

—Debe seguir a la señorita Hayes dondequiera que vaya.

Wade apretó la mandíbula.

—Si se daña un solo cabello de su cabeza, lo haré responsable.

—Ya me considero responsable. Esto *es* mi culpa. Si no hay nada más —preguntó Carmichael, mirando a todos—. Me esperan en un almuerzo hoy y no puedo llegar tarde. Sería mejor no revelar el juego a nadie, así que actúen con naturalidad alrededor de amigos y familiares, especialmente. Los veré a todos de nuevo el viernes por la noche.

—Ten cuidado —gritó Anna a Carmichael, pero él ya se había ido antes de que escuchara cualquier respuesta.

—Supongo que tendré que volver a casa de mis padres antes de que llegue el baile —dijo Portia con tristeza, mirando la habitación con anhelo—. Me encanta estar aquí.

—Carmichael podría visitarte en casa también, así que el que te distinga no parecerá tan repentino en el baile. A la sociedad le encanta chismorrear sobre los romances nacientes —comentó la señora Lenthall a Portia, como si eso fuera a animarla.

—Ciertamente lo hacen. —Portia hizo una mueca—. Mañana me iré temprano a casa. Me escabulliré antes del amanecer y convenceré a mi padre de que he estado en casa todo el tiempo —prometió—. Ya ha caído en eso antes.

—No es tan tonto —protestó Gilbert.

—No tienes idea de lo estúpido que puede ser —murmuró Lord Wade entre dientes—. Es asombroso lo que ella se sale con la suya.

Portia se acercó a Lord Wade, con el labio inferior temblando ligeramente. Puso su mano sobre los brazos cruzados de él.

—Contaré contigo.

—No hagas eso —dijo él, apartando la mirada rápidamente—. No finjas que no estás feliz de saber que tendrás la atención de Carmichael toda la noche. Tu acuerdo en esta pequeña trampa tiene muy poco que ver con atrapar a un asesino.

—Bien —dijo ella, dejando caer su mano—. Crees que me conoces tan bien. Solo no te distraigas con las otras caras bonitas que te gusta observar.

Él frunció el ceño furiosamente entonces. Su mandíbula se tensó, pero mantuvo la boca cerrada.

Portia se encogió de hombros.

—Eres tan terco.

—Tú también lo eres. —Anna puntualizó esa afirmación pinchando el brazo de su amiga—. ¿No tienes miedo?

—Sí y no. —Se mordió el labio—. Es lo correcto. Coquetear con Carmichael hará que el asesino salga de su escondite. La señora Lenthall y yo lo discutimos esta mañana durante el té, y ambas estamos de acuerdo en que vale la pena el riesgo.

—Pero podrías resultar herida, incluso muerta. No podría soportar perder a todos mis amigos esta temporada. —Anna la abrazó fuertemente—. Debes tener cuidado.

Portia se apartó, asintiendo.

—Wade me enseñará a defenderme. Él estará en las sombras como siempre. Estaré tan segura como sea posible.

—¿Y después?

Portia le besó la mejilla y giró a Anna hacia la escalera.

—Ya veremos qué pasa después del baile. Hablaremos de nuevo cuando todo esto haya pasado.

—Si sobrevives, quizás —murmuró Wade mientras pasaban.

Ella miró hacia atrás a Gilbert. Se había detenido detrás de ellas, mirando al vacío.

—¿Gilbert? ¿Ocurre algo malo?

Él la miró bruscamente.

—Sí y no. Vamos a casa. Tenemos mucho que hacer antes del próximo baile.

CAPÍTULO 25



TANTAS COSAS PODÍAN salir mal esta noche.

Gilbert podría haberse obsesionado con el sospechoso equivocado, pero no creía haber cometido un error. Davis aún estaba recopilando pruebas y se las traería aquí.

Habían reevaluado a todos los relacionados con las víctimas del asesinato y con Carmichael. La conversación con la señora Lenthall había despertado un recuerdo desagradable que no podía quitarse de la cabeza. Carmichael tenía otra confidente. Alguien a quien le contaba todo, incluso cosas que no eran estrictamente ciertas.

Gilbert entró en el salón de baile con Anna del brazo, consciente de que su esposa estaba temblando de tensión. Gilbert intentó proyectar una calma que no sentía del todo, por el bien de ella. Sus preocupaciones eran profundas. La señorita Hayes podría estar indefensa si su protección fallaba esta noche. No podía permitir que el asesino escapara de nuevo.

Una mujer.

Una *dama* cuya reputación se consideraba intachable, más allá de toda sospecha.

No había tenido motivos para sospechar de ella en el asesinato de Angela Berry, porque había creído la mentira que vivía.

Los celos de una mujer frustrada por el amor eran algo terrible, aún más en este caso.

No se había sentido tan asqueado por sus sospechas desde que se descubrió al asesino de Jane Peabody.

El baile de los Bertram ya estaba repleto de invitados y risas, pero para él el sonido era forzado. Anna estaba ansiosa por encontrar a Portia entre la multitud, y no dejaba de ponerse de puntillas para buscarla.

—Sabes que por mucho que lo hagas, seguirás siendo dolorosamente bajita —murmuró Carmichael detrás de ellos.

Gilbert se volvió ligeramente, viendo a Carmichael moverse hacia el otro lado de Anna. Parecía que no había dormido de nuevo, a pesar de la sonrisa en sus labios. Las burlas de Carmichael hacia Anna, al parecer un hábito incesante, le molestaban muchísimo. —Carmichael, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No en este momento. —Miró al otro lado de la sala y asintió—. Lady Scott está aquí.

Gilbert lo miró rápidamente para ver si estaba preocupado por eso, pero su comentario parecía más una observación trivial que una advertencia.

Anna sonrió ampliamente. —Disculpadme mientras voy a saludarla.

—Sí, mejor ve corriendo a mantenerla contenta —dijo Carmichael en voz baja.

Gilbert no perdió de vista a Anna, aunque ahora como mujer casada, debería estar a salvo.

—No te he visto en unos días —le comentó a Carmichael—. ¿Dónde has estado?

—Ya lo sabes. —Carmichael sonrió—. Has tenido hombres siguiéndome a mí y a mi personal durante días.

—¿Cómo lo supiste?

—He aprendido una o dos cosas sobre seguir a la gente estas últimas semanas.

—Necesito decirte algo.

—Puede esperar. La señorita Hayes y sus padres han llegado. —Empezó a sonreír ampliamente al grupo al otro lado de la sala.

Portia Hayes respondió con su propia sonrisa y agitó su abanico antes de volver a girarse hacia sus padres.

Bueno, eso parecía ser un coqueteo imposible de pasar por alto. Echó un vistazo a la sala, preguntándose cuánta gente podría haberlo notado. —La has visitado.

—Oh, sí. También la llevé a pasear en carruaje por Hyde Park. —Sonrió de nuevo—. La señorita Hayes hizo una buena actuación, saludando a todos los que pasábamos e inclinándose hacia mí una y otra vez.

—¿Así que la gente ya está hablando?

—Me imagino que sí.

Carmichael le dio la espalda a Portia, estirando el cuello sobre la multitud. —¿Ves a algún lacayo con bebidas por ahí?

—Podría ser mejor idea mantener la cabeza despejada esta noche.

—Manteniendo el personaje —prometió. Carmichael hizo una seña a un lacayo que se apresuró a su lado con una bandeja de bebidas. El hombre se alejó después de unas palabras, dejando a Carmichael sin nada para beber.

—¿De qué iba eso?

—Espera y verás. —Sonrió, mirando hacia la señorita Hayes mientras el lacayo se detenía a su lado con una bandeja llena de champán. Ella tomó una, sonrojándose intensamente.

—Ahí lo tienes.

—No te dejes llevar demasiado por este falso coqueteo. No queremos que su reputación quede hecha trizas.

—Un poco de mancha es inevitable —concedió—. Ella lo sabe.

Anna se apresuró a acercarse, aparentemente terminada su pequeña charla con Lady Scott. Tiró de Carmichael hacia abajo para susurrarle al oído. Aun así, él logró escuchar cada palabra. —¿Portia mencionó a quién más tenía en mente su padre para que se casara el otro día?

—No, nunca lo dijo. ¿Por qué?

Anna frunció el ceño. —No deja de hacer gestos a Lord Grindlewood para que se una a ellos.

La expresión de Portia Hayes parecía francamente hostil mientras estaba de pie junto a su padre. —Se supone que debe parecer que está encaprichada —se preocupó.

—Grindlewood no se interpondrá en el camino —prometió Carmichael—. Sé cómo lidiar con él.

—¿Qué vas a hacer?

Carmichael se estiró el chaleco. —Lo que debo. Disculpadme.

Gilbert lo vio alejarse, cruzando la sala para convencer a los demás de que estaba cortejando a Portia Hayes. Anna entrelazó su brazo con el suyo, mordiéndose el labio con preocupación. —

Espero que no se deje llevar por esto —prometió Anna.

—No lo hará, pero esto tiene que terminar esta noche.

Anna lo miró. —Apenas puedo respirar.

Él puso una mano en la parte baja de su espalda y dibujó un círculo tranquilizador. —¿Bailamos? Hay tiempo.

Anna negó con la cabeza. —Me temo que estoy demasiado nerviosa para bailar bien.

—¿Un paseo por el salón de baile entonces? Podríamos salir a la terraza un momento para mirar las estrellas.

Ella asintió. —Siempre he querido hacer eso.

—Hmm, creo que esa es fácilmente la mejor idea que he tenido nunca. Ven conmigo.

Gilbert la escoltó por la sala a paso lento, deteniéndose para aceptar felicitaciones por su matrimonio. Mantuvo un ojo sobre Carmichael y la señorita Hayes, así como sobre sus amigos. Gilbert no podía dejar de sonreír, pero cuando miró a su esposa después de dejar a otro grupo de invitados, vio que había perdido su atención.

—No me estás mirando —susurró.

Anna levantó la vista, sobresaltada.

—Oh, le ruego me disculpe.

—No pasa nada —sonrió con dulzura—. Ahora tengo una idea de cómo debiste sentirte la primera vez que bailamos juntos.

Anna también rio suavemente.

—En ese entonces, no tenía idea de que quisieras conocerme mejor. Ahora es diferente.

Era diferente. No podía apartar los ojos de Anna sin importar dónde estuvieran. Se sentía extraordinariamente orgulloso de ser su esposo, de haber descubierto una joya rara para conservarla como suya. Pero también quería saber cómo se sentía Anna respecto a él.

—¿En qué sentido?

—Bueno, estamos casados, y sé que volveremos a casa juntos cuando termine esta noche.

—A *nuestra* cama —enfatizó con un tono decididamente ronco. No podía esperar a estar a solas con su esposa cuando todo esto terminara. Tal vez la mantendría en la cama todo el día. Ella había mostrado una deliciosa inclinación hacia los deportes de alcoba. ¿La escandalizaría si retozaban en otras partes de la casa también? No podía esperar para averiguarlo.

La llevó hacia las puertas de la terraza y la luz de la luna. Se detuvo a la vista de las puertas y notó a Davis acechando en las sombras. Contuvo a Davis un momento para que Anna pudiera disfrutar de la vista.

—Ahí.

Anna miró hacia el cielo, con una sonrisa jugando en sus labios.

—Cuando era niña, siempre pensé que sería romántico casarse bajo un cielo iluminado por la luna.

—Bueno, puede que no sea estrictamente oficial, pero resulta que me sé los votos matrimoniales de memoria. Cuando esto termine, podríamos escabullirnos y repetir nuestros votos a la luz de la luna.

—¿Una temporada de asesinatos? ¿Harías eso por mí?

—Lo que sea por ti —Gilbert la acercó, considerando sus posibilidades de robarle un beso de los labios, pero Davis estaba mirando. Se inclinó y rozó sus labios por su mejilla en su lugar—. Tantas veces como quieras.

Sus ojos se iluminaron y se apoyó contra él, con las manos descansando sobre su pecho.

—¿Cómo tuve la suerte de casarme con un hombre tan romántico?

Él acunó su rostro.

—Yo también soy afortunado.

Davis eligió ese momento para aclararse la garganta.

Gilbert se apartó de su esposa.

—¿Quería verme?

—Sí, mi lord. Me disculpo por la interrupción, pero es bastante urgente.

—Ve —le instó Anna, empujándolo suavemente.

Él se apresuró hacia las sombras, sin perder de vista a su esposa.

—Supongo que tiene noticias para mí.

Davis asintió, lanzando una mirada preocupada a Anna.

—Ella acabará enterándose de la verdad.

—Sí, mi lord. Nuestra investigación sobre Lord Carmichael está completa.

—¿Y? —Gilbert se movió inquieto, ansioso por confirmar o desmentir sus sospechas.

—El conde es, sin duda, inocente. Sin embargo, se descubrió una irregularidad que implica a la persona que usted mencionó.

—¿Como cuál?

—Compras hechas a un platero de un diseño bastante peculiar. Varias de ellas a lo largo de los años... y otra justo ayer.

—Así que atacará de nuevo. ¿Cómo se oculta el arma?

—Un abanico, mi lord —Davis frunció el ceño—. He comparado las hojas y coinciden. El platero también reconoce su propio trabajo y ha descrito a la dama con precisión. No puede haber duda.

Gilbert se pasó la mano por el pelo. Una parte de él había esperado estar equivocado.

—Demonios.

—En efecto, mi lord —Davis metió la mano en su bolsillo y extrajo un elegante abanico de dama—. El mango se desprende así.

La plata brilló a la luz de la luna, pero Gilbert oyó voces acercándose.

—Guarde eso rápidamente.

—Dada la evidencia, ¿deberíamos detener a la dama?

Consideró qué hacer.

—Arrestar a la amiga de mi esposa en un escenario así será problemático. Recuerde, está armada.

Davis miró más allá de él hacia el salón de baile.

—Cuantos menos invitados haya alrededor, más fácil será prevenir lesiones accidentales.

—Continuaremos con el plan que tenemos. Vigílela. No la pierda de vista. Esté listo para entrar en la biblioteca a la primera señal de alarma.

—Muy bien, mi lord —Davis retrocedió hacia las sombras y desapareció sin hacer ruido.

Gilbert volvió al lado de Anna y la rodeó con el brazo.

Anna se estremeció cuando se anunció el baile antes de la cena y lo miró.

—Ya casi es hora.

Gilbert tomó su mano entre las suyas.

—La nota de Carmichael ya habrá sido entregada.

—¿Puedes ver a Portia?

—Creo que ya se ha ido.

—Nosotros también deberíamos irnos —lo miró—. Gilbert, ¿ya sabes quién es?

—Sí —levantó su mano hasta sus labios y besó sus nudillos—. Lo que hace que lo que tengo que decir sea aún más difícil. ¿Sabes por qué están matando a esas mujeres?

—Porque permitieron que Carmichael les robara un beso.

—Sí y no. Sospecho que siempre ha habido una novia preferida para él —confesó.

Ella se humedeció los labios.

—¿Yo?

—Sí, tú —dejó que asimilara esa sospecha antes de volver a hablar—. Sé que nuestro plan depende de atrapar al asesino en el acto, pero debes prepararte para la conmoción y no hacer nada para evitar que ella haga el intento.

Parecía respirar muy rápido.

—¿Por qué?

—Hablamos de una mujer con la señora Lenthall el otro día. Mi investigación se ha centrado en una persona desde entonces. Sé que tu padre nunca ha ocultado el hecho de que quería, *esperaba*, que Carmichael se casara contigo. Sabes que hay alguien más que también quería eso, ¿verdad?

Anna jadeó.

—No. ¡Ella no lo haría!

—Es despiadada, astuta y está muy enfadada con cualquiera que se interponga en su camino. Y yo estoy en su camino ahora que nos hemos casado. Quiero que te mantengas alejada de ella a toda costa, sin importar lo que me pase.

Ella lo miró conmocionada.

—No te pasará nada. No lo permitiré.

Era agradable ser el destinatario de palabras tan dulces, aunque ella no tuviera el poder de evitar que lo lastimaran.

—Me han disparado antes.

—¿Dónde? No vi ninguna herida.

—En la pierna —respondió y le besó la frente—. Te mostraré la cicatriz cuando esto termine.

—Te protegeré.

Él creía que ella hablaba en serio. Sin embargo, no permitiría que se pusiera en peligro. Ella y Carmichael eran, probablemente, las únicas dos almas a salvo de la ira de esta asesina. Estaban destinados a estar juntos, o al menos eso creía la asesina.

Gilbert estaba decidido a detenerla por cualquier medio, incluso poniendo en riesgo su propia vida.

Acercó a Anna a su lado y caminaron lentamente hacia la biblioteca por la terraza desierta. Tenían muy poco tiempo antes de que sonara la campana de la cena. Esa era la señal para entrar en la habitación. Necesitaban estar listos para entrar y salvar a la señorita Hayes.

Cuando llegaron a la puerta de la terraza que daba a la biblioteca, Anna se estremeció. Él llevó la mano de ella a sus labios para darle suerte y le besó los nudillos una vez más.

La puerta de la biblioteca se había dejado abierta a propósito para permitirles una entrada fácil.

Se llevó un dedo a los labios y luego se deslizó primero en la habitación, sabiendo que Anna lo seguiría.

Instantáneamente, sintió la presencia de otros... respiraciones y el roce de tela. No podía identificar a nadie, pero vio dos cuerpos de pie a la luz de la luna. Uno pequeño, el otro

dominando sobre ella.

Carmichael tenía sus manos alrededor del cuello de su madrina.

—¿Qué diablos estás haciendo? ¡Detente!

—No —respondió Carmichael con un tono sorprendentemente mortífero. Se oyó otro sonido en la habitación, el jadeo de alguien siendo estrangulado—. Tiene que morir.

Los hombres de Bow Street, liderados por Davis, irrumpieron en la habitación por todas las puertas y los rodearon. Gilbert buscó a Portia Hayes, suspirando al verla sana y salva al lado de Lord Wade.

—¡No por su mano, mi lord! —gritó Davis.

—No me detendrán. Las damas estarán a salvo ahora. ¡Se los prometo! —juró Carmichael.

Gilbert se movió rápidamente para interceptar a su amigo, al igual que Davis.

—Era Bess todo el tiempo —respondió sin soltar su agarre—. Ella mató a Lydia y a Myra y a mi Angela. Quizás a más. Nunca la perdonaré por esta traición. ¡Confié en ella! ¡Confié en ella!

Los ojos de Lady Scott estaban saltones, sus manos se debilitaban sobre las manos aplastantes de Carmichael. Si Carmichael la mataba, las familias de las otras víctimas nunca la verían vivir para ser acusada. Carmichael también sufriría por matarla, y ya había sufrido bastante.

Gilbert los separó, manteniendo sujeta a Lady Scott cuando quedó libre. Davis retuvo a Carmichael.

Gilbert dejó caer a Lady Scott, aún viva y jadeando por aire, en la silla más cercana.

Antes de que pudiera hablar, Anna se había interpuesto entre Lady Scott y Carmichael, pero su atención estaba solo en su amigo.

—No puedes matarla. No eres como ella.

—¡Podría hacerlo por lo que le hizo a Angela! —gritó Carmichael, luchando contra Davis.

—Angela no querría tal venganza —le prometió Anna, dándole palmaditas en el pecho—. Era un alma gentil y querría que vivieras una vida larga y feliz sin una muerte en tu conciencia, sin importar cuánto pudiera merecerlo.

Lady Scott tosió y luego levantó su abanico, sosteniéndolo con ambas manos.

Gilbert le arrebató el arma de las manos, revelando a todos que el mango estaba unido a una larga hoja afilada.

—Una coincidencia exacta con la hoja encontrada en el pecho de la señorita Lacy.

Carmichael palideció y retrocedió un paso.

—¿Cómo pudo hacerle esto? —Anna miró a su mentora con lágrimas en los ojos—. ¿Tenía que saber cuánto significaba Angela para él? ¡Estaban enamorados!

—Palabra vacía, amor. Dicha muchas veces y nunca en serio. —Lady Scott dirigió unos ojos fríos como el invierno hacia Anna—. ¿Qué podrías saber tú del amor todavía?

—Sé lo suficiente para estar segura de que no podría vivir sin él —susurró.

Lady Scott se encogió de hombros.

—No eran aptas para la distinción que anhelaban. Lo habrían arruinado.

Anna jadeó.

—Angela era perfecta para él.

—¡Tonterías! Carmichael me contó todo sobre sus pequeños amoríos. —Lady Scott asintió rápidamente—. Ambos serán libres de tomar la decisión correcta ahora.

—¡Seré libre cuando la cuelguen! —insistió Carmichael, dando un paso amenazador hacia adelante.

—Verás que tengo razón muy pronto. Te ayudaré, como siempre lo hago.

—¿Ayudarme? ¡Me has arrancado el corazón del pecho y nunca volveré a encontrar un amor como ese! —gritó Carmichael, dándose la vuelta.

—Lo hice por ti —susurró Lady Scott mientras bajaba la cabeza hacia su mano—. Te liberé.

—¿Todos escucharon su confesión? —preguntó Gilbert.

—En efecto.

Lady Scott levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos brillantes por la fiebre se volvieron hacia Anna mientras su cabello caía lentamente de sus ataduras.

—Me encargué de su instrucción personalmente. Nunca se comportará como menos que una dama. Siempre le será leal. Nunca sería seducida por una cara bonita.

—Lo fui —murmuró Anna suavemente.

Gilbert quería sonreír, pero el instinto lo hizo tensarse cuando los ojos de Lady Scott se estrecharon sobre él.

—Los maridos van y vienen.

Vio el brillo del metal en la mano de Lady Scott, un momento antes de que se abalanzara hacia él y le clavara otra hoja en el costado.

CAPÍTULO 26



ANNA VOLÓ HACIA su marido cuando este cayó al suelo con fuerza. Los demás se abalanzaron sobre Lady Scott, pero ella no tuvo tiempo de ver qué le sucedía a su antigua mentora cuando su esposo había sido claramente atacado.

Encontró el pañuelo de Gilbert mientras buscaba la ubicación de la herida. —Estás bien —le dijo.

Gilbert tenía la mano presionada contra su costado y ella reemplazó su mano con el pañuelo, presionando firmemente sobre la herida.

Se movió para acunar la cabeza de Gilbert en su regazo mientras los sonidos de lucha se elevaban más allá de ellos. Gilbert podría haber predicho que alguien saldría herido esta noche, pero ella no lo perdería. No podía soportar la idea. —¡No te atrevas a no estar bien! —susurró Anna.

Gilbert se esforzó por levantar la cabeza, y Anna también miró cuando se dio cuenta de que el silencio había caído en la habitación.

Los agentes de Bow Street retrocedieron. Carmichael y Lord Wade estaban tirados a ambos lados de Lady Scott, quien yacía boca arriba en el suelo. La dama luchaba por respirar, y la hoja corta con la que había atacado a Gilbert sobresalía de su pecho. Era imposible saber cuál de los dos hombres había apuñalado a Lady Scott.

Su mentora, la mujer a quien había buscado enorgullecer, había matado a sus amigos más cercanos. No tenía palabras para expresar su conmoción e indignación.

—Podrías haberlo hecho mucho mejor, Anna —jadeó Lady Scott, y luego extendió la mano hacia Carmichael—. Todo fue por ti, querido.

Carmichael apartó su mano bruscamente. —¡Aléjate de mí!

Portia se acercó, parándose cerca de Lord Wade, retorciéndose las manos. —¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí —respondió Wade, apartándose de Lady Scott.

La pareja se acercó más y pareció que se tocaron, pero Anna no podía estar segura desde ese ángulo. —¿No vas a desmayarte, verdad?

—Nunca me voy a librar de eso, ¿verdad?

—Nunca —dijo ella, sonriéndole.

Anna volvió a mirar a Lady Scott mientras esta seguía hablando.

—Cuando te oí hablar de las mujeres que estabas cortejando, no podía permitir que

cometieras el mismo error que tu padre. Nunca te habrían enorgullecido. Te salvé de cometer un terrible error.

—El único error que cometí fue escuchar tu consejo sobre los peligros de casarse demasiado joven —le dijo Carmichael—. El título se extinguirá cuando yo muera, gracias a ti.

—No permitiré... —La respiración de Lady Scott se volvió entrecortada. Hizo un sonido más y luego, de repente, quedó completamente en silencio. Cuando Anna miró de cerca, notó que sus ojos estaban abiertos, mirando a Carmichael, pero su pecho ya no subía ni bajaba.

Había exhalado su último aliento, aún convencida de que su manera había sido la correcta.

Carmichael le cerró los ojos y luego se desplomó de espaldas con un gemido.

Davis comprobó el pulso de Lady Scott en su muñeca. Después de un momento, se puso de pie y se sacudió. —Está muerta. Se acabó.

Gilbert apoyó la cabeza en el regazo de Anna y levantó una mano ensangrentada hacia ella. —*Se* acabó, hermosa. Nunca más. Lo prometo.

—Gracias al cielo por eso. —Anna tomó su mano y se inclinó sobre su marido para besar sus labios—. ¿Qué tan mal estás herido?

—No tan mal como temí al principio, pero ahora me escuece como el mismísimo diablo.

—Traiga un médico, Wade —le suplicó a su amigo.

—Enseguida —respondió Lord Wade—. ¿Portia?

Portia corrió hacia él y juntos salieron apresuradamente de la habitación.

Anna se desplomó y le apartó el cabello de la frente. —Te amo —susurró contra sus labios antes de besarlo.

Él sonreía cuando ella se apartó. —¿De verdad?

—De verdad —prometió. Retiró el paño que había apretado sobre la herida y notó que había sangrado muy poco—. Temía que te hubiera herido de gravedad. La hoja parecía tan brillante.

—Y afilada, pero creo que es una herida superficial. —Él también examinó la herida—. Aun así, necesitaré un médico. ¿Carmichael?

—Tendrán que encontrar a su doncella e interrogarla —sugirió Carmichael en voz baja—. La mujer ha estado limpiando sangre de la ropa de su señora durante al menos dos años que sepamos. Ella sabrá cuándo empezó y por qué. Voy a dejar que Bow Street se encargue del resto.

Gilbert se apartó de su regazo hacia Carmichael, gimiendo de dolor. —¿Sabías que era ella antes de esta noche?

—Aquel día con la señora Lenthall. Ella debutó el mismo año que Lady Scott. —Carmichael gimió—. Recuerdo haberme preguntado por qué nunca mencionó esos asesinatos.

De repente, su marido se arrastró por el suelo hacia Carmichael y le apartó la mano del estómago. —Maldita sea, ¿por qué no dijiste que estabas herido?

Anna gateó hacia Carmichael. —¡Price!

—Ella *era* más rápida y fuerte de lo que jamás imaginé —se quejó Carmichael. Miró su estómago—. Está bien, Anna. Ya no duele tanto.

—Estás sangrando, idiota. —Encontró un pañuelo limpio en el bolsillo del abrigo de su amigo y lo presionó contra la herida. Carmichael gimió lastimosamente. Ella lanzó una mirada preocupada a su marido, que volvía a sujetarse el costado—. Tú acuéstate otra vez. La ayuda está en camino.

—La pequeña señorita Perfecta necesita trabajar en sus modales junto a la cama —se quejó Carmichael.

—Es *Lady* Perfecta para ti —le dijo Anna con afectación, luego notó cómo la sangre ya

estaba empapando el pañuelo y mojando sus dedos—. Realmente necesita ese médico.

Las puertas se abrieron de golpe y un hombre se apresuró a unirse a ellos, instando a Anna a ceder su posición sobre la herida de Carmichael. Ella se movió para sostener su cabeza, decidida a ser cualquier consuelo que pudiera ser. —No puedes morir. Dijiste que ahora seríamos amigos.

—Intentaré no decepcionarte muriendo, entonces. —Carmichael buscó su mano. Anna sostuvo sus fríos dedos mientras examinaban su herida, la sondeaban y finalmente la declaraban segura para ser vendada. Afortunadamente, Carmichael se desmayó cuando el dolor se volvió demasiado intenso.

Cuando lo hubieron vendado lo suficiente, los caballeros lo levantaron.

—¿A dónde lo llevan?

—A casa para recuperarse —dijo uno.

—Pero no hay nadie en su casa para cuidarlo adecuadamente. Ni siquiera un chef decente. —Ella miró a su marido, que también estaba vendado pero ya de pie—. Puede venir a casa con nosotros, ¿verdad?

Anna había aprendido que Carmichael ya casi vivía en la casa de Gilbert antes de su matrimonio. Prefería saber dónde estaba Carmichael que ir y venir entre sus casas para asegurarse de que estuviera bien.

Gilbert asintió.

—Lo cuidaremos, pero necesito quedarme y atar algunos cabos sueltos.

—Pero tú también estás herido —protestó ella.

—Solo es un rasguño —prometió, mostrando que su costado recién vendado estaba libre de manchas de sangre.

Parecía moverse con libertad, así que ella esperaba que aceptar no fuera un error.

—Está bien.

—Yo lo vigilaré y le entregaré a su marido sano y salvo, mi señora —le prometió Lord Wade mientras volvía a la habitación con su tía del brazo.

—¿Dónde está Portia?

Su sonrisa se tensó.

—Donde siempre ha querido estar.

La señora Lenthall se acercó al cuerpo de Lady Scott.

—No es ninguna sorpresa. Nunca se cayeron bien.

—Casi nos engaña a todos —confesó Gilbert.

—Al final lo descubrieron —ofreció la señora Lenthall con gracia—. Carmichael los necesitará a ambos más que nunca después de esta traición. No dejen que se obsesione demasiado.

—Siempre contará con nuestro apoyo y el de mi padre.

El rostro de Lady Scott fue cubierto en espera de la decisión sobre qué hacer con su cuerpo. A Anna no le importaba dónde la enterraran. Esa mujer había lastimado a su marido, matado a sus amigos y destruido la felicidad de su ahijado. Eso no podía perdonarse. Se alegraba de que la pesadilla hubiera terminado.

Gilbert se acercó, con expresión seria.

Ella se puso de puntillas y besó sus labios para borrar esa expresión.

—¿Cuánto tardarás?

—Unas horas, supongo. Como sugirió Carmichael, hay que interrogar a su doncella y a todo el personal de la casa. También hay que registrar su casa en busca de más pruebas, aunque

tenemos testigos y esas cuchillas que llevaba como evidencia.

—Te esperaré en casa entonces —prometió.

—Bien. Anna, antes de que te vayas, tengo una cosa más que decirte.

—¿Qué es?

Él acarició su mejilla.

—Te amo muchísimo.

Anna besó a su marido profundamente, sonrojándose incluso mientras lo hacía. Y luego lo besó de nuevo porque podía hacerlo. No había razón para detenerse. Estaban casados y enamorados el uno del otro.

—Creo que me enamoré de ti la primera noche que nos besamos. Qué romántico. —Lo miró con audacia. Habría hecho cualquier cosa que él hubiera querido esa noche—. Date prisa en volver a casa para que pueda besarte más.

—Nada me separará de ti nunca más —prometió, y ella creyó que lo decía en serio.

EPÍLOGO



Finales de verano, Kent

Anna clasificaba el correo del día. Había cartas para ella, cartas para su huésped actual y cartas para su marido. Las cartas de su huésped desprendían el perfume más horrible, y las mantuvo alejadas de su nariz. —¿Podrías llevar estas a la terraza, por favor, Jane? Otra de las admiradoras de Lord Carmichael ha descubierto dónde se hospeda este verano.

—Muy bien —respondió Jane, aunque sonando bastante molesta por la tarea.

Anna observó a su acompañante marcharse, ocultando su preocupación por lo transparentemente enamorada que estaba la mujer de su huésped. No es que Lord Carmichael notara la devoción de Jane Lord hacia él, ni actuaría en consecuencia si lo hiciera. Carmichael, por su parte, parecía ajeno a casi todo estos días, todo excepto la ausencia de licores a su lado día y noche.

No había nada que pudiera hacer por Carmichael. Su pérdida era profunda y su confianza en los demás quizás nunca se recuperaría por completo.

Lo que Anna *sí* podía hacer era ayudar a su marido. Leyó las direcciones de remitente en las cartas y supo lo que debía hacer.

Gilbert había estado de mal humor durante días y ella creía saber por qué.

Fue a su despacho y entró sin llamar. Como esperaba, logró sobresaltar a Gilbert, quien se apresuró a esconder los papeles y mapas. Respiró hondo y se sentó, observando cómo crecía su vergüenza. —Tengo el correo de hoy conmigo.

Él se estiró para alcanzarlas. —Bien.

Leyó las inscripciones en todas las cartas, y luego se quedó mirando una más tiempo que las demás. Si no se equivocaba, era otra carta del Sr. Davis, el Bow Street Runner.

Dejó las cartas a un lado.

Anna no iba a permitir que descartara el problema sin luchar. —¿Vas a abrirla?

Él se humedeció los labios.

—Gilbert, prometiste que no tendríamos secretos entre nosotros —se quejó.

—No hay secretos cuando mi esposa ve el correo antes que yo —refunfuñó, finalmente mirándola—. Pedí que me lo trajeran primero. Sabes lo que quiere de mí.

Ayuda. —Lo sé, y tú sabes que quieres ir y ver qué puedes hacer para asistir en su investigación —respondió ella.

—No, no quiero —replicó, metiendo las cartas bruscamente en el cajón—. Mis

responsabilidades están aquí ahora, con mi esposa y la finca.

Anna se levantó de nuevo y se apresuró a rodear el escritorio. Se sentó a la fuerza en su regazo y lo abrazó con fuerza. —Por supuesto que quieres ir y ayudar al hombre. He sabido durante días que irías. Puedo arreglármelas aquí sin ti durante unas semanas o meses mientras investigas.

Él la abrazó de vuelta. —Se puede hacer sin mí.

Ella creía que la tarea se completaría más rápido con él que sin él. —¿Quién conoce mejor la mente criminal que el sabueso del Todopoderoso?

—No me llames así —la reprendió, tratando de escapar del título que se había ganado hace mucho tiempo. Su marido era un hábil investigador, y no podía estar más orgullosa. Porque lo amaba, nunca podría retenerlo.

Anna lo abrazó. —¿Escribirás todos los días que estés fuera?

Él suspiró contra su garganta. Sus dedos se elevaron para acunar su rostro y la acercó más contra él. —Cada mañana y cada noche, lo juro.

—Bien. Ahora, ya tengo a tu ayuda de cámara empacando para tu viaje. El carruaje estará frente a la casa en una hora. ¿Necesitas algo de mí?

Él negó con la cabeza, sonriendo. —Juré dejar este sórdido negocio cuando nos casamos.

—Nunca te lo pedí. —Sonrió y pasó sus dedos por su cabello, absorbiendo su imagen.

—Podrías hacerlo —sugirió. Movió su mano por su pierna arriba y abajo—. Haría cualquier cosa que quisieras de mí.

Ella sonrió. —Mi amor es sin condiciones, pero si quisieras hacer algo por mí, podrías llevarte a Carmichael contigo.

—¿Te está molestando de nuevo?

—Aún no, pero presenta una figura tan trágica que está en peligro de romper un corazón muy cercano a mí sin saberlo.

—¿Tu acompañante?

Anna asintió, jugueteando con los botones de su chaleco. —Me preocupa su interés por él. Por él también. Está bebiendo demasiado.

—Entonces viene conmigo, y quizás lo deje en casa de tu padre antes de volver a casa. —Sonrió de repente—. Tengo la mejor idea. Retrasemos el carruaje una hora más.

—¿Por qué?

La apretó contra su pecho y se puso de pie, haciéndola jadear por el movimiento repentino. Le sonrió. —Me temo que voy a necesitar hacer el amor a mi hermosa esposa una vez más antes de que me haga dejarla atrás para relacionarme con la clase criminal.

—Con Bow Street. Es una profesión honesta —lo corrigió Anna. Lo amaba tanto, y le recordaría lo que tendría al volver a casa cuando la investigación terminara—. Esperaba que me desearas.

—Desde el momento en que nuestros ojos se encontraron, mi señora —juró.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

